

Denzil Romero

LA TRAGEDIA DEL GENERALÍSIMO

Colección Bicentenario Carabobo

200 BATALLA DE CARABOBO

Denzil Romero Escritor nacido en Aragua de Barcelona en 1938. Abogado y profesor de filosofía y literatura, combinó el ejercicio del derecho civil con la escritura. Recibió importantes premios nacionales e internacionales como el Casa de las Américas, La Sonrisa Vertical y el José Eustacio Rivera. Uno de los escritores venezolanos con mayor proyección internacional, sus obras han sido publicadas en Argentina, México, Colombia, España y Cuba. Se destacan entre ellas: *Las esposa del doctor Thorne*, *Tardía declaración de amor a Séraphine Louis*, *Tonatio Castilán o un tal Dios Sol*, *Para seguir el vagavagar y Recurrencia equinoccial*. Falleció en 1999.

« *Francisco de Miranda*, Teniente General
Comandante en Jefe, Ejército del Norte en 1792
Georges Rouget, circa 1869.



155

La tragedia del Generalísimo

Denzil Romero

En homenaje al pueblo venezolano

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **Libertador Simón Bolívar**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e "independencia o nada". Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **Batalla de Carabobo**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **Colección Bicentenario Carabobo** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **Comisión Presidencial Bicentenaria de la Batalla y la Victoria de Carabobo** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Nicolás Maduro Moros
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Comisión Presidencial Bicentenaria de la Batalla y la Victoria de Carabobo

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Ñáñez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

La tragedia del Generalísimo

Denzil Romero



A Maitza
A don Enrique Bernardo Núñez, por los
50 años de "Cubagua" (In memoriam)
A Manuel Bermúdez

Paladín de patricia figura
cuyo casco emplumó la Aventura
con su errante penacho galán;
que dio un lauro a la Francia gloriosa
y a las nieves de Rusia una rosa...
¡Don Quijote injertado en Don Juan!

J. T. Arreaza Calatrava
Canto a Venezuela

La Historia es una burla que los vivos le jugamos a los muertos.
Voltaire
Ensayo sobre las costumbres.

Digo que los muertos matan a los vivos.
Esquilo
Las Coéforas. V. *886.*

¿Quién puede decir quiénes son los vivos y quiénes los muertos?
Michelet
La Historia de la Edad Media.

¡Bochinche!, ¡bochinche!

¡Bochinche!, ¡bochinche!, esa gente no sabe sino de bochinches, repites una y otra vez, ontológicamente recostado sobre el camastro espurio hecho de gruesos maderos unidos con clavos mal remachados y cubierto por un jergón informe del que salen manojos de paja; una sábana muy ajada y, a no dudar, poco limpia, cubre el colchón; un taburete maltrecho, un botijo de agua, un artilugio como mesa, con algunos libros apilados, pero sin recado de escribir, y una cadena de hierro con grillete, pendiente de la pared, complementan el lúgubre decorado; sin que falten los detalles del piso de laja roto, medio arreglado con dispares ladrillos exagonales; te mantienes, a pesar, elegantemente vestido con casaca de paño azul, camisa de encajes, calzón de Nankin, impolutas medias blancas y zapatos puntiagudos con hebillas de plata; una de tus piernas descansa perezosamente en el suelo y la otra la tienes extendida, indolente, sobre la cama; apoyas un codo en la almohada y con el puño, tenso, sobre la mejilla, pareces meditar; pero, por encima de todo, destácase tu mirada fija, de una fijeza casi maníaca, que luce como disparada a distancia por entre los azumados muros de la mazmorra, buscando, con seguridad, la visión de esa patria *blessé au coeur* que tanto te dolió siempre; esa madrastra innoble de cuya suerte no puedes desligarte, ¿reducida a cenizas, quizás, por los

malos efectos de la capitulación?, ¿renaciente, tal vez, cual nuevo ave fénix, por obra de la campaña admirable que (alguien te informó) habría emprendido el coronel Bolívar con exigua ayuda que le prestaron en Cartagena de Indias?; imposible saberlo; pudiera ser efectivamente que el futuro de la América Colombina dependiera de los ímpetus temerarios de ese joven impulsivo que no obedece sino a la dictadura versátil de sus soberanos caprichos; ayer nomás escribiéndote cartas lacrimosas para ganar tu perdón por la pérdida de la plaza de Puerto Cabello: "Mi general, la patria se ha perdido en mis manos", "yo no soy culpable, pero soy desgraciado y basta", y unos días después, enajenación completa, verdadera y manifiesta inconsciencia, ¿trastorno mental transitorio, tal vez?, acusándote de traición, haciéndote prisionero, él a la cabeza de los gendarmes, increpándote a entregarle la espada, poniéndote en manos del enemigo, de pies y puños atados, bajo el peso de horribles grillos quintaleros; ese mozo voluble, sí, pero a quien no se puede negar una intuición magnífica para superar los escollos de los días sombríos y una fuerza juvenil impertérrita, avasallante, crispada, que tú deseas para ti, ahora, cuando te encuentras hecho trizas por el cansancio y la soledad, tirado en el martagón miserable del camastro, con la respiración cada vez más lenta, tosigoso, fatigado por los estertores de la disnea; temiéndole a la ictericia cuyos primeros visos amarillentos te ves aparecer en la piel reblandecida por los vaporones del salitre, más allá de los tonos ocres que el pintor se empeñó en acentuarte; esperando con miedo, un miedo cucarachiento, que el escorbuto infecto termine de tumbarte hasta el último diente y de allagarte las encías; presagiando la artritis, la arteriosclerosis, la fiebre ondulante, las calenturas pútridas, la taquicardia, la gota, la apoplejía, el lumbago y hasta la pérdida definitiva de la razón en una cualquiera de esas tantas pesadillas cuando te despiertas agarrotado, tú mismo, con la cadena asegurada al muro, creyéndola el cuerpo vivo, adorable, de esa enigmática señora "A" —imagen mejorada de la libidinosa Catalina II de Rusia, fiel estampa

de la casquivana Mme. Delphine de Custine, o evocación sublimada de la putica que alguna vez te *chapaste* en Springfield, dentro de una barcaza, a orillas del río Connecticut, en un burdel de Novogorod, por el pago de dos míseros ducados, o a las propias puertas del casino de la *Piazza di S. Marco—,* y a la que te empecinas en seguir escribiéndole cartas apasionadas, bajo el seudónimo de José Amindra, burlando el rigor carcelario de rejas y corchetes; hasta que llegue la muerte, quizás —*venusina, oh Proterva que ningún beso sacia,* como diría el poeta—, precedida esta vez por su heraldo de turno, el persistente frailuco Albarsánchez, capellán castrense del pudridero, saltatumbas impenitente, siempre fastidiando a los reos con sus ofertas de Extremaunción y sus prédicas abstrusas sobre el santo nombre de Dios y el sublime sacrificio del Hijo, y al que tú, masón, hereje, volteriano, ordenarás secamente: ¡Por favor, déjeme morir tranquilo!; sin que entonces valgan las gestiones del bueno de Morán y de la monja custodia de la enfermería para que se te pueda enterrar al católico modo, terminando tus huesos, por ende, en un osario parroquial cualquiera, confundidos y despersonalizados, *hasta el día de la Resurrección,* se consolará diciendo uno de tus biógrafos, *cuando cada cráneo se ajustará a su tronco y cada tibia reconocerá la pierna con que anduvo por el mundo;* mientras en Caracas, la Caracas que nunca te aceptó del todo, esperará por ellos, *ad perpetuam,* en el Panteón de los Próceres, un formidable mausoleo de mármol de Carrara con su urnita entreabierta—muda como un reproche mudo, como una muda interrogación—, al lado de la tumba de *"El Agachao"* y otra gente mísera de la mísera tropa y aun de personajes menores: dictadores fatuos y perversos, oligarcas decimonónicos, falsos demócratas malabaristas de bien estudiada esgrima, especuladores fraudulentos, traficantes de barcos, libelistas enconados, gramáticos letales, poetas de cuadricula y balanza manufactores de fugaces versos, sin que falte (por supuesto), algún dirigente sindical a quien hubiese cabido la dudosa honra de morir siendo banquero, representantes todos de ese tan-

go *Cambalache* en el que se ha convertido la compleja, dispendiosa, populista y verbenera *Gran Venezuela* de hoy; y es que, hasta después de muerto, te toca seguir siendo exiliado; pareciera que así lo determinó tu horóscopo; el Sol entrando en la casa de Aries, el signo de los caminadores y los aventureros; el Carnero cruzando de un salto el círculo de la trayectoria del astro-rey, el equinoccio de la primavera; la triplicidad del fuego: enérgico, entusiástico, positivo; el ser activo, como cualidad cardinal; Marte, nuestro vecino más cercano, el primero de los planetas superiores, sirviéndote de regente; violencia e irascibilidad, atribuíanle los antiguos astrólogos; ahora, más bien, simbolizando el grado de iniciativa y de energía; ciertamente, un planeta muy masculino que indica el instinto pionero, la fe de los precursores, la pasión en todas sus formas, los viajes y las dotes de mando; pero ocurre, que tu *médium coeli* está regido por Saturno, el planeta frío por excelencia que origina las limitaciones y las frustraciones y que impone la disciplina, aumentando a menudo las responsabilidades; dícese de él que representa al padre de la tabla de nacimiento; el *pater familiae* romano; ese típico padre de la sociedad patriarcal hispánica, seco, ceñudo, estoico, sentencioso, indoblegable, todo adusto como la meseta castellana, duro como las piedras selénicas de los valles del Teide, terco como una cabra pirenaica; ese padre crítico, a veces sobreprotector, casi nunca nutritivo, del que hablan los psicólogos nuevos; la alegoría del dios Kronos con su luenga barba blanca y su guadaña y su clepsidra, engulléndose a las Horas en una estampa goyesca de patético verismo claroscurista; ese padre, tu padre, al que ahora miras envuelto con un halo de respetuoso recuerdo, querellándose, en la borrosa zona sagrada de tu infancia, contra los prejuicios coloniales de la mantuana oligarquía escupesangre, la oligarquía de los *Grandes Cacaos* y los escudos de piedra recién estrenados, que negábale el derecho a ingresar en las Milicias Reales, como capitán de la Sexta Compañía de Fusileros, obligándole a despojarse del uniforme y del uso del bastón, por su condición de comerciante, no importa

que con evidente poder adquisitivo; por vendedor de géneros de Castilla y mercerías fútiles y amasijos de harina en su tienda del Hoyo Vicioso; por ejercedor de oficios viles; por su origen presuntamente oscuro; por su calidad de isleño maroto, guanche, berebere, mulato, africano; por su no probada pureza de sangre; conminado por el Juzgado Ordinario del Alcalde, difamado, perseguido, vituperado; sin que valiera, entonces, el veto que el Gobernador hizo de la conminatoria ni el refrendo que la propia Corona otorgó a la posición gubernamental, al tiempo que negaba fundamento a las acusaciones y declaraba "decente" el ejercicio del comercio; días semanas meses años de odiosa persecución, de rabia sorda, de lastimante despecho, que se te fueron acumulando como una imprecisa sed de venganza, como un larvado sentimiento de frustración, como una vaga idea de culpa; sombra profética, presentida necesidad de evasión; ya habrá tiempo de vindicar al padre ofendido, te dijiste; conformándote, por lo pronto, con la infantil revancha de poder arrimarte, sigiloso, a los zaguanes y portales de las casonas encopetadas, abrirte obsceno la bragueta y orinar presuroso, separadas las piernas en actitud de desplante, sobre quicios, zócalos y pretiles, azulejos, baldosas y adoquines, el chorro burbujeante de tu rencor espeso; hasta que, finalmente, ladraba un perro en el fondo o se oía la voz hosca de un sirviente, erizábase tu pelambre clara y, dando media vuelta, corrías de regreso a tu casa de Padre Sierra, en busca del materno regazo protector; nada importa quién has sido o quiénes fueron tus antepasados, sino quién llegarás a ser; ¡ay mi hijo!, ¡ay mi hijo!, ¡eres todavía muy chico para comprender!, ¡alguna vez tendrás que irte lejos!, ¡alguna vez regresarás triunfal!; además, ¿qué saben esos orgullosos petimetres, chupamedias recién vestidos, de noblezas y abolengos?, ¿qué de dignidades y maneras cortesanas?; con ligeras excepciones, las que caben en el puño de la mano, quizás, todos son descendientes de los mismos *Viajeros de Indias:* galeotes libertos de las galeras de Ceuta, a los que benignamente se les conmutó la pena por el riesgo de la aventura errante;

soldados desempleados de la Guerra de la Reconquista; gente desvalida y audaz que vino a América con los porsiacasos vacíos en pos de la fortuna, dejando atrás sus lanas, sus muías y sus botijones de aceite; segundones de los que nunca llegaron a tener cuatro costados ni a devengar quinientos sueldos, sin privilegios, ni exenciones, ni ejecutorias; pecheros y villanos; curas de misa y olla de salpicón, duelos y quebrantos; clerizontes y clerizánganos, homicidas y jugadores de la peor calaña, alzados levantiscos y mujeres de mal vivir; reclutados en las ergástulas de Cádiz y Sevilla, en los serrallos granadinos, en las tabernas de Extremadura, en las plazas y mercados de los alrededores de la Casa de Contratación, en las ventas de los muleteros y en los atajos y las cuevas del bandidaje. Que vayan a Oviedo de Asturias para que constaten por su propia vista de dónde vienen los Miranda; allá tuvieron casa y solar arraigados desde antiguo; en la sierra de Naranco, los primeros Miranda sembraron sus huesos tarraconenses, a las órdenes de don Pelayo, para iniciar la resistencia en contra de los árabes; Toribio de Miranda sirvió en la corte de Bermudo III; Pedro Analso de Miranda fue conde de Bobia y de Tineo; y Bertrán de Miranda, lo fue de Peña Santa, Peña Vieja, Rañadoiro, Piloña y Valledor; siglos después, Lope de Miranda hizo carrera militar destacadísima con el *Gran Capitán* Gonzalo de Córdoba, en la campaña del sur de Italia, y sobresalió valerosamente en las batallas de Seminara, Ceriñola y Carellano; cuando murió, cubierto de honores, emblemas de Nápoles y Sicilia, la Holanda y la Saboya, flamearon gloriosos junto al arcabuz con el que diezmó a los venecianos en la batalla de La Motta; sin que nos extendamos mayormente, para evitar prolijidades, en el muy honorable doctor Francisco de Miranda y Barahona, canónigo que fue del Monte Santo de Granada y uno de los dos sujetos que llevaron a Roma los Libros de Planchas de Plomo que en aquel santuario se hallaron; ni en otros tantos *Ilustres Varones* que con ese cognomento Miranda se pasearon orgullosos por el mundo; ningún perro ladró, entonces, al paso de la caravana; cierto es que algún Miranda

se vino después a las Canarias, pero sabido es, también, que en el Puerto de la Orotava no hay Ayuntamiento, por lo que tampoco hay empleos políticos para repartir; allí las mayores honras son las de pertenecer a las hermandades religiosas, y todos los Miranda que allí estuvieron fueron recibidos en la Confraternidad de Nuestra Señora del Rosario y en la de Nuestra Señora de la Concepción y en la de la Santa Cruz de Tenerife y en la del Santo Niño de Ycod de los Vinos; véase si no que don Gabriel de Miranda fue, muchas veces, Hermano Mayor de la primera de las nombradas y, como tal, ostentó la hopa y la medalla; quienquiera que sepa algo de dignidades, puede dar fe de que en esas órdenes no pueden entrar quienes no sean descendientes de cristianos viejos, limpios de toda maleza de moros, judíos, penitenciados, recién convenidos, o hijos de mulatos y otras especies bastardas que induzcan mezcla de sangres o de bajas esferas; y para quien todavía guarde dudas, ahí está el blasón de la familia, compuesto por escudo de campo rojo con cinco medios cuerpos de doncellas (las que Analso de Miranda liberó en cruenta pelea con los moros, camino de Granada), cada una de ellas con una venera dorada, y por orla sobre campo de oro, dos sierpes aladas que rodean el escudo, cuellos y colas anudados; su morreón de acero bruñido, puesto enteramente de perfil, mirando al lado diestro, con tres rejillas forradas de gules y bordaduras de oro chaveteadas, plumas y lambrequines de diversos colores; las mismas armas conseguidas por tus primeros casantes con sus victorias propias, tal como puede verse en las obras genealogísticas de los afamados autores fray Prudencio Sandoval, don Luis de Salazar y Castro y el archiconocido doctor Vitales; tal como consta del Despacho que, no en balde, te libró en Madrid, con todos sus sellos y sus rúbricas y sus improntas y sus obleas de puridad, don Ramón de Zazo y Ortega, Cronista y Rey de Armas Numerario de Su Majestad, cuyos certificados y genealogías y demás entronques hacen plena prueba y gozan de bien merecido crédito, tanto judicial como extrajudicialmente; ¿cuántos de los Toros y

los Mijares y los Palacios pueden lucir un historial de prosapia con tan antigua data y fulgente esplendor?; ¿cuántos de los Bolívar y los Tovar y los Pontes conocen efectivamente a sus abuelos más allá de la tercera generación?; ¿y qué decir de los Muñoz y Aguado?; ¿qué de los Ibarras?, ¿qué de los Ustáriz?, ¿qué de los Blancos?, ¿qué de los Jerez de Aristeguietas?; ¿cuántos pueden asegurar que no descienden de una vulgar mancebía?; ¿cuántos, que no tienen entre sus ascendientes un pardo, o un zambo, o un mestizo?, ¿un tercerón, un cuarterón, un saltoatrás?; muchas de las grandes matronas de hoy, primero fueron deshonradas por sacristanes; y los señores y los señoritos, en las tetas de negras esclavas se almorzaron; no es pequeño el mundo, hijo mío, el aldeanismo engaña; y las timideces del corazón, a menudo, también; más allá de los portales de fina cantería de las casonas de la ciudad colonial, más allá de las canastillas de la Plaza Mayor, más allá del Ávila que cierra el valle por todo lo ancho, más allá del tortuoso camino de La Guaira; más allá de las últimas picas de Guayabal, El Salto y la Torre Quemada, se extiende la lontananza azul del océano y el sol trasmonta la línea del horizonte para alumbrar cada noche un hemisferio distinto; olvídate, Francisco, por ahora de la Universidad de Caracas, una universidad indiana no importa que real y pontificia; olvídate de tus estudios de latiniparla y peripato, del derecho romano y las artes liberales, de la retórica y los silogismos; sal de aquí; vete bien lejos; vete a España; hazte militar; conquista la Corte, la ilustrada Corte borbónica de Carlos III; aprende el arte de la guerra; sólo así podrás, de verdad, cumplir el noble objetivo de vindicar a tu padre.

¡Dueño proteico de tu destino: el futuro te pertenece!...

Casa León y su tiempo

Por entre los barrotes del tragaluz se divisa ahora un resto de cielo fuliginoso, con nubes amazacotadas, que pareciera querer desgajarse en furia de tormenta; el sol se ha ocultado bruscamente; por el reducido espacio del ventanuco, oteas el vuelo rápido de las gaviotas bullendo y rebullendo sobre la desembocadura del Guadalete; el viento agita los capirotes de las retamas y los pinos ribereños; llega hasta ti el hostil chapoteo de las olas sobre el sopor aletargado de los muros; un aire frío, encajonado, te trae los densos olores de la playa y las dársenas del puerto: peces descompuestos, algas fragmentarias, alquitrán, brea, vapor, emanaciones agrias que te ves obligado a aspirar por la fuerza del cautiverio; con pasos largos te acercas al ventanuco; desesperado, te aferras a los toscos balaustres;

hueles los peces descompuestos,
hueles el alquitrán,
hueles la brea;

retrocedes; bostezas; te desperezas a contraluz sobre el escueto crepúsculo invernal y te tiras de nuevo en el camastro, para seguir pensando;

piensas que no pudiste escoger, que aquel día no escogiste; cuando más, dejaste que otros escogieran por ti; la necesidad de la capitulación se impuso; todo era incierto y azaroso; un día antes no tenía Monteverde pólvora, ni plomo, ni fusiles; un día después, lo tenía todo; la pérdida de Puerto Cabello puso en sus manos la totalidad de los recursos; te decían que podías atacar al enemigo; ¿atacar?, ¿quién lo asegura?; a esa hora, a no dudarlo, era dueño absoluto de la situación; el parte del coronel Bolívar —"Mi general: Un oficial indigno del nombre de venezolano..."— tenía fecha primero, y entonces era cinco, ya puesto el sol; veremos que se hace mañana, te dijiste; no fuiste responsable; no creaste los factores de descomposición política que obligaron el naufragio; no indujiste la traición de Vinoni; no desataste la tormenta marítima que impidió toda maniobra de los refuerzos llegados de La Guaira; no ordenaste la prisión masiva de los comerciantes españoles cumplida por el pretoriano Ribas para agravar aún más el pánico de los caraqueños; no alimentaste la hirsuta demagogia que se expresaba, a modo de ejemplo, en la revuelta racial de Tapipa, Capaya y Curiepe; ni, mucho menos, las conspiraciones torvas, maliciosas, imprudentes de aquella oligarquía envidiosa y enredadora de Caracas que, poco a poco, fue socavando todos los planes tendientes a la necesaria centralización del poder republicano. Tu espíritu sueña, apartado de ese cuerpo febricitante que ahora se te retuerce, apartado de esas mil dagas azarientas que te hincan el corazón y se te clavan en el estómago hasta arrancarte lágrimas, y se te aposentan en los riñones, bajando por la vejiga, para provocarte unas insaciables ganas de orinar y seguir orinando hasta la expulsión de las últimas sales del cuerpo, con el afán de un deseo incumplido que nunca podría ser enteramente satisfecho. Sueña tu espíritu con una América libertada, con un fajo de repúblicas libres, ilustradas y prósperas, ajenas a las luchas de castas y al odio enceguecido de los patriciados; de buena fe, pensaste que la Patria podría salvarse bajo

la vigencia de la nueva Constitución liberal aprobada por las Cortes de Cádiz; utilizándola, las colonias de América podrían clamar por sus propias reivindicaciones; cierto que Monteverde era un aventurero y no podía decirse que representara al Estado español; pero, parecía posible que España, a la luz de las reformas políticas, quisiera regularizar la situación colonial; también habrías podido irte a la Nueva Granada; allí tu amigo Nariño era aún Gobierno; allí la Revolución no asumía las feroces características anárquicas de la guerra venezolana; desde allí, quizás, hubieses podido organizar una acción conjunta para lograr la independencia; no, no fuiste culpable; te lo dices una y otra vez, convencido, seguro, al modo de una terca letanía; pero, desde el fondo de tu conciencia se levantan, incisivas, mordaces, apabullantes, cual los agones de un coro trágico, las voces de tus enemigos: ¡sí que lo fuiste!, te dicen; admites y rechazas; aceptas y niegas; de nuevo te sumes en un mar de dudas, y ésa es tu derrota; odias tu vacilación, y ésa es tu tristeza; miras a tu alrededor, los muros azumados que te acogotan, los grillos que cuelgan de la pared, las alimañas que se desprenden del techo, y ésa es tu única miserable verdad; con tus sesenta y tantos años a cuestas, naufragaste solitario en medio de un caos incontrolable; indefenso, entre ese piélago de sórdidas pasiones y casualidades adversas, enredijos turbulentos, rencillas desvergonzadas, intrigas y desobediencias, infundios y patrañas, calumnias, ablandamientos, traiciones; cúmplese así tu sino de Gran Perdedor, ese torvo mandato argumenta! que te impusieron, desde el fondo mismo de tu ancestro, tus nada reconfortantes mensajes parentales; ¡pobre Prometeo encadenado a una piedra de los montes de Escitia!; ¡pobre Edipo, ciego y mendicante, camino de Colona!; ¡nuevo Rey Lear redivivo en su palacio de Bretaña!; fuera de Sanz y de Gual y de dos o tres amigos escasos, nadie creía en ti; asustaba tu demasiado saber, tu exceso de cosmopolitismo, tu desarraigo de casi cuarenta años, tus relaciones con potencias extrañas, tu girondinismo

componedor y blandengue, tus poderes dictatoriales mal avenidos con tu edad senil y tu temperamento aquietado a fuerza de convicción y abstrusas teorías políticas, tus tráfagos y tus cambios, tu liviandad y tu soberbia, tu engreimiento, tu presunción, tu autosuficiencia, tus alteraciones y tus osadías, tu miedo y tu atrevimiento, tus rencores y tus despechos, tus inhibiciones, tu racionalista lógica cartesiana y tus finos modales aprendidos, tu tolerancia y tu abatimiento, tu lucidez y tu locura, tu academicismo militar y tus equivocadas tácticas defensivas y de repliegues; pero, por encima de todo, tu afrancesamiento, tu formación europea y tus manías europeizantes que te impedían comprender la realidad de estas naciones, el *misterio americano* del que hablaba Mariano Picón Salas, el *realismo mágico* que nos imbuye, la teoría de *lo real maravilloso* como piedra angular de nuestra existencia; esa falta de *civilización absoluta* en, el sentido de Spengler; esas violentas rachas de instinto que cruzan de pronto el umbral de nuestra vida colectiva para imponerle al acontecer un tono sorpresivo, un insospechado patetismo; ese subconsciente que acumula las convulsiones de las razas que no se han fundido bien, los gritos ancestrales de las especies distintas, el embrollo de las culturas superpuestas, la lucha de lo primitivo con lo refinado, de la Barbarie con la Civilización, de El Miedo con Altamira; ese mestizaje, en fin, de curiara y manigua, palúdico y anquilostomiásico, rijoso y sandunguero, capaz de convertir, sin transición, un piropo en un hecho de sangre, una fiesta religiosa del santo patrono en una bacanal pánica con ritual de macumba, o una alegre noche de cabaret en súbita mortandad carbonizada por la acción piromaníaca de algún galán exacerbado; ese mestizaje que sirvió a los sociólogos positivistas de medio pelo para justificar el engendro de los gendarmes necesarios y los cesarismos democráticos y toda la mierda de las interpretaciones pesimistas sobre nuestros orígenes y nuestros destinos; esa especie de cuchillo de doble tajo que llevó al doctor Hegel, epígono máximo del

idealismo absoluto y meticuloso creador de la dialéctica, a entendernos como un mundo inconcluso en su constitución física y política y a burlarse hasta de nuestras vacas chacharitas, las de Apure y Guárico y San Carlos, subdesarrolladas, venidas a menos y dadoras, según él, de una leche aguada con escaso valor proteínico y de bifes muy poco nutrientes; son las voces del Marqués del Toro y su hermano Fernando, del traidor Manuel María de Las Casas, de Bolívar, de Ribas, de Montilla; es la voz del Marqués de Casa León, propalando la trápala de las mil onzas de oro que supuestamente te entregó Monteverde; pérfida mezcla de Bruto, Judas Iscariote y el Conde don Julián; *Chamaeleo chamaeleo,* reptil terrestre del orden de los escamosos y del suborden de los riptoglosos, con cuerpo fino comprimido lateralmente y terminado en cola prensil no regenerable, cabeza triangular cubierta por una especie de casco puntiagudo a modo de cresta, ojos grandes, esféricos, saltones y protegidos por un párpado grueso con una fisura central que puede dilatarse y encogerse, a menudo moviéndose en direcciones distintas, lengua protráctil que puede proyectarse fuera de la boca y alcanzar una longitud igual a la del cuerpo y que le sirve para capturar los insectos con los que se alimenta, y recubierta en su parte anterior por una secreción viscosa buena para retenerlos, piel granulosa con abundantes cromatóforos negros, amarillos y encarnados, mezclados con otras células sin pigmentación, los cuales, por efecto de ciertos estímulos nerviosos, estados emocionales e influencias exteriores, se contraen o se dilatan dando lugar a múltiples variaciones de coloración, erróneamente atribuidas por los naturalistas antiguos a razones de mimetismo; policromo animalejo rojiamarillo borbónico, tricolor republicano, azul godo conservador, amarillo brillante federalista, verde copeyano de día, blanco adeco de noche, a toda hora venenoso y voraz; pobretón llegado de la península a la sombra de un hermano cura; enriquecido a partir de un tenientazgo rural en los Valles del Tuy; ocupación común de los que

no tenían otro arbitrio de subsistir, púsose a *administrar justicia* sin otras credenciales que su afán de lucro y su habilidad, hasta convertirse en poderoso señor de tierras y esclavos, fanegadas de cacao y muchas, muchísimas, arrobas de tabaco y añil, cueros de pelo y plumas de garza, próvidas cosechas de caña, alambiques, trapiches, no sé cuántos galones de aguardiente, no sé cuántas botijas de melaza, alhajas, doblones y oro en grano; arribista que supo afinar su talento, ilustración, perspicacia y don de agrado para terminar haciéndose amigo de todo el mantuanaje y vinculándose por matrimonio a larga e importante familia; uno de esos afortunados varones que logran vender el centimetraje de su miembro a tantos reales de vellón el pedacito; helo, ostentoso, elato, cogotudo, lomienhiesto, oyendo misa en la iglesia parroquial de Maracay con aparato de silla forrada de damasco carmesí, galonada con vistosos y ricos flecos, cojín y alfombra, según corresponde por las leyes de Indias a los oidores honorarios de la Real Audiencia; helo prodigando a la pobrecía pequeños favores para ganar plaza de benefactor, adulando aquí y más allá a los representantes del Erario para sostener y ampliar los poderes de la corte que le da prestigio de señor feudal, cortando y desvaneciendo cualquier ocurrencia entre los vecinos de la villa, aunque él mismo con sus intrigas la hubiese provocado, sobornando, trapisondeando, urdiendo y desurdiendo de Maracay a Caracas y de Caracas a Valencia, por Mariara, por Güigüe, por San Mateo, por San Luis de Cura; francamente, no sé cómo pudiste aceptarle su amistad; si hubo alguna falta gravísima en ti fue —como bien te lo advirtió el canónigo Madariaga— confiarte demasiado en tan avieso personaje. Dícese que, en 1806, cuando llegó la noticia de que invadirías la Provincia, él se apresuró a franquear ocho mil pesos contantes y sonantes para sufragar la defensa preparada por el capitán general; que, con igual celeridad, costeó de su peculio el vestuario del Batallón de Pardos de los valles de Aragua y reunió, él mismo, doscientos y tantos hombres de caballería

en Maracay y ciento cincuenta más en el pueblo de Turmero para engrosar el cuerpo militar conducido por Guevara y Vasconzelo hasta Valencia, con el ánimo de repeler tu invasión; que, fracasada tu intentona, fue él el cabecilla de la férvida manifestación que se le brindó al capitán general cuando regresaba triunfante, engalanado con sus arreos de mariscal, al frente del Batallón de la Reina, del Batallón de Veteranos, de las Milicias de Blancos y Pardos y de varios piquetes de caballería; que azuzó con su insidia habitual a las autoridades para que, a modo de escarmiento contra la subversión hereje, colgaran en Puerto Cabello a tus desgraciados secuaces extranjeros, apresados en la *Bacchus* y la *Bee,* al desembarcar en Ocumare; que festejó tu derrota con saraos y vítores al Rey y al Capitán, en su casona de La Trinidad y que, finalmente, preso de cólera brusca, en pira excrementicia hecha con bostas de vaca amontonadas en el atrio de la iglesia, bajo jubilares tañidos de campanas, quemó una réplica de la bandera tricolor por ti traída y las proclamas que alcanzaste a repartir entre los habitantes de la costa. ¿Cómo pudo después congraciarse ante tu vista? Con adulación, con fingimientos ocultantes de sus opiniones políticas, con servilismo lameculo, demagógico y sonriente; regalándote el oído; lavándote la cara; haciéndote, enjabonante, la barba; quizás, te duela reconocerlo; el hecho es que el camaleón logró engullirte como a un insecto más: un saltamonte, un arácnido o una mosca cualquiera; bastó que apuntara sobre ti su mirada multidireccional, sus ojillos saltones, de hendidos párpados; que reptara hasta tu puesto de dictador supremo, levantándose sobre sus cuatro patas de cinco dedos cada una adaptadas a la prensión, bamboleando su cabeza encasquetada conforme a una modulación hipnótica; disparando contra ti las vaharadas calientes de sus bien desarrollados pulmones, su extensible lengua tubulosa, el asco de su secreción pegante. Sin mayores esfuerzos de su parte te llevó a su hacienda de Tapatapa, distrayendo el ocio de las pocas horas libres que te dejaba el trabajo de cuartel;

bajo sus copudos samanes, te colgó una hamaca para mecer el bochorno de los calorones del mediodía; a la luz de fanales y candelabros, descorchó para ti las mejores soleras, los vinos generosos, los moscateles tostados, los casi negros, los vinos claros del majuelo jerezano y los amontillados coquineros, los olorosos y los flamencos, los paloscortados y las manzanillas, los Domecq, los Burdon, los Gordon, los Osborne, los Pemartin, los Ivison, los Byass, los Bolin, los Terry, los Ahupol, los Grant y todas esas maravillosas exquisiteces que pueblan con sus resonancias afrancesadas, italianas, germánicas e inglesas, los campos de Andalucía desde Puerta Tierra hasta Sanlúcar, desde Cádiz, bordeando Gibraltar, hasta los limonares, los claveles y los sagrados viñedos de la Málaga guadalmedinense; a la hora de la cena, para estimular tus deseos amatorios aminorados por los efectos de la senescencia, sirvióte los más extravagantes, fecundos e insospechados afrodisíacos: platones colmados de carnes raras, peces rosados y fragantes mariscos, gordas ostras de Chichiriviche, hortalizas y plantas exóticas, secretas hierbas, espárragos connubiales, berenjenas rameras, embriagadoras cremas de rábanos, panes y pasteles cocidos en forma de vulvas y falos, los *coliphias* y los *siligones* de los antiguos romanos, dulces amasados, chocolates con vainilla; en una especie de *cabinet particulier,* epicúrea mezcla de comedor y alcoba, donde la cama endoselada no estaba más que a un par de metros de la suntuosa mesa y la arzobispal sillería, para facilitar así el paso de la posición sentada a la yacente, y viceversa, y hasta el cual llevábate por sus propios pasos, en plan de solícito cubiculario, gráciles y núbiles esclavitas, una para el desvirgamiento de cada noche, escogidas al dedo entre la más joven población femenina de su copiosa hacienda o alquiladas, conmutadas, pedidas en préstamos galantes, en las fincas vecinas: la de don Domingo de Tovar, la del marqués de Mijares, las de Luis e Isidro López Méndez, las de los Bolívar, las de los Ustáriz; negras muchachitas elásticas y ágiles, floridas y silvestres, recién bañadas en el

lago ribereño, vestidas de limpio y aderezadas para ti que eres una persona *very, very important* y a las que tú discriminas previamente con tu sagaz intuición de *connaisseur* y tu sutil anagnórisis de hombre corrido en cientos de salones, recámaras y burdeles, deteniendo tus ojos ávidos, aunque un poco cansados, en los pulposos labios y las blanquísimas dentaduras, en la brusca y candorosa insurgencia de los pechos, en el bien guardado tesoro, teológico bastión, gruta sagrada, pretexto de literarias justas e hiperbólicos juegos, mientras esperas que los suculentos vinos y manjares del espléndido marqués produzcan sus resultas, el hervor de la sangre, el imperio de los sentidos, o, al decir de san Jerónimo, las *in partibus genitalibus titillationes,* y ya que con latinajos estamos, te lanzas con frenéticos bríos a la práctica de todos los placeres venéreos habidos y por haber: el *cunnilingus,* la *fellatio,* los *osculos ad mammas,* el *coitus inter femora,* la *immisio in anum,* la *masturbationem mutuam;* al tiempo que tu anfitrión, víctima reciente de la *ejaculatio praecox* y de la *impotentia generandi,* se coloca estratégicamente detrás de un biombo, puesto al efecto, para no perderse ni un solo detalle de la cruda y lujuriante escena y dedícase, entonces, al placer solitario, el placer de los niños, hasta que las alfombras y baldosas del piso le sirven, finalmente, de *receptaculum seminis, y* tú, sin remilgos, impertérrito, prepotente, aún con el *membrum erectum,* ¿a tu edad, quién lo creyera?, despojado a tal fin de tus dientes postizos, te aplicas ahora a lamer la *vulva feminarum,* introduciendo en ella, con refinados amaneramientos, una cereza dulce deshuesada o gajos de naranja (de una naranja sin semillas), o rebanadas de manzanita criolla bañadas en *sanguinis mestruationis* con aguamiel, o una ostra al sorbo, de mucosa presencia y textura, o un cambur titiaro edulcorado con ambrosía, que te chupas con sigilo y astucia para extraerlo nuevamente y volverlos a introducir y volverlos a extraer, en un sacaimete raudo de creciente estimulación; iniciando de seguidas un *coitus a posterioris* o *per angostam viam* que arranca gritos de

dolor, sólidos ayes de un final deprimente, a la mísera esclavita, convulsa y desmedrada ante el tantalesco suplicio que acepta a regañadientes, más por temor al látigo del amo que por propia conveniencia; hasta que, al filo de la medianoche, pones fin a las exaltadas coyundas, a los dulces y no cantados tientos, a los fecundos, genitivos soplos, con un ritual que, religioso, vienes practicando desde hace unos cuarenta años más o menos; con maneras exquisitas y bien templado pulso, procedes a retirar del *mons veneris* de la servida, un vello púbico; para ello usas una pinza previamente desinfectada que el marqués, salido de su mirador-escondite, te ofrece alígero sobre una bandeja de plata; mientras la asustada muchacha comienza a imaginarse lo peor: que a ti se te ocurra sacarle las tripas, quizás, con ese adminículo romo que ella ve como un arma punzó penetrante, un hórrido puñal, tal vez; en la medida que una sudoración abundosa rezuma de su frente, de sus axilas, de sus manos, por su cuerpo todo, y se le desvanece la color y se le engrincha la pelambre y se le dilata la nariz y se le anublan los ojos y se le ponen temblorosos los bembos; explicándole tú, tranquilizante, que no quieres hacerle ningún daño, que sólo procuras un pendejo de su pubis, para guardarlo como recuerdo, para incorporarlo a tu colección; tu excerta de pelos recogidos en uno y mil encuentros amatorios, cual flamantes trofeos de batalla, pelos largos y sedosos, filiformes y flexibles, enhiestos como púas de puercoespín, lacios, enroscados, conos y lanuginosos, afilados y sensitivos como bigotes de felino, negros, castaños, rojizos, encanecidos, gaditanos, holandeses, moscovitas, estirados, lustrosos, desprendidos de sus folículos originarios milimétricamente medidos en su longura y en su grosor, aromatizados con ungüentos almizclosos y ferales fragancias nicerobinas, clasificados, reseñados, puestos en serie, y a los cuales resguardas, mimosamente, en tu no menos cuantioso muestrario de guardarrizos minúsculos, afiligranados, de oro, de plata, ebúrneos, patinosos, de carey, ornados de corales y perlas, con

diamantes, esmeraldas y rubíes, decorados con festivas miniaturas galantes de Watteau, de Lorraine y Géricault, de Boucher y Fragonard, con camafeos egipcios, talismánicos, pantaculares, éste que te regaló la zarina de todas las Rusias y aquél que permutaste al príncipe Potemkin por un hatajo de habanos tropicales, este otro que diseñó por encargo de tu padre, el sargento Juan Picón, maestro orífice hacedor de la custodia de la Catedral de Caracas, el de más allá que compraste a un orfebre descendiente de Benvenuto Cellini, en el corredor vasariano del *Ponte Vecchio* de Florencia; todos los cuales deben andar dispersos en el formidable Archivo que, presuroso, embarcaste en la *Saphire,* a las órdenes del capitán Haynes, con destino a Curazao, inmediatamente después de la capitulación; rematados, quizás, pieza por pieza, en algunas de esas covachuelas judías del centro de Londres, junto a baúles de antiguallas, muñecas destripadas, falsas ánforas griegas, borrosos grabados de época, autógrafos de personajes olvidados, chambergos, bombines, mamotretos desencuadernados y estólidos álbumes de poesía; o incinerados, tal vez, en el horno crematorio de la mojigatería por algún perilustrísimo y perinclitísimo académico descifrador de crucigramas ajenos, guardián férvido y escrupuloso del Patrimonio Moral de la República. Y sin que sigamos barroquizando mayormente sobre el destino de tus pelos o el pormenorizado recuento de tus relajaciones de la carne y del espíritu, cabe advertir, sí, que fueron esas tantas noches de intimidad compartida, esas complicidades innúmeras de *voyeurismo* trasnochado y ritualismo depilador, las que te llevaron a confiarte, una y otra vez, por demasiado tiempo, quizás, y hasta el momento final, en el mimético y perverso personaje, zalamero turiferario del dinero y del poder. A pesar del asco y la repulsión, una ternura involuntaria te hace volver el rostro para mirar su espectro.

Dolor y cautiverio

Tristeza y muerte, dolor y cautiverio, y sobre todo el camastro, tú recordando. Alguien dijo que entre la vida y la muerte no hay más destino que la memoria; que el recuerdo teje el destino del mundo; y en tu recuerdo de mirada perruna aparece de nuevo la figura de tu madre; pero, esta vez, no te acaricia en su regazo; con manos trémulas, embarazada por la inminente certeza de tu partida, te despide, casi medio siglo atrás en el puerto de La Guaira; desde la barandilla de la goleta ves cómo se difuminan sus gestos severos y enjutos, solemnes a ratos, absorta ahora, pensando, quizás, en la carrera brillante que el futuro debe depararte; tus vivencias pulsionales, el fondo endotímico de tus instintos, tu dialéctica necesidad de estimación y afán vindicativo te llevan a abandonar Caracas para procurar gloria y fama en la propia sociedad peninsular y, desde allá, imponer tu prestigio, cobrar los agravios, consolarte el alma, sacarte la espina; entiendes que tu ruptura fue social de rebeldía ante los valores que hicieron posible la opresión de tu padre; transferencialmente, querías conseguir una estima, una gloria, que produjese la vindicación —o si se quiere, la venganza—sobre los prejuicios coloniales que rechazaron a tu familia; no podías presagiar entonces que jamás lo lograrías; no podías presentir que tu destino era perder y

seguir perdiendo, ser perseguido, luchar, ser derrotado, renacer de tu derrota, regresar, seguir luchando, reinar por un instante, ser derrotado de nuevo por las fuerzas del mundo, doblegarte ante la ruindad de tus enemigos, padecer, regresar, recordar, sufrir en nombre de la libertad: tristeza y muerte, muerte y tristeza, dolor y cautiverio.

¿Realidad o sueño?

Llegas a Cádiz, por el puerto de Santa María; el sol rebrilla en las límpidas aguas de la ensenada, en los montículos de sal que se amontonan a lo largo de las isletas, en las encaladas paredes de las casas de los pescadores, en la cúpula del cielo intensamente azul, en los copos agujosos de los pinos ribereños, en las hirsutas hojas de las chumberas, en el resplandeciente blancor de las retamas. Tienes una idea precisa de tu rostro de entonces; lo miras y remiras en el espejo teñido que alguna vez, con otras pertenencias, te regaló un recluso. No las arrugas, no las canas, no los achaques; miras (¿realidad o sueño?), y estás allí: membrudo y fuerte, vastos ojos, piel muy blanca, casi rubicunda, los rizos ensortijados coronando la arietina frente, el bozo apenas insinuándose para profanar la mórbida calidad de las mejillas; y según te vas adentrando en el recuerdo, haciéndote cada vez más joven, sientes que estás en el preámbulo de la historia. Para lograr la vindicación, pretendes hacerte cosmopolita, vencer la vileza y la oscuridad, elevarte por encima de los seres prejuiciosos, groseros, brutales, holgazanes, mentirosos, ladrones, especuladores, depravados, perversos; quieres repeler el oprobio y la violencia, el insulto y los maltratos; sabes que sólo puedes lograrlo a través de las luces y de un acendrado y escrutador conocimiento de todas las cosas; por eso, todo lo indagas, todo lo

preguntas, todo lo anotas en tu cuaderno de viaje, con esa escritura abreviada de particular ortografía; la *Augusta urbs Julia Gaditana* te deslumbra: sus castillos, los torreones medioevales, las tiendas del puerto y sus mercaderías exóticas, su antiguo esplendor fenicio, sus mezquitas, sus alcázares, sus alminares, lo árabe y lo mozárabe combinado en un pasado y una cultura de importantes aconteceres, el vino de garrote sacado a pisotones, los embuchados y las fritangas, el cocido y los garbanzos, el migajón y el gazpacho; una noche vas a un burdel cercano al mar donde destacan las putas andaluzas, casi desceñidas de todo velo, entre macetas de geranios y claveles violentos, junto al mareante aroma de las albahacas y los jazmines y los magnolios; conoces, así, la barata y alegre putería, ese amor sin palabras, cómodo y franco, donde el hombre satisface la necesidad del sexo, guardándose para sí los placeres ideales; no pide la ramera frases de cumplido, sino, simplemente, dinero; y dinero son verdades; y dinero traías tú, bien asegurado desde Caracas por tu padre comerciante; te imbuyes, por tanto, en una churretona tragicómica de sexos en ardor, buscones, puteros, alcahuetazgos; en la anónima *Carajicomedia (Tus casos falaces, carajo, cantamos, / tus ferocidades, rarezas no pocas...);* en el *Laberinto de la Fortuna* de don Juan de Mena; en ese mundo en fin, de *tremenda noche, caballero,* que, por así decirlo, constituye la más profunda entraña popular de la España de siempre, el legado de la Madre Celestina, la herencia de Calixto y Melibea, la culpa intacta del Conde don Julián, el pecado original de la Cava Florinda y el Rey don Rodrigo; cómo no recordar ahora a la Zamorana, y a María de Velasco llamada "la Bryza", y a la Franciscica de Laguna "la Rabo de Acero", y a la Juana de Cueto alias "la Culirroto"; cómo no admirar la deliciosa abyección de María de Lárez, rabiza judaica, mujer de increíble gordura pero puta razonable, y a la Franciscica, y a la Salcedona, y a la Dolores de Calatayud la de la copla traviesa, a la Catamayón y a la Pastelera, a la Monjaraza y a la Camarena, todas ladronas insignes de mil carajos y punaces desinfladoras de mil co-

jones; de día, por el contrario, visitas las iglesias, los palacios, las tiendas de libros, unas ruinas románicas, un hospital de ciegos, otro de tullidos; todo quieres aprehenderlo con tu mente ávida; todo quieres fijarlo en la avidez de tus sentidos; aquí y más allá, manifiestas tu vivo deseo de hacerte un auténtico cosmopolita; Montesquieu dio la tónica, recitas de memoria: "Si conociese una cosa útil para mi nación pero que resultase ruinosa para otra, no se la manifestaría a mi príncipe, pues me considero hombre antes que francés (o bien) porque soy necesariamente hombre, mientras que nací francés por azar"; y más adelante, "si conociese algo útil para mí pero perjudicial para mi familia, alejaría la idea de mi espíritu; si conociese algo útil para mi familia pero que no lo fuese para mi patria, procuraría olvidarlo; si conociese algo útil para Europa, o bien que fuese útil para Europa y perjudicial para el género humano, lo consideraría como si se tratara de un crimen". Días después, emprendes tu ansiado viaje a la capital: la villa y la corte te esperan; desde la tambaleante diligencia ves el paisaje; ves ríos de muslímicos nombres, el Guadiana, el Guadalquivir, y el castellano Tajo, aprisionado entre un monterío color sayal y cuyas aguas serpentinas siguen dando a las espadas —bayosas y centellas, fisbertas y filosas, garranchas y guadras— vibración de cuerda y flexibilidad que silba al cortar el aire con el destello iracundo que le corre por la espiga, desde la punta vibrátil hasta la guarnición y la empuñadura (nobles armas bien templadas de Toledo, Calatayud, Bilbao, Zaragoza, Sevilla, Mondragón, Cuéllar, Ávila y Orgaz, que pasearon su ensipotente *chischás,* sus pulcrísimos floreos, sus aristocráticas líneas, por todos los campos de Europa, ante el embelesamiento de los grandes señores, muy diestros en su manejo, según lo confirman autoridades *de* tanta jerarquía como Tito Livio y Diodoro Sículo, Esteban de Bizancio y Plutarco, Polibio y Josefo); te detienes en la Écija de Isabel la Católica; y en Córdoba, confundido con gitanos forasteros e indígenas, entre guitarrees y campanadas, mugidos y castañuelas, celebras las algarabías de lidias; en tu *Dia-*

rio, describes minuciosamente las columnas de jaspe de la Mezquita — trescientas sesenta y cinco y con las que sirven de arrimo en las paredes, setecientas cuarenta y dos—, el olor de los naranjales —*"naranjeles", decía* Federico García Lorca—, el rumor cristalino de las fuentes del patio, recitando aún los versículos coránicos; avanzas hasta la Vuelta del Carpio; a tu derecha, la Sierra Morena; te detienes a admirar los magníficos efectos de las empresas de repoblación y cultivo que en su interior se cumplen por obra de las Sociedades de Amigos del País; continúas camino; comes en un mesón, a la borgoñona, como comían los duques y como comió Sancho Panza en su mesa de la ínsula Barataria; se rompe el eje del coche y cae sobre ustedes un brusco chaparrón; sigues por caminos bordeados de olivos e higos chumbos; más allá, Andújar, olivarera y cacharrosa; Guarramón, Carboneros; en Santa Elena, entras en trato con el comandante don Miguel de Flores, *Capitán de Cavallería,* hijo de Quito y sujeto de mucha instrucción; se *bolbió* a romper el coche, ¡vaya villano a lo burdo, con la cebolla y el pan!, y tienes que caminar, entre nieves y ventiscas, hasta la Ermita de las Virtudes; Valdepeñas, Manzanares, Villalba, Cumañas, Tembleque y, por fin, la villa de Madrid; una ciudad todo Corte, a la que bien podría suprimírsele ese remoquete de villa; en aquel marzo, cumplías exactamente veintiún años; te alojas en la casa de un amigo de tu padre, don Alfonso García Granado, para quien traes como regalo una fanega del mejor cacao que se produce en Barlovento; junto a una patinosa chimenea donde crepitan aromáticas podaduras de naranjos, toman una taza de chocolate espeso; entre sorbo y sorbo, don Alfonso va contándote sobre los sucesos peninsulares más importantes de los últimos años; te habla del reinado de Fernando VI y de la paz de Aquisgrán —firmada, mozo, cuando usted todavía andaba paseando en las verijas de su padre—, de la política pacifista de Fernando, la era de la neutralidad; de los ministerios de Carvajal y Ensenada; del influjo de los franceses *("Yo conocí en Madrid una marquesa que aprendió a estornudar a*

la francesa"); del progreso naval y de la Hacienda; del matrimonio de Fernando con Bárbara de Braganza, vieja, revieja, matusalena y más fea que mogote; de los conciertos cortesanos de Farinelli, un *castrad* fenomenal capaz de competir con una trompeta y ser aplaudido por semejante hazaña, a quien todavía podrá usted admirar, aunque un poco desmejorado en sus facultades, en los teatros de la Cruz y del Príncipe; también te habla, ceremonioso, de la asunción al trono del muy benigno Carlos III, antiguo rey de Nápoles y Sicilia, a cuya corona hubo de renunciar para venir a gobernarnos; a pesar de la Guerra de los Siete Años que asoló a Europa, es el suyo el reinado más próspero y edificante de cuantos ha tenido España, te dice; poco importa que en sus manos se haya perdido la Florida y parte de la Luisiana; poco, que haya habido que deponer el derecho de pesca de Terranova y, menos aún, que se haya devuelto la colonia de Sacramento a Portugal; están allí, a la vista, las mejoras en la situación interior del reino; las mejoras del nivel económico y cultural; el incremento de la agricultura, de la industria, del comercio; la protección de las letras, de las artes y de las ciencias; la creación de bibliotecas, museos y centros de estudios; los canales de Aragón, Tortosa, Manzanares, Guadarrama y Pantanos de Lorca; la ley agraria; las Compañías de Filipinas y el Banco Nacional de San Carlos; el libre comercio de Indias; la reglamentación de carreteras y correos; y, sobre todo, el ornato y adecentamiento de Madrid, convertida, por su gracia, en una de las más bellas ciudades de Europa; antes, usted no lo creerá, era ésta un pobre villorrio de construcciones bajas, con las calles empolvadas, llenas de hoyancos y baches, a oscuras, sin alumbrado público, sucia y degenerada en sus costumbres; las mujeres lanzaban desde los balcones, a plena calle, sus culeros ensangrentados de menstruo y volcaban sobre las cabezas de los pasantes las fétidas aguas de sus orines; camorristas, beodos alborotapueblos, rameras y barraganas, chulapos, comblezo y hombres de toda laya, formaban sus reyertas, por doquier, en esquinas, paños y portales; nadie que se estimara podía salir

de su casa con mínima seguridad; los robos y las pillerías pululaban; pues, muchacho, con todos esos desafueros terminó el monarca; con razón se le ha llamado *"el mejor alcalde de Madrid",* porque hasta la molestia de hacer lavar las calles y las fachadas de los edificios, con agua y jabón, se tomó. Sólo que, como es de suponer, en todas partes se cuecen habas y nunca faltan descontentos; por desgracia, la carestía de víveres a consecuencia de un muy duro invierno y el deseo del ministro Esquilache de modificarnos el traje, poniéndonos como quien dice a culo pajarero, recortándonos las amplias capas y recogiéndonos las alas del chambergo, bajo pena de multa rigurosa, provocó, hace algunos años, un gravísimo motín popular.

¡Que nos respeten nuestras capas!

Tras otra taza de chocolate, esta vez aderezada con una buena copa de "Terry", don Alfonso continúa su perorata; es cosa probada que el motín de Esquilache fue preparado y pagado por agentes internacionales enemigos del Gobierno, te dice; todo comenzó en la plaza de Antón Martín, donde asistieron varios embozados el Domingo de Ramos, desarmaron al retén que les intimó la orden de obedecer y despojarse de las capas y los sombreros prohibidos, y dieron lugar a que, reunidas diez o doce mil personas, corrieran dando gritos por las calles, con la fatídica apariencia de una escena del Apocalipsis —la voz de don Alfonso cobra tonos terribles, los ojos se desorbitan y goterones de sudor comienzan a empaparle el alza cuello de rasoliso—, crispados los rostros, ensombrecidos los ánimos, al unísono de *"¡Muera Esquilache! ¡Viva el Rey!" "¡Que dejen la jodienda! ¡Que nos respeten nuestras capas!",* y saquearon e incendiaron la casa del ministro y quemaron el retrato de éste en la Plaza Mayor, y al día siguiente, con un fraile *del* convento de San Gil a la cabeza, se dirigieron a Palacio y humillaron al Rey, haciéndole firmar una capitulación irrespetuosa, por lo que tuvo que huir, secretamente, a Aranjuez, desde donde, previo el dictamen favorable del Consejo de Estado, confirió poder al conde de Aranda, entonces capitán general de Valencia, mientras los motines se extendían a Cuenca y Zarago-

za, a Palencia, a Azcoitia, a Barcelona, y todo por no haberse procedido a decapitar a tiempo a los culpables con el hacha del reverendo Torquemada, aunque, por fortuna, pudo llevarse a feliz término el asunto, gracias a la prudencia del conde de Aranda, pese a que no se pudo volver atrás la supresión de la guardia valona ni el mantenimiento de la capa larga y del sombrero redondo. El motín de Esquilache y las turbulencias consiguientes acarrearon luego otros acontecimientos, acaso el más importante de todos: la expulsión de los jesuitas, luego de muchos años de no querer cumplir sus obligaciones ni ejercer sus ministerios; ¿qué hacían aquí, en el reino, los curas?; conspirar, enriquecerse hasta la demasía con la opulencia de sus bienes *"de manos muertas",* fornicarse en los confesonarios los pellejones de las fembras. A poco de haberse calmado la agitación provocada por el motín, una consulta del Gobierno, en respuesta a un breve pontificio, atribuyó la culpabilidad de aquellos sucesos a los jesuitas. Por eso, por eso —afirma sentencioso don Alfonso, mirando por encima del hombro, con la diestra extendida, en gesto que parecía copiado del propio *Rege Carolo III*—, por eso fue que sacamos de todas nuestras posesiones, incluidas las vastas Indias, a esos pérfidos ensotanados; bastaba ya de sus pasiones y sus profecías, de sus epístolas pasquineras, de sus monopolios y sus engaños, de su estarse de mangas y sus infames fornicaciones; por eso los echaron también de Nápoles, y de Malta, y de Parma; por eso hemos solicitado, formalmente, del Papa Clemente, la supresión absoluta de toda la Compañía; por eso hemos cerrado sus cenobios y conventículos, convirtiéndolos en ventas y mesones para uso de romeros y viajantes; y clausurado para siempre sus cratículas, remachadas con tablas y tablones de doble espesor; y quemado los hábitos de sus roperías y sus breviarios y sus cíngulos y sus antífonas y sus santorales, en pública pira; y repartido los alimentos de sus provisiones entre la población más indigente; y sacado sus confesonarios a la calle para que bien sirvan de garita a los centinelas en las esquinas; e incorporado sus tesoros al patrimonio real.

¡Sapere aude!

Después de esa instructiva noche, pasada en compañía de tu anfitrión; a partir de la mañana siguiente, te dedicas, presuroso, a conocer la ciudad; en la primera librería que ves, te procuras una *Historia de España* (¡tanto te había motivado la conversación de don Alfonso!); unos grabados del Papa y otros del Rey, para familiarizarte con la estampa de ambos personajes; un *Atlas Geográfico,* para comprobar la extensión del mundo, deseando, secretamente, que fuera a la medida de tus botas de siete leguas; un tratado de matemáticas, con vistas al cumplimiento de tu objetivo inmediato: la preparación para el ingreso a la Escuela de Cadetes; más adelante, compras para tu hermana Rosa una cofia blanca de imitación etrusca, confeccionada en París, idéntica a la que —según te informó la vendedora, con ademanes untuosos— lleva la Princesita de Asturias; por el primer barco que salga con destino a América, te prometes enviársela; gozas, imaginándotela, ostentosa, amanerada, engreída, luciéndola sobre su cabeza rubia, por la puerta mayor de la Catedral, a la entrada de la misa de once, ante el clamoreo de cumplidos y el coro de adulancias —disfraz de consabida rabia— de las caraqueñas marquesitas de gracias al sacar; por años, alimentarás esa ilusión de poner a lucir en la figura de Rosa los más ricos desvaríos de la moda europea. Unos

pasos más allá, en otra tienda, esta vez de instrumentos musicales, compras una flauta, de boj, con arcos y embocadura de marfil, fabricada en Mons por el excelente artífice Nicolás Marcel Raingo; siempre tuviste especial predilección por ese instrumento; en tu mocedad de Caracas, aprendiste a tocarlo; era la tuya de entonces una tosca flauta de madera, recta, sin llaves ni palancas, pero con un sonido suave y brillante y de la que tú podías obtener, sin mayores dificultades, diversos registros con matices propios, desde el más grave (cual la voz quebrada de una mujer), hasta los más agudos (semejante a trinos de pájaros para incitar el baile de niños o de muñecos). Una atmósfera de perezosa ensoñación te arroba; no hay nada que pueda desconcertar el recuerdo. Tirado de espaldas, sobre una colcha de felpa o sobre la pura arena, a la sombra de un arbusto cualquiera, vuelves a interpretar las sibilantes melodías de Blavet, las sonatinas de Marcello, las inspiradas composiciones de La Barre. Para nutrirte de conocimientos, pendiente de llegar a convertirte, a través de *la Ilustración,* en *el primer criollo de dimensión universal,* te detienes en todas las librerías que encuentras a tu paso y te aprovisionas con los más tentadores títulos; desafiando las pesquisas inquisitoriales, los textos de Francia e Inglaterra penetraban ya en la península; dominando a perfección el latín y el griego, dispones de una sólida cultura clásica adquirida en la Universidad de Caracas, pero, por el momento, lo que despierta tu interés es el pensamiento filosófico y las corrientes artísticas contemporáneas que llenan ese aguafuerte magnificente, vitral de relumbrones, que es *el Siglo de las Luces;* con avidez, devoras el *Fray Gerundio de Campazas* del padre Isla; te prendes de su desenfado, mordacidad y rebosante gracia natural para burlarse del conceptualismo de los predicadores culteranos; ¿te sientes cansado ahora?, ¿te pondrás de pie?, ¡oh!, espera, no interrumpas el fluir del recuerdo; ¿qué es eso que vuela?, ¿una golondrina?, murciélago probablemente; decíamos que te habías prendado de su desenfado (el del fraile Gerundio, sí); por él

comienzas a descubrir una visión religiosa distinta a la de los rigurosos cánones de la Caracas rezarosario del obispo Martí; más tarde, atacas la *Logique de Port Royal* de Arnauld y Nicole —se trata de una edición Sorbiére, Lyon, 1684—, y el *Tratado Moral* de Malebranche; aprendes que la razón es infalible, inmutable y no susceptible de corrupción; que ella debe ser siempre la reina; que Dios mismo la sigue; que la inteligencia es preferible a la fe, puesto que la fe pasará, pero la inteligencia subsistirá eternamente; te ves, así, metido de pronto, dentro de una Escolástica Nueva, la del Racionalismo Cartesiano, tan diferente y tan parecida a la del Tomismo Clásico (estudiada por ti hasta la saciedad, apoyado sobre la mesa escritorio, leyendo, enrojecidos los ojos por el cansancio, en las propias obras del Angélico y en las de Duns Scoto, y en las de Alfonso Briceño, de Trujillo, y en las de Quevedo y Villegas, de Coro, y en las de Tomás Valero, de El Tocuyo): mundo de *ideas verdaderas* e *ideas falsas,* de *espíritu geométrico,* de *arte de persuadir y arte de pensar,* de *sensismo epicúreo y materialismo metodológico,* de *relativismo moral y absolutismo político:* mundo que propugna la comprensión del hombre a través del conocerse a sí mismo y que, para tal fin, reivindica la fantasía y el sentimiento, el *espíritu de finura* de Pascal, *las razones del corazón que la razón no conoce,* el pensamiento como única dignidad propia del ser humano y el *divertissement,* la distracción mediante las ocupaciones incesantes de la vida cotidiana, como forma o manera de buscar la felicidad y trascender la muerte, la miseria y la ignorancia; mundo rehabilitador del entendimiento infinito, del orden necesario y del orden contingente, de la libertad propia como fundamento último de la vida asociada útil y de la sustancia individual, Leibniz, como *razón suficiente* de todos los predicados posibles; mundo que grita, en fin, como recordaba Kant, *¡Sapere aude!:* ¡Ten valor para servirte de tu propio entendimiento, sin requerir guía ajena!

La sobria majestad de la razón

Un insecto vuela sobre tu cabeza; ¿una mosca impertinente, anunciando carta, quizás?; esa abeja que entró la otra tarde en la celda y que jugaba con su sombra contra el techo; bien podría ser la misma que te picó trasantier y que vuelve por ver; pero no te amedrentes; para seguir deslastrándote de los dogmas, cada noche, hasta muy entrada la madrugada (don Alfonso siempre protestando por tu exceso de consumo de combustible), lees *Les Discours sur L'Histoire Ecclesiastique* del abate anglicano Fleury, y te compras la Biblia, en varias versiones, para entregarte por tu cuenta y riesgo, sin temer las prohibiciones de Roma, al examen directo de los textos sagrados; pronto, te apercibes que necesitas mejorar tu francés, si quieres penetrar mejor el pensamiento de la época; para ello, contratas los servicios de M. La Planche, un profesor a quien pagas tres pesetas por mes; ahora, al entreabrir los ojos en la semipenumbra de la celda, lo ves de nuevo, buscando acomodo junto a tu camastro en la silla de tijera plegable, de hierro cincelado, que siempre cargaba bajo el brazo con el *Arte poética* de Boileau y la *Langue française* de Maudet; lo ves vestido con su invariable traje azul de tonos cobalto que verdean desvaídos y su empolvada peluca que distrae la inquietante expresión de su rostro (marcado por la impronta de la viruela), la descarnadura

de sus ojos penetrantes, el rictus de escepticismo de sus labios finos; sus colosales pantorrillas, fajadas invariablemente de blanco, marchan desacompasadas sobre unos zapatones de *roí fainéant* venido a menos; insiste, una vez más, en las excepciones a la regla de la formación del plural mediante el agregado de s: *bijou, caillou, chou, genou, hibou* (joya, guijarro, repollo, rodilla, búho), que tú tienes que aprender, en riguroso orden alfabético, cual un escolar de primaria, valiéndote de curiosos trucos mnemotécnicos; además de enseñarte el francés, te acompaña a visitar los monumentos más importantes de Madrid y sus alrededores; la primera visita es a El Escorial de Felipe II; a tu mente viene el recuerdo del soneto de Góngora, tan culterano como la *Historia Pontifical* del doctor Babia, *"de la disposición antes limado, / y de la erudición después lamido";* como de costumbre, todo está tranquilo en el lugar; los *sacros, altos, dorados capiteles* borran sus arreboles a las nubes; por lo demás, todo es adusto, como corresponde al monumento que *el mayor rey de los fieles* erigió para asegurarse su entrada a la Eternidad, mortificándose en rechazar los huelgos de los sentidos, la guerra, la caza, la cetrería, el amor carnal, al regresar de su victoria contra los herejes de Flandes, en medio de una planicie brillante despoblada de sus antiguos pinares; te sobrecoge la calma magnífica, la placidez del claustro monjil, el aposento cenobial, la sobria majestad del lecho de roble donde imaginas el cuerpo tumefacto del Príncipe padeciendo la desdicha de sus chancros venéreos, impétigos, furúnculos, ectimas, vesículas y pústulas, abscesos y flemones supurantes, su sífilis y su miedo, su fariseísmo y su misericordia; más allá, admiras el Patio de los Evangelistas, desnudo cuadrilátero de granito, tan profundo como largo, concebido como un campo romano, severo y simétrico, o como la parrilla que conoció el suplicio de San Lorenzo, *el mayor mártir de los españoles;* la Escalera Principal del bergamasco Gianbattista Castello; y el Patio de los Reyes, sobre el entablamento del pórtico de la iglesia, y las estatuas de David y Salomón,

Josafat y Ezequías, Josías y Manasés; y la gran basílica (por fuera un probo castillo con ángulo de bastión, por dentro, una sola nave, inmensa, vacía); y la fachada, de líneas rectas y perdidas en el llano inmenso (sin una sola concesión al capricho, salvo, quizás, aquella obsesionante sucesión de ventanas), toda como una sola pieza de granito gris plantada sobre un tablero de losas blancas y pulidas cuyo albo contraste da un aire aún más severo a la construcción, toda pareja, toda sobria, una auténtica *Fortaleza de la Eucaristía,* fabricada piedra a piedra, pilastra por pilastra, arcada por arcada, sobre la culpa, la penitencia y el desafuero del divino Rey Católico y su imperturbable deseo de purificar la *"Terra Nostra"* de toda plaga infiel, extirparla, mutilar sus miembros, dejándola sola con sus huesos mortificados pero puros; los huesos de los Austrias y los Borbones que se pulverizan en el pudridero del Panteón, ante la mirada cínica (casi depravada), y la sonrisa descreída (un tanto guiñolesca), de M. La Planche que, teatralmente, pareciera estar llorando ahora; ¿llorando?; sí, llorando; ¿por quién?; por ellos; pero que, en realidad, lo que de verdad hace es burlarse de tanta panoplia funeraria y tantas ideas extraviadas sobre el Más Allá y tantas aladas cabezas de angelotes rubios y tantas convulsas figuras de demonios y tantos epitafios en latín macarrónico y tantas tumbas de pórfido y mármol y jaspe, con sus pesadas losas reposando contra las laudas y los basamentos piramidales de una tradición inútil, infecunda, embrutecedora y envenenada como los mejillones que se enquistan en los desagües del puerto; M. La Planche te hace un guiño, consciente tal vez, como buen iluminista (lo piensas calculando el peso de cada palabra), de que la esencia metafísica de la realidad y del espíritu humano, la trascendencia religiosa y todo lo que ella implica (incluido el temor de Dios y el no juramento de su santo nombre en vano y todo el decálogo de la ley mosaica), no son más que pazguatadas, puras supersticiones que no tienen el más mínimo fundamento en la Razón; la Razón, así dicho con mayúscula, y su

poder iluminador, es la única capaz de revelar al hombre su verdadera y única naturaleza y determinar su retorno a ella; un retorno que no puede ser, como pensaban los renacentistas, simple vuelta a sus orígenes históricos, a su antigua sabiduría originaria, sino a su verdadera y única naturaleza racional, al fin iluminada y descubierta, y, por tanto, repudiante de todos los prejuicios, tradiciones y supercherías que, como esos pútridos y enjoyelados cadáveres de El Escorial, se han interpuesto, a través de los siglos, entre el hombre y su propia mismidad.

Retrato de un maestro

Mientras espera tu admisión en la Real Academia Militar, sigues visitando palacios, monumentos y museos, siempre acompañado por el inefable iconoclasta que, a cada instante, sorprende tu curiosidad divertida o intrigada con nuevos y cada vez más disímiles conocimientos. Paseando por los maravillosos jardines de San Ildefonso, te explica en detalle los complicados motivos mitológicos de sus fuentes, aprovechando para relatarte miríficas historias de dioses griegos y romanos, gorgonas y jóvenes hiperbóreos, cosmogonías asirias o caldeas, totémicos verracos de Castilla y ciervas de Bocairente y Balazote, pasajes enteros del *Ramayana* o el *Mahabharata,* la leyenda del hada *Mélusine* que habita en Lusignan o la de los árboles fantásticos de Borneo que cuelgan del cielo, ramas hacia abajo, para facilitar la comunicación de los dioses con los hombres. En el Palacio Nuevo, se detiene frente a las obras de Tiépolo para hablarte con facundia digna del gran maestro rococó, hasta muy entrada la tarde, sobre sus enormes composiciones decorativas cubrientes de techos y paredes, sus enjambres de figuras móviles, sus vertiginosos escorzos, la proliferación de sus trazos curvilíneos y su inigualable realización del trampantojo que, centurias antes, fue búsqueda inalcanzada para los pintores pompeyanos de la era de Augusto. En el

viejo Palacio del Retiro, emocionado ante la magnífica estatua ecuestre de Felipe IV, la obra cumbre de Pietro Tacca, y sobre todo, por las excelencias mismas del velazquiano animal (parado en las patas de atrás, con las delanteras levantadas en actitud de saltar, tendida su crin al viento, y con tanto coraje que se le ven brotadas las venas por todo el cuerpo), eufórico, casi hinnible, púsose a hablar por horas y horas de todos los caballos célebres de la historia y de aquellos que figuran en el *studbook* inglés, los cuales parecía conocer con cascos, pelos y señales. Y es que, sin pecar de exagerados, nuestro amigo era un ser pendiente de todas las cosas, abierto a lo humano y a lo divino, a la esencia y a la existencia, al placer y al dolor, a la teoría y a la *praxis,* a la vida y a la muerte. Bien lo señaló don Alfonso, cuando te lo presentó: "Su cerebro no cobija un espíritu sino todos los espíritus juntos, que celebran allí sus aquelarres"; oyéndole, viéndole vivir, con esa vehemencia, con ese desenfreno, con ese deslumbrante crepitar y ese derroche de sapiencia y ese lúdico disfrute del mundanismo, no podía uno menos que padecer un real estremecimiento de insuficiencia, una obstinada voluntad de imitación. Pescando en el estanque de El Retiro, al tiempo que ensartaba en el cambero, por las agallas, los peces que había recogido, una mañana, te dijo: "Hay que ensayar en el alma todas las formas posibles; Dios nos ha confiado el fuego, y debemos alimentarlo con lo más precioso de cuanto encontremos; hay que hacer entrar en nuestro ser todos los modos imaginables, abrir todas las puertas del alma a todas las ciencias y a todos los sentimientos; a condición de que todo cuanto entre no lo haga en confuso montón, hay en ella lugar para el mundo entero"; ciertamente, se trataba de un filósofo; de un filósofo cabal, apretado y ceñudo, convencido y redondo; no al modo de los griegos y los escolásticos; no un simple amigo de la sabiduría por la sabiduría misma; no un *dilettante;* no un humanista completamente vuelto hacia el pasado antiguo; no un sabio misógino de alelada pupila anquilosada en la mera contem-

plación, absorto en el tratamiento recóndito de los grandes problemas teóricos; un hombre, eso, un hombre entre los hombres de su tiempo, ilustrado y viviente, combativo y militante, actor y testigo; como Voltaire, podía gritar: *"Paciente en mis males y. alegre en mis desplantes, / me burlo de toda clase de orgullo, / con un pie apoyado en el ataúd, y con el otro dando brincos";* hijo de un matrimonio de granjeros de la Provenza, cuando apenas contaba once años de edad dejó la casa paterna, a causa de un disgusto con uno de sus hermanos mayores, y decidió adoptar el apellido La Planche (correspondiente a un fraile amigo de la familia y mucho más de mi madre, solía decir con esa cáustica ironía del Cándido que le era propia, no espontánea, adquirida poco a poco, y a veces conquistada); puesto en habla generosa por el Valdepeñas bebido, en una de esas tabernas del Arco de Cuchilleros, le da por contarte su vida; la ida de la casa fue en el terrible invierno de 1709, te dice; un invierno que heló el Sena y repletó el Puente Nuevo de cadáveres congelados; el hambre cundía por doquier; los motines se multiplicaron e, incluso, el rey Luis se vio obligado a entregar su vajilla de oro y plata y las demás joyas de la corona a la Casa de la Moneda; a pesar de la miseria y las otras calamidades, cogió el camino de la vida; en vano recorrió aldeas y posadas, ofreciendo sus servicios a cambio de albergue y un trozo de pan; un día que iba de Provins-de-Brie a una granja alejada del pueblo, aproximadamente legua y media, le sobrevino un dolor de cabeza tan violento, que parecía como si le fuese a estallar y a salírsele los ojos de sus cuencas; llegado a la cancilla de la granja, suplicó a la persona que vino a abrirle que le permitiese descansar en un sitio caliente; el buen hombre lo condujo al establo de las ovejas, donde el vaho de los animales no tardó en disiparle el embotamiento; pero, en lo tocante al dolor, su violencia alcanzó un grado de delirio; y al día siguiente, por la mañana, habiendo el granjero venido para saber cómo estaba, quedó espantado al ver sus ojos brillantes e inflamados, hinchado el rostro, y el

cuerpo todo, rojo como la grana y cubierto de horribles pústulas; se trataba de la viruela negra, la maldita, fatídica peste que pudo haber dado cuenta de él, a no ser por los cuidados samaritanos del empobrecido granjero; con trapos viejos, lo envolvió como una momia egipcia, enterrándolo después entre unas cuantas gavillas de heno y las capas de estiércol de redil allí amontonadas; quedándose, por días y semanas, como el santo Job, no encima, sino tapado hasta el cuello por aquella pestilente, avelenada, inmundicia; por fortuna, el calor del estiércol y el vaho de los animales que con él convivían produjéronle unos intensos calorones que, pronto, hiciéronle expulsar el veneno de su cuerpo, fijándosele la erupción papular, a ras de piel, sin otra mala consecuencia que las cicatrices, erosiones y hendiduras lamentables que, a partir de entonces, le minaron para siempre el aspecto; alimentándose apenas con caldos de agua salada, a falta de sopas más nutrientes, y mendrugos de pan negro, endurecidos por el frío, no se explicaba cómo pudo sobrevivir; pasada la cuarentena, se empleó como sacristán ayudante de un canónigo caritatero de la catedral de Chartres; allí aprendió a leer y a escribir, atragantándose con la vida de todos los santos, visionarios, mártires y grandes inquisidores; a lo largo de su vida errabunda pasó entonces de oficio en oficio y de pueblo en pueblo; cazador especularlo de alondras en los valles del Loira, por años, se ganó la vida amaestrándolas para venderlas luego en los mercados de Orleans; músico, tocador de clavecín, en la corte sinfónica de Prusia; fabricante de relojes, en Ginebra; saltimbanqui volantinero en un circo rodante de Austria; aprendiz de pintura, con Gabriel de Saint-Aubin, en su estudio de París; guardián de una logia masónica en Chambéry; impresor, en Turín; bibliotecario, en Florencia; alquilador de sillas volantes en la platea de la Scala de Milán; en su fascinante tarea de recorrer mundo, llegó hasta África del norte, la Persia milenaria y la India musulmana; fue el primer europeo que pisó las ruinas de Mareb, la antigua Saba de la bíblica reina Balkis,

en Hadramaut, al sur del desierto, al este de Adén; cabalgando sobre un burro marico, pequeño, peludo, suave, tan blando por fuera que se diría todo de algodón, atravesó esas tierras de leyenda, tan fantaseadas por los narradores de todos los tiempos, dónde, dos mil años antes, se perdió el ejército romano de Aecio Galo a la búsqueda de la costa salvadora, después de haber fracasado en el intento de conquistar la ciudad sagrada; disfrazado con una chilaba blanca guarda y una inmensa barba postiza, entró a las ruinas; encontró allí cincuenta y seis inscripciones que calcó con la ayuda de un cepillo de zapato y que creyó eran las indicaciones de otros tantos lugares donde debían estar ocultos los tesoros de la mítica soberana; regresó por el camino de la Costa Roja, vagando de aldea en aldea, abrigando el irrealizable proyecto de poder, alguna vez, emprender por sí mismo la excavación de esas ruinas, en pos de las maravillas de una civilización perdida y, lo que más desataba su imaginación, los abiertos cofres de piel de elefante con incrustaciones de nácares y múrices, los arcones de madera azul, vomitantes de collares de perlas, brazaletes de ébano, lluvias de alhajas de oro, cataratas de piedras preciosas, cristales vagarosos, corales, ámbares, esmaltes, tablas cuneiformes con fórmulas secretas del mago Zoroastro, botijas de perfumes sutiles, vasos de turmalina, urnas de peridoto, cerámicas magníficas de artífices noveles, un palacio de diamantes, una tienda hecha del día, un quiosco de malaquita, un gran manto de tisú; para subsistir, exhibió en plazas y mercados la curiosidad de su burro marico que, sujetado por el cabestro, debía soportar la furiosa arremetida de cualquier semejante birriondo que al efecto se encontrara, ante las miradas sorprendidas, burlas y chanzas procaces, de los indígenas pasantes; y en la medida que la rijosa macana se adentraba más y más en el constreñido e inadecuado conducto, oíanse los lastimosos rebuznos del pobre animalejo, mientras dos lágrimas perladas, morosas y lentas, desprendíanse de sus ojos duros cual un par de escarabajos de cristal negro; así llegó el increíble M. La

Planche a Hodeidah, donde por meses se desempeñó como tendero, abrigando la esperanza de poder iniciar muy pronto sus abismales, desvariantes, excavaciones, hasta que la hostilidad de un derviche, que había adivinado en él al infiel buscador depredante de incógnitas riquezas, amotinó la multitud en su contra y nuestro amigo tuvo que huir, por encima del amenazante vocerío, llevándose en su barca las inscripciones de Mareb y el asno maricón que, pasados los años, murió de viejo en el jardín Zoológico del bosque de Vincennes. De vuelta a su país natal, aureolado por la fama de viajero exótico y acucioso conocedor de paisajes, gentes y costumbres distintas, M. La Planche frecuentó los círculos literarios y artísticos, los cenáculos filosóficos, la licenciosidad de la Regencia, y se hizo amigo de todos los hombres que configuraban la vanguardia del momento; conoce así a Carlos-Luis de Secodant, barón de la Bréde y de Montesquieu (un bolascaídas, inteligente sí, pero como esas piedras que siguen frías aunque las echemos al fuego); con él, pasó largas tenidas rememorando sus aventuras en los ambientes naturales de los personajes Rhedi, Rica y Usbek; conoció, igual, a Francisco María Arouet, el gran Voltaire, *"el siglo XVIII completo",* al decir de Víctor Hugo; el increíble, el irrefrenable, el deslumbrante Voltaire, *Cicerón el Charlatán,* el *Hermano Francisco,* el *Ermitaño de los Alpes,* la *Marmota de Ferney,* el *Ingenuo de Cirey; Alexis, arzobispo de Novgorod la Grande, alabando a Santa Toleranski; Charles Goujou* atacando a los reverendos padres; el *padre Policarpo* hendiendo los derechos feudales; *Joussouf Chéribi, muftí del Santo Imperio Otomano,* denunciando el *"horrible peligro de la lectura";* el más agudo de los habitantes; y el más querido, y el más respetado, y el más temido, y el más admirado; M. La Planche recordaba a menudo la recepción triunfal que la ciudad le brindó años atrás; la gente detenía su coche, desuncía los caballos y lo llevaba en hombros como a un torero triunfador; la pelliza de visión perdió por el camino todo su pelo, porque millares de manos se disputaban sus mechones;

reducido como se hallaba a un esqueleto, el pobre llegó a su destino con los huesos rotos y una bronconeumonía que casi le provoca la muerte. También conoció La Planche a Mme. Emilie de Chatelet, la amante del genial hombre, comentarista ella misma de la filosofía de Newton y autora de un muy interesante opúsculo sobre *La naturaleza del fuego;* a Diderot, a D'Alembert, a Lasage, a Pirón, a Boufflers, a Florian, a Beaumarchais, al propio Regente, y a ese pequeño monstruo, J.J. Rousseau, un cretino secular que depositó en la inclusa a los cinco hijos tenidos con la feúcha Teresa Levasseur, para no verles nunca más, *"el perro enloquecido de Diógenes",* parecido al filósofo no más que el mono al ser humano, y por encima de todo, al decir de La Planche, pésimo escritor; su butirosa novela *Eloísa,* con más grasa que carne, son setecientas páginas de exclamaciones fútiles, suspiros, ayes, adjetivos insulsos hinchados hasta el superlativo y una diarrea, caterva impresionante, de puntos suspensivos; no en balde, el primer beso se produce en la página noventa; nadie se explica cómo puede gozar de tanta aceptación; cómo haberse convertido en el libro más leído de los últimos años. En la misma medida que admiraba a Voltaire, La Planche no ocultaba su aversión por Rousseau; se pasó la vida, decía, amando mujeres mayores que él; haciéndose maltratar por ellas, con chicotes y manoplas, cadenetas y varas, nervios de buey y anguilas de cabo, cuerdas múltiples y manatíes fustigantes; masturbándose en zaguanes, portales y letrinas, a la oscuridad de la noche o a la luz de pleno día, clandestinamente o en público, a la vista de todos, en un como afán demencial de sacar al ogro Onán del apelmazamiento de los otros ogros profundos, del morbífico fondo de las subyacencias y las subtendencias, y ponerse a pasearlo por las calles de París, retador y campante, exhibiendo el subibaja de su torvo manoseo, la sórdida obstinación de sus frotamientos, los fálicos restregones, las frenéticas rociaduras para salpicar a los desprevenidos o estupefactos transeúntes con las infecundas gotas de su semen gutífero;

"¡vaya manera de comenzar a caerle a patadas a la podrida sociedad!", solía comentar con sarcasmo M. La Planche, cada vez que refería la anécdota; era un enfermo crónico de angurria —seguía despotricando impertérrito—, y se vestía ridículamente, con una gorra cibelina y un caftán de satén rojo, pues había prescindido de los calzones por culpa de la inmensa vejiga de vaca que llevaba entre los muslos, para almacenar sus pródigos orines; el berrinche amoniacal, como de jabalí puesto en celo, que se desprendía de todo él, de su bajo vientre, de su cuerpo entero, por todos los poros y hasta por el aliento mismo, cuando se ponía a hablarle a uno de cerquita, poco a poco, ahuyentó a los contertulios de los proustianos salones de la señora D'Epinay, y de los de la señora Geoffrim, y de los de la baronesa Melchor, otrora muy concurridos y donde La Planche, revestido de pronto con un neotérico título de vizconde de Avallon y señor de Baume-Les-Dames, asistió muchas veces a estupendas veladas, bailes de máscaras, conciertos barrocos, recitales de canciones ligeras, representaciones de comedias frívolas, develaciones de los oficialescos retratos de Mme. Vigée-Lebrun y agrias, casi boxísticas, disputas entre newtonistas y cassinistas sobre las oscilaciones del péndulo y la tierra achatada y la tierra alargada en la dirección de los polos; hasta que, posteriormente, la atribuida paternidad de unas letrillas soeces sobre la prostibularia vida del Regente *(Putains, maquereaux ou prélats, / sont les seuls que ta main caresse),* las cuales cobraron inmediata popularidad, en las *halles* parisinas, entre los vendedores de hortalizas, los descargadores, los carreteros, las modestas amas de casa, mucamas y cocineras, llevó a La Planche a terminar con sus huesos en las celdas de La Bastilla. Gracias a las protestas enfurecidas de Voltaire, la pena de presidio le fue conmutada por la de exilio perpetuo, y hubo de pasar a España, donde terminó sentando sus reales, como profesor de francés, a domicilio, tres pesetas por mes la hora semanal y absoluta garantía del aprendizaje de la lengua en sólo quince lecciones. Ahora, las jubilares

noticias que tú le das sobre el Nuevo Mundo despiértanle otra vez sus ansias de aventura; a toda hora pregúntate razones de clima, de vegetación, de costumbres; indaga sobre las culturas de los antiguos aborígenes, sobre el comercio de los esclavos, sobre la bondad de las mujeres. Cual un osado filibustero del siglo XVI, comienza a imaginar oro en las entrañas de la tierra; oro en las arenas de los ríos y de los lagos; oro en los fardos funerarios, en los guijarros del suelo, y en las estatuas y en las paredes de los templos. Atento y divertido, le cuentas la ficción de *El Dorado.* Densas nubes de oro pasan rozando los árboles cuyos frutos y ramas también son de oro. Palacranas deslumbrantes —granillos menudicos, unos redondos, otros prolongados—, caen del cielo en sustitución de las gotas de lluvia. Oro molido son los médanos y oro líquido corre en borbotones por arroyos y torrentes. Quijos de gran espesor, sin mengua ni poquedad, forman los esquistos de las altas montañas y todo el país podría decirse que es una gran mina mayor. No por casualidad sus habitantes se visten con guayucos de hilos de oro, petos de oro coronario, orejeras de oro cobrizo, chullos de oro de copela, máscaras de oro guañín, guanteletes de oro mate, diademas de púrpura de casio, collares de oro fulminante, narigueras de metalla y hasta toscas sandalias de metal machacado. En cuya consecuencia, te parece que con oro también han de alimentarse. Panes de oro y lingotes, pastas, tumbagas, chafalonías y oros verdes, de seguro, forman su nutrimiento, en lugar de los frutos de caza y sementera. Y, sin pecar de exagerado, oropeles y similores deben de evacuar como excrecencias. La Planche alcanzaba, entonces, un maravilloso estado de inspiración. Viajaría a América, a la busca de la Casa del Sol, para actualizar su viejo proyecto excavatorio de Mareb; soñaba con sepultadas ciudades incaicas o aztecas, plazas hundidas, templos empinados, paredes de cabezas clavas, interminables galerías subterráneas, zócalos enchapados; y un día, se presentó muy temprano porque, al fin, emprendería su *Viaje a las Regiones Equinoc-*

ciales del Nuevo Continente; te dejó de regalo varios cajones con algunos de sus mejores libros: *Les Réflexions critiques sur la Poésie et la Peinture* del abate Dubos, *La maniére de bien paser dans les ouvrages de l'Esprit* del padre jesuita Bouhours, el *Dictionnaire Universel,* las *Mélanges de Littérature et d'Histoire* de D'Alembert, los *Principia* de Newton, las obras de Locke, de Hume, de Berkeley, las deliciosas epístolas en verso del licencioso padre Grécourt y los no menos deliciosos *Ejercicios de devoción* del abate de Voisenon. Años después, volviste a tener noticias suyas: te dijeron que (llamándose, simplemente, *La plancha* por obra de la castellanizaron de su apellido), vivía en Amotape, una aldehuela extraviada del Alto Perú, amancebado con una indígena; que regentaba una escuelita de primeras letras, donde daba clases de anatomía desnudo y que, para alimentar a su copiosa prole, habíase dedicado a fabricar velas de cera, muy perseguidas por los lugareños, quienes las creían comestibles.

Las putas del cielo

Así transcurrían los días sin que supieras a qué atenerte con lo de la admisión en la Academia; no era fácil lograrla, te advenía cautelosamente don Alfonso; quizás mañana se sepa algo, agregaba como para mantenerte viva la esperanza; y mientras llegaba ese "mañana", en el tiempo libre que te dejaban los estudios seguías vagando por la ciudad, frecuentabas las verbenas de la pradera de San Isidro para participar con majas, manolos y chisperos en el juego de *La gallina ciega y* en el del *Matarilerilerón,* o, disfrazado con túnicas, clámides y coturnos, al modo de un triunviro romano, asistías a los bailes de máscaras bajo las arcadas de la plaza Mayor. Había allí lugar para las emociones fuertes, en noches borrachas de sangrías, vinos y cordiales de dudosa procedencia; confundido con arlequines y polichinelas, soldados berberiscos, putas famélicas, tersas colombinas, demonios alucinantes, ninfas, sátiros, centauros y centauresas, náyades y hamadríadas, sansones y dalilas, julietas y romeos, tutankamenes y cleopatras, reyes soles y reyes ciervos, jibosos bufones, antifaces de albayalde, mascarillas de cartón pintado, cucuruchos de papel lustrillo, y la siempre asegurada concurrencia de la españolísima Corte de los Milagros. A veces, de regreso, entrabas a la fonda de San Sebastián, donde solían reunirse los escritores y artistas más dis-

tinguidos del momento: Melchor de Jovellanos, notable polígrafo y divulgador, José Cadalso y su novia, la actriz María Ignacia Ibáñez, Nicolás Fernández de Moratín, el poeta Menéndez Valdés, el autor trágico García de la Huerta, el sainetero Ramón de la Cruz y el más tarde famoso fabulista Tomás de Iriarte; la conversación hasta el alba; el chiste de doble sentido, el comentario picante, *joderes* y *puñetas,* discursos y versos de nunca acabar; otras, entrabas en el prostíbulo de los sótanos del teatrico del Coliseo, decorado a guisa de convento, en cuya antesala marcaba la parodia un irreverente retablo de madera tallada con un Cristo agónico, mórbido, largo y fino, de afeminadas caderas, de ojos tiernos y crueles al mismo tiempo, al mismo tiempo abiertos y entornados, larga cabellera sedosa, coronada de horribles espinas, que caía, desmayadamente, en rizadas guedejas, sobre los hombros demasiado estrechos; curioso injerto hermafrodítico clavado en una cruz, sangrante, triturado, latigueado, torturado, magullado, roto, abierto el cuerpo a fuerza de azotes, las facciones quebradas, denegrida la boca, alanceadas las entrañas: un Dios, en fin, para sádicos, masoquistas y escoptofílicos; y, a sus pies, alegorías de la virginidad, el honor y la castidad, a no dudar tres de los grandes tabúes de la cultura celtíbera. La patrona del burdel sale a recibirte vestida de abadesa, con un hábito talar color fucsia, guarnecido de rica pedrería, entre Lucrecia Borgia y *visión beatífica.* Sin pérdida de tiempo, te pasa al aposento monástico, ornado con estatuas y estampas de santos y mártires, y en cuyo centro, la cama, encaramada sobre un podio, con telas bordadas y baldaquino, funge a modo de inmenso altar; arrinconada, rezando devotamente, prosternada sobre un reclinatorio de rojo terciopelo, la puta de turno, vestida de monja, espera paciente; la laxitud de su cuerpo y de su rostro expresa un inequívoco estado de entrega mística; rumorosa, junto a las cuentas de su rosario, va desgranando el murmullo de sus oraciones; *"¡Ven, ven a este corazón que ansía arrancar las espinas del tuyo! Ven para decirte al oído que*

te amo..., que ya no vacilaré en abalanzarme a hacer lo que me pides..., que soy tuya, como una pobre plantita que necesita el riego de tu preciosa sangre..."; voz femenina, ardiente y plena, temblorosa, acariciante, que increpa la imagen de yeso de un musculoso *Jesús atado a la columna, ofreciéndosele para arrancarle esa lanza despiadada que le horada el costillar* y beber su sangre, chupar ahí, en esa herida de amor; *"¡Oh mi Jesús!, estar tan cerca de ti y no poder estrecharte contra mi corazón, besarte mil y mil veces, con toda la efusión de mi ternura, poner mi frente de barro vil sobra la tuya de azucena y quererte y mimarte y lamerte, mientras me miras con tu mirada de cielo que penetra y baña y purifica";* voz jadeante, que de pronto va cobrando un acento sacrílego; goce criminal lleno de hiel y saña; eco dulce y misterioso como de ondinas de lagos, lúbrica, fornicaria, incestuosa; *"Cese ya, bien mío, tan crecido tormento, y ven, ¡ay mi Jesús!, vuela, rompe los velos que me apartan de ti, y ven ya a tu nido para calentarlo, a tu muladar para consumirlo, a este basurero que es mi cuerpo para incendiarlo con tu divino fuego; llévame a tu cruz, por fin: ¡oh, sí, a tu cruz, para clavarme en ella!",* cuando las luces de las lámparas votivas se desmayan paulatinamente y, al extinguirse del todo, el cuerpo profuso de la putica se sume en una semioscuridad de *Burlesque* parisino, oyéndose desde el fondo un coro de *Oratorio de Semana Mayor,* entonante de las horas canónicas, que remeda el clamor de angélicas milicias, y, a medida que se desvanecen los maitines y los laúdes, las primas y las tercias, las sextas y las nonas, las vísperas y las completas, rompe el rasgueo de una guitarra y la voz del *cantaor* entonando por bulerías los manidos versos de Santa Teresa, *No me mueve mi Dios para quererte...,* a ratos mezclados con los del *Cántico Espiritual entre el Alma y Cristo, su Esposo* o la *Llama de Amor viva* de san Juan de la Cruz, e inopinadamente una luna de pergamino se ilumina en el techo para alumbrar a la monjita que, ahora como una bella profesional del *déshabillage,* se quita parsimoniosa su hábito talar, arrebatada por el éxtasis,

moviendo la cabeza de un lado a otro con histéricos sacudones, sobre un fondo de bordoneos, cantes, chasquidos, obscenidades y palabras piadosas, ledos tañidos de campanas y titilaciones raudas: *"Oh Amor no amado, amor no comprendido! / ¡Oh Amor, por nuestro amor encarcelado! / ¡Oh Amor, por nuestro amor sacrificado! / ¡Oh Amor, del Cielo por amor venido! / ¡Oh Amor, que por amor has compartido / el dolor de tu siervo atormentado! / ¡Y mendigo de amor, muestras llagado, / oh Rey de Amor, tu corazón herido! / ¡Oh Amor, Divino Amor, que en dulce encanto / en mis pobres amores te recreas! / ¡Oh Amor, objeto del más tierno llanto! / ¡Oh Amor, perpetua luz de mis ideas! / ¡Oh Amor, eterno verbo de mi canto! / ¡Oh Amor, Amor, Amor, bendito seas!";* a punto que los movimientos de la mujer se van acompasando con los gemidos del *cantaor,* restregándose las tetas, paseando sus manos trémulas por las axilas, por el sumido torso, por los pezones eréctiles, por el surco intermamario, hurgando el ombligo abrillantado con escarchas y lentejuelas; en tanto que coloca una pierna sobre el borde de la cama, *Venero inagotable de espirituales dones, de ricas bendiciones, perpetuo manantial,* y la otra, tensa, hermosa, la levanta al aire; piernas suaves y bien torneadas, desnudas no, cubiertas por medias negras de tupidas redecillas y ligueros floreados sujetos a la fina braguita de encajes, prendas todas de rico poder fetichizante, que tú, ardido, carnifica, idolátrico, centuplicado ahora por los efectos de una erección creciente, contemplas desde tu posición, sentado sobre un cojín mullido de sutiles plumones, pudiendo ver tanto su ano, retráctil, respirante, como la vagina entreabierta y humedecida, que, lastimosamente, vislumbras longuilínea, rapada, desprovista de su adorno capilar, ese vellón que tanto te habría gustado palpar, sin que ello sea óbice para que pienses dispensarle, llegado el momento, tus diestras caricias genitobucales; cuando cambian de nuevo los efectos sonoros y se oye un órgano, cónico, cilíndrico, prismático, piramidal, con su música de profundo tinte litúrgico, de reminiscencias gregorianas, o de devoto

himno inglés, y se produce el consiguiente cambio espectral de la luna-luna-luna; y en el *templo silencioso, frío, inmenso, del espacio, se deslizan lentamente las estrellas tremulantes, y es un lirio blanco Sirio, una rosa Aldebarán;* cae la braguita de encajes, inesperada y jubilosa, y la muchacha comienza a autosatisfacerse, aplicando sus dos manos, jocosamente, como la gárgola pagana de la Lonja de Valencia, a medida que sus labios irrumpen con nuevas jaculatorias y plegarias, deprecaciones, votos, preces, salutaciones angélicas, avemarías y salves, credos, gloriaspatris y padresnuestros, trisagios, viacrucis, fervorines y estaciones; y retira de un estuche, colocado en la cabecera de la cama, el látigo flagelante de la diaria mortificación que te entrega solícita, humillada, penitente, instándote a despojarte de tu clámide y tu túnica, para vestir el atuendo cruel, la sórdida capucha, los infames guanteletes, del sayón disciplinante; al principio, ensayas tus golpes; diríase que te limitas a preludiar; pero, al mismo tiempo que vas sintiendo, *¡Oh llama de amor vivo que tiernamente hieres...!, ¡oh toque delicado, que a vida eterna sabe...!,* el fragor de la carne, la erguidura del carajo, empiezas a golpear con todas tus fuerzas, cual un sátrapa convulsionado, titánico, bestial; a cada golpe, los ataques extásicos de la muchacha se acrecientan; grita desesperada; sus ojos brillan, se hinchan sus venas, espumea su boca: *"Ven, Jesús, y empápame y penetrante... ven, vida mía, y calienta, quema, calcina, devora, estrangula, asfixia, vuelve ñingas, aniquila, mata, resucita todo mi ser... Ven, ven, ¡por favor, que el que no tiene amor no tiene vida!";* al momento de alcanzar el paroxismo, constelada y rígida, combada, maleable, latente, presa de intensas contracciones, rotando espasmódicamente, de atrás a adelante, de adelante a atrás, cuando te da la orden de seguir con redoblado brío y tú, todavía con furia suficiente para apaciguar sus fuegos, le infliges diez vergajazos nuevos en los hombros, media docena en la parte inferior del torso, otros tantos en las espaldas, en los senos, en las nalgas, en los muslos, en las pantorrillas, en el bajo vientre, en los

propios pliegues interiores de la vulva, tal como el ariete en otros tiempos arremetía contra las puertas de las ciudades sitiadas, hasta hacerlas caer; la llenas, así, de magulladuras, cardenales, contusiones, heridas, huellas de sangre que tú te encargas de lamer lujuriosamente, al extremo de ya no poder contener la descarga de tu semen: *Muerte y Transfiguración,* fuerza elemental capaz de perforar la molicie de las rocas, albricias esparcidas, mitigación aplacante que la muchacha recoge, deglutiente, en la boca aprestada: *"¡Triunfaste, Padre mío!", "¡Triunfaste!, ¡Triunfaste!"* No alcanzabas a entender cómo en el Madrid inquisitorial de entonces, con sus autos de fe en el primer domingo de Adviento y sus carrochas y sus golpes de vara y sus camisas de azufre, sus sermones espeluznantes y sus quemas de herejes, pudiera subsistir un burdel de aquellas características; después te enteraste que Marigómez, la bella abadesa propietaria, servíale sus favores a los miembros del Sacro Tribunal y que el mismo conde de Aranda, con quien (a decir verdad) nunca te topaste, era uno de los más asiduos concurrentes del sitio.

Héroes de la guerra y la novela

En la proximidad de las Navidades, apareció, finalmente, la lista de admitidos en la Academia. No incluía tu nombre. El llamado *"mal de la taciturnidad"* te sobrecogió. Noches y semanas enteras pasaste encerrado en tu cuarto, descontento de ti, descontento de todo, de tu familia deslustrada, de tu apellido, de tu destino, sin poder pegar los párpados, catapléjico, casi adherido a la colchoneta del camón. Tus ojos inmóviles, como piedras de extraña naturaleza, permanecían clavados en el artesonado del techo; horrendas conspiraciones te consternaban; la minusvalía casi daba cuenta de ti. De nada valieron, entonces, las frases de consuelo de don Alfonso ni el *"resígnese, joven, hay otras formas de ganarse la vida"* de doña Concha, su atribulada esposa. Tu mente seguía siendo un cúmulo de antagonismos. Te veías, de nuevo, arrinconado en el último penetral de tu casa de Padre Sierra, acosado, insultado, atropellado, perseguido por una jauría de demonios recién salidos de las más recónditas pailas del infierno, Satán y sus pompas maléficas, el Aquelarre como corte real, monstruos sagrados, pavorosos animales míticos, serpientes délficas, leones de Nemea, hidras de Lema, gigantescos toros de Creta, salvajes jabalíes de En manto, hórridos pajarracos de la Estinfalía, víboras de mil cabezas: la envidia y el escarnio, el zaherimiento y

el agravio, la insolencia y el oprobio, la demasía y el denuesto, el maltratamiento y la contumelia, el odio, en fin, de los obstinados enemigos de tu padre, a quien veías, renuente, obcecado, empobrecido, cascarrabiando, sentado en la conclusión y jurando como un carretero que no daría descanso a su brazo ni reposo a su alma hasta cuando no le probara a esa cáfila de ínvidos trúhanes su limpieza de sangre y que él, don Sebastián de Miranda, tenía por tanto pleno derecho a ejercer dignidades militares y a portar bastón, embozo, contraembozo y brochaduras. Piensas que, si tan siquiera, en aquellos momentos, le hubieses podido escribir a tu madre, contarle lo ocurrido, pedirle una voz de aliento, un alivio, una opinión; pero, no; nada, nada alcanzas a decirle; te sentabas frente al escritorio con un cuerno de tinta al lado y papel delante; semiconsciente, sumergías en el tintero una vieja y gastada pluma de ganso, pero no atinabas a figurar una sola letra; parecías revolver pensamientos para darles ímpetu y forma, pero ninguno llegabas a articular completo; dabas vuelta a la pluma entre los dedos, de un lado a otro, y volvías a caer en la inmovilidad; un día, al cabo de una hora o dos de estar impávido, casi sin pestañear, frente al límpido pliego, sólo pudiste garabatear: *"No valgo, cono, una mierda";* mientras, el insomnio, demasiado prolongado, iba minando tus fuerzas sin que sirvieran de nada los brebajes de acónito, ni las unturas de zumo de raíz de apio con aceite violado, ni los polvos verdes de culantro, ni el jarabe de lechuga tierna, ni las cataplasmas de pasto de cuaresma, ni los batidos de leche con azúcar moscada que doña Concha te prodigaba tres y cuatro veces por noche; hasta que un billete llegado de la Aduana te anunció una remesa de cacao, tabaco y añil, enviada por tu padre desde Caracas; no sufriste más, te precipitaste a retirarla; en los propios almacenes de los alrededores de la Aduana, entre comerciantes lugareños, le buscaste venta; con el producido te fuiste a Palacio, calle de Alcalá arriba, y, en un dos por tres, te compraste, al precio de ochenta y cinco mil reales contantes y sonantes,

una plaza de capitán en el Regimiento Infantes de la Princesa. En un segundo se borraron las noches de insomnio, de reproches sordos, de soliloquios maldicientes; y, de regreso a la casa, tiraste las medias por un lado, el justillo por otro, empapaste tu cabeza en la ponchera del aguamanil; con una badana humedecida de legítima agua florida, friccionaste tu torso corpulento, tus brazos hinchados de músculos, tus axilas, tus bien plantados muslos; puliste tus uñas, peinaste tu pelo y, muy orondo, frente al espejo de luna veneciano, con ademanes cuartelarios y parada de desfile solemne, calzaste las medias albarizas, los ajustados calzones de cantón, la colorada guerrera ennoblecida con áureas presillas y los zapatones de charol adeliñados con escarapelas un grandes como crisantemos abiertos; la garrida estampa que te devolvía el espejo pronto alejó de ti la pesadumbre y el despecho; como por arte de encantamiento, desapareció la tensión de tu ánimo; fuerza, gracia, arrebato, locura, poesía, juventud, iluminaron tu rostro de nuevo; y, haciendo borrón y cuenta nueva, te diste a improvisar gestos, a representar escenas, mimos, parodias y peripecias que recordaban la vida militar; el cuarto se transformó en teatro de operaciones, en Plaza de Armas, en campamento; el camón, en chabola o parapeto; una mesa con tablas abatibles, en repentina arganeta; la silla fernandina, en blanco de puntería, y la banqueta de la cómoda, en brioso corcel; modelando el mosquetón al hombro, la bayoneta afilada en actitud de ataque, el arcabuz de retrocarga a punto de disparar, imaginaste feroces encuentros con enemigos invisibles, peleas cuerpo a cuerpo, peligrosas maniobras de avance o retirada; con ayuda de tu flauta de boj, trastrocada en corneta de improviso, remedaste el tararí de los toques de diana, el regocijo de las canciones patrióticas y hasta el airecillo infantil aquel *"Soldadito español, soldadito valiente";* hábil marchador (firme, cara a levante, dando media vuelta, para ponerte cara a poniente), afecto a los ejercicios pedestres desde tus días de pubertad cuando subías al Ávila por el camino

de Los españoles, siempre frente al espejo biselado, marchas con pasos largos, con pasos lentos, con pasos redoblados, laterales, libres, honrosos, circulares, oblicuos, de parada, de oca, de maniobra, de ataque, de compás, con flexionamientos de cuello y nuca, con giros y saludos en dirección opuesta o en la misma dirección; por momentos, tu fantasía te lleva en vuelo por los siglos de la guerra, y a cada movimiento nuevo reflejado por la superficie especular, una torcedura de cara, una inyección de fulgor en la mirada, una sonrisa displicente, un arranque de ira en la expresión, vas sintiéndote un guerrero tras otro, sucesivamente, cada vez uno distinto, todos los grandes guerreros de la historia y la novela: el primero de los Miranda peleando con Pelayo, contra los moros, en la sierra de Naranco; Analso de Miranda, liberando a las doncellas desnudas del escudo familiar; Lope de Miranda, a la cabeza de los arcabuceros del *Gran Capitán;* el propio *Gran Capitán* y Alejandro de Parma y Ambrosio Spínola y Mauricio de Nassau; Federico II el Grande y el Gran Elector de Brandeburgo; el Amadís de Gaula y Tirant lo Blanc; el virtuoso caballero Esplandián; Palmerín de Oliva, Lisuarte de Grecia; Don Belianis y Don Quijote; Palmerín de Inglaterra, Orlando Enamorado; el Apóstol Santiago, jinete de blanco caballo, adalid de la Hispanidad, y Alejandro Magno, y Julio César; el caballero de los Basiliscos y el de la Muerte, el de las Dos Espadas, el de la Gran Serpiente, el del Corazón Partido y el de las Alegres Justas, el de la Lanzagaya y el del Rucio Estornino; el Cid Campeador y sir Walter Raleigh; Néstor y Ulises, Ajax y Diomedes, Héctor y Aquiles; Aníbal y Escipión; Ramsés II y Tutmosis III; Euríbíades y Temístocles y Leónidas, cruzando los tres el paso de las Termopilas; Pericles y Dionisio de Siracusa; Epaminondas y Filipo; Francisco Pizarro y Hernán Cortés; Ricardo Corazón de León y Carlos el Temerario de Borgoña; Darío, Diades, Admeto, Coenus, Lisímaco, Seleuco, Cayo Mario y Lucio Sila, Severo, el emperador Mauricio, Atila, Belisario, Mahoma, Carlomagno, los Siete Samurais,

León el Isáurico, Jaime el Conquistador o, simplemente, un mercenario lansquenete suizo, un denodado coracero de las Galias, un antiguo hoplita griego, un intrépido corsario holandés; no, un lansquenete no; no un coracero; no un hoplita; un jefe, un gran jefe como lo previnieron tus padres cuando te despidieron en el puerto de La Guaira; como te lo habían augurado siempre; ellos habían ideado para ti una espléndida y ambiciosa carrera; te impartieron una educación celosa, estricta, demasiado exigente quizás; te facilitaron preceptores, viajes, libros, dinero; por todo eso, y mucho más, estás obligado a triunfar; serías el orgullo de su vejez, la vindicación de tu padre, el báculo en el que apoyaría la bajura de su degradación, la frustración de su lucha, el cansancio de sus afanes. Boca cerrada, manifestabas estas esperanzas y esos proyectivos sentimientos paternales, afanoso en el cumplimiento de las duras tareas del cuartel, entre prácticas de tiro, presentaciones y descansos de armas, revistas de tropas, subordinados saludos a la jerarquía, a la bandera y a las insignias reales, teóricas clases de logística, aperturas de filas y desplegamientos, evoluciones en orden cerrado, insípidos atoles de avena en el desayuno, y ese jodido limo pardo adherido, pesado, pegajoso en las botas cada vez más apelmazadas.

Amor en la Alhambra

Y ya estamos en Granada. Un domingo de verano, sales del cuartel, atraviesas la plaza de Bibarrambla, escenario en otros tiempos de justas y torneos moriscos y hoy populoso mercado, continúas por el Zacatín, lo que era entre los moros el Gran Bazar, lleno de tienduchas y callejones; cruzas la plaza frente al palacio del Capitán General, subes por una estrecha calle, la de los Gomeres, nombre de una familia famosa en crónicas y cantares, llegas a la Puerta de las Granadas, maciza entrada de griega arquitectura, y estás en los predios de la Alhambra. Un par de pingajosos soldados dormitan sobre un banco de piedra. Son los tristes sucesores de los cegríes y los abencerrajes. Gitanas sucias, echadoras de cartas y leedoras de manos, muchachos zancajientos, mozos desempleados, blusas de faralaes, raídas capas pardas, pañuelos anudados al cuello, chalecos de argamandeles, se arremolinan a tu derredor; una quiere decirte la buenaventura; otra, venderte *huesos de santos* y *huevos moles,* batatines de San Bernardo, polvorosas de las Clarisas de Chauchina; el de más allá, una cerámica de Fajalauza, un cacharrito de cobre, un tejido alpujarreño. Todos se te ofrecen al unísono para servirte de guías en los vericuetos del palacio. Al final, te decides por una mocita que castañetea, para ti, unas castañuelas junto al coro de jaleadores; una chica túrdula, mora y fenicia,

griega y cartaginesa; gitana, te dijo después; no húngara ni *"zíncali";* egipcia, egipcia de la bíblica raza de Caleb; una chica morena y frágil, ojos inmensos y perfil ático de severa simetría, suavemente movediza en la pálida desnudez que se vislumbra por debajo de sus andrajos, desnudez de pechos menudos y vientre enjuto, de pezones brotados y negros como los labios finos y como el vello del sexo. Por el pago de una peseta, contratas sus servicios. Te conduce por un arbolado y estrecho barranco, especie de alameda, trepando entre helechos y matas de flores, tortuosos senderos, asientos de piedra y adornadas fuentes, espantando cornejas y otros pájaros silvestres. Desde el camino sinuoso, divisas el río Darro, frente al emplazamiento de la antigua Iliberia, ocupada hoy por los barrios de Albaicín y de la Alcazaba; se trata de un punto estratégico, desde el que se domina una vasta panorámica ensanchada hacia el poniente, con el valle del Darro, al norte, al sur el de la Assabica, y al este, el Albaicín, el monte Mauror y el Cerro del Sol, coronado por el Generalife. Llegan al Palacio de Carlos V, serena majestad arquitectónica levantada bajo las mejores disposiciones del gusto renacentista en aquellos años de gracia y de desgracia, de transición medioeval y resurgimiento clásico, de unidad política y afianzamiento religioso, años de cristiandad aferrada como ideal de vida y objetivo político realizable, cuando el emperador se sentía a sí mismo *"Portaestandarte de Dios"* y era capaz de levar anclas en Barcelona para arrancar a Túnez de manos de los turcos; y el imperio español, prueba tangible de una inequívoca intención divina, galopaba a caballo sobre cinco océanos y cinco continentes, por las posesiones de los Habsburgo: Austria, el Tirol, el sur de Alemania, los Países Bajos y el Franco Condado: Luxemburgo y Bravante y los condados de Flandes, Holanda, Zelanda, Henao y Artois, además de otros pequeños señoríos, y al sur de los Alpes, España con sus colonias amerindias, desde Cabo de Hornos hasta la Florida y la Luisiana, y las Filipinas, y los dominios de Italia, Sicilia, Cerdeña y Nápoles; palacio destinado a residencia del propio emperador, enamo-

rado por siempre de la gracia agarena de la ciudad; fachada cuadrangular, avara profusión de bloques de piedra dorados, ventanas remarcadas por columnas jónicas, arrimadas, de sobrias basas, fustes estriados y capiteles en espiral; soberbio patio interior, porticado, circular, íngrimo y solo sobre el plano, redondel de pulidas baldosas ensambladas, sin jardines medianeros, ni arriates floridos, ni ornamentales fuentes, incólume rotundidad hermética, cercada por puertas de arco etrusco al lado de puertas cuadradas, corredores y balcones de mármoles policromos, columnas jónicas y toscanas, ojos de bueyes frente a ojos de bueyes, corredores frente a corredores, balcones frente a balcones, columnas frente a columnas, al modo de una gran órbita proyectada como el sol incapaz de ocultarse en las vastas inmensidades del imperio. Salen y traspasan la barbacana de la Puerta de la Justicia, acceso principal a la inmensa ciudadela, arco de herradura que sube hasta la mitad del altor de la torre, con una mano gigantesca esculpida, cinco dedos abiertos, los cinco mandamientos más importantes del credo del Islam: ayuno, peregrinación, limosna, ablución y guerra contra los infieles; en la época de la dominación musulmana, bajo su pórtico, se constituía el tribunal para la vista inmediata de las causas de menor cuantía; más allá, el vestíbulo, con una llave, la de David transmitida al Profeta, tallada en la clave del portal, prodigio incipiente, simple anticipo de maravillas entusiasmantes, precursora estructura de formas aún no presentidas, mero punto de entrada a una monumental obra construida por la magia alquímica de Alhamar, rey de Murcia y de Granada y de Jaén (el primero del ilustre linaje de los Nassar que se sentó en un trono), sobre los sacrificios de generaciones y generaciones de picapedreros, alarifes, constructores, forjadores, carpinteros, herreros, alfareros, mosaiqueros, ceramistas, bordadores de yeso, orfebres y leñadores; dogmática plasmación de la fe coránica y la reciedumbre conquistadora del pueblo árabe que, a partir de la muerte del Profeta, se lanzó, en sólo cien años, a adueñarse del mundo, desde Persia hasta España; obra so-

brehumana, con su masa de torres almenadas como una cordillera de picachos, alfardones en relieve, piscinas, fuentes y surtidores poéticos, cármenes y recodaderos, arcos afiligranados, estalactitas y estalagmitas como tejidos o encajes de piedra; paredes caladas de líneas serpentinas, undívagas, flexuosas, festoneadas, figuras elípticas, largas, oblongas, parabólicas, hiperboloides, lenticulares, apiñadas, campanudas, corniales, sagitales, arracimadas, en abanico, flores y frutos grávidos, de henchidos vientres, contornos diversiformes, complejidad multíplice, espectáculo ilusorio de múltiples esparcimientos que se repiten, giran, fantasean, anonadan, se extienden y se retraen, ascienden y se desvanecen, en las filigranas caleidoscópicas de los yesos y las escayolas, en la sensual esbeltez de las columnatas, en la ajimezada gracia de las ventanas y las celosías, en los geométricos alfices con sus versículos coránicos en caracteres cúficos y en la rica variedad de los mocárabes de las cúpulas y los tímpanos y los peristilos, en la profusión de arcos multibolados, peraltados u ojivales, en los capiteles de penca y en los de avispero con las hojas de acanto y los caulículos, las volutas y las trifolias, las rosetas y los astrágalos, trabajados hasta la nimiedad, en sus más minúsculas concreciones. Baldosa por baldosa, azulejo por azulejo, ornamento por ornamento, la muchacha y tú se detienen en cada detalle del miliunochesco Alcázar Real y pasan del Cuarto Dorado al de Comares y del de Comares al de los Leones, y del de los Leones al de las Dos Hermanas, al de los Reyes, al de los Baños, por la Sala de los Embajadores y la de los Ajimeces y la de los Abencerrajes, deteniéndose, aquí, en el Patio de los Arrayanes, y más allá, en el Mirador de Lindaraja, en el cementerio de Rauda, en los jardines del Partal; ahí, al lado de la acequia rumorosa, rodeada de tiestos con flores, geranios y azafranes, azahares y claveles mocetones, bajo una pérgola enmantada de jazmines, tupidas enredaderas y rosales de San Francisco, trabaste conversación con la muchacha sobre temas distintos a las leyendas moriscas y las historias de tesoros y aparecidos que había venido aplicándole a cada sala, a cada

surtidor, a cada pasadizo, con el tono oficioso, monocorde, de quien, desde niña, ha pasado su vida mostrando los mismos salones y contando las mismas historias, en procura de una propina mayor, una misericordiosa prebenda, *un poquitin más de parné, caballiro, si fuira osté tan buinicito* (pedido con grave y atormentada sonrisa, un guiño de ojo incitante, prometedor, y la mano extendida en actitud de dame, con respetuosa impaciencia), para remediar su calamidad y la de su familia, *muy numirosa, majo, tanta que ya no cabimos en la casuca, una covachuela así asá medio fulastra ella, aunque enjalbergada por dintro y por juira y con sus tarros de macitas, toda llina de colorinis, piro, al fin y al cabo, covachuela, una magra de mal morir, donde toca ir de varas a la licha, al pie mismo de los tapiales, en los rillanos de las escaliras, bajo los cubos de las murallas, y dormir arracimados, de a cuatro y cinco en compaña, toítos en el mismo pulguero, porqui somos muchotis, ve osté, mi papá, mi mamá, la abuela, muy, piro que muy viejecita, tirando ochinta años ya, dos macarras gandules, julandrones ellos, que pa nada valin, cuatro chorvas conmigo y como seis churumbeles, chiquilicuatros mocosos, a los que hay que cortarles la gusa tris vicis por día, y el pobrecillo papá, que ya ni puidi con su alma, medio cigato él, lechuzo imposibilitado de insartar la lizna pa seguir rimindando los calcos ajinos y consiguir el papiro de la jayipén de cada día, las moragas de sardinas o las pohritonas empanadillas de Santa Catalina, qui ni pensar podimos en las tortillas de Sacramonte ni en potajis de trigo ni en jamonis de Trevélez, y mucho minos, Bucencia, en un honrado vasico de molí de Huéscar o de Albandón, cétera, cétera, finiendo una pa matar su gazuza, desde muy rifa, asina de chavita, que impliarse como mostradora de la Alhambra, a los forastas y a los guiris, que son los que mijor pagan, sin que nunca falte un curichí que la ponga a trabajar a una por nasti de plasti, o algún fullero jilipollas que trati asina nomás de sobársela a una, de baboseársela con espumajo de lagarto viejo, dándole camelo, chamullando más de la cuenta, obligándola a calichar aquí mesmo, en los jardines de palacio, en los rincones, entre los arriates,*

por las azoteas, a plena solana, como una chamicera colgada, sin perniche ni disimulo; cuando tú (con ánimo de poner fin a la ruinosa cantaleta) sacas un duro de la faltriquera y se lo extiendes, al tiempo que en la cara de la muchacha se pinta cabalmente una felicidad radiante y te dice, solícita, distendida, persuasiva: *contigo, sin embargo, todo puede ser distinto;* desprendiéndose, en un decir Jesús, de sus andrajos para pararse frente a ti, desnuda, silueteada sobre la luminosidad del paisaje, con desplante de *festera* ducha, dispuesta a bailar en un arranque trágico, tierno y desesperado, alegrías y jaleos, una sevillana corralera, un tanguillo a lo *Niña de los Peines,* un tiento, una roa, un mirabrás, y el ambiente todo se llena de olores oscuros y el sudor de la hembra se te agolpa en la hinchada nariz olisqueante, de perro ventor, transminándosete en el cuerpo a modo de grandes, envolventes tufaradas, husmos y fragancias que se expanden impulsivos por las más recónditas oquedades, como un calor extraño, como un eco de voces perdidas, como una tibia ondulación; consustanciándosete tu varonía con ese hálito de verraco en celo y ese olor, inconfundible, de plata oxidada, de miasma albina, de humedad marinera descompuesta en el tufillo aliáceo de un bacalao bien preparado, de un róbalo, de una murena, de un espetón, y se amaridan entonces en el alhamí más cercano, solos en el mundo, poco temerosos de cualquier vigilancia importunante, convulsos, levitados, verticales, tendidos a cuerpo entero, de rodillas, y te sientes, por momentos, dueño absoluto de todo el esplendor de la Alhambra y del paisaje circundante y se vuelven tuyas las pasionarias azules y sus aureolas de mariposas; tuyos los arrayanes odoríferos, acorazados de lustres en el seto propincuo; tuyos, el misterio soterrado de los aljibes, la lluvia estremeciente del silencio, las glorietas de caracolas y el canto de las zumayas, escondidas en el verde del olivar.

El último reconocimiento

Y fueron entonces los tiempos del sitio de Melilla, reclamada por el sultán Sidi Mohamed, emperador de Marruecos, como territorio propio; del bautismo de guerra; del desembarco forzado bajo el ataque de las baterías enemigas; de la muerte convulsionada a tu alrededor; de las bombas nocturnas, una mixtura de alcanfor y pólvora, arrojadas sin piedad contra la plaza; de los clamores de mujeres y niños consternando más que el propio sitio; del hambre compartida a ración de una gallineja de ocho blanquillos para cada ocho hombres, día por día; tiempos de noches en vela, estridulaciones, silbidos, topetazos, explosiones horrísonas; de esperados pertrechos que nunca llegaban, de recios temporales privativos del socorro, de ataques y contraataques con mucho diezmo de tropas; de miedo abominado, aprensión y desconfianza, sudores fríos, súbitos vaporones, castañetear de dientes, pelos puestos de punta, un nudo en la garganta, un repullo en la piel; tiempos del afán de subsistencia como primera necesidad y de la necesidad de poder como primer afán de subsistencia; tiempos de la satisfacción del deber cumplido, de la jubilosa valentía, y del fiel servicio a la Madre Patria, *la nación que un día reina del mundo proclamó el destino,* ese engendro perverso a quien, hoy, no sabes por qué coño considerabas Patria, y mucho menos

Madre. Pero, entonces, ¡oh, flamante capitán del Regimiento de Infantes de la Princesa!, sólo te interesaba promover todo aquello que dictara tu conocimiento y tu audacia, tu moral y tus luces, tu viveza e intrepidez, en honor y asistimiento de las armas de Su Majestad; lograr la gloria de ofrecer tu vida, si fuese necesario, a la utilidad de la Corona; procurarte, en el menor tiempo posible, alguna ocupación que te permitiera, cada vez mejor, manifestar tu celo y aplicación al nuestramo Real. Por eso, unos meses antes, te apresuras a hacer valer frente a ese cretino malqueriente de O'Reilly —a la sazón, Inspector General del Ejército— tus adelantos de educación, geografía y dominio de los idiomas inglés, francés, italiano y latín, a pesar de los pocos años que no te habían dejado hacer una carrera más larga, para que te escogieran entre los oficiales beneméritos que quisiesen pasar a América con grado superior. Por eso, en el traslado de un convoy naval de Málaga a Melilla, para introducir un socorro de tropas en esa plaza, en medio de una tempestad como de manuscrito hallado en botella, muy cerca del cabo Treforques, entre el rugir, el aullar y el tronar del océano, eres el único que protestas el regreso al puerto de embarque y dejas constancia de tu voto salvado; hecho éste que predispuso en tu favor al muy poco complaciente capitán general de Málaga, quien te permitió, luego, embarcar como voluntario para Melilla, habiéndoselo negado, sin embargo, a otros muchos oficiales. Decidido, te vas al sitio, otrora tierra de *miel y cera,* ahora convertida en *campo de agramante.* Contra tu temeraria resolución, nada puede lo bien que la pasabas en Granada, ni tu sensualidad siempre despierta, ni el ruego de las Francisquitas y las Bernardas y las Tadeas, las Floras y las Olallas, ni el de las otras tantas amigas que en esa ciudad dejaste y que, al decir bien informado de tus chuscos corresponsales Juan Centeno y Manuel Trebijano, no hacían más que preguntarse, en sus convenciones de damajuanas: *"¿Cómo la estará pasando el capitán Miranda?", "¿El capitán Miranda seguirá sano y salvo?", "¿volverá*

por sus fueros el capitán Miranda?", con tal profusión de decoloraciones, ayes, lamentos, desmayos, aflojaduras, pérdidas de aguas, sustos y temores, que habría hecho falta la intervención de todo el Protomedicato para curar semejante epidemia de histerismo, a no ser que V.M. se hubiese dispuesto a desertar y a volver raudo, como un viento del sudeste, para serenar las borrascas. Tu sed de notoriedad, ese desparpajo que hacíate aparecer como el loco de la casa, te induce a presentarle al comandante de la plaza un proyecto arriesgadísimo para sorprender a los moros y destruirles ocho de los once cañones de los que disponían, ofreciéndotele como voluntario para mandar el destacamento que daría el golpe de mano, y el cual fue desechado por los técnicos papanatas al considerársele un suicidio colectivo; aunque, todavía lo piensas, todo fue obra de la oposición del coronel Roca, censurista de oficio, perseguidor él, que nunca te quiso, que siempre te tuvo ojeriza, envidioso y coñón, el típico perseguidor inquisitorial, hierático, cetrino, empeñado en joderte hasta el extremo de acusarte responsable por el extravío de diez mil reales de vellón para el pago de los pantalones de la tropa, de conspirador, de poseedor de libros prohibidos por el Santo Oficio, y trapisondear para obligarte a permanecer, después de terminado el sitio de Melilla, cinco meses más en esa plaza, sin tener nada que hacer, frustrado, vacilante, ansioso por regresar a la península, para finalmente acogerte a los mimos y cuidados de una puta vieja, sobreviviente de cuatro cercos y un sinnúmero de surtidas y avanzadas de los moros, quien, cada noche, como buena africana, te la dejaba más chupada que una pipa de kif. Y al cabo de aquellas harto deprimentes noches, el descanso desnudo en todos los bancos y recodos de la playa de Alhucemas, en la de Quilates frente a los cárabos de velas encendidas, debajo de los uveros y piñones del caletón de Chava, masticando tu decepción y tu desánimo por la falta de contestación oportuna a la carta que enviaste al Rey para suplicarle una condecoración miliar cualquiera, *sin excepción*

de la de Santiago. Cómo te hubiese gustado recibir entonces la Real Orden Española de Carlos III, bajo el augurio de Nuestra Señora de la Concepción, con entrada a Palacio y pensión anual de cuatro mil reales de vellón; tomando en cuenta que te hallabas en la clase y circunstancias prevenidas, y con el mérito contraído en la defensa de Melilla. En momentos de desvaríos, veías tu figura garbosa, dominante, escorada, pavoneándose desvanecidamente por las esquinas de Caracas, luciendo en el pecho empapirotado el distintivo banda azul con ambos perfiles blancos, y al remate de ella una esmaltada cruz y en medio la dorada efigie de la Concepción y el lema: *Virtuti et meriti.* En el colmo del ofuscamiento, obseso, ebrio de alegría, terminabas, cual un graduando universitario a la salida del paraninfo de San Francisco, desprendiéndote de la insignia y del toisón de oro para enaltecer con ellos el pecho tosigoso de tu padre, ante la mirada ensalivada de todos los circunstantes. *¿Qué ven, cretinos?,* parecieras preguntar. *Fui a España, a conquistarla para él,* completas. Pero nunca llegó la respuesta del Rey. Y, a decir verdad, ya no te importan un coño las condecoraciones. ¿De qué te valió, después, que el general Igualdad, tu antiguo compañero de Amberes, convertido en preponderante rey Luis Felipe, dispusiera colocar tu retrato en la *"Sala 1792"* del Palacio de Versalles, entre *"Todas las Glorias de Francia"?,* ¿de qué, que mandara grabar tu nombre en el Arco de Triunfo de la plaza de la Estrella de París, junto al de otros generales de la Revolución, si moriste, te estás muriendo, te mueres cada día, sin vindicar a tu padre y sin independizar a tu patria? *Gloria de Francia, General de Arco de Triunfo.* Histrión. Mimo. Choteo. ¿De qué te vale?, dime, ¿de qué vale? Si acaso, para henchir el pecho y humedecer las pupilas, el férvido patriotismo, el delirio exaltatorio, el rastacuerismo desatado de tus paisanos colombinos que, alguna vez, llegamos a la *"Ciudad Luz",* a la *"Capital de Latinoamérica"* como también se le llama con frecuencia, con nuestro desarraigo y nuestros sentimientos frustráneos, nuestro empeño de ir

dejando atrás y nuestra sed de universalismo, nuestra melancolía y nuestra perspectiva distanciada *(desde lejos, se capta mejor la realidad del Continente,* acostumbramos decir a modo de justificación). Criollos o mestizos —mulatos, catires bachacos, pardos, tercerones, cuarterones, ochavones, zambos, cafuzos, cholos, ladinos—, cumanagotos o guaiqueríes, negros mojinos, prietos y jabaos, lucumises, gangas y musungos, puyas y maquerules, tamboritos y mozambiques, bamboulas y mapalés, campesinos de Aragua de Barcelona, paisas de Rubio o de Chinácota, llaneros cogolludos de Valle de La Pascua o de San Fernando de Apure, indiecitos del Delta del Orinoco o del Alto Caroní, corianos levantiscos, maracuchos de Perijá o del Sur del Lago, caraqueños empingorotados, manitos mexicanos hijos de la Gran Chingada, mambises cubanos, rotos de Chile, futbolistas y bailarines de samba fluminenses, goajiros esmeralderos de Ríohacha, chagras del Ecuador, peruleros de Lima o El Callao, nicos, ticos, borincanos, comunistas y socialdemócratas, guerrilleros pacificados o en trance de pacificación, adecos y copeyanos, liberales y conservadores, centrales y federalistas, pipiolos y pelucones, azules y colorados, colorados y blancos que, presas de lacerantes nostalgias, de profundos lamentos existenciales, de frenéticas contradicciones e imbricados odios de clase; indigestos de Karl Marx y Rosa Luxembourg, de Prouhdon y Fourier, de Bretón y Paul Eluard, de Picasso y Stravinsky, de Aimé Cesaire y Saint-John Perse, de Sartre y Camus, de Barthes y Todorov; embriagados por el tanto morapio debido en el Deux Magots y en el Florian, en el Elephant & Castle y en el Dupont Barbés, en el Sacher, en el Pedrocchi, en el Gijón, en El Greco, en el Café de la Paix y en el Café Mozart, en el Capoulade, en El Dante y en el Jandillas, en el Flócco (de Cluny) y en el Richmond (de Suipacha), en el Olmo y en el Closerie de Lilas, en el Stéphane (que está en la rué Mallarmé), en el Tokio (que está en Chivolcoy), en el café Au Chien qui Fume, en el Opern Café, en el Dome, en el Café du Vieux

Port y en todos los cincuenta cafés enumerados por Cortázar en el capítulo 132 de *Rayuela;* saliendo, como moscas, apelmazados, patidanzantes, en fila india, a paso de vencedores, de dos en fondo, multitudinarios, de la Avenue des Champs Elysées y de la Avenue Marceau y de la Avenue de lena, de la Kléber y la Víctor Hugo, de la Foch, de la Grande Armé, de la Carnot, de la Niel y la de Wagram, de la Hoche, de la Friedland; cantando destemplados, tarareando, chirriando, haciendo el barbo, a garganta limpia, con trinos, gorgoritos y disyuntas, versicularios y pasionistas, payadores, cupletistas, tenores, barítonos y caricatos: *Atahualpa* y *Los conquistadores, El pobrecito y La toldería, La canción del derrumbe indio y Duerme, duerme negrito, Mi compadre Nicolás y El fogón de los Blandengues, La Caramañola americana y Ta llegando gente al baile, ¡Ay, mi pobre Cuba! y El buen borincano. Alma Llanera y Por vivir en quinto patio. La muerte de Pancho Villa y El inmortal Sandino, De dónde son los cantantes y Mataron el chivo, Coplas de baguala y La Cumbia cienaguera. Si Adelita se fuera con otro y La mujer de Richard Nixon, En eso llegó Fidel y mírala, qué linda viene, Acuérdate de Acapulco y me he de comer esa tuna, Adiós, pampa mía y Cordero que bala y bala. Gavilán, pico amarillo y Vestida de garza blanca, Argimiro se murió y hace falta un guerrillero;* carialegres, encomiásticos, estridentes, volubles, cambiadizos, llorones ahora, reblandecidos por la emoción, apesadumbrados por la nostalgia de la tierra, por el recuerdo de esos crepúsculos barquisimetanos, de esas playas de El Varadero, de esos carnavales de Río, por el regusto imponderable del paloapique y la carne mechada, de los tamales enchilados, del caldillo de congrio, de la ropa vieja santanderina, del bienmesabe y la melcocha, folklóricos, vernáculos, autóctonos, estentóreos, borbollantes, *con la garganta sequita, muy sequita la garganta, seca de tanto gritar,* maníacos, depresivos, enternecidos, entrecortada la voz, los ojos aguachentos; abalanzándose unos sobre los otros, los otros sobre los unos, por encima de aquel mar de cabezas levantadas y aquel

índice de ríos señalantes; debajo de la mole majestuosa de aquella arcada imperturbable, obra de Chalgrín, encargo de Napoleón, superior al Arco de Constantino en Roma, y al de Tito, y al de Fabio, al de Trajano en Benevento y al de Adriano en Atenas, al de Trieste, al de Pola, al de Ancona y al de Septimio Severo, al de Orange y al de Medinaceli, al de Trípoli y al de Caparra, al de Alfonso de Aragón en la entrada del Castillo Angevino de Nápoles y al de la Paz en Milán, al del Carrousel y al de la Exposición de 1888 en Barcelona: *¡Mira, allí está Miranda!, ¡Míralo, en la tercera columna de la derecha!, ¡Sí, sí, un poquito más arriba!, ¡Míralo, entre Charbonier y Valence!, ¡Al lado de Truguet!, ¡Por encima de Tilly y de Ferrand, de Chazot y Landremont!, ¡Míralo!, ¡Míralo!, ¡Míralo!, ¡Qué lindo, mano, qué lindo!, ¡qué lindo!, ¡qué lindo!...*

El carnaval de Venecia

Mientras, tú sigues en Melilla, aguantando el calorón africano y muriéndote de fastidio, con el cuerpo vuelto un aguachal y la camisa empapada, sin dejar de pensar, combinando conjeturas. Casi creías que te volverías loco y, en la bartolina oscura que te servía de cuarto, una y otra vez gritaste tus protestas. Pero, unos días después, llegó Manuel Villalta, oriundo de Perú, coronel de tu regimiento. Regresaba de una gira de más de tres años por las cortes europeas. Había asistido a las revistas militares del Rey de Prusia. En su retiro de Femey, visitó a Voltaire. Conoció de cerca el reformismo austríaco y besó la mano enlutada de la emperatriz María Teresa. Al príncipe José, alguna vez, le ganó una partida de damas. Tuvo contactos clandestinos con los masones del Piamonte. Y hasta el fondo blanco de la colodra, se disfrutó los carnavales venecianos. Como para no olvidarlos, Francisco, te decía. Sentados sobre una roca, bajo la luna de menguante, entre sorbo y sorbo de un vino resinoso, casi intomable, te contaba el fasto y las fiestas de la *"Reina del Adriático"*. Allí todo es divertimiento. Los placeres compensan la opresión y ayudan a soportarla. En esa ciudad, todo se vuelve espectáculo, diversión y voluptuosidad. Ni en la Roma de Petronio ni en el Bizancio de la decadencia, nunca se vio nada igual. La voz del coronel parece salir de un gran tonel de vino. Sus gestos se tornan celebrantes. El calendario vene-

ciano es pródigo en celebraciones. Cada celebración tiene su propio ritual. Jamás se había asistido a una retahíla tan masiva de santos y efemérides. Se empieza el primero de año, sabes, cuando el dogo acude a San Marcos a adorar al Santísimo. El segundo, se descansa. El tercero, se hace el gran des file de la plaza y se presenta el dogo, emperifollado hasta la punta de los pelos, precedido por una cohorte de lucientes, trompeteros, protegido por un palio de oro y seguido por el clero y la nobleza con sus mejores uniformes. Sus apariciones repiten, a cada rato, en Epifanía, en el día de San Pedro Orseolo, en la traslación de San Marcos, en el día de la Anunciación, en el de San Juan Bautista y en el de San Cristóphoro Colombo, *Descubridor de las Indias y Almirante del Mar Océano,* adoptado como tal santo por los venecianos, sin autorización vaticanicia, a pesar de haber nacido en Génova. Podría decirse que los templos son teatros, dada la profusión de aniversarios, de grandes misas cantadas, de oropeles, de procesiones, de cuadros vivos, autos sacramentales, retablos devotos y barrocas escenografías. Y los Esponsales del Mar. Como para no describirlos con palabras. El día de la Ascensión, la *Sensa,* como dicen los vénetos, la Serenísima con todo su esplendor y toda su potencia marinera, sale navegando sobre góndola. Por los canales, a lo largo y ancho de la laguna, toda Venecia va tras el fabuloso *Bucentauro,* y al llegar a la boca del puerto de San Nicolás de Lido, el propio dogo en persona, vestido con sus más ostentosas galas, vacía en el mar un cubo de agua bendecida por el patriarca y, con la voz de las grandes ocasiones, *dixit: "Te desposamos, mare nostro, en señal de verdadero y perpetuo dominio".* Como para no querer dominar a nadie, después sólo quedaba el festín, el jolgorio y el despelote. ¿Y el carnaval?, preguntas con timidez. Dura seis meses al año, te contesta. Comienza el primer domingo de octubre, se suspende por Navidad y Epifanía, y continúa hasta la Cuaresma, cuando se vuelve a suspender —más por el agotamiento que por la devoción— y se enciende de nuevo para la Feria. Una forma de disfrazar la opresión, te repite sentencioso, una libertad de la que se aprovechan los propios nobles, impedidos de

presentarse en público con mujeres, así como sus esposas, incapaces de exhibirse solas, sin lacayos ni acompañantes. ¡Ah!, magnífico amigo, pero llega el Carnaval y, entonces, se desborda el paroxismo. El *tabarro* —una capa negra que desciende hasta los pies—, y la *bautta* — un tupido velo que cubre la cara— se encargan de lo demás. Nadie reconoce a nadie o se hace el que no lo reconoce. Ese anonimato general se presta a todo género de permisos y francachelas. Y hasta el palacio patricio queda abierto a todo aquel que se presenta enmascarado. Las monjas y abadesas salen de sus conventos, a follar, no precisamente con curas y sacristanes; las grandes damas entran a las tabernas y a los prostíbulos, y los señores—los señores del Po y del Brema, del Adigio y el Piave, del Contarini y de la Torre del Reloj, de los Descalzos y del Puente de los Suspiros, de El Rialto y del Ca'Foscari—, hasta ellos, Francisco, se dan permiso para ser maricones. Mujeres de cualquier clase y condición se entremezclan con las cortesanas, porque las máscaras de albayalde hacen iguales a todas. Y todas se abandonan a las impudicias con quien les viene en ganas, sean jóvenes o viejos, nobles o villanos. En esa abigarrada y promiscua muchedumbre saltan, danzarines, los personajes de la *"Comedia de Arte"* con sus pintarrajeados atuendos: el *"Mattacino",* arrojando cáscaras de huevos llenas de aguas olientes; el *"Brighella",* de calzas blancas con franjas verdes; el doctor *"Balanzone",* entogado de negro; *"Magnífico",* el *magíster,* siempre sentenciando, con zamarra y corpiño rojo; *"Arlecchino",* gesticulante y variopinto. Cada uno podía ser lo que le viniera en ganas: una ninfa o un pastor, un corsario, un guerrero berebere, Perseo cabalgando por los aires, Venus montada en un carro de nubes, monos, loros y avestruces mecánicos. Y, aunque parezca raro, Francisco, no se cometen crímenes. Allí, el gran drama es el juego. Todos apuestan a los dados, a las cartas, al doblo y redoblo, al pares o nones. Se juega por doquier, en las góndolas, en las plazas, en los casinos. El más famoso era el *Riddoto.* El Gobierno lo mantenía porque significaba, a todas luces, su más fuerte fuente de ingresos. Pero era tanto el desbarajus-

te, que hace unos meses lo clausuró. El remedio fue, entonces, peor que la enfermedad. Los salones, los cafés, las casas de familia, los burdeles, talleres y tiendas se convirtieron en grandes salas de juego. A todas horas y por quítenme esta paja, la gente jugaba. Jugaban pánfilo, jugaban brisca, jugaban sieteimedio, jugaban quiliminduñe. Se veían a las damas de alta alcurnia, revueltas con miserables de pésima extracción, apostando sus basquinas y guadamecos, sus chaponas y sus chupetines. El fiscal Morosini andaba de brazos con una turba infame. Los Grimani se codeaban con trúhanes. Y los herederos de Vivaldi empeñaban en los fonduchos las oberturas y los oratorios del genial compositor. Pero, las que más tahureaban era las mujeres. Y al quedarse sin dinero ni prendas, le soltaban la cosa al mejor postor. Y es que las mujeres de Venecia, amigo mío, son las más libres del mundo. Dicen que toda la culpa es de los zapatos. Sí, de los zapatos. Como ahora se dice de la píldora, impedidora de la *"turbatio sanguinis"*. Hasta finales del siglo pasado, las venecianas sólo calzaban zuecos, unas inmensas sandalias de madera que cerraban el pie con una tira de cuero, y cuyas suelas se apoyaban sobre dos soportes de quince, veinte o veinticinco centímetros de altura. Se habían inventado en los tiempos de las calles sin empedrar, llenas de charcos y de baches que sólo aquellos zancos permitían atravesar sin embarrialarse. Y, aún después de la pavimentación, las mujeres permanecían atadas a sus zancos. En el *Museo Cívico* se conservan dos ejemplares, asegura Villalta conocedor. Encaramadas sobre semejantes armatostes, para salir a la calle, siempre necesitaban la compañía del esposo o de un familiar o de un sirviente. Y esto, por consiguiente, les quitaba la oportunidad de la aventura. Sólo, a finales del siglo pasado, las muy bandidas adoptaron el zapatico de tafilete, de lamé o de plata, de brocado o de oro, que eximiéndolas de la compañía obligada, también las liberaba de la vigilancia. Y allí, el goce se fue de paseo. Todas, sin excepción, cómodamente calzadas y libertinas, descalzas o con los escarpines puestos, comenzaron a tirar. Pero nuestro coronel, versátil, buen conversador, informado de muchos saberes, no

hablaba sólo de las licencias venecianas. Otra noche cualquiera, a la luz de un candil, allí, en tu bartolina o en la suya, discuten a hurtadillas un artículo señalado al azar de la *Enciclopedia, o diccionario razonado de las ciencias, de las artes y de los oficios, por una sociedad de personas de letras,* algunos de cuyos tomos había traído, desde París, escondidos en sus maletas. En horas de absoluta concentración iban apareciendo, una tras otra, desplazando toda posibilidad de entretenimiento, las notículas precisas *sobre la interpretación de la naturaleza ("Todo se reduce a volver de los sentidos a la reflexión, y de nuevo de la reflexión a los sentidos: entrar en uno mismo y salir continuamente. El trabajo de la abeja. Todo inútil si no se entra a la colmena cargado de cera. E inutilidad de la cera si no se sabe formar adecuadamente con ella las celdillas"), el orden feudal y su expresión religiosa,* una fórmula química, una maqueta de maquinaria, *la monarquía del derecho divino, la lucha contra los misterios,* y, en general, sobre un *Materialismo* que nada tenía de ingenuo o mecanicista y con el que encontrabas portentosas afinidades: un materialismo capaz de inventar una Moral Nueva. Por las ventanas, tras los postigos y celosías, oído parado, capcioso, escrutador, mordicante, *in nomine Domini,* los espía el capellán-familiar del Santo Oficio. Los persigue. Los observa de cerca. No les pierde gesto, ni palabra, ni pisada. La voz de alerta, compulsiva alerta, les amenaza un día. Les advirtió que la Inquisición seguía vigente, aunque descansando un poco por estos tiempos. En descanso, pero no muerta. Les refirió los horrores del antiguo código de los visigodos inspirador de las leyes de santo Domingo, la matanza de los aragoneses que sacrificaron a san Pedro de Épila, el celo católico de los bien amados Femando e Isabel, las justísimas persecuciones de Francisco I y sus sucesores, el degüello de san Bartolomé, la renovación del edicto de Nantes, la hoguera de las Cevenas, la obra benemérita del reverendo Torquemada. Con jactancia, les describió la oscura cámara, harto profunda para que no se oigan los gritos de los supliciados y para que no entre la luz del sol; los horrores del hambre, la tortura de las ordalías (Que decida Dios), la del cepo y la de la

camisa de azufre. Algo dijo de la bula *"Ad stirpanda"*. Todo lo sabía de memoria. Daba cifras de condenados. Recordaba los procesos célebres. Recitaba latinajos. *Amigo* protector metiendo cuñas para sacar astillas. Hacía la gata ensogada como el mejor actor del Siglo de Oro. Ustedes escuchaban al ángel patudo. Escuchaba Villalta. Escuchaba el francés Mertens. Escuchabas tú. La amargaritonada cantaleta perseguía una confesión. Tus pecados, hijo mío. Dime tus pecados. ¿Algún sentimiento contrario a las decisiones del Papa? ¿Alguna duda acerca de los misterios? ¿La lectura de algún texto prohibido? ¿Pensamientos o conversaciones pecaminosos? Usted, capitán Miranda, nunca asiste al sacrificio de la santa misa. Prefiere quedarse tocando la flauta. La flauta es un instrumento perverso, capitán Miranda. Dícese que Flauro, general mayor de los infiernos, la toca de maravilla. *Flauro, flauta,* algo debe de tener que ver la semejanza fonética. Además, usted lee hasta muy tarde de la madrugada, ¿qué tanto lee usted, capitán Miranda? Y una vez, una vez le vi rechazar el tocino de la fabada porque, según su decir, no se digiere. Raras abominaciones islámicas, capitán Miranda. Se lo digo por su bien. Es hora de guardar discreción. La iglesia de Cristo no pierde. Ella sobre el Rey. Ella sobre la Razón. Sobre la ciencia. Sobre los filósofos. Ella todo lo puede, capitán Miranda. Ella todo lo ve. Estrictamente prohibido pensar. *Es hora de marcharse,* dice Mertens asustadizo. *Bendígame, padre,* le ruega. *Bendígame y déjeme ir.* Villalta procuró irse, sin bendición. Y tú, rostro lívido, casi sin sangre: ausente la rubicundez, te quedaste paralizado, solitario, sin decir media palabra, viendo como el infatuado capellán de mierda, con su sotana crujiente, también se retiraba.

En Málaga, descansaron los agones

Al cabo de unas semanas, llega la orden de tu traslado para Málaga, sin ascenso ni condecoraciones. Málaga es una tierra hermosa. *El paraíso terrestre,* la llamaron los árabes. Entró en la historia de manos de los fenicios que, quizás, arribaron a sus costas en busca de las fabulosas minas de plata de Tharsis, mentadas por Salomón. El geógrafo griego Estrabón ya la señalaba como una bella ciudad, en la que además se desarrollaba una próspera industria de salazón de pescado. Al principio, se llamó *Malaka: reina* (en hebreo); *emporio* o *factoría* (en lengua púnica); *agradable, blanda, muelle* (en griego); y a decir verdad todos esos atributos pueden predicarse de ella. En las profundas aguas de su ensenada fondean, alzan velas o hacen escala gráciles carabelas, las bricbarcas de cuatro palos, galeones españoles, buques nórdicos, mercantes del Adriático, carracas inglesas, jabeques argelinos, muletas de Portugal, trémulos catamaranes de los Mares del Sur y (en general) embarcaciones de las más diversas, venidas de los cuatro vientos y los siete mares, portando en sus bodegas los más exóticos, turbadores e inconcebibles productos; como por ejemplo, piezas de seda china, rasoliso y bordadillos, damascos y brocateles, alfombras persas, oro en lingotes o en grano, vajillas de plata, talegas rebosantes de perlas magníficas de todos los

orientes y todos los colores, nacarones y aljófares, barriles de arenques, redadas de atunes y salmonetes, cestos de variantes especias, cúrcuma y pimienta, cortezas de canela y raíces de rábanos, orégano y laurel, clavo y azafrán, granos de adormidera, tomillo y nuez moscada, yerbabuena, jengibre, mostaza, frutas tropicales, fanegadas de café, cacao y añil, botijas de melaza, botijones de aguardiente, plumas de garza, cueros de caimán y culebras, incienso, mina y otras fragancias primorosas, búdicas estatuillas, pantáculos orientales, purpúreas gemas marinas, opio, coca, marihuana, peyote y otros alucinógenos aún más peyorativos. En las montuosas laderas de sus sierras, hondonadas y mesetas agitan sus follajes espléndidos el núbil naranjo, los áureos mandarinos, el limonero fragante, la silvestre higuera, el bíblico olivo, la datilera palmífera, los míticos almendros y, sobre todo, los viñedos; esos extensos plantíos de vides generadoras de los generosos vinos dulces que, generalmente, se reputan como los mejores de cuantos, a su vez, genera España desde los remotos días de los celtíberos hasta los propios de El Generalísimo (otro generalísimo, Precursor), por lo que bien cabe adecuarle como epifonema a esta parranda, circunscrito al *vino de Málaga* claro está, el aforismo ecuménico que compusiera el jesuita Jaime Sirmond: *Si bene commemini, cause sunt quinqué bibendi / Hospitis adventus, praesens sitis, atque futura, / Et vini bonitas, et quaelibet altera causa. (Si recuerdo bien, cinco son los motivos para beber / la llegada del huésped, la sed presente, la sed futura, / la bondad del vino y cualquier otra causa.)* Por algo los catadores de todo el mundo viajan desde lejos para probarlos, desde Inglaterra, el incomparable David Garrick, el mejor actor de la Tierra, lo que se dice un genio de la escena, y Edward Gibbon, cronista de Roma, y el pintor Joshua Reynolds, de finos modales, y James Boswell el polígrafo y Samuel Johnson y todos los miembros de su elegante club del restaurante *La Cabeza de Turco* de la calle Gerrard, en el barrio de Soho, y de Provenza la trovadoresca y de la musical sinfónica Prusia y

de la vampiresca Transilvania y de la Polonia de los Plastas y del Imperio del Gran Mogol, príncipes hijos de reyes, nobles señores, comerciantes intermediarios y productores, escritores y artistas bohemios, vagabundos simplemente. Y tiene Málaga, además, magníficos jardines (poblados de claveles, palmas, mirtos y retamas), grandes avenidas, hermosas villas y ruinas romanas, cartaginesas y principalmente árabes, como la famosa Alcazaba cuyas torres de bermejuras pueden ser divisadas por los marineros que se desplazan en sus barcas hasta la propia línea del horizonte, y el castillo de Gibralfaro, y una importante catedral que ocupa el emplazamiento de la antigua mezquita y cuya construcción, por esos días pendiente de terminarse, data de 1528, según los planos de Diego de Siloé, pero a la que no se le puede negar: la armonía de su conjunto de traza renacentista, su soberbia planta cuadrilonga, la amplitud de sus naves, su profusión de capillas y altares ricamente ornados, el derroche artístico del retablo de la capilla del Sagrario con sus diez bajorrelieves policromados y sus veintisiete estatuas de santos y mártires, la iluminación de sus arcadas, la sobrecogedora magnificencia de la estatua orante de los Reyes Católicos; el inapreciable valor del coro, cuyos sitiales y demás tallas, en madera de caoba, son obras del insigne Pedro de Mena en colaboración con el no menos insigne Alonso Cano; el esplendor de sus dos órganos que disponen nada menos que de cuatro mil ochocientos tubos sonoros y, sin exageración, la fastuosidad de su campanario, constante de quince enormes campanas, por lo que al anuncio de cualquier hora canónica se escucha un inaudible, horrísono, revienta tímpanos retumbar de clamoreos, retiñires, tilintees, encascabelamientos, fundiciones, toques a fuego, repiques de bronces, címbalos, carillones, aljaraces y campaneras echadas al vuelo por inmensos badajos fijos o libres de oscilar, forjadas en Toledo y Córdoba, en Burgos y Pamplona, con el mayor esmero en todas las fases de la fabricación para mejor cazar a las brujas, alejar el granizo y las tempestades, erradicar las epidemias, de-

tener el avance de los invasores extranjeros, anunciar la guerra, celebrar la paz, predeterminar el sexo de los nonatos lugareños y anunciar los actos de liturgia, a carretadas, día por día, como para que la población no pueda ocuparse de otra cosa. Pero, recordándolo bien, te percatas, ahora, que, salvo unas cuantas cartas despachadas o recibidas de menor importancia, algunos *flirts* sin mayor trascendencia, los consabidos paseos turísticos (de la Alcazaba a la Catedral, y de la Catedral a Torremolinos, a la Nogalera, a Benalmádena, al castillo de Fuengirola, a Casares, a Ronda, a la cueva de Nerja, a la de Menga, a la de Viera, a la de la Pileta, a la cumbre del Torcal;, las normales actividades de cuartel y los diarios atragamientos, provocantes de acedías y flatulencias, con chanquetes y boquerones fritos, atún mechado y caldos dulces y confituras de las más diversas, en esa ciudad agradable, muelle blanda reina-emporio-factoría, a ti, no te pasó absolutamente nada de particular. Salvo, podría decirse, que, por esos días, descansaron los agones.

General desgracia

Pero te toca regresar a Cádiz (puerto de tu entrada a Europa, pudridero de tu entrada al Más Allá). Allí reside, la mayor parte del tiempo, el conde de O'Reilly, Inspector General del Ejército, nombrado *"el general Desastre",* responsable de la derrota de Argel. Todos se hicieron lengua de su errada. El espectro de don Juan de Austria. El fantasma de Sebastián Veniero. La sombra de Antonio de Colonna. La marimanta del marqués de Santa Cruz. Todos, y tú también que te propasaste del común, hablando hasta por los codos. Y no era para menos: Carlos III, aconsejado por su ministro Grimaldi, ordena una expedición armada (veinticinco navíos con veinte mil hombres), bajo el mando de ese inepto, *general Desgracia,* para atacar a los piratas berberiscos, descendientes de Uruz y Kaireddin (los temibles hermanos Barbarroja), que continuaban diezmando la navegación cristiana en el Mediterráneo occidental. Su manifiesta incapacidad para organizar el desembarco naval (válgasenos la aparente redundancia), permitió que los moros terminaran pasando a degüello lo más granado del ejército español y la playa toda pasó a ser un ir y venir de cimitarras girantes, espadas que se clavaban impías en los católicos vientres, arcabuces que mataban sin contemplación, cabezas clavadas en picas,

brazos, piernas y vísceras volando por los aires, cadáveres aventados, grandes como perros ovejeros flotando, bajas innúmeras en el abordaje y en la lucha cuerpo a cuerpo, y goletas hundidas o malparadas con los reales estandartes ignominiosamente arrastrados por el agua enrojecida. El disenso, entonces, fue general. Cuchufletas, pullas, chirigotas y pintadas de paredes cundieron a todo lo largo de la península. El pueblo tomaba su venganza con coplas y letrillas alusivas que se recitaban por igual en cortijos y mercados, calles y cuarteles.

O'Reilly, infame fanfarrón
Truhan de cabeza a pies
Católico un si es no es
Si es que tiene religión
Sacrificó a la Nación.

O aquella otra que, refiriéndose al origen irlandés del culpable, declaraba una especie de *Guerra a Muerte:*

Por cada soldado español,
un irlandés morirá
y un pirata berberisco
le meterán por detrás.

O aquella otra aún, más incisiva y guisada, que insinuaba una segura connivencia entre el Rey y *"el general Desatino":*

—¡Ay de mí!
—¿Por qué te lamentas?
—Temo morir.

—¿Qué te lo hace suponer?
—Decidí matar a O'Reilly
y el Rey lo protegerá.

Y seguro que lo hubiese protegido, como de hecho lo protegió. No por pura casualidad se decía, en un descorrimiento de río desmadrado, que el generalito pecoso y petulante, con el miembro demasiado grande, doblado por entre la pretina, tratando de salir a tientas, ¡un diablo!, más que un diablo, ni por un cristo, era uno de los favoritos de alcoba que, subrepticiamente, el Rey (amariconado y esperpéntico en los retratos de don Francisco de Goya y Lucientes), introducía en sus aposentos palatinos para refocilarse con él, a despecho de la memoria de su amantísima esposa, la difunta María Amalia de Sajonia, a raíz de cuya muerte, apesadumbrado hasta las heces, se hizo el propósito de nunca más contraer matrimonio (con mujeres, por supuesto, porque los hombres en plena virilidad, generalotes empenachados, representantes diplomáticos de cortes extranjeras, mucamos, válidos y áulicos de su camarilla íntima estaban excluidos del juramento, como que en materia de gusto no hay nada escrito, y con ellos, por el contrario, casábase muy a menudo, burla burlando y con el mazo dando, cada noche con uno diferente, al extremo que era frecuente oír hablar por toda España de *"los maridos del Rey").* Cada quien agregando un nombre nuevo a la larguísima lista. Que si Fulano, que si Zutano, que si Este, que si El otro. Controversias y apuestas en los mesones. Comidillas de meriendas. Y tú, por puro descorgojo, sin detenerte a pensar en la contundente influencia del real consorte *general Horcas caudinas,* con esa ingenuidad propia de tu persona, como diría ingenuamente alguno de tus biógrafos, también trataste de hacer leña del árbol caído, que por lo demás no era tal, sino una flamante encina, un roble poderoso, un

copudo madroño, con su tronco, su formidable tronco de madera de corazón, muy bien enraizado en las yermas entrañas de Su serenísima Majestad. Dijiste, entonces, un tanto por decir (porque, en estricta verdad, por esa época, poco o nada sabías de tácticas militares), que *el general Disparate* había fallado horriblemente en el desembarco y, mucho peor, en el reverso del reembarque. Que había errado la planificación de los elementos. Que no sabía una pizca de la preparación en la base de partida, ni de la travesía, ni del asalto a las playas. Que, guardando las circunstancias de tiempo y lugar, se parecía a Moisés Moleiro y a Ameriquito Martín desembarcando inermes en Machurucuto. Que, mucho menos, entendía del apoyo de la progresión terrestre con los fuegos de la escuadra, ni del establecimiento de la cabeza de playa, hasta que ésta contara con depósitos autónomos suficientes. ¿Desconocía, acaso, ese ignaro que un proyectil enemigo capaz de hundir un buque realiza un estrago que en tierra no se conseguiría con quince grupos artilleros?, ¿qué tal siniestro representa la pérdida total de las unidades fluctuantes entre batallón y brigada, en los transportes elegidos para aproximarse a la costa de desembarco? Y si tales riesgos se producen en la marcha de aproximación o travesía, los propios del asalto (extendido desde que las tropas se adelantan a la orilla en barcazas, lanchas, trirremos u otros transportes rápidos, y ya fraccionadas —a lo sumo, una compañía por embarcación—), ¿no han de ser aún mayores? Claro, claro que lo son. El acercamiento a las playas, a las posiciones defensivas del enemigo, reforzadas normalmente por minas submarinas, se realiza a su vista; los soldados, apenas saltan de las lanchas (por quedar éstas varadas) y al recorrer los últimos tramos de mar con el agua hasta la cintura o hasta las rodillas, quedan al descubierto y con lentitud a punto de mira. Al alcanzar las primeras arenas, donde tendrán que cortar alambradas o eludir minas, seguirán a la vista, con progresión lentísima por lo demás. ¿Y entonces? Nadie es nada. La defensa gozará de un campo de

tiro ideal, con rasancia perfecta, sin posible salvación para el infeliz que desembarca. De nada valió para ti la advertencia de tu amigo Mertens, a la sazón radicado en Cartagena (puerto desde donde había partido la expedición de Argel): *"Aquí nadie se atreve a hablar mal de O'Reilly ni de su empresa, pues tiene muchas criaturas suyas al acecho por todas partes, pero no podrán impedir las críticas en el fuero interno de cada uno, a menos que se quiera instaurar un tribunal para juzgar el pensamiento de los hombres".* Pero tú, sin equívocos posibles, lejos de rumiar tu rabia en el mutismo de tu fuero interno, vociferaste aquí y más allá, en los corrillos del cuartel, en los bailes y veladas de la sociedad gaditana, en el figón de Poenco y en la Plaza de San Juan de Dios, tu escalpelo de censuras, tu catarpila de odios; ofreciendo por doquier tu tarjeta de presentación:

Aristarco Zoilo Criticastro
doctor
en
desembarcos navales
y batallas de naves a vela

Y *el general Vencido, pero insuperable por su dotación en la estima del Monarca,* lo supo. Y puso en juego su poder para hacerte pagar la afrenta. Y te cubrió de injurias. Y te impuso dos meses de arresto en la guardia de prevención, sin fórmula de juicio ni audiencia del interesado ni apelación admisible. Y te recargó el servicio mecánico, al extremo de ponerte a supervisar la limpieza de los retretes. Y te privó de la salida en los días de asueto. Y te mantuvo en posición de firme por largos ratos. Y te suspendió las comidas, ya de por sí incomibles. Y te amonestó en público, a la vista de oficiales, clases y soldados. Y dispuso engrosar, con sus denuncias, tu expediente del Santo Oficio. Y te acusó de veinte crímenes cuartelarios, infracciones gravísimas de orden moral, perversida-

des extremas, maldades grandes, tremendas injusticias, infames ofensas a la palabra de Dios, al orden, a la tradición y a la jerarquía establecida. Y te amenazó con hacerte achicharrar en las llamas sagradas de *la Santísima Hoguera.* Y el peor de los castigos, la peor de las ofensas, *el general Venganza,* levantando sus alas como si llamara a alguien, párpados bajados hasta el borde inferior de las pupilas, farfullante la voz, revoloteantes las plumas, te negó el permiso solicitado, tanto tiempo apetecido, para visitar Austria, Prusia y otros países, al igual que tu amigo Villalta, con el fin de estudiar el sistema militar europeo y enriquecer tu formación profesional. Más no termina allí, Precursor, el cuento del *general como quieras llamarlo.* En La Habana de Martí y Fidel Castro, de Maceo y Marianello, tiene una avenida con su propio nombre. Carlos III, la amante, tiene, por su parte, una estatua.

Mr. Turnbull

En esa de rabietas andaba cuando, para compensarte la negativa del viaje por Europa, con su veleidad característica feliz porque el Rey lo había llamado una vez más a Palacio, el conde de O'Reilly dispuso un día permitirte atender la invitación que te habían formulado para visitar la fortaleza inglesa de Gibraltar. La tropa anglosajona, disciplinada y circunspecta, atrajo tu admiración. Nada revelaba de aquel país que, al decir del duque de Buckingham, alguna vez había sido gobernado por un hatajo de rameras francesas, un cónclave de sacerdotes papistas, una abastanza de lacayos holandeses, una sucia doncella, un leguleyo galés, un miserable libertino. Bajo la disciplina de la doctrina, la instrucción y el cumplimiento, viste brigadas, escuadrones y compañías respetar al ciudadano más que a la propia vida, proteger la propiedad y los valores sociales, enaltecer el aprecio de sí mismo, cuidando el aseo personal hasta el lustre reluciente del calzado, practicando e imponiendo modales de fineza, adversando los vicios. Trecho a trecho, soldado por soldado, firmes, impertérritos, indoblegables, no se descubría una sola falta, una sola impuntualidad en el servicio, una sola inexactitud en la obediencia. Todos guardaban un respeto escrupuloso por la superioridad, las leyes y los reglamentos. Todos, una austera dignidad en la subordi-

nación. *Diligentu exactísima. Diligentia diligentis. Diligentia diligentisstmi paterfamilias,* habría dicho Tácito o el mismo Julio César. Reunidos estaban allí: el estímulo y el desaliento bien sobrellevado, el ímpetu y la represión oportuna, la elevación y la humildad, el orgullo y la modestia, el deseo de reconocimiento y el temor al castigo, la observancia minuciosa casi milimétrica, los hábitos uniformes, la incitación a sobresalir, el empuje apresurado fuera de la fila ante un requerimiento arriesgado, la conciencia de que nadie debe contentarse con hacer lo preciso de su deber, el amor al servicio, la honrada ambición y el constante deseo de ser empleado (primero que más nadie) en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga, para dar a conocer el valor, el talento y la constancia. Valor, talento y constancia que nunca viste después en las anárquicas tropas venezolanas de la Primera República. Conspiraciones a ultranza. Ocho o diez conspiraciones en un abrir y cerrar de ojos. Traiciones. Vinoni entregando la plaza de Puerto Cabello. La vendió por treinta denarios, trescientos ases, ciento veinte sestercios. El coronel Bolívar desgarrándose las vestiduras. Desgarrándoselas, para salir después a conspirar desnudo. Disensiones. Malestares. Desobediencias. Nadie responsabilizándose por nada. Insubordinación extrema en el Ejército del Centro. Y tú, llevando adelante aquel amasijo informe de insidiosos espías armadores de trampas, compuesto de fingimientos y quitalpones, estúpidos amanuenses, rasos engarbulladores sin ninguna conciencia. Una pudrición quitaolfato emergiendo de las marismas, implicándose con armas y bagajes en la contrapatria, provocando la anosmia con sólo decir media palabra, con sólo alzar al aire sus fétidas axilas, o echar en tu presencia una asqueante ventosidad. Sí, una ventosidad. Un peo de lobo. Una albejina. Helos ahí: entregándote finalmente. Tu edecán Soublette los guía, solícito, a la luz de una linterna, por el ándito enladrillado que conduce a tu alcoba. Encandilado, creyendo que ya es la hora de embarcar en la *Sapphire,* levantas del almohadón tu cara abotagada y precisas los rasgos de todos: Bolívar en-

loquecido, presa de alunaradas divagancias; el cráneo encogido de Chatillon; el coronel Juan Paz del Castillo; el zaragatero Miguel Peña, vilipendiador de chicha y nabo; el trapisondista Mariano Montilla; y el traidorzuelo Manuel María de Las Casas, entregando previa concertación la plaza de La Guaira sin ningún asedio. Por eso, aunque estés volviéndote un podrigorio en este sumidero, aunque te mueras cada día en la profundidad de esa fosa, vales más que toda esa farándula de fementidos aprendedores. Tenías la razón. Tranquilo ahora. Vuélvete a Gibraltar. Allí te espera la invitación de El General y la señora Boyd al baile y cena que brindarán en Convent. Qué baile. Qué cena. Cuánta profusión de cortesanía, ceremoniales y etiquetas. Cuántos matices de sutiles refinamientos. El desfile solemne en torno al salón con medidos pasos hacia adelante, hacia atrás y hacia los lados, la afrancesada *courante.* Gallardas y pavanas. El *minuetto,* tan medido, tan riguroso y, sin embargo, tan italiano. La inglesísima *giga,* contradanza de numerosas y libres evoluciones. Danzas festivas y populares y altas danzas jubilosas. Y las empolvadas pelucas, los suntuosos miriñaques, los batientes abanicos de plumas, raso y nácar, en undívaga competencia con los amanerados gestos de la oficialidad danzante, maestra de la euritmia, del besamano y del doñeo. Se diría que la sangrienta Belona, como en el ballet *Las indias galantes* de Jean Phillippe Rameau, cedió su puesto a Tersípcore ingrávida. Y a Hebe enternecida. Y que Montecúcoli fue sustituido en el magisterio de las Escuelas Militares por el tratado *Grazie d'Amare* de César Negri, con sus cincuenta y cinco reglas técnicas o lecciones para dominar el arte de la danza; tal el sinnúmero de *capriolas,* saltos volteando, vueltas, entrelazamientos y finos ademanes que los danzarines ponían en juego. A la una en punto, y como el cuco libertado por la campana, el mayordomo entró de sopetón a la sala convocando a la mesa. Faisanes y liebres entre uvas frescas y manzanas asadas, un *roast-beef* tiernísimo a medio tostar, lampreas ahumadas, chuletas de

cordero a la parrilla, solomillo de ternera con patatas, un *mixed grill* como para hincarle el diente de primero, ancas de rana, jamón, lengua fría y varias clases de ensalada. Sin contar los postres. Como para no recordarlo a la hora de esta hambruna y en este lugar donde sólo te sirven agua de salmuera. Pero mejor seguir con la ilación de los recuerdos. Entretanto, a tu lado, en la mesa, te toca un caballero inglés. John Turnbull se llama. Comerciante. A la larga, se convertirá en tu mejor amigo. Terminará ayudándote financieramente en todas tus peripecias de revolucionario. Por ahora, te habla de sus negocios de importación y exportación. De sus actividades en Londres. De su interés por las colonias españolas de América. Cacao. Pieles curtidas. Oro y plata. El café arábigo que, según noticias, comienza a prender excelentemente en las faldas de las serranías de Venezuela y la Nueva Granada. Oyes atento. El caballero es un buen conversador. Pasa del comercio a la pintura de Joshua Reynolds. Un genio del retratismo, te asegura. El mayor parecido en pocos trazos ha sido siempre la exigencia básica del arte de retratar y sir Joshua lo logra en demasía casi sin proponérselo. Dígalo, si no, su retrato de *El capitán Robert Orme.* El de *Lady Elizabeth Hamilton.* El de *Nelly O'Brien,* la más bella cortesana londinense de todos los tiempos. Dígalo, el de *la señorita Bowles.* Y el de *San Juan Bautista en el desierto* o el de *Las tres gracias adornando la estatua de Himeneo.* Dígalo, el muy reciente de *El tercer duque de Marlborough con su familia en el Palacio de Blenheim,* deslumbrante por la rica variedad de motivos arquitectónicos y por la suntuosidad de los vestidos. Un tiempo precioso empleó el ilustrado *marchand* hablándote de tecnicismos pictóricos y reglas o formas para mejor contemplar las obras de arte. Y cuando ya creías que la noche iba a resultar insuficiente para que completara su perorata sobre el monumentalismo escultórico de John Bushnell y las miniaturas populares de Samuel Cooper, las acuarelas emborronadas de Alexander Cozens y las escenas interiores de Arthur Devis, las alegorías

adulonas e hiperbólicas de Hans Eworth y los retratos tamaño natural de Thomas Gainsborough, el señor Turnbull, con la mayor naturalidad y como si te conociera de toda la vida, comenzó a hablarte de sus actividades secretas como miembro destacado de la Dirección Iniciática Universal, el *Sublime Organismo,* de la Fraternidad. ¿No ha oído hablar usted, capitán Miranda, de *la Orden de la Fraternidad?* Comienza a expandirse por todo el mundo. Aquí mismo, desde 1726, funciona una filial de la Gran Logia Inglesa. Mi estada en el lugar se debe, justo, a una visita de inspección que debo dispensarle. Y aun en España, pese a la represión inquisitorial y al romanocatolicismo de los Austrias y los Borbones, ya funcionan unos cuantos de nuestros centros. Usted, usted, debería sumársenos, capitán Miranda. Su clara inteligencia, ese deseo evidente de trascender, deberían llevarlo a nuestras filas. Se le ve honrado e idealista. Honrados e idealistas somos todos los Hermanos de la Fraternidad, capitán Miranda. Por encima de nuestras Logias, de nuestros Templos, de nuestros Grandes Orientes y de nuestros Ritos, siempre existió una Dirección Iniciática Universal, una Masonería o Gran Oriente Supremo de carácter esotérico, de cuyo Con:. Sup:. me honro en formar parte. Nosotros, capitán Miranda, recibimos las líneas directrices directamente de los Santos Santuarios Esotéricos. Nuestra obligación es transmitirla en seguida a través de ciertos intermediarios. Y usted, capitán Miranda, puede sernos muy útil. *Muy útil,* reiteró con el índice tenso y la voz hinchada de modo tremebundo.

Hiram es fuego

La fiesta de los Boyd llegó a su fin. A punto de amanecer, el señor Turnbull te invita, sin embargo, a dar un paseo por la playa gibraltareña. Todavía es noche oscura. Apenas se distingue dónde está el mar y dónde la tierra. Sobre vuestros huesos cae el suave aguaviento de una nubarrada que no tardará envolverse chaparrón. Un profuso manto de negrura lo envuelve todo. Vislumbras que el señor Turnbull sigue a tu lado porque percibes la reiteración de sus pasos macizos, el flujo de su respiración continua. Ahora, te oprime el brazo afectuosamente, y te llama "viejo amigo". Es este el momento para confiarle los grandes secretos, sin luces encandilantes, sin testigos pendientes del movimiento de tus labios, solos, apenas acompañados por ciertos aires sobresalientes en la turba del viento. Decíale que recibimos la línea directiva directamente de los Santos Santuarios Esotéricos. ¿Nuestra obligación? Darla a conocer de inmediato por medio de intermediarios especialmente dispuestos. Por estos días, querido Miranda, nuestra tarea es propagar y consolidar la *Potencia X.* Esa *Potencia X* no es otra cosa que la vigencia de la Libertad y la Legalidad democrática; bien, dentro de una monarquía constitucional como la que nos rige en Inglaterra; bien, dentro de las repúblicas que pronto surgirán por todo lo largo del Orbe. En ese

empeño, Hermano Miranda, es necesidad primaria destruir a los Borbones y sus extensas posesiones de Europa y América... Muchos de los Hermanos Masones, querido Miranda, desvirtúan a Hiram. Piensan firmemente que se trata de *un personaje* más o menos histórico, cuando no de un mero *símbolo.* Que se desengañen. Nada más falso. Después de la iniciación de los trabajadores espirituales para edificar el Templo de la Verdad, Hiram ha sido muerto muchas veces pero siempre resucitado. Hiram es Adonis muerto por un jabalí. Hiram es Orfeo atravesado por las espadas de los ebrios áulicos de Aglaonice. Hiram es Zoroastro, desaparecido en cuerpo y alma de su gruta. Es Pitágoras, allameado en Crotona por los secuaces del tribuno Cylón. Es Buda, a los ochenta años, en Beleuva, presintiendo la muerte próxima. Es Sócrates, bebiendo la cicuta. Es Platón, reviviéndonos los Misterios de Eleusis. Es Jesús, crucificado por Caifás, Judas Iscariote y Pondo Pilatos. Es, en fin, Jacques (Santiago) de Molay condenado por un Papa, denunciado por un falso hermano y quemado por orden de un rey. Naturalmente, esto no es más que una explicación en medio de otras tantas. No olvide, amigo mío, por lo demás, que Hiram es Fuego. No olvidemos que él, en principio, era fundidor. Y el Fuego, muchas veces, se regenera y se transmuta. Usted, usted es arietino. Usted también es Fuego. Usted debe ser el Hiram de la Independencia Americana...

Preguntas y respuestas

¿Cuáles otras revelaciones te hizo el señor Turnbull en C aquella caminata madrugadera?

Todas las propias del Ritual Masónico que, dicho sea de paso, no es una iglesia, ni una institución mística, ni un credo, ni una doctrina, ni una liturgia, ni tan siquiera una *sociedad secreta* (pese a la creencia generalizada del vulgo). Tampoco, un *club privado.*

¿Y qué es, entonces?

Una tradición iniciática. Una tradición iniciática fundada sobre ciertos *misterios,* al modo de las antiguas religiones. Consustanciada, ella, con un *secreto* que no es, en ningún caso, fórmula inalcanzable sólo transmitible a los iniciados, sino, más bien, una aptitud, una predisposición, un sentimiento o, cuando más, una *iluminación interior.* Fíjate que los rituales, las palabras más sagradas, los ornamentos y la simbología masónica han sido descritos, analizados e interpretados en incontables obras que cualquier profano puede procurarse en librerías y bibliotecas públicas.

¿Cabe, en consecuencia, decir que si bien nada hay de maravilloso en la Masonería, tampoco hay en ella nada de *satánico,* como pretenden encarnizadamente los *antimasones* de ayer y hoy?

Cierto. Las pretendidas actividades infernales de los masones no han existido jamás, fuera de la imaginación calenturienta de Leo Taxil, del Albacea Don Cosme y de algunos jueces de la Inquisición. Los masones nunca hemos apuñaleado hostias. Tampoco frecuentamos los infiernos. Ni le rezamos a Lucifer. Ni insultamos a Cristo en hebreo. Ni escupimos al Crucifijo. Ni, en la noche del Jueves Santo, trinchamos un cordero coronado de espinas, clavado por las patas de bruces, sobre la mesa de un abominable banquete. El célebre puñal de los Kadosch no es más que una inofensiva, simple alhaja.

¿Pero, en algunos momentos, los masones han tenido actitudes agresivas; sobre todo, en contra de la Iglesia de Roma?

Bueno, sí. Sólo tras la caída del Segundo Imperio. Adoptaron, entonces, una actitud fuertemente anticlerical, tanto en Francia como en los demás países latinos. El episcopado y el clero no se abstuvieron. Devolvieron hostilidad con hostilidad. Pero, al parecer, estos rencores de ayer tienden a disolverse. Los masones de estos días parecen hombres comunes, buenos padres de familia, trabajadores manuales y trabajadores del intelecto que rezan el rosario, bautizan a sus hijos y pagan los diezmos y primicias.

¿Y qué persigue, hoy por hoy, la Orden Masónica?

Un objetivo filantrópico. El espíritu de la fraternidad. La colaboración de todos los dominios. El rechazo de todo dogmatismo y de toda forma de exclusividad. *Libertad, Igualdad, Fraternidad,* es la divisa masónica por excelencia. La Masonería posee un ideal, pero carece de doctrina.

¿De qué hablan, entonces, los Hermanos con sus guantes blancos, cuando se reúnen de acuerdo con el riguroso ceremonial, en tomo a la Mesa del Rito?

De todo y de nada. De lo que constituye el interés del momento. De las lecciones del pasado. De las expectativas futuras. De política, economía, literatura, música, mujeres, Venezuela, Caracas, Washington, Moscú, La

Habana, la eutanasia, la eugenesia, el control de la natalidad, la corrupción administrativa, el alto costo de la vida, la protesta estudiantil, el Mayo Francés, el socialismo, Marx, Engels, el capitalismo, la coexistencia pacífica, la no alineación, las nuevas tribus, la autogestión indígena.

Todos estos temas podrían ser discutidos sin ninguna restricción dogmática. Sin ningún sectarismo.

¿Pero no habíamos quedado en que no era un *club?*

Sí. Claro que no lo es. Ahí radica todo el secreto de la Masonería. Esos hombres, los masones, ocupados en tareas comunes como cualquiera, desprovistos de conocimientos cabalísticos y aptitudes particulares; esos hombres que en nada se distinguen de los demás hombres (una cabeza, un tronco y unas extremidades), poseen, sin embargo, un carácter que les es privativo. Son *Iniciados.* La Masonería es, ante todo, una Orden Iniciática. La única en Occidente que puede jactarse de su filiación inmemorial. En ella, todo gira en tomo a este contexto iniciático. Las querellas de orden profano, las opciones políticas, los gustos artísticos, los pulgos y repulgos personales, todo, todo queda relevado cuando el rito iniciático entra en juego.

¿Y ese rito iniciático no forma acaso una doctrina?

Dije que no se puede hablar legítimamente de una *doctrina masónica.* En cambio, sí existe una *enseñanza* masónica. La que se desprende de las costumbres, reglas y, sobre todo, los símbolos que constituyen la sustancia del rito iniciático propiamente dicho. Este rito es lo que une a la Orden con el esoterismo tradicional del universo entero. En principio, sus formas iniciáticas nos llevan a incluir la Masonería dentro de las antiguas *religiones de misterios.* Pero el objetivo de la iniciación no consiste en la revelación de esta o aquella doctrina, sino, bien al contrario, en la desvelación de un hombre desnudo (Francisco de Miranda, nacido en Caracas el 28 de marzo de 1750, hijo del canario Sebastián de Miranda Ravelo y de la caraqueña Francisca Antonia Rodríguez de Espinosa, desnudo, tal como doña Fran-

cisca lo trajo), en un mundo desnudo. Se trata del despojo de todo prejuicio doctrinal.

¿Y cómo se produce la iniciación?

Hay diferentes grados. Los tres primeros, simbólicos (aprendiz, compañero, maestro, en la Masonería llamada *Azul), se* consideran un resumen, o al menos una prefiguración, de los grados superiores. El Maestro-Masón es, virtualmente, aquel Hombre Verdadero de las tradiciones. El Hombre tal como debe ser. El Hombre que ha llegado a alcanzar los *Pequeños Misterios,* los misterios que corresponden esencialmente al Hombre. Los grados superiores se agregaron a los originales en fechas más o menos recientes. No hacen más que completar la enseñanza esotérica ya contenida en el simbolismo de los *grados azules.* Constituyen una preparación para lo que se ha dado en llamar los *Grandes Misterios.* Es decir no ya los del Hombre, en tanto que tal, sino los del Cosmos y el Hipercosmos. Los misterios del cielo. No podemos entrar en el detalle de los ritos masónicos. Nos harían falta cientos y cientos de cuartillas. Cada grupo particular posee su propio rito iniciático. Sus propias ceremonias de apertura y clausura de los trabajos. Sus propias particularidades. Hay fundamentales diferencias entre el rito de York de los anglosajones y el rito Francés, e incluso, el rito Escocés. Conformémosnos con precisar que la iniciación para los tres primeros grados está siempre edificada (en Inglaterra, en Francia, en Escocia), sobre el mito del retorno al caos, de la inmersión en las tinieblas, de la muerte iniciática. Preludios necesarios del retorno al orden, a la luz y a la vida eterna. Es un proceso de palingénesis.

Bien, pero aunque sólo sea genéricamente, ¿cuáles actos deben cumplirse para alcanzar cada iniciación?

En el primer grado, el aprendiz *Visita el Interior de la Tierra y, Rectificándola, encuentra la Piedra Oculta,* el *Occultum Lapidem,* el V.I.T.R.I.O.L. Esta visita se efectúa simbólicamente en el curso de tres viajes alrededor de la Logia, con los ojos vendados, como si se tratara de partir una piñata.

Al término de ellos y de diferentes pruebas, retiran la venda de los ojos del novicio, que descubre así la luz.

¿Es cierto que entre esas *diferentes pruebas* se encuentra la del empalamiento con una vela muy gruesa?

¡Bah!, puras supercherías iguales a las del encarcelamiento en un cuarto todo entapizado de negro y a las del engrillamiento de los pies y a las de las torturas del cuerpo con clavos encendidos y aceite hirviente. Tampoco es cierto que los aspirantes tengan que ingerir la abeja reina de un enjambre para poder soportar la intensidad de los tormentos.

¿Y para alcanzar el segundo grado, cuáles actos deben cumplirse?

En el segundo grado, el compañero, enriquecido con sus conocimientos de aprendiz, se esfuerza por penetrar en el significado de *la Estrella Llameante.* Cinco puntas. Una aureola de rayos. Una G en el medio. Era el símbolo de los pitagóricos, el *pentagrammon* o el *Triple Triángulo Cruzado.* Bajo el nombre de *Ugeia* (a causa de Higia, diosa de la salud), se le concedía un valor terapéutico. A veces, la representan con la punta en alto y es, entonces, un principio activo. El principio masculino. Sus cinco puntas son: los cuatro miembros y la cabeza del hombre. 5 es el número del microcosmos. Esa asimilación se hace más patente cuando la propia figura del hombre se incluye en el interior de la estrella, como en *el pentagrama de Agrippa.* En la Masonería de ahora, el pentagrama constituye una de las claves del Número del oro.

¿Y la letra G en el centro, qué significa?

Podrían atribuírsele muchos significados. Podría significar Geometría, Genio, Gloria, Grandeza, God (Dios, en inglés) o el Gott germánico. Podría ser el Gamma, la mayúscula griega que asemeja una escuadra. Podría ser el Gallo solar, emblema de la vigilancia y la actividad. O la Gacela, animal representativo del alma y la sensibilidad humana. Podría ser Géminis, el tercer signo zodiacal, gemélico, divino y mortal, blanco y negro, varón

y varona. Podría ser el Gigante, profundo y ancestral, de cuyo sacrificio surgió la creación. Podría ser la Generación, la creación misma. Podría ser la Gnosis, el conocimiento del hombre. El Globo macrocósmico dejándose envolver por el microcosmos. El Graal, testigo de la pasión de Cristo, depositario de su preciosa sangre, o el Gorro frigio de los sacerdotes de Cibeles y de los revolucionarios franceses. La Gran Madre Naturaleza apresada en el corazón del hombre. El Gran Sacerdote y la Gran Sacerdotisa de los arcanos del Tarot. El Gráfico, todos los gráficos que el hombre ha inventado para trascenderse, la raya y el punto, el cuadrado y el rombo, el ternario neutro y el ternario evolutivo, el doble cuaternario en la circunferencia, y el quinario mismo, vale decir, la propia Estrella Llameante. Podría ser Gog y Magog, rey y pueblo. Podría ser el Grifo. Podría ser la Gárgola. Podría ser la Guirnalda que lo une todo o el Gusano que consume nuestros cadáveres y también consumió el de Hiram. Podría. Pero mejor es continuar con la iniciación del segundo grado. El compañero, imbuido ya de tales significaciones, debe corregir sus defectos con el cincel de la moral, y en el curso de cinco viajes simbólicos—la quintaesencia actuando sobre la materia, los cuatro miembros regidos por la cabeza como los cuatro dedos por el pulgar, los cuatro puntos cardinales más el centro, la hierogamia: unión del cielo (tres) y de la *Magna Mater* (dos), el pentagrama mismo— aprender a ejercitar los cinco sentidos, a distinguir las cinco formas de la materia, a descubrir los cinco órdenes de la arquitectura, a ejercitar las cinco artes liberales y a meditar sobre las enseñanzas de los cinco sabios más célebres de la antigüedad.

¿Y en el tercer grado?

El recipendiario revive la pasión de Hiram en el transcurso de un verdadero psicodrama. Asesinado por los compañeros felones, es sepultado bajo la acacia y entra en un proceso de putrefacción antes de resucitar, ya inmortal. De aquí en adelante, es un *gabaón* y representa la colina exacta sobre cuya cima reposa el *Arca de la Alianza.* Reside en la *Cámara del Medio,* en el

centro mismo del cosmos, como el *Hombre Verdadero.* Y, como él, ocupa su lugar entre el *compás y la escuadra,* es decir, entre *el cielo y la tierra.*

¿Y amén de la explicación transmutatoria dada por el señor Turnbull, cuál es la verdadera historia de Hiram?

Cuenta la leyenda que Salomón hizo elevar un templo a la *"Gloria del Gran Arquitecto del Universo"* y que su vecino, el rey de Tiro, le brindó a tales fines, en abundancia, los materiales más ricos y los obreros más calificados y, entre los últimos, a Hiram-Abif, tirio de nacimiento, el más hábil en todas las obras de arte. Salomón, en principio, le acordó toda su confianza y le nombró jefe de la construcción. Hiram dividió a sus numerosos subalternos en tres clases, aprendices, compañeros y maestros, cada una de las cuales tenía una contraseña para recibir un salario gradual: los aprendices en la columna Jakin, los compañeros en la columna Booz y los maestros en la Cámara del Medio. Hiram esperaba que, así, reinaría el orden, y que cada uno sería pagado en razón de sus méritos. Pero se equivocó.

¿Por qué lo dices?

Ya lo veremos. Mientras, gracias a Hiram, se elevaba el Templo, la gloria de Salomón se expandía por toda la Tierra. Su sabiduría, decían, igualaba a sus riquezas. Grande fue su fama, principalmente entre los Sabeos, pueblos sobre los que reinaba Balkis, mujer de espléndida belleza. Aconsejada por sus ministros, la reina decidió viajar a Jerusalén para conocer al monarca y las maravillas y tesoros que acumulaba en sus dominios. Salomón se enamoró de la reina y la pidió en matrimonio. Pero no así la reina de él. Ella no había dejado de observar que la profusión de oro que rodeábalo no ocultaba, sin embargo, su envejecimiento y creyó descubrir con ello un síntoma de las bajas pasiones secretas del monarca. Más aún, cuando Salomón respondió los tres enigmas que, según la tradición, ella le propusiera, con justicia imaginó que alguien, muy sabio, había inspirado las reales respuestas. En efecto, el gran sacerdote de los Sabeos, autor de los enigmas, había sido corrompido

por el rabino hebreo, cumpliendo órdenes del monarca. Con todo, Balkis no rechazó la solicitud de Salomón, aunque sí mantúvose reticente. Cada vez más encantado, el rey invita a la princesa a visitar el reino, sus templos y palacios. Pero, al pie del principal de los altares, la princesa descubrió una cepa de viña lanzada con descuido, a modo de embrujamiento, y, antes de que acertara a formular pregunta alguna, el pájaro mágico que llevaba sobre su hombro, un cuervo llamado Hud-Hud, lanza unos graznidos lastimosos en el oído de la princesa. Balkis comprende así el horrible sacrilegio cometido por su pretendiente, y le apostrofa: *"Para asegurar tu propia gloria, fuiste capaz de violar la tumba de tus padres y esta viña..." "En su lugar, levantaré un altar de pórfido y maderas de olivo, ornado con cuatro serafines de oro",* contestó el monarca descubierto. *"No basta",* ripostó la reina. *"Esta viña, arrancada de raíz, ha sido plantada por Noé, tu antepasado. Has cometido un acto de rara impiedad. Y por ello, el último príncipe de tu raza será clavado en un madero, como un criminal."* La visita continuó, sin embargo y, maravillada la reina por tanta magnificencia, quiso conocer al autor de aquellas construcciones. Salomón no accede con agrado. Minimiza al artista. *"No vale la pena",* dice. *"Es un sucio obrero, pobretón y sin orígenes conocidos, un tal Hiram, venido de Tiro, un personaje sombrío y misterioso que nunca se acerca por la corte."* La reina insiste y Salomón termina satisfaciendo sus deseos. El pájaro mágico revela, entonces, a Balkis, la verdadera identidad de Hiram. Este extranjero que vive entre los hijos de Adán, en realidad, no es descendiente del primer hombre, le asegura. Es el último vástago de la raza de Caín, biznieto de Eva y de Eblis, el Ángel de Luz. En efecto, en el legendario Edén, Eva fue infiel a Adán con el Ángel de Luz, cuyas tentaciones amorosas no pudo resistir. Hijo de ángel y no del limo de la tierra, como su medio hermano Abel, Caín pronto fue objeto de los celos conjugados de Adán, Abel y la propia Eva. Día por día, tuvo que sufrir toda clase de escarnios, hasta verse privado del amor de Aclinia, la primera hija de la adánica pareja edénica, dada en matrimonio a Abel, casi por la fuerza. Fue, entonces, cuando, loco

de desesperación, Caín mató a Abel con la quijada de un burro. Ultimo descendiente de Caín, *"último príncipe de la sangre del Ángel de Luz"*, Hiram había sido precedido por Enoch, fundador de la ciudad de Enochia; por Mathusael, inventor de la escritura; por Lamech, quien impuso la poligamia para asegurar la continuación de la raza; por Tubalcain y por Nohema, su hermana y esposa. Para preservar a la familia de la venganza de los hijos de Abel, Dios-Adonai estableció a los descendientes de Caín en un lugar oculto. Al conocer a Hiram, Balkis se sintió inmediatamente atraída por la seducción del apuesto arquitecto; desatándose, en consecuencia, los celos de Salomón. Una noche, de apacible enamoramiento, Balkis le preguntó a Hiram qué quería de sí.

¿Qué respondió el arquitecto?

Terminar, para tu gloría y la del Creador, lo más rápido posible el Templo de la Verdad. ¿Qué te lo impide?, preguntó la reina. Faltan obreros, respondió Hiram. ¿Y cómo puedo ayudarte? Exigiéndole al emperador la contratación de nuevos contingentes.

¿Qué hizo la reina?

Pedirle a Salomón un tránsito aún mayor de albañiles, carpinteros, fundidores, orfebres, picapedreros y especialistas en todas las artes de la construcción.

¿Y Salomón, qué le respondió?

Se opuso tenazmente a la petición de la reina. Díjole que era imposible reunir en tan poco tiempo número tan importante de hombres de diversas razas y oficios distintos. Llorosa, Balkis se lo transmitió a Hiram.

¿E Hiram, qué hizo en consecuencia?

Súbito, subió a un bloque de granito para que la muchedumbre lo reconociera. Alzó su mano derecha y trazó en los aires un signo misterioso, en forma de T.

¿Qué significaba ese signo?

La inicial de Tiro, según algunos. De Tubalcain, según otros. Pero, casi seguramente, se trataba de Tau, un símbolo mágico de sagrada reputación.

¿Qué resultado provocó la imprecación?

Trescientos mil obreros, como por arte de birlibirloque, aparecieron en seguida alrededor del Templo y ante una nueva señal de Hiram, comenzaron a trabajar. Salomón, por supuesto, se inquietó seriamente creyendo perder, de una vez por todas, los favores de la reina. Y enterado de un complot que se tramaba contra Hiram, brindóle su apoyo a los conjurados, aunque sin mayor franqueza y con cierta ambigüedad.

¿En qué consistía ese complot?

Descontentos y ambiciosos, tres compañeros, Sterkin, albañil, Oteíut, carpintero y Abibala, minero (cobijados bajo los seudónimos de Jubelos, Jubelus y Jubelum), exigieron a Hiram un aumento de salario, junto al título y la contraseña de maestros. No juzgándolos dignos de este honor, el arquitecto se rehusó y los compañeros juraron vengarse. La ocasión no se haría esperar, pues, pocos días más tarde, debía realizarse la colada del famoso Mar de Bronce, en honor a la reina de Saba. Se trataba, sencillamente, de sabotear la obra maestra de Hiram, pretendiendo deshonrarlo por el resto de los siglos.

¿Cómo se cumplió el sabotaje?

Llegado el gran día, el compañero albañil mezcló la cal al ladrillo, para que la mezcla se hiciera polvo. El carpintero prolongó los travesaños de las vigas, para exponerlos a las llamas; el minero, por último, arrojó lavas sulfurosas de Gomorra a la fundición. Benoni, un joven aprendiz a quien Hiram amaba como a su propio hijo, fue testigo de la felonía, pero pereció en las llamas cuando intentaba advertir a su maestro. Era demasiado tarde, pues los obstáculos que retenían el bronce líquido habían sido retirados y torrentes de fundición se precipitaban sobre el Templo. Los ladrillos se ha-

bían hecho añicos. Los contrafuertes de madera crepitaban bajo los efectos del fuego devastador. El azufre y el betún de la fundición ardían por doquier. El pánico cundió y la multitud se disolvió aterrada, incluidos el rey y la reina Balkis.

¿Cómo pudo sobreponerse Hiram al desastre?

Llorando, desconsolado, en solitud. Así estaba, cuando oyó una voz desconocida y formidable: "¡Hiram, Hiram, Hiram!". Alzó los ojos y vio una forma humana descomunal.

¿A quién correspondía esa forma gigantesca?

A Tubalcain, su antepasado, quien le dijo en ayuda: "Sígueme, hijo mío, he soplado sobre ti y ahora puedes respirar las propias llamas".

¿A dónde lo condujo después?

Al centro de la tierra, hacia el alma del mundo, a los dominios de Eblis, para que gustara los frutos del Arbol de la Ciencia.

¿Qué encontró Hiram en el centro de la tierra?

A todos sus antepasados. Y, particularmente, a una nueva voz que lo interpeló. Yo soy el fruto de los amores de Tubalcain y de Nohema, su hermana. Soy el padre de Chanaan y de Nemrod. Pero carezco de nombre, porque entre todos los genios mortales de nuestra raza, soy el único que he visto a Dios, cara a cara. Y Adonai díjome: de ti nacerá un hijo que no conocerás, y que te dará una posteridad innumerable. Tu raza, superior a la de Adán, será humillada una y mil veces por esta última. Pero, un día, los mejores serán también los más fuertes y lograrán establecer el Culto del Fuego sobre la Tierra. Tus hijos, sabedores de tu verdadero nombre, destruirán el poder de los reyes y los ministros despóticos. Vuelve a la tierra, los genios del fuego te acompañarán.

¿Y qué pasó después del regreso de Hiram a la superficie?

Tras regresar al templo en compañía de Tubalcain, y por los mismos misteriosos medios que le habían permitido marcharse, Hiram reparó el Mar de Bronce, a perfección, en una sola noche.

¿Qué dispuso la reina Balkis, entretanto?

Enamorarse aún más apasionadamente de Hiram, tanto más cuanto que el propio pájaro Hud-Hud habíala aconsejado al respecto, observándole que siendo ella misma descendiente de Caín, por Nemrod, no podía amar carnalmente a otro que no fuera un hijo del fuego. Para actualizar esa unión, los amantes dispusieron huir de Jerusalén, cada uno por su lado, para encontrarse luego en algún otro lugar incógnito.

¿Y Salomón, por su parte, qué urdía?

La muerte de Hiram y su matrimonio a la fuerza con Balkis. Para ello se confabuló de nuevo con los compañeros felones, mientras invitaba a la reina a un banquete en palacio. La reina, astuta, logró emborrachar a Salomón y despojarlo del anillo de diamante que, otrora, habíale dado en señal de aceptación. Con él, su pájaro mágico al hombro, y el fruto de Hiram en su vientre, logró huir de Jerusalén.

¿E Hiram, pudo huir también?

No, tal como lo habían dispuesto los felones. Después de haber liquidado el salario de los obreros, Hiram se aprestaba a dejar el templo y se dirigía hacia la puerta del Sur, cuando encontró allí a Jubelos quien, una vez más, la exigió "la palabra" de maestro. *No puedo confiártela sin el acuerdo del Consejo,* le contestó. Furioso, el compañero le asestó un golpe de su pesada regla en la garganta. Hiram huyó hacia la puerta del Oeste, pero allí le detuvo Jubelus quien al no obtener "palabra" le descargó un tremendo golpe de escuadra sobre el corazón. Quebrantado, doblemente herido, Hiram corrió tambaleante hacia la última puerta del templo. Allí le esperaba Jubelum, que asestándole un martillazo en la frente, terminó de matarlo.

¿Qué más hicieron los asesinos?

Reunidos, se preguntaron recíprocamente la palabra de maestro; viendo que no habían podido obtenerla, lloraron arrepentidos por haber cometido un crimen inútil, y se dispusieron a ocultar las evidencias. A este efecto, levantaron el cadáver, lo ocultaron entre los escombros y, por la noche, lo llevaron fuera de la ciudad, enterrándolo al pie de un árbol de acacia.

¿Cómo reaccionaron los restantes obreros?

Lamentáronse, compungidos, y atribuyeron la catástrofe de inmediato a los tres compañeros que faltaron a la llamada de lista. Los maestros se reunieron en la Cámara del Medio, cubierta toda de negro en señal de duelo y, después de dar libre salida a su dolor, resolvieron dedicarse a buscar el cuerpo del jefe, con el propósito de darle digna sepultura.

¿Cómo emprendieron la búsqueda?

Enviaron a nueve maestros, por grupos sucesivos de tres. Dos primeros viajes, uno hacia el Norte, otro hacia el Sur, resultaron infructuosos. Pero, en el curso del tercero, descubrieron una colina, desde cuya cumbre provenía una extraña luz. Escarbaron y encontraron el cadáver, al que reconocieron por la lámina triangular de oro que Hiram siempre había llevado en vida.

¿Qué actividades consiguientes emprendieron los maestros?

Uno de ellos, alzando la mortaja ensangrentada, reconoció el cadáver y exclamó: *"Es él, ¡ah señor mi Dios!"*. Algunos rituales limitan estas palabras a *"¡Lamentémonos!"*. Y luego regresaron con el cuerpo donde sus hermanos, comunicándoles el temor de que los asesinos hubiesen podido arrancar la contraseña a la víctima. Se convino entonces que la primera palabra pronunciada en alta voz por uno de los tres maestros sería en adelante la nueva contraseña. El primer maestro se inclinó sobre el cuerpo, le tomó un dedo y, musitando el nombre de la columna que adorna el Norte de la entrada del templo, se quedó con la piel amortecida en la

mano. El segundo maestro, cogió a su vez un dedo. También se le quedó la piel. Y aún, al tercero pasóle lo mismo. Desesperado, alzó los brazos al cielo y clamó en voz alta: *"¡Mac Benah!"* (o *Moabon,* en el rito escocés): *"La cante se desprende de los huesos, ¡ah, señor, mi Dios!"*. Tal palabra fue la nueva contraseña. Y el grito de los vengadores de Adoniram.

Solve-coagula

La lluvia no se hizo esperar más. Comenzó a caer en grandes goterones. Para guarecerse, buscan acomodo en una cueva cercana al acantilado. En esa pequeña tumba, acuclillado sobre una piedra, el señor Turnbull, didácticamente, continúa conduciéndote por el vasto mundo fraternal y laborante. Prosigue los entresijos de la leyenda hiramita. Con lujo de detalles, te explica las múltiples y zarandeadas peripecias que terminan en el ejemplar castigo de los culpables. Jubelos, Jubelus y Jubelum. Sterkin, Otefut y Abibala. Uno, muerto de una puñalada en el corazón. Los otros dos, perseguidos hasta su refugio en el país de Geth, hechos prisioneros en el solsticio de verano y llevados ante Salomón, ahora invadido por temores y remordimientos culposos, dispuesto a hacer lo indecible para conjurar ese destino siniestro, pérfido destino, de ser castigado, por la saña de una colonia de termitas, "doscientas veces siete" por haber derramado sin razón la sangre de Caín y de Lamech; atados ellos, los felones, a dos pilares por los pies y por el cuello, abiertos hasta el bajo vientre, castrados y abandonados en esta postura, expuestos al calor del día y a las picaduras de las moscas y a la rechifla de la turba y, finalmente, decapitados, con sus cabezas clavadas en otras tantas picas y colocadas en el mismo orden triangular que habían ocupado al acechar a Hiram en las tres puertas del templo. En aquel amanecer

memorable, Turnbull te desvela así las diversas fases del misterio iniciático. Soledad, pruebas, viaje subterráneo, dominio en absoluto del yo y del fuego, obra maestra, muerte y acceso a la inmortalidad invisible, todo estaba allí, en aquella minúscula gruta convertida, de pronto, en el propio *Templo de la Verdad,* resplandeciente y arcano, gnóstico e inextinguible, cual una nueva Jerusalén Celeste. Allí estaba el propio Eblis, *"ángel caído de Venus, refugiado luego en la Estrella Polar",* dueño y señor del misterioso reino de Agarttha, *"amo indiscutible de este mundo";* príncipe de la luz, del calor y del fuego, el *"Ángel Paon"* de los yadizis, el verdadero y único demiurgo creador. Allí estaba Caín y toda su progenie, lo humano evolucionando según las leyes cíclicas hacia la finalidad dinámica, hacia la prefiguración del último hombre y la instauración de la Ciudad Celeste. Allí estaban, reagrupados en el sentido de los cuatro puntos cardinales, alejándose cada vez más del estático centro edénico, coagulados en el sentido alquímico, solidificados, densos pero dispuestos a estallar y a volar en pedazos, bajo la presión, a la hora de la catástrofe final: los Caballeros Humanitarios del Santo Sepulcro y los Caballeros Panteístas del Rito Socrático y los Maestros de la Cábala del Sistema Swedenborg y los Hermanos Moravia de la llamada Orden del Grano de Mostaza y los Caballeros del Capítulo Primordial de la Rosacruz, y los Xerophagistas que no comen sino frutas y pan, y los Contraalmirantes de la Orden de la Felicidad y los Excelentes del Gran Globo Francés, y los Elegidos Coens, y los Noaquitas, y los Defensores de la Estrella Flamígera, y los Arquitectos de África, y los Teósofos Iluminados y los Iluminados del Zodíaco y los Iluminados de Baviera y los Iluminados de Aviñón, y los Clérigos de la Observancia y los Suicidas de Schrepfer preparados para suicidarse a los treinta y cinco años, y el Caballero del Vellocino de Oro y el Sublime Filósofo y el Gran Inspector Perfecto Iniciado y el Supremo Elegido de la Verdad y José Balsamo (Cagliostro) con su famoso Rito Egipcio y el Barón de Bulou con su Rito Danés y los Príncipes de la Gracia y los Portadores del Águila Blanca y del Águila Negra. Allí estaba el

desentrañamiento de todos los secretos, desde la elemental simbología de los tres puntos gráficos, divulgada en las enseñanzas de las pequeñas logias jurisdiccionales: el compás abierto: la cabeza y las puntas del compás: el sol, fuente espiritual y dispensador de vida, y las polaridades que existen en el universo: expansión, concentración, estabilidad: las tres personas que no hacen unidad sino en Dios: las facultades razón, memoria y voluntad: la fuerza, la materia y el movimiento: la acción, la resistencia y el trabajo: el activo, el pasivo y el intermediario en el plano del pensamiento y de la acción: los tres reinos de la Naturaleza: el axioma *Saber-Querer-Osar-Callar,* máxima premisa del Ocultismo, síntesis de las reglas trinosóficas: un altar: la serpiente enroscada doce veces, sosteniendo la Copa de la Eternidad: los doce anillos del reptil como emblema de los años filosóficos y de los movimientos del sol en el Zodíaco: la forma natural del alma, en potencia, dentro del cuerpo físico: la transmutación de la vida (reptil) de la serpiente en el ciénago, a la vida (volátil) del águila en la región más transparente: y el triángulo, de nuevo: el triángulo de la imagen divina, sostenido por las dos columnas, sirviéndole de base a la pirámide, elevándose hasta la unidad del vértice para formar el número cuatro: el aire, la tierra, el agua y el fuego: avance: flujo y reflujo: evolución: germen: fecundidad: los trienos griegos: los tritones: el tridente, emblema de Neptuno: Neptuno, Júpiter y Saturno: los tres dioses máximos de la mitología greco-latina: Saturno otra vez: tu padre reivindicando el uso de su bastón: el bastón de siete nudos de los sabios chinos, el tirso báquico, la vara pitagórica, el báculo de los templarios, el cayado episcopal de los obispos católicos: el *kundalini:* el poder del Fuego regenerador de la acción, la potencia electromagnética del humano, las fuerzas transmutadoras del individuo en busca de su perfeccionamiento: y el mar, rugiente allí, a la puerta de la gruta; dilatándose hidrocinéticamente por influjo de la lluvia torrentosa y de las altas mareas: y el fuego, el fuego de tu astrología, revelándose de último al decir de Plutarco: la *Trimurti* de la teología hindú: Brahma-Vishnú-Shiva: la Creación, la Conservación

y la Destrucción: todo conduciendo al elemento Aire, al éter, al universo mental, a lo Absoluto: y, rodeando la tríada: trece rayos: cuatro de cada lado: y en el vértice, el rayo sublime, cuya proyección de estrella en estrella ha permitido calcular en lo oculto tres millones sesenta mil mundos: y en el centro, el ojo: algo más que *"la presencia de Dios en todas partes":* el ojo del espíritu que no requiere dúplice: el ojo de Shiva: el ojo de los cíclopes: el ojo de la clarividencia: el ojo del Zohar. Y con ese único ojo, tu ojo despierto, impedido de dormir, insomne, alumbrado, deslumbrado, te ves atándote en la cintura el cordón del mandil; armándote del mallete, el cincel, el compás y la escuadra para labrar la Piedra Bruta y convertirla en Piedra Cúbica; apropiándote de todo el árbol sefirótico de la Cábala y, en particular, del arqueómetro, ese estupendo instrumento de evocación del pasado, necesario para la construcción del presente, como medio de síntesis y regeneración de toda la intelectualidad futura. Espada fulgurante en mano, te ves, en fin, cruzando un mar procelario y tremolando una bandera. Se trata de una bandera tricolor. Amarilla, azul y roja. Amarilla, como la flor de la acacia que cobijó el cadáver de Hiram y como la luz que esplendió en la colina de su tumba. Luz solar. Iluminación interior. Dispersión universal y generalización comprensiva. Azul como la Masonería Azul en la que comienzas a militar y hacia cuyos grados emprendes la ascensión. La oscuridad devenida visible. El crepúsculo matutino. Devoción. Plenitud. Inocencia primigenia. Y roja, como la propia sangre de Hiram derramada por los felones. La sabiduría y el amor para la regeneración del mundo. La cruz de los Caballeros del Temple. El *solve-coagula* de la Alquimia. La pasión adorante de la reina Balkis. Siete estrellas flamígeras relumbrarán, alguna vez, en su centro. Una vez más, la carne se desprenderá de los huesos. Una vez más, Adoniram será vengado por la pasión libertaria de los Hijos del Fuego.

Días de la cantaridina

Tu vuelta a Cádiz se produce en medio de un sentimiento de perplejidad y turbación. Las nuevas influencias penetradas en tu ánimo te provocan un azotamiento de perro allagado. El abstruso desciframiento de los cuarenta y siete problemas del símbolo del logos creativo apenas si te deja conciliar el sueño; por ratos, temiendo el advenimiento de la locura, los trastornos en la asociación del pensamiento, los vacíos de consciencia, la pérdida del hilo, el extrañamiento del mundo exterior. Terribles, aquellas impulsiones obsesivas con su cortejo de tensión e intranquilidad anímica; los trémoles sobreagudos que, entonces, te azuzaban los oídos; el estupor de la mirada buscando refugio en la imprecisión de la oscuridad. Inaguantables, aquellas alienantes noches de insomnio y vueltas y revueltas catatónicas, interrogando espectros demenciales sobre el funcionamiento de la *Fede Santa* o las ocho aguas y los ocho ungüentos sagrados de la *Gran Familia del Amor,* la formación del Cosmos a partir del Caos, la fabricación del Golem en la corte de Praga, o los noventa y nueve nombres de Dios. Insostenibles por más tiempo, aquellos delirios estereotipados en los que te veías cual nuevo Preste Juan declarándose *"rey todopoderoso entre todos los reyes de la tierra", o* como José de Arimatea en el momento de recibir, de manos de

Pilatos, el cuerpo de Cristo, para darle oportuna sepultura; como Raimundo Lulio; como Maitreya, el Buda futuro; como Muhyi al-Din al-Arabi; o, como el propio Paracleto, en la hora de la Parusia, restaurando *el reino de los mil años.* Deberías esforzarte en pensar menos de noche, te dijiste un día al descubrirte repitiendo automáticamente las palabras oídas, a manera de eco, en la revista de diana. Las especulaciones esotéricas terminarán provocándote la catalepsia, el negativismo, el ensimismamiento pleno, la locura total. Regresa a tus amigos, a las tertulias de cafés y librerías, a tus amoríos de siempre. Vuelve a María Theresa. Vuelve a Pepita Luque. Sólo sus caricias podrán apaciguar tu monomaniática propensión a las divagaciones supersticiosas, tu imaginación desbordada enferma de misterios, tu sed de búsquedas metafísicas. Ellas, las dos, alternas, simultáneas, sucesivas. *Las Medeas,* solías llamarlas en la época en que te escribían aquellas catas apasionadas para celarte una de la otra, con sus errores de ortografía y sus reiterativos juramentos de muertes y venganzas, sus andanadas de protestaciones y el delicioso simulacro de rabietas nada definitivas, de improperios y reproches: excusas y subterfugios para incrementar los ardores del próximo encuentro. Una tras de la otra. La otra tras de la una, sobre el mismo lecho descompuesto del cuartucho de pensión, sofocado aún por los fragores, violencias desmedidas, grotescos sacudones, de la batalla que antecedió, con el felpudo tendido sin reponer, entre sábanas humedecidas, almohadas y prendas interiores regadas por todas partes. María Theresa de mirada violenta y piel aceitunada llegaba primero, porque era *madurgadora* (como gustaba justificarse con el antiquísimo lenguaje de Berceo y el Conde Lucanor). Mercadera de la calle Ancha, llegaba al último canto del gallo, con su balumba de mercerías: cintajos, alfileres, canutillos, lentejuelas, galones de plata y mil futilezas más, sin que tú hubieses tenido tiempo tan siquiera de coger la primera dormición, pues no hacía ni tanto que acababas de llegar, albanado, de la cantina de

Poenco donde te habías echado unas cañas con marinos y soldados de la tropa, poetas y periodistas, majas y guitarreros, Pepa Hígados, la Churriana, María de las Nieves la de Sevilla, y los chicos de las plazuelas de la Caleta, la Viña y Castejón, contrabandistas, matones, chulos, carniceros y chalanes. Se encontraban allí, en el cuartucho de la pensión, un rato; a veces, un momento; repatingados en los sillones tapizados, frente al espejo, sobre el camón, rodando de izquierda a derecha de derecha a izquierda por la alfombra desteñida de tanta pisadura, incorporados ahora otra vez frente al espejo con secas risotadas como lanzando eructos de un vientre de metal; sometida, ella, María Theresa, a todas las violencias de la sensualidad; provocando con sus labios dulces y sus manos acariciantes las más depravadas exageraciones de tu tierna y fanática adoración, antes de que los separaran vuestras ocupaciones: María Theresa a su mercado, y tú, insomne, tembloroso, pesado, a tus tareas de cuartel (tumefacto aún el pene, con tenues emisiones seminales como si se dispusiera a una nueva eyaculación, pastosa la boca, reseca la garganta, una leve punzada en los riñones, y la sensación de llevar sobre los párpados todo el peso de la noche). Y el trabajo adormilado, con una expresión de indecible fatiga, principalmente durante las primeras horas: la revista de la Infantería, la administración, ese horrible movimiento de fondos (pagos y cobros), esa horrible supervisión de la contabilidad y la tesorería, la diaria vigilancia de los depósitos de vestuarios y pertrechos y reservas de provisiones, las minuciosas labores de preboste o policía, el ojo siempre alerta para que se cumplan las órdenes y los bandos, el obligado auxilio al coronel. Y a media tarde, cuando regresabas a tu hospedaje con la pretensión de descansar, impecable el uniforme, firme el paso, la mirada en alto, inalterables los gestos, lo que se diría la perfecta imagen de un capitán: *toqui-toqui-toqui:* Pepita, Pepita Luque, mi amor. Todo un caso, la Pepita. Hija de un alto coronel del Regimiento, sus finos modales y su esmerada educación de

niña bien nacida, su conversación desmesurada y ese como inacabable afán de aparecer siempre informada, disimulaban de lo mejor a la dura e insaciable buscadora de placer que vislumbraste en ella antes de convertirse en tu amante. Idealmente agraciada y sensible, era el encanto de las tertulias literarias del círculo de sus amistades. Hablaba y escribía bien el francés. Gustaba igual de la tragedia que de la comedia que de la ópera, y cual letrada impenitente devoraba con fruición las páginas de cualquier libró por malhadado que fuera; pero toda esa fineza angelical y todos esos devaneos intelectualistas no eran más que meras afectaciones para encubrir su salvaje y hasta ninfálica sensualidad. Era lo que Villalta llamaba despectivamente *"una Puta de la Ilustración", "¡un trasero iluminado!", "¡el enciclopedismo vulvar!".* Sin omitir un solo día, salvo cuando las indisposiciones menstruales impedíanle gozar de los placeres venéreos más por superchería que por otra razón valedera o cuando Padre se quedaba recogido en casa por culpa de la gota o del constipamiento, llegaba a tu cuarto de la calle de la Amargura, metiendo más bulla que los mosquitos de los canales del caño de Sancti-Petri, contando hasta por los codos picaras historias acerca de los habitantes de medio Cádiz, prodigando con su facundia inagotable atrabiliarios sermones a lo dómine Lucas, las informaciones históricas más inauditas, asombrosas citas de viejos libros y olvidados filósofos, poemas interminables de algún vate de moda, cantos de cisnes, chillidos de grajos, críticas del más puro discernimiento y, no pocas veces, de la a hasta la z, el argumento completo del último estreno del Teatro Francés con todas sus peripecias, mimos, mojigangas y jerigonzas. Era como si siempre anduviese vestida de papel impreso. Pero apenas vencida tu abrumación inicial, lograbas deshacerla de aquel curioso atuendo de páginas, infolios, pliegos y resmas, surgía rotunda, enmudecida, impensante, desnuda, en la temblorosa y vulnerable desnudez de la entrega y la posesión. Tus caricias eran entonces como la eclipsis del mejor de los discursos,

como el surgimiento de una afonía propiciatoria, como las imposiciones de un rudo silenciario en la vastedad de un templo del medioevo. Sus palabras tomábanse susurros de orientaciones fragmentarias en homenaje a un dios invisible que, sin embargo, podía vislumbrarse, hedónicas interjecciones, ayes, murmullos e incoherentes frases apenas entredichas. Diríase que no era la misma. Con la tumescencia de sus pezones y el enrojecimiento de su blancura venusina, perdía toda afectación cultural. Recobraba la animalidad y se entregaba, simple, primaria, con la cabeza hundida entre las sábanas, empujando hacia adelante su formidable promontorio pélvico para facilitarte la penetración, y restañando sobre tus espaldas esos arañazos, ferales y lancinantes, que sólo pueden tolerarse bajo el efecto anestésico de la más desaforada excandecencia. Tan pronto se producía la primera descarga, con gesto de desafío, casi automática, se abalanzaba a lamer el fláccido pingajo para provocarte, irrevocable, una nueva erección. Golosa, se detenía en la corona del glande, ahincábase en el meato urinario tratando de ahilar la punta de su lengua para introducirla si posible en el propio conducto, iba y venía con sacudidas de derrumbe por el dorso hasta el comienzo del pubis y, excitada al borde del delirio por las incipientes progresiones de tu afluencia sanguínea, bajábase, con gemidos de cachorrito encerrado, por la superficie ventral del cuerpo cavernoso, sin excluir las bolsas escrotales a las que terminaba mordisqueando ostensiblemente. Por entre párpados a medio abrir, a pesar de la penumbra que reina en la celda, puedes distinguir, con la misma lubricidad de aquellos días, la elástica y curvada tibiedad de ese cuerpo arrodillado sobre el piso de lajas roto. Tus oídos se atiborran de epilépticos chasquidos, borboteos, succiones y rechinamientos guturales. Levantas una mano para atraer, aún más, hacia ti la cabeza engulliente y palpas, o sueñas palpar, un pelo cayendo que ahora no sabes si es rubio, ondulado y oloroso a magnolia, como el de Pepita, o el medúseo, encrespado y

ríspido de María Theresa. Un mohín de burla parece asomarse al rictus de tu sonrisa. ¡Qué par de mujeres! ¡Un verdadero escándalo! No por casualidad, para mantenerlas, tuviste que recurrir a la cantaridina. Aquel año la caza de cantáridas fue más abundante que de costumbre. Los muchachos de la Torre de Tavira salían a buscarlas para ti, entre los fresnos, los ligustros y las lilas, en los jardines de la Caleta y de la plazuela de las Barquillas. Les comprabas cuantas te llevaran. Las disecabas y pulverizabas. Una gitana vieja, amiga del cuartel, te confeccionaba después los emplastos y vejigatorios, con tintura alcohólica. Sólo así podías darte abasto con *las Medeas.* Pepita Luque. María Theresa. ¡Qué gusto recordarlas! ¡Y qué consuelo evadirse con los recuerdos! Ellos sirven para arrancar el limo, los añublos y los hongos que le nacen a uno en el alma...

Sin luto, sin mortaja

Añublos, limos, recuerdos. Cuántas horas solitarias en esta íngrima celda, generalísimo, sin más compañía que el trasgo de tus propios duendes, exhausto, a todas las esperanzas indiferente, a todas las vivencias puesto de espalda, recordando, sólo recordando, con la mirada fija en ninguna parte, sin mirar, o cuando más deteniéndola brevemente en el murciélago que, ahora, pende del techo, patas arriba, en busca de alguna comida, al paso de la medianoche en la bahía y la playa, tras el muro azumado, presintiendo, escuchando, descubriendo el golpetear imperturbable de las olas, el centelleo de las espumas y la plateada luz. Si la memoria te concediera aunque fuera un leve sueño, si pudieras descansar sólo un instante, con la mente en blanco como una mano sin líneas, como el espejo cuadrangular de la pared de enfrente que en medio de la oscuridad nada refleja; pero, generalísimo, no te está dado descansar; si te adormitas, si tan siquiera entrecierras los párpados, en seguida sobrevendrá la muerte. Sabes que ella te acecha, atenta, *sin luto, sin mortaja ni sepulcro,* como hubiese dicho el poeta. Aguzando el oído, puedes distinguir el estéril tropezar de sus pasos, la ilación de sus torvos pensamientos, el retundir de sus mandíbulas astilladas. En el tañimiento de tu pecho sientes, ahora, la tentaruja de sus manos fosilizadas. En tu rostro, el revoleo

de su aliento pestífero. Por eso, prefieres llamar a gritos tus espectros. ¡Que vengan! ¡Que vengan todos! Casa León y su tiempo, Bolívar, Mr. Tumbull, Villalta, Monteverde, tu edecán Soublette, el general Cagigal, Washington, Cagliostro, Casanova, la Gran Catalina, Robespierre, Fouché, O'Reilly, La Planche, Voltaire, Joseph Haydin y sus oratorios, el temor a la guillotina, viajes, paisajes, mujeres, placeres, monumentos. Que se amontonen los recuerdos como una ribazón de peces furiosos.

Emperador de Avapiés

Para liberarte del influjo maléfico de las *Medeas,* que casi terminan convirtiéndote en un caso clínico, tal el efecto epipástico de la cantaridina, la frecuencia de sus requerimientos, el desgaste de tus riñones y la irritación de todo tu aparato genitourinario, te vas a Madrid. El permiso, firmado por O'Reilly, estipula, bajo pena severa, que deberás estar de vuelta en cuatro meses. Cuatro meses que se tornan casi treinta y seis años, al cabo de los cuales regresas, periplo infame, del castillo de La Guaira al de Puerto Cabello y del de Puerto Cabello al del Morro de Puerto Rico, y de allí a este de las Cuatro Torres, salvando aquella breve estada cuando volviste a embarcarte para América. *Toma y daca es la ley de la Carraca. Toma y daca (de la Ceca a la Meca),* parece ser la ley de vuestra vida. Y, otra vez, la frente se te pliega con un frunce. Pero, ahora, estamos en Madrid, y por obra de tantas fiestas, verbenas, juegos, cantes y bailes flamencos, prodigios, bacanales y devociones, una por cada día del almanaque, en un abrir y cerrar de ojos, se te desfruncen todos los pliegues. A lo largo del viaje, paras en los pueblos y ciudades andaluces que, siete años atrás, deslumbraron tu llegada. Y ya estamos en Madrid, Paco. Y ya estamos en Madrid, Curro. Estamos en Madrid y el contento (o la contentura, como prefieren decir las mozas lavande-

ras del Manzanares) casi se te sale por los poros. Estamos en Madrid, y como un natural cualquiera, vale decir como un madrileño al natural: insolente, juguetón, a las navajas o a las piedras, jaleador y bastonero, por soleares o siguiriyas, en el primer cachondeo, te vuelven *emperador de Avapiés,* te alfombran con claveles *la Gran Vía y* te bañan con *vinillo de Jerez;* sin excluir, por supuesto, en *Chicote,* el agasajo postinero con *la crema de la intelectualidad.* Lugar agradable se ha vuelto Madrid, diríase que el más agradable de todos los lugares de España. Allí, hasta los aires lucen cambiados. Ahora, son más frescos y saludables. Construcciones recién estrenadas se levantan embellecientes en sustitución de las viejas casas, destartaladas y decrépitas, de los otros días. Y la puerta de Alcalá, a la entrada del camino de Alcalá de Henares, de la que ayer viste poner la "primera piedra", hoy, es un orondo y terminado monumento de ventrudo estilo neoclásico, costeado por la Municipalidad con un impuesto especial sobre el consumo de vino y una multa aplicada a las putas blenorrágicas. En el novísimo paseo del Prado —todo repleto de carrozas, calesines, jinetes y paseantes—, una Rea Cibeles (transportada en carro tirado por leones domesticados) preside el reino del ornamento, entre surtidores de agua, tritones, delfines, náyades, ninfas y nereidas, caballos oceánicos, toninas misteriosas y jirones de olas rotas. Unos pasos más allá está el Parque del Retiro. Atravesarlo, caminar por sus veredas, es como Si se avanzara hacia una nueva latitud espiritual. Sin quererlo, volvemos a ser niños. Por todas partes cunden rondas, gritos, risotadas delirantes, apuestas, tremenduras. Cada tarde, hasta más allá del anochecer, por cármenes y aceras, escondites, setos y recodos, majos y manolas se dedican a sus juegos y diversiones, pasacalles y correrías, para entretenimiento propio y de los vecinos y transeúntes que detiénense frenéticos alrededor de los jugadores. Venga, venga, apuesto capitán. Venga, venga y juegue con nosotros, te dice una mocita relumbrona. Y sin hacerte esperar, en seguida, en seguida, mi amor, en seguida jugaré

con ustedes. Y jugaste esa tarde, infantil, rochelero, suerte de escolar feriante. Y jugaste todas las tardes siguientes. Terminado tu trabajo, completada tu jornada, *Al Retiro, al Retiro, llaman.* Los competidores esperan. Y es la lotería de los oficios. Y es la batalla de los globos o de las flores. Y es la prueba de los saludos. Y es la pesca de la trucha. Y es la carrera de las cintas. Ahora te toca hacer de idiota sordomudo. Revirochas los ojos. Tu boca deformada, cual inmensa fumarola, gotea baba espesa. Sacudido por el baile de San Vito, debes hacer piruetas frente a cada uno de los participantes. Remedan tus gestos. Detallan tu vergüenza. Te tientan con risas, pullas y preguntas insinuantes que no podrás responder. Murmuran a tus espaldas. Hablan de tu torpeza. Celebran tu habilidad. Si concluyes la prueba a satisfacción recibirás, como premio, un beso de la muchacha por ti seleccionada. O te darán a escoger siete estrellas del cielo. Por cada estrella, un deseo que verás cumplido irremisiblemente según la tradición. Optas por el beso. Señalas como oferente a Graciela Villegas, de la calle de la Carreta. La muy saboreta, con pudibundez de Hija de María, ruborosa, se excusa. En penitencia, tendrá que cloquear como gallina. El guardián Ferrero y el guardián Machado la conminan. De no cumplir la penitencia, la Villegas deberá entregar una prenda. Para empollar se anida tras una fuente. Embozada con su mantón de Manila, parece una pataruca de plumaje ceniciento. Mueve de un lado a otro sus miriñaques como si buscara acomodo en el nido, alza la pollera, y de su enagua cruda a rayas saltan afuera varios duros tintineantes, un devocionario forrado con piel de becerro, un cojinete de plumas, una peluca rizada, un reloj de genuina plata inglesa con su dije de sello y su certificado de garantía, una alforja de peregrino, y una bolsa repleta de castañas cocidas. Menuda sorpresa, nadie osa imaginar todo lo que cabe en el polisón de una mujer. Pero ella, la Villegas, sigue impertérrita; no obstante lo gazmoña que resultó para dar un simple beso. Ahora gime, gruñe rechinando los dientes con el ruido

de leves picotazos, hincha el buche y, pasada la cluequera, cacaraquea. Como para morirse de risa. Como para botar las heces. Juancito de Iguña tiene que sostenerse el estómago con las dos manos. Es demasiado para mí, ¡ay!, dice a punto de desmayo. Y sin que se hubiese calmado el riente alboroto, María Jesús Silva propone, de inmediato, un nuevo juego. De su engaripolado pecho, fililíes, tachones de pedrerías e inmenso broche de camafeo, saca un huesecillo de pata de carnero. Chuca. Taba. Carne. Culo. Lo tira al aire y el culo le cae a Antoñito de Belmonte, quien, razón seguida, debe emprender una carrera con obstáculos, rompe la olla con los ojos vendados, dice el alfabeto al revés y al derecho, se encarama sobre la cabeza de una estatua sentada, baja, salta como un canguro, como una rana platanera, como un galgo amaestrado, asoma la cara tiznada y barbicana por la horqueta que forman sus muslos abiertos, trepa a las ramas de un madroño cercano, se cuelga como mono con las piernas encogidas oscilando de un brazo inmóvil, y hace de tragaldaba comiéndose finalmente de un solo tirón: un cochinillo asado del sobrino de Botini, cinco melones con sus semillas, ocho racimos de uvas tempranillas, otros tantos de moscateles, otros tantos de tortozón, siete manzanas paradisíacas, una gruesa de ostras (valvas incluidas), un frasco de linimento para la tortícolis, un nabo crudo que le ofreció Ferrero, un hueso de jamón, varios panes viejos y otros tantos botones de nácar, en sambumbia intolerable aún para los estómagos de un vacuno o de un bóvido. Y así se pasan las horas, del Undostrés elquesequede bientontoés a las volteretas del canuto y de las volteretas a la escogencia de pareja, a la fiesta romana, al baile del bombón, al del más y más, al del farolito y al del rastrillo, al enhebrado de las cuentas, a los misterios del agua y del vino, al teatro de las sombras y al de las pantomimas. Daba gusto ver salir a Isabelita Tamayo, por entre el seto que servía de sipario, vestida con túnica antigua, de tejido de aire, doble barba empurpurada y gruesos círculos de almagra

ribeteados de tiza alrededor de su boca y de sus ojos, representando al estilo de la mejor Champmeslé una Fedra raciniana de insuperable dramatismo. O al mentado Juancito de Iguña, cual nuevo cómico de la compañía *Bululú,* de la *Gangarilla* o de la *Garnacha,* en el corral de la Pacheca, haciéndonos con impecable fidelidad un *Arlequín tragado por la ballena en la isla de las maravillas,* un Pierrot, un Bip, una Cassandre. Y la celda se te llena ahora, tope a tope, sin escenario ni rampa, con los más inimaginables personajes del Espectáculo. Se comunican contigo, o entre ellos, en piruetas o en danzas, en verso o en prosa o en música, en palabras o en gestos. Un Don Pirlimpín, fugado de la barraca lorquiana, piel blanquecina-amarillenta bajo el tricornio morado-obispo, corteja formalmente a la Ilustre fregona de Cervantes. Sara Bernhardt se amarida con Gerard Phillipe. La famosa Rachel con doña María Guerrero. Margarita Xirgu con el don Álvaro del duque de Rivas. Mientras, Romeo, Macbeth y Hamlet, deslastrados del aislamiento shakesperiano y del deseo amatorio, la ambición o la perplejidad, escenifican para ti un *Auto de los Reyes Magos* inclinados devotos, arrobadizos y penitentes sobre los cofrecillos de alhajas. Acróbatas y saltimbanquis, payasos risueños, bufones maldicientes, *clowns* del más serio humor inglés, Pompoff y Theddy, Crispín y Leandro, el héroe y el gracioso de Lope, *girls* del *music-hall,* malabaristas lanzadores de bolos, platos, bastones y fogatas encendidas; escupellamas, domadores de fieras exóticas, perros sabios, osos amaestrados, y bailadores de zorongos gitanos al compás de guitarras, estallidos de palmas y rasgueos de bandurrias y vihuelas, se te agolpan en la memoria de esas tardes retireñas, intactas aún como para no desconcertar o traicionar el recuerdo. Otras veces, más pacíficos, menos jacarandosos, dábales por construir palíndromas, anagramas, fugas de letras; por proponer enigmas y adivinanzas; por descifrar charadas en verso: —*¿Dónde vas con traje tan bueno? / ¿Dónde vas con la nueva total?/—Yo me voy asegunda, tercera, / y ados, prima, tercera a almorzar.*

Camisa, se apresura a contestar María Jesús Silva, pavoneándose no sin jactancia por su indiscutible habilidad. *Colocas una letra, / después otra, agregas un artículo, / salta todo y sopla.* Y es Toto Reyes, ahora, el que como un *E-o-lo* alindado, mofletudo y barbilimpio, hincha sus carrillos y se pone a soplar. Levanta las enaguas de las mujeres, corre, aspira, silba, brama, ruge estentóreamente, se huracana, cambia, rola, recala, se regolfa y amaina, tras una polvareda de ráfaga de refregón. *Con dos-tres dice María: / "Sin todo no existiría".* Y te toca el turno a ti que, poniéndote las manos sobre el *co-ra-zón,* miras con ojos de zorro camacita moribundo a Graciela Villegas, la pataruca ponedora de la calle de la Carreta.

El embajador Franklin

Pero no todo era festejos, diversiones y fruslerías en el Madrid de aquellos tiempos. La lucha de los Estados Unidos por la independencia, que inicialmente presentábase como una rebelión colonial o como una guerra civil (la segunda guerra civil inglesa, al decir de algunos comentaristas), cada vez se perfilaba más como una conflagración internacional con el apoyo evidente de Francia. Las noticias de los sucesos ocurridos allende el océano y los temores de la Corte por lo que pudiera ser una obligada intervención de España en la contienda, como consecuencia del Pacto de Familia borbón firmado en 1761, hacía resoplar la maquinaria de los rumores a todo lo largo de la villa. Washington atacó Dorchester se sabía hoy, y la noticia volaba del Palacio Real hasta Cuatro Caminos, por la calle de Arenales y la cuesta de Santo Domingo, se asurcaba en la Puerta del Sol, rastreaba la Plaza Mayor, posábase en la calle del Barco y se remontaba hasta la grita de Quevedo. Los británicos evacuaron Boston, comentaba un alguacil del Palacio de las Cortes. Los británicos evacuaron, repetía de seguidas un tendero de la calle de las Infantas. Se evacuaron los británicos, terminaba diciendo un aguador de Noviciado. Dícese que los pérfidos tomadores de té e imponedores de timbres tuvieron que embarcarse de carrera, paticas para qué te quie-

ro, con destino a Halifax. Que, en Boston, flameó por primera vez la bandera de las estrellas y las barras. Que, en Canadá, fue rechazada una invasión americana. Que, en Filadelfia, Jefferson redactó la Declaración de Independencia. Que, en Nueva York, los ingleses atacaron y el Congreso tuvo que retirarse a Baltimore. Que Washington, por su parte, se retiró a Princeton y contraatacó en Trenton. Tomás Payne publica el *Common Sense,* afirmando las razones de la independencia norteamericana, y un ejemplar con la tinta fresca todavía cae en tus manos. Se trata de un directo y vehemente ataque a la monarquía. En rápida lectura te convences de que los americanos no podían confiar en la protección de Jorge III. Para ellos, no quedaba más alternativa que la sumisión o la independencia. Así lo discutes con tu superior, el coronel Juan Manuel Cagigal, nativo de La Habana; criollo como tú; como tú, hombre liberal y de buenos principios. Juntos, en torno a una mesa-escritorio estilo mármol y con la *Carta Geographica del Gran Río e Imperio de las Amazonas Americanas* de don Sebastián Fernández de Medrano, enmarcada al fondo, infieren las posibles influencias que la rebelión gringa pudiese tener en el ánimo libertario de las colonias españolas de la América Meridional. Quizás, sea ese el temor que mueve a la Cancillería para no prestar la pronta ayuda que Francia demanda en favor de los insurgentes. Una sonrisa glorificada, de arcángel mayor, te hace brillar los ojos dentro de sus discos claros, imaginando el levantamiento de las provincias que van desde el Virreinato de México hasta el Virreinato del Río de la Plata. *¡Usted puede hacerlo!,* la frase de Mr. Turnbull en la madrugada de Gibraltar, vuelve a retumbar en tus oídos. Recuerdas que el comerciante fraterno hablaba del surgimiento de nuevas repúblicas a todo lo ancho del orbe. Por mucho que la experiencia de la Guerra de los Siete Años haya sido nefasta, España tendrá que ceder su auxilio a los colonos, te asegura Cagigal. El científico Benjamín Franklin, mientras tanto, embajador de los rebeldes, es recibido como héroe nacional

en el Palacio de Versalles. Su reputación de filósofo e inventor, su don de gentes, su habilidad diplomática, su simpatía personal y su larga carrera política hacían presumir que comprometería públicamente a Luis XVI, sin mayor dilación, en la contienda. Y es que el melenudo de don Benjamín, hondo como un pozo de noria y picarón como un mancebo enamorado, a decir verdad, se las sabía todas. No en balde se comentaba que, desde su segundo día en París, se dedicó a elevar papagayos con Vergennes, el ministro francés de Asuntos Exteriores, en los jardines de Luxemburgo. No en balde, prefería el amor de las viejas. Casi puedes recitar de memoria aquella carta que le dirigió a un joven amigo anónimo que pedíale consejos sobre la medicina propicia para disminuir la violenta inclinación natural. Empezaba por recomendarle el matrimonio. El matrimonio es el remedio adecuado, decíale. Es el estado más natural del hombre, y por lo tanto, el estado en el cual se encuentra la felicidad duradera. La razón que usted alega para no entrar en él en este momento no me parece estar bien fundada. Las ventajas circunstanciales que usted tiene en cuenta para posponerlo, no son solamente dudosas, sino que son pequeñas en comparación con la cosa en sí, es decir el estar casado y establecido definitivamente. El hombre y la mujer unidos forman el ser humano completo. Separada, la mujer quiere la fuerza del hombre y la fortaleza de su razón; él requiere la suavidad de la mujer, su sensibilidad y su finura de discernimiento. Juntos, es más probable que tengan éxito en el mundo. Un hombre soltero no tiene, ni mucho menos, el valor que tendría en ese estado de unión. Es un animal incompleto. Se asemeja a una de las mitades de un par de tijeras. Si poseemos una esposa prudente y sana, el comercio en nuestra profesión será fortuna suficiente, gracias a su buena economía. Y, a renglón seguido, arremete en favor del amor de las viejas. (¡Oh, Catalina II de Rusia!, ¡oh, Reina viuda de Portugal!, ¡oh, recordada puta vieja de Melilla!, ¡provectas abuelitas de Oslo!, ¡decrépitas vestidoras de santos de Málaga y Gra-

nada!, ¡niñas viejas de Napóles y Sicilia!, ¡longevas señoritas acartonadas de Valencia y Macaray!, ¡oh, mujeres de edad infinita de cualquier lugar del mundo, *frippe-lippes* adorables de todos los tiempos, cuánto daría por tener una sola de ustedes, aquí y ahora conmigo!) Y continuaba, impasible, el inefable inventor del pararrayos: Pero si usted no desea acatar este consejo, y persiste en pensar que el comercio sexual es inevitable, entonces le repito mi anterior recomendación, es decir, que en sus amores, *prefiera usted las mujeres viejas a las jóvenes.* Esto parece una paradoja y requiere una explicación: 1) porque tienen más conocimiento del mundo y sus mentes están más aprovisionadas de observaciones, su conversación es más beneficiosa y más permanentemente agradable. 2) Porque cuando las mujeres cesan de ser hermosas, se aplican a ser buenas. Para mantener su influencia sobre el hombre, suplen la disminución de la belleza por el aumento de la utilidad. Aprenden a rendir mil servicios pequeños y grandes y son las más cariñosas y útiles de las amigas, cuando estamos enfermos. Aun así continúan amables. Y puede decirse que no es posible encontrar una mujer vieja que no sea una mujer buena. 3) Porque no existe riesgo de hijos, los que resultan un gran inconveniente cuando son habidos en forma irregular. 4) Porque teniendo más experiencia, son más prudentes y discretas para manejar las intrigas y conducir las sospechas. 5) Porque en todo animal que camina verticalmente, la deficiencia de los fluidos que llenan los músculos aparece primero en la parte alta del cuerpo. El rostro se descarna y llena de arrugas, luego es el turno del cuello, después el pecho y los brazos, mientras las partes inferiores continúan hasta el último momento tan llenas como siempre, de suerte que cubriendo todo lo de arriba y sólo dejando al descubierto lo que está debajo de la cintura, es imposible reconocer de dos mujeres cuál es joven y cuál es vieja. Y como en la oscuridad todos los gatos son pardos, el placer del goce corporal con una mujer vieja es por lo menos igual, y frecuentemente superior; ya

que todo arte es susceptible de mejorar por la práctica. 6) Porque el pecado, en todo caso, es menor. 7) Porque el remordimiento también es menor. 8) y último: ¡Nos quedan tan agradecidas! Y, cierto es, generalísimo, que nos quedan agradecidísimas. Por eso, te resulta fácil colegir que la Francia, chocha, vetusta y rabulesca, *oreilles pendantes, moussues, / le vis pali mort et déteint / mentón froncé, levres peaussues,* como la vio Villon, no podrá resistirse a las tentaciones de tan ilustrado y galante negociador. Por lo demás, era *vox populi* lo de la ayuda secreta. Varios cargamentos de armas y víveres habían sido enviados desde Marsella, Sete y Tolón, sin mayor disimulo, a través de la firma *Roderigue Hortalez et Compagnie,* presidida por el dramaturgo Beaumarchais, íntimo de Vergennes. Fue mucha la pólvora; muchos los cañones y municiones, aun antes de la versallesca apoteosis del autor de la *Disertación sobre la libertad,* que salieron de Francia para Norteamérica. Sin contar las facilidades concedidas a los corsarios en los puertos franceses y en los de las Indias Occidentales para incursionar contra los barcos británicos. Sin temor a equivocarte, apostando fuertes a dieces, podías afirmarlo: no era raro que Francia descargara todo su fluido bélico- colaboracionista en el minúsculo alambre del genial inventor y arrastrara, tras de sí, todo el lampo de España. Fulminados de ira quedarían los ingleses. Y, en consecuencia, era dable esperar que el gobierno imperial de Westminster, fulgural y tronante, en choque de retroceso, no rehusara por venganza participar en cualquier programa liberador que se le propusiera para el resto del continente. Como una culebrina, la idea relampagueó en tu cerebro. Como una centella, te fusiló el corazón.

Capitanía de gracia

Y en tanto que tales fantasías confortaban tu espíritu, Don Carlos, el Rey, echaba las bases de la centralización venezolana. Primero, diole por crear la Intendencia del Ejército y Real Hacienda, formada por las provincias de Venezuela, Maracaibo, Guayana, Cumaná e Islas Margarita y Trinidad, con el ánimo de metalizar el manejo de la administración fiscal, fomentar la economía, estructurar una política coherente para beneficio de todas las provincias conformantes y todo ese blablablá de los documentos oficiales. La noticia desplegada en primera plana, a ocho columnas, por el *Diario y* la *Gaceta de Madrid* (por encima de los avances de la guerra norteamericana, el retiro de las tablas del nunca bien ponderado Garrick o la formación del primer sindicato obrero en Inglaterra), puso luces de árbol de navidad en aquel diciembre friolento que, para sentirte más a gusto, cerca de la Patria, celebraste en casa del coronel Juan Manuel Cagigal, en ambiente habanero de Lezama Lima y Nicolás Guillen, con profusión de villancicos santiaguinos y de Matanzas, rumbas, sones y congadas acompañados de tumbas y bongós, maracas, tiples, furrucos, cajones y quinjengues, tumbadoras y quitiplás del *Afinque de Marín;* haciendo alternar el cordero estofado, las pechugas de pavipollo, las uvas, las castañas, y los melones de Castilla, con el quimbombó de

rechupete, el lechoncito asado con manzana tierna en la trompa, las empanadillas de moros y cristianos, los bulbos de malangas rociados de vinagre, perejil y ajo, los zapotes y los mameyes, y aquel merengue increíble de dos yemas por persona que sólo sabía preparar Baldomina, la cocinera mulata de la casa del coronel; para terminar, llegadas las doce, metido en aquella poderosa gritería de *"Felices-Pascuas- y-próspero-Año-Nuevo -Gloria-al-bravo -pueblo - Vamos-guitarra-despierta-que-volvemos-a-cantar",* con todos los indianos y criollos que en Madrid residían. Meses después, animado por los resultados positivos que se lograron y la labor cumplida por el experto don José de Ábalos al frente de la Intendencia, que al parecer fue muy buena; una tarde del otoño segoviano, sobre su escritorio rococó del Palacio de San Ildefonso, El, el Rey, con su isonomía acarnerada al decir de Arturo Uslar (nariz larga y desproporcionada, mentón encogido, ojos demasiado pequeños), al regreso de una partida de caza, sin haberse quitado aún el traje de montería, la escopeta perdigonera a la espalda, el vencejo de reclamo sobre el hombro, la cobranza de liebres y perdices en la mano, el hurón amaestrado a los pies, y la cohorte de áulicos volateros pajareando en derredor, rubricó la Real Orden que creaba la Capitanía General de Venezuela. El Poder Real, presionando seguramente por los aires de renovación que entonces soplaban por toda Europa y más allá de los mares, le da perfil definitivo de País a aquella *Tierra de Gracia* que el propio Descubridor confundió, no por ofuscación ni ceguedad, con el mismísimo asiento del Paraíso Terrenal. Entiendes que el Rey, no siempre merecedor de tu amabilidad solícita pero hombre de mandos y resoluciones como tú de sueños y proyectos, cumplió con su deber. Te toca a ti, como venezolano, llegado el momento, cumplir con el tuyo. Cuidémonos por lo pronto de decir nuestro secreto, pues las circunstancias todavía no son propicias, te adviertes sumido en profunda meditación, quizás escuchando la voz de un *daemonium* familiar. Pero, en el vacío de tu

aposento, inmediatamente giras sobre ti para repetirte: recuerda que, en adelante, todos tus esfuerzos se dirigirán a hermanar País y Nación, Territorio e Independencia. Lo debes hacer para honrar y desagraviar a tu padre. Lo dijiste en voz alta y con la solemnidad de quien afirmaba un juramento frente a las colinas sagradas de Roma.

Sueño del jardín flotante

Por mucho que procuraste descansar de un solo tirón hasta la mañana siguiente, no pudiste pegar los ojos. Las emociones del día y el cúmulo de ideas incitantes que se sobreponían a tu azorramiento más allá de la fatigación, te mantuvieron en zozobra a lo largo de una duermevela interminable. Soporoso, a cierra ojos, molido por el agobio y acicateado, no obstante, por la tensión; te veías en mil situaciones distintas, saturado de afanes libertarios, conspirando, batallando, combatiendo y debatiendo, sin pedir ni dar cuartel, para acabar con el oprobio del Poder Español y la arrogancia infamante de los conquistadores y funcionarios coloniales. De pronto, formalizabas el juramento romano que desde horas antes se te había aposentado entre ceja y ceja, ensayando solemnes fórmulas de ofrecimiento y testimonio, alzando la mano abierta, apoyándola en vara de justicia, sobre el Santo Evangelio de tus mayores, en el manto desusado de tu padre, sobre el regazo de tu madre acariciante, poniendo a Dios por testigo, votando la honra de los primeros Miranda en la sierra de Naranco, para tu santiguapiro, para tus barcas, por estas que son cruces, en la cumbre del Monte Sacro, contemplativo ante las ruinas de los cesares y en compañía de un viejo maestro, cansino y andariego que, en la dormitación de tus divagacio-

nes, no sabes precisar si era el M. La Planche de las antiguas correrías madrileñas. Más tarde, comandas en medio de un mar proceloso una flota de naves innúmeras como hasta entonces no había conocido el mundo: buques de múltiples cañones, galeones, galeras, flutes holandeses, fragatas de cinco palos, bricbarcas de cuatro, bergantines, aparejos híbridos, goletas de velacho, sin que faltaran las urcas de las mujeres para gozo de la tripulación: treinta mil hombres de mar y tierra, diestros en toda clase de hostilidades, lícitas e ilícitas, armados hasta los dientes como buenos descendientes del dentudo Francis Drake, cedídoste en *hostilium* por Jorge III, Rey de Inglaterra, para cobrarse los agravios que antes le infirieran las borbónicas cortes de Francia y España con la contribución a la pérdida de sus colonias de América, y al frente de aquella especie de *Armada Invencible,* el buque insignia *Colombeia,* portando por encima de las flámulas y los gallardetes de su palo mayor, con la cruz de San Jorge y la cruz de San Andrés y la cruz de San Patricio y la propia bandera de la Unión, el emblema tricolor, belicoso y tremolante, que concebiste otra noche de sonambulismo y fantasía, la de la cueva gibraltareña, bajo el influjo íntimamente compenetrado del también inglés Mr. Turnbull, el camarada fraterno. Diríase que cada visión fugaz ganaba en fuerza y deslumbramiento a la precedente. Aquí, libras un *Decreto de Guerra a muerte,* sobrecogedor, conciso, intimante, bueno para internacionalizar de una vez por todas la contienda. Los ánimos se enardecen. Simples arrieros españoles que nada tienen que ver con las armas reales son sacrificados, a orilla de un camino, por la furibundez de un caudillo de provincia. A tu cuartel de General en Jefe, llegan las cabezas decapitadas en un saco de yute. La firma del remitente viene estampada por la propia sangre de los infelices. Naturalmente aceptas el envío, convencido de que la *guerra es la guerra.* Nada es capaz de detener entonces tu imaginación desbordada. Más allá, promulgas una Constitución concebida para regular la vida de las nuevas repúblicas; ordenas

el fusilamiento de un oficial insubordinado; libras por doquier batallas, sitios y encontronazos; cruzas a nado los torrentones de los llanos para apoderarte de unas flecheras enemigas o trasmontas los Andes, por los gélidos páramos de Pisba y de Paya, para conducir triunfantes a una mesnada de soldados indigentes, ateridos, piojosos y descalzos, desde Las Queseras del Medio hasta Pantano de Vargas. Con temerosa compulsión, sientes de nuevo que la locura se va a apoderar de ti. Un vértigo convulsivo parece amenazarte desde lo más hondo del pecho. No sabes precisar si la euforia es producida sólo por la Real Orden de la Capitanía, o tiene relación también con el plenilunio otoñal que se cuela por el postigo y que al decir de Juana Etelvina, la vieja esclava de tu casa paterna, sirve para revolver las chifladuras que en nosotros duermen. Febricitante, decides salir del cuartujo y te echas a andar, camino del Retiro, sin poder olvidarte de la Patria lejana, presa de inquietas perturbaciones, ebrio de pasión guerrera. La imagen de aquel suelo semejante *a un cuero de los Llanos bien secado al sol de la Zona tórrida* (según el curtido símil de Mariano Picón Salas), no se te quita de la mente. Detrás de las nubes mortecinas del amanecer, detrás de los poblados setos de crisantemos erguidos, iluminados por una aurora trémula; detrás de la tapia enrejada que bordea el parque; se van superponiendo frente a tu vista, ora hieráticos, ora arrebatados, los paisajes de antiguas tierras, en toda su integridad memorable: Caracas, tu cuna, primero que más nada, *la ciudad de los techos rojos* de Juan Antonio Pérez Bonalde y Enrique Bernardo Núñez, *con su blanca torre, sus azules lomas,* y sus esquinas de nombres caprichosos, absurdos, insinuantes, ininteligibles a veces, a veces explicables, gratulatorios, conmemorativos, burlones, infamantes; para unos cuantos, rémora, testimonio de atraso, sinónimo de ridículo frente a propios y extraños, comicidad que repugna a los espíritus graves, motivo de burla y pullas y chacotas; algunos, nimbados por un halo misterioso; otros, por un tufillo de vida picaresca; todos, en

conjunto, despidiendo líricos destellos, novela, poesía, historia, crónica menuda: la esquina de Maturín, donde estuvo la casa del fundador Lozada; la de Principal y la del Conde; la del Padre Muñoz, examinador sinodal que fue del Obispado, con su alcantarilla a la que servía de adorno el emblema del león; el león de Caracas; el león de Santiago; único animal doctor teologal de la real y pontificia Universidad; único animal comisario de la Santa Inquisición; *coronado león de cuyos rizos altivas crenchas visten el copete;* la de Llagunos y la de San Francisco; la de Romualda y la de Mijares; la de San Lázaro y la de Reducto; la de Luneta; la del Tejar y la de Rosario; la de Cruz Verde; la de Altagracia y la del Viento; la del tío Medina y la del Guanábano; la de los Remedios y la del Truco; la de San Pedrito y la de la Alameda; la de las Pilitas y la del Padre Guzmán y la de la Caja de Agua; la del callejón de la Merced y la del puente de la Trinidad; la del Ochoteco y la del Cuartel Viejo; la de los Jesuitas y la de Saba; la del Camino Nuevo de La Guaira y la de Piñango; la de las Madrices y la del Soto; la del Bolero y la de las Carmelitas; la de San Mauricio y la de Veroes; la de las Ibarras y la de las Marrones; la de Ferrenquín; la de la Candelaria y la de Candelaria-La Cruz y la de Candelaria-La Alcabala; la de Pelota y la Púnceles; la del Cerrito del Diablo y la de Platanal; la de Ñaraulí y la de Salvador de León; la de Socarrás; la del Algarrobo y la de Tracabordo; la de Miguelacho y la de Peligro. ¡Qué añoranza te aqueja ahora! La mancha de cualquier celaje, el nubarrón que más allá se aproxima o el borreguillo que, calmo, viene detrás, este rayo de luz, el perfil de esa estatua o la sombra de aquella arboladura, te sirven para imaginar apacibles rincones de la infancia, callejuelas empedradas, solares vacíos, patios de copudos árboles, discretos edificios de mediana rustiquez, personajes lugareños vapuleados o magnificados por la historia o la leyenda, calles, casas, puentes, ríos, ritos, fiestas y devociones. Un contentamiento de bullebulle, aflojaduras y palpitaciones, dulzores y repeluznos, aguijadas

de vientre, alegraderas de muchacho cumpleañero y hasta unas leves ganas de llorar, brotáronte de improviso, cuando en la Redoma de las Infantas, volviste a situarte en la caraqueñísima Plaza Mayor donde, de párvulo, tanto correteaste tras ardillas, micos y palomas, y ya mayorcito, te daba por interrogar el futuro que tu madre siempre te predestinaba de estupendos fulgores. Allí estaba la plaza con sus anchos pajizos que la rodeaban al principio, convertidos más tarde por el gobernador Ricardos en portales de cantería muy fina para las tiendas y canastillas; cuadrícula ornada con sus dos fuentes, una para hombres y otra para mujeres, entre quienes según las disposiciones de las leyes de Indias, debe existir la mayor separación posible, y sus diez luces para prevenir las ofensas y perjuicios que la oscuridad puede ocasionar a la moral y buenas costumbres; paraje exuberante, en fin, rodeado de jardines, estanques, arboledas, estatuas, asientos de sillería corrida, balcones y barandillas de hierro; y su lado norte convertido en vasta azotea con piso íntegramente enmaderado de cedro, a todo costo, y hecho el monumento completo a más no poder, sin escatimar esfuerzos, con sus excavaciones, obras de mampostería, tapias, arcadas y portales; y en la parte sur, el puesto del cadalso y la picota para los condenados a pública vergüenza; y en la arquivolta del arco principal, bajo dosel, en medio de una avalancha de témpanos y pétalos, palmas, mirtos y laureles: el retrato del Rey, presto a ser iluminado cada vez que la ciudad dispusiera solemnizar sus acciones importantes, fastos, andanzas y ocurrencias. Bastaría que caminaras una cuadra hacia el poniente para que pudieras retornar a tu casa de Padre Sierra, de tapia y rafa y tejas, con su fachada digna, señoril, afianzada toda ella en una superficie de veintiocho varas y un cuarto de solar de frente por setenta y seis varas y un cuarto de solar de fondo; lindando, por el este, calle en medio, con las casas del convento de las Concepcionistas; por el oeste, con casas que son o fueron del capitán Nicolás de Castro y del comerciante en perlas Álvarez de Maldo-

nado; por el norte, calle en medio, con casas de don Onésimo Carrasco, y por el sur, con la casa y escuela del maestro de primeras letras don Pedrito Brigott. Los ojos de la evocación, ávidos y quejicosos, te llevan a recrear su entrada enladrillada, su gran portón de madera remachada con clavos romanos de muchos alfileres a la usanza de la época, sus columnas en los corredores que dan al patio central, sus habitaciones con artesonado de corazón, sus ventanas armoniosas de pollos encalados y el abigarrado jardín de árboles de sombra, arbustos multicolores, heliconias y helechos entramados, trepadoras, orquídeas y otras plantas epífitas, gramíneas invasoras, exóticas hierbas, naranjillos y canangas, urapes y chirimoyas, taras amarillas, rojizos lecheros, palitroques y flores de cera, papeles de música y campanitas de cristal moradas, afelandras en pelmazos, fructicosos cascabeles de amarillentas brácteas, crotos verdiblancos, crotos vinotintos, dragos y dracenas, tulipanes criollos, abejas y colibríes atraídos por el polen, pájaros atraídos por la maduración de los frutos; confundido todo en iridiscente conglomerado florístico de fragancias y colores, capullos, recamado fondo de hojas colgantes, carnosas, lanceoladas, dentadas y lobuladas, simétricas o alternas, sépalos, pétalos, estigmas, cálices, estípulas, bulbos, tallos, espinas, trinos, zumbidos, aleteos, pinceladas recién puestas por las manos sabias de un pintor insigne, irritantes manchas *fauvistas, chiaroscuros* rebrandtescos, vidriados transparentes, difuminados vaporosos, formas planas del *Art Nouveau,* polimorfo realismo tridimensional, cinetismo barloventeante, antropomorfismo expresionista, teselas de mosaicos bizantinos primorosamente ajustadas, caprichosas formas escultóricas, ondulaciones de estanques, rumores de acequias, fuentes y surtidores, voces animales, alegrías y alboradas de doliente separación, improvisaciones, adornos y *acciaccaturas,* y aquel pulular de miradas insectiles flotando sobre fondo luminoso, a la hora del *Angelus,* como una miríada de cabrillas que se desgajan.

La guerra de la capa

Ahí está la casa. Tu casa. En un tiempo esa casa fue toda tuya. En un tiempo eso que ahora no es más que un recuerdo lacio y azocalado fue una casa de mar en bonanza, llena de vida, ascuada de oro y plata, plena de brillantez. Y por ella trasteaba, de aquí para allá: don Sebastián de Miranda, tu padre; doña Francisca Antonia Espinoza, tu madre; Ana Antonia, Rosa, Micaela, Xavier y Francisco Antonio Gabriel, tus hermanos; el agregado don Francisco de Inda, y los esclavos Marta Manuela, Juana Etelvina, María del Magdalo, Eulalia Rita, Cayo Epicteto, Andrés Antonio, Marco Evangelista y Úrsulo del Carmen, aparte de tres sirvientes libres. Tú tenías entonces nueve años. Y jugabas a la matanza de indios, en el traspatio. Y te la pasabas moneando de árbol en árbol. Y por tanta moneadera, se te llenaba el cuerpo de raspaduras, moretones y pinchazos. Pero no llorabas porque los hombres no lloran, tal como te decía tu mamá. Y por cada magulladura nueva, por cada nuevo topetón, matabas uno, dos, tres, un centenar de indios más: ciruelo arriba hasta el copito, y del ciruelo al níspero o al tamarindo; brincando de rama en rama como la mona de Tarzán; huyendo de las flechas envenenadas, de los hachones encendidos y de las cerbatanas; con tus destrozados huesos, colgándote de las chamizas más altas, subiendo, bajando, volando y revolando, volviendo a subir, o escurriéndote con disimulo

tras la riada de los plátanos. Por esos días aprendiste a tocar la flauta. Y tu padre se sentía muy orgulloso de ti. Cada vez que llegaban sus amigos, te llamaba y te decía: Francisquito, tóquese algo. Y tú, tocabas lo único que te sabías medio completo: una sonatina de Marcello. Y los amigos de tu papá te celebraban, aplaudiendo como locos. Y tu papá, se sobaba la solapa muy orondo y solía decir: Sin dudas que llegará a ser un gran concertista. Por supuesto que nunca lo fuiste. Entonces, como ahora, lo tuyo era sólo la guerra. Entonces, la matanza de indios en el traspatio. Ahora, la independencia de tu patria. Diríase que desde el principio estuviste familiarizado con la guerra. La guerra que hubo de librar tu padre en contra de los mantuanos de Caracas para que le dejaran usar su capa y ocupar su puesto de capitán de Fusileros. La *Guerra de la Capa,* como la llamaban a secas en la familia. Una guerra que casi los deja a todos en la carraplana. Aún ves, en el salón principal de la casa, ornado todo él con colgaduras de rojo damasco, en un armario del barroco tardío procedente del norte de Alemania —con marquetería y celosías de bronce—, bajo cierro de siete llaves, el uniforme de paño blanco con alamares y charreteras de plata y la desventurada capa negra con vueltas y revueltas de seda a cuya prerrogativa el terco de don Sebastián nunca quiso renunciar. Media tienda del *Hoyo vicioso* tuvo que dejarse en la pelea. Miles de amasijos de harina, cientos de metros de sederías y géneros de Castilla, tuvo que echar por la ventana, en saraos y convites, para convencer al Gobernador y Capitán General, a sus áulicos y válidos y a los otros altos funcionarios de la Colonia, de su inobjetable limpieza de sangre y la consecuente improcedencia de las torvas alegaciones contrarias de los Oficiales de Ponte y Tovar Blanco. Muchas fanegadas de cacao y añil, muchísimas balandras cargadas de víveres secos, miles de botijas de melaza y aguardiente, se despilfarraron a tú por tú con merma de las dotes de Rosa y Ana Antonia que por esos días ya empezaban a presumir, en el sacaimete de ruegos, petitorios, réplicas, contrarréplicas y forcejeos ante la Real Audiencia de

Santo Domingo y la propia Corte de Madrid. Y era que tu padre soñaba con poderse canchar ese trapo sobre los hombros y comandar a sus fusileros, tal como otros sueñan con cabalgar buenas hembras o poseer cuantiosas riquezas, y como tú te empecinas ahora en la idea de independizar la América colombina. Inútiles resultaron todos sus esfuerzos. Los mejores años de su vida se fueron consumiendo, así, en ese ir y venir de defensas y protestaciones, hojeando pergaminos y ejecutorias, consultando genealogías y mamotretos de estudiosos linajistas, elevando rogatorias a archiveros y registradores, confrontando la vergüenza del menosprecio y la conjetura, lamentándose una y otra vez por la insidia de las negativas y postergaciones, y hasta sirviéndole de hazmerreír al vulgo que terminó haciendo chistes a costas de su frustración y desespero, generalizándose por toda la ciudad y, mejor se diría, por toda la Provincia, el afrentante uso del apellido *"¡Miranda!"* para acompañar la odiosa seña (conservada aún en nuestros días), de bajarse con el pulgar el párpado inferior izquierdo dejando al descubierto pupila y lagrimales, si no la más odiosa aún de encoger el antebrazo y la mano empuñada contra el abdomen, cuando se quería significar la negativa de conceder algo o la imposibilidad de conseguirlo. Y mientras la vanidad engolada de tu padre comenzaba a desfallecer, una como tristeza funeral se fue apoderando de la casa y la familia. Últimamente, no hacíase más que rezar. Rezaba el propio don Sebastián: ¡Ay Dios misericordioso, permite que me dejen usar mi capa! Lloraba y rezaba doña Francisca: Señor, ten piedad de nosotros; Cristo, ten piedad de nosotros; Padre Eterno, Dios de los cielos, ten piedad de nosotros. Y rezaban tus hermanas, a coro: Corazón de Jesús, Hijo del Eterno Padre, deja que le dejen usar su capa. Y rezaba el agregado don Francisco de Inda: Corazón de Jesús, unido sustancialmente al Verbo de Dios, deja que le dejen usar su capa. Y rezaba la esclava Marta Manuela: Corazón de Jesús, tabernáculo del Altísimo, deja que le dejen usar su capa. Y rezaba la esclava Juana Etelvina: Corazón de Jesús, hoguera ardiente de caridad,

deja que le dejen usar su capa. Y rezaba el esclavo Cayo Epicteto: Corazón de Jesús, en quien el Padre halló su complacencia, deja que le dejen usar su capa. Y rezaba el esclavo Marco Evangelista: Santa Virgen de las vírgenes, Madre de Cristo, Madre de la divina gracia, deja que le dejen usar su capa. Y rezaba la esclava Eulalia Rita: Virgen prudentísima, Virgen venerada, Virgen laudable, Virgen poderosa, Virgen clemente, Virgen fiel, deja que le dejen usar su capa. Y rezaba la esclava María del Magdalo: Espejo de justicia, Trono de sabiduría, Causa de nuestra alegría, Vaso de honor, Vaso insigne de devoción, Rosa mística, Torre de David, Torre de marfil, Casa de Oro, Arca del Testamento, deja que le dejen usar su capa. Y rezaban los sirvientes libres: Reina de los Ángeles, Reina de los Patriarcas, Reina de los Profetas, Reina de los Apóstoles, Reina de los Mártires, Reina de los Confesores, deja que le dejen usar su capa; provocándose por obra de tantos rezos la dejación de todas las obligaciones diarias, de forma tal que nubarradas de chiripas y cucarachas, moscas y ratones terminaron invadiendo la casa por cuartos y pasillos, albañales y rincones; por lo que la capa hubo de pasar de su armario alemán a la rústica mesa de los santos para cubrir las espaldas de un tosco san Nicolás de Tolentino, ahuyentador de roedores y otras peligrosas alimañas, sin que por ello se lograra la mediación benéfica del displicente santucho; puesto que las lauchas, casquivanas y voraces, multiplicadas por millones y cada vez con más furiosa hambruna, terminaron royéndole la capa (vale decir, la traposa fatuidad de tu padre), y hasta la propia talla del inútil e invocado patrón.

Sobre el pretil de una estatua de Diana cazadora

¡Ay! ¡Ay! Mejor dejemos esto. Que no fuiste aquel amanecer de gloria al Parque del Retiro para evocar las penurias de la capa de tu padre. El motivo que al Parque te llevó era la albricia de la recién fundada Capitanía General de Venezuela. El Rey te había obsequiado, para siempre y siempre, la gracia de una patria grande. Mientras te fuera dado libertarla, querías celebrar sus encantos, memorar sus paisajes, identificar a distancia el rostro de su gente; usufructuarla, en fin, por el goce de la remembranza. Las horas que siguieron las pasaste adormitado sobre el pretil de una estatua de Diana cazadora, fluctuando entre imágenes ignotas en medio de una ansiedad esperanzada y secreta. En tus sueños se sucedían, y superponían a veces, visiones paisajísticas armónicas y contradictorias. Una isla de pescadores de perlas, con acantilados que se desvanecían en la distancia, coronados de pitahayas y gaviotas, por donde vagabundeaban muchachos mestizos, cuyos perfiles podías precisar indelebles, con cestas de mimbre repletas de ostras sobre sus cabezas... O espaciados claros en los que levantábanse de pronto las apelmazadas chozas de un caserío indígena, y dentro de una cualquiera de las chozas, el fuego crepitando sobre el fogón de topias, danzando y reflejándose en el rostro cetrino y los desnudos cuerpos en cuclillas de los habitantes, en

el nácar rosáceo de la inmensa caracola que un mancebo altaricón de broncíneos pectorales hacía ulular contra el viento del amanecer. Mito o alegoría: estaba allí la imagen primigenia de la Patria. "Venezuela", gritaste en el sueño, *y* por un rato oíste embelesado el eco de la palabra enredándose como un sortilegio en las quejumbres de la guarura. "Venezuela", volviste a decir y descubriste que el nombre, a modo de conjuro, servía para sustituir a voluntad las visiones oníricas. Tras cada nuevo frotamiento de la aladinesca lámpara, cual entramados tapices de brillantes texturas, desfiló ante tu alumbramiento toda la pluralidad ambiental del país, su flora, su fauna, su gente; el dédalo de su relieve, polimorfo, abrupto, impresionante; aldeas, pueblos y ciudades; un cielo límpido a ratos, a ratos cuajado de nubes peregrinas; los costaneros bosques de galería y las bandadas de paraulatas y alcaravanes sobre los polvorientos caminos del llano. Viste el macizo guayanés en toda su imponente y severa belleza surgida del fondo de los más remotos tiempos geológicos: agrietadas estratificaciones, retazos fragmentarios de algún primitivo continente hendido por las aguas de los siglos, tepuyes erosionados simuladores de fantásticas murallas, paredes almenadas, quiméricos alcázares de arenisca o los encantados castillos de cristal de los cuentos de infancia, donde espumeantes saltos, cascadas y rabiones se precipitan, desde lo alto, por encima de los vaporosos isleos de verdor. Extensiones de selva impenetrable rozadas apenas por las huellas de los hombres. Un paisaje sobrecogedor que impulsa al humano a reconciliarse con su minúscula pequeñez. Manadas salvajes de monos chillantes, loros y tucanes desplumándose en los copos de espesura, sensitivos jaguares al acecho de una caza desprevenida, junto a quelonios, batracios y reptiles, verdaderos fósiles vivientes, en los que parece haberse detenido la evolución. Sobre los esquistos azulosos y los troncos, renegridos de escarzos, apiñadas colonias de orquídeas con pétalos y labelos versicolores se elevan como pequeños santuarios a la perfección. Una

curiara se desliza tenue por las herrumbrosas aguas de un caño, impulsando la imaginación a seguir su viaje hasta los confines mismos de la milenaria comarca. El parloteo de las lenguas autóctonas confúndese con el chirriachirriar de los graznidos y garrulerías del derredor. La vista atenta de los viajeros, la tuya primero que ninguna, discrimina los espejismos y cambios de perspectivas que se arrojan fugaces desde el entrerrío, sobre las ondas acuosas, en el iridiscente aire de pompa de jabón que todo lo cambia y distorsiona. Nidos de termitas gigantes tienen bocas de volcanes apagados. Una nube de moscardones verdes que zumban sobre los restos de una carroña ribereña es fronda de floresta que se vuelve pieza de seda joyante, que se vuelve cortina de jade pulverizado, que se vuelve hedor de mofeta subterránea, que se vuelve fuego de un demonio increíble oculto en la trabazón de las telarañas. Más allá de la maleza inundada, se levantan unos árboles puntisecos. Alguien te dice que son las columnas derruidas de un templo erigido a un dios olvidado. Y, justo, cuando tú intentabas inquirir por el dios, preguntar quién era, saber de sus bondades, la proa de la curiara tropieza con un tronco milenario, de consistencia casi granítica, atravesado sobre la corriente. El paso se torna difícil. Seguir adelante significaría echarse a nado, con el riesgo de las pirañas. El primero que lo intente perecería víctima de los caribes y los peces eléctricos. Se creen perdidos. Nadie, absolutamente nadie, sabe qué hacer en esos momentos, pero tú recurres a tu magín y sacas el abracadabra del principio. Dices "Venezuela" una vez más y, en un santiamén, se abre a tu vista un mar portentoso que no es un mar. Es un río: Orinoco, el Padre. Desaparecidos los nativos, con los que habías logrado zanjar las diferencias mortales de tu niñez, estás solo en la embarcación que ya no es una curiara sino la *Pobre barquilla mía* de Lope de Vega o, quizás mejor, una nao española de la época del Descubridor, pues, como el Descubridor creíste, con el mismo sentimiento de época se diría, que no sospechaban en el mundo *"de rio tan grande y*

tan fondo". Y estaba el Descubridor ahí contigo o, por lo menos, estuvo cierto tiempo. Y te confirmó que no se trataba del escuálido Manzanares, tan parecido a tu Guaire caraqueño. Ni del Guadalquivir. Ni tan siquiera del Tajo castellano, el de las espadas bayosas y centellas, que por algo arrancó al grande Garcilaso aquel endecasílabo: *"Cerca del Tajo en soledad amena, / de verdes sauces hay una espesura..."* Y, yéndose el Descubridor, se te apareció un geógrafo catalán, polifémico, con cara de fraile misionero que, a falta del traje talar, vestía calzas y sombrero de explorador, camisa arremangada y un corbatín de seda negro. Quedamente, te dijo: *"Se trata de un gran río. Una suma de gracias. Unido al macizo de Guayana en estrecho abrazo, no ha cuidado de formar su valle como suelen hacer los ríos. Al igual que el Nilo famoso, sus menguantes y crecientes van con el calendario: por la Virgen de Agosto presenta sus más altas aguas y al comenzar la Cuaresma, su mínimo descenso; carece, por lo tanto, de inundaciones sorpresivas. Ya lo decía el padre Gumilla: singular modo de crecer y menguar tiene el río".* Y otro fraile que le acompañaba, éste sí con su hábito (Gilij o Gile, dijo llamarse), te confirmó asertivo: *"Aunque diluvie por doquier puedes dormir cerca de su orilla".* Y, atento a la observación del fraile, pensando que la oscuridad amenazaba con cerrarse sobre ti, favorecido por la disposición de los vientos y las contracorrientes, buscaste puerto en la ribera norte. Y, una vez que atracaste, dormido caíste dentro del sueño, en aquel estuario legamoso pleno de olores aluviales, como un emidosaurio anciano a la luz faraónica de un redondo lago egipcio. Pero, aún en el sueño dentro del sueño, seguías soñando. Atesorabas, como un niño goloso, una constelación de momentos: una fiesta de vivencias, de impresiones múltiples, de mágicos resplandores que se irradiaban con la soltura de una tormenta deltaica. Surgían así: islotes que se desvanecían devorados por la marea para resurgir después llenos de arborescencias; grupos de mujeres indias, bañándose gozosas bajo los últimos rayos del cénit, con sus ralos

sexos impúberes al aire, y que, al advertir tu mirada fisgoneante, tu avidez de sátiro encelado y esa actitud de saltar sobre ellas sin permiso en el primer descuido, espantábanse trémulas a acurrucarse tras los matorrales; los juegos de luz y sombra, en fin, que las bandadas de garzas y cunearas arrojaban a su paso, en la vibración de las aguas y la blanda tierra de las orillas. Del río burbujeaba una densa humedad y, a ras de suelo, alrededor de tu cuerpo, una espesa niebla desdibujaba todos los contornos. Flotando en aquella brumazón, volitando con el aliento de un colibrí, se te acercó un geniecillo alado, pequeño y delgaducho, no regordete como la generalidad de esos especímenes. La armadura de unos gruesos espejuelos dábale cierto aire caricaturesco a su cara barbilimpia. Te dijo que era él un hacedor de *ejercidos narrativos* y que conocía el río muy bien por haber nacido y crecido en su delta. Con esa facilidad propia de los fabuladores para enmarañar el tiempo de la realidad con el *tempo* de sus fabulaciones, te aseguró, también, haber sido en una vida anterior el propio padre Gumilla, de quien antes te había hablado el maestro catalán, en la nave del descubrimiento. Como tal, dedicó todos sus esfuerzos a recorrerlo desde el Meta hasta sus últimos brazos. ¡Qué maravillosa soberbia, y a la vez qué humildad! Te habló de sus mareas que maduran como el cuerpo de las mujeres, de la milagrosa presencia de los indígenas y de las bondades de la palma moriche que tanto les favorece. *Del tronco desfrutado sacan tablas para suelo de sus casas, calles y plazas; y las paredes y el enmaderado de los tejados; con sus hojas, las cubiertas contra los aguaceros y los rigores del sol y las sogas, cordeles y amarras con que atan y traban todo cuanto fabrican, los delantalillos que usan las mujeres y los guayucos que usan los hombres para alguna, aunque poca decencia; y con el cáñamo de las hojas, unas entretelas que hay a modo de cordeles entre uno y otro pie del vástago ancho, que tienen dichas hojas en el mismo arranque por donde salen del cogollo de las tales palmas: las redes o chinchorros en que duermen; las sogas, maromas y demás utensi-*

lios para pescar, para navegar y para cuanto se les ofrece; todos sus canastos y cajas de varias hechuras para guardar sus cosas y los abanicos para hacerse aire, para soplar el fuego, y para espantar los mosquitos y tábanos cuando salen de sus pueblos. Les da la bebida que llaman pulque; les da pita; les da armazón para sus casas en su tronco y tejado para ellas en sus hojas. Pero, aún, les da mucho más. Derribadas las palmas, le abren un socavón en el mismo cogollo tierno, y otro de allí para abajo, tan largo cuanto es de larga la palma; luego que están formadas esas concavidades que llaman canoas, empiezan las palmas a manar de su interior un licor albugíneo con notable abundancia. El que fluye hoy, se guarda en vasijas, que tienen prevenidas al anochecer; y así van recogiendo ese mosto todos los días, hasta que la palma no tiene más jugo que dar de sí. El primero y el segundo día, después de recogido el tal mosto, es sabroso y tira a dulce; de allí en adelante, va cobrando punto fuerte, y se alegran y se embriagan con él largamente, hasta que se avinagra; y entonces les sirve de sainete para sus guisados; y aún de las concavidades donde ha sido extraído el vino, sacan gran multitud de gusanos blancos, del tamaño del dedo pulgar, que no son otra cosa que una manteca viva, vianda muy sabrosa y sustancial. Finalmente, logran por entero la fruta de dichas palmas, que son unos grandes y hermosos racimos de dátiles redondos y poco menores que huevos de gallina. Cuando están maduros toman un color amarillo, que se propasa a encarnado; por lo exterior tienen poca carne, pero sabrosa; y con ella, extraída y batida forman una bebida muy gustosa. También hacen de ella una pasta dulce que es excelente golosina. Después de extraída la carne de los dátiles, resta ir quebrando sus pepitas, de las que sacan el meollo, bien asemejado al de las avellanas, pero algo más duro; por lo que usan la palma toda sin desperdiciar un ápice de ella, de arriba abajo. Algo te contó también el geniecillo del viento barinés que, por sorpresa, comenzaba a soplar desde el frente. *"No ocurre así nunca, y es presagio de huracanes",* agregó sentencioso. Pero, como hizo su aparición otro personaje, poeta dijo ser, con el que

el geniecillo parecía no compartir buenas migas (quizás, por inquinas profesionales, pensaste), aquél arqueó los labios, en un gesto de repugnancia, y prefirió hacer mutis por el foro. El personaje recién llegado parecía un espectro. Todo vestido de blanco, de cara angulosa y labios muy finos. Te saludó dándote el tratamiento de *Precursor* que por primera vez oías aplicársete y que, a decir verdad, te dejó una extraña desazón en el pecho. El río es tan hermoso como aterrador, te dijo de seguidas. No es conveniente confiarse en sus orillas, te advirtió. Y, desbordando como un éxtasis incoherente propio de su ánimo de poeta, pasó a metaforizar sobre lo que él mismo llamó el *Bestiario* del río. Habló de un caimán, *¡sospechoso, como el lomo de un libro...!,* que *alza su boca abierta* en la playa, *como si fuera echando hacia los cielos las almas de los que se había comido.* Dijo que la raya estaba ahí emboscada como un *alacrán de orilla. Oculta, como una mala intención. Enconosa, como una mala lengua.* Comparó el temblador con *el alma de un gato hundido, o más bien un rayo que cayó una noche y cuando iba hacia el fondo, se pasmó con el frío.* Y el Caribe, con *la diezmillonésima parte de un tiburón multiplicada diez millones de veces.* Por algo, es la *distancia más corta que hay del Río a la Muerte.* También, te alertó sobre el boa que tiene *la cola en el árbol y la boca en el río,* como *todo un cauce, tributario de carne.* Invocó al Dios de las Aguas, *uno en el tritón y la garza y en la dulce corbeta y el áspero crucero.* Te invitó a seguir *la órbita de la gota de agua.* Se remontó a *La Parima y las Fuentes.* Celebró *el Casiquiare* como la mejor muestra del desprendimiento venezolano. Luego, te contó de los afluentes: del Caura y el Guaviare y el Vichada y el Meta, del Caroní despeñado, y del Arauca de plata, y del cimarrón Apure; de la *Parábola del volcán y las Siete Estrellas;* de *Angostura y* el *Coro de las Provincias,* de la *Evocación Indígena, y* de una *Barca Futura y* una *Barca del Pasado.* Era un poeta. Y como un poeta, desapareció. Tal como vino, vestido de blanco. Espectral. Y con una sonrisa fina sobre la cara angulosa.

Guanipa

No sabrías precisar cuánto tiempo más estuviste dormido sobre la orilla del río. Cierto es que cuando despertaste, caminabas entre hierbazales salpicados de mantecos, chaparros y mereyes, escudriñando la lejanía del horizonte como un gavilán. Una brisa susurrante te acotó al oído que estabas atravesando la mesa de Guanipa. Media mañana. Tus pasos deshacen el deshecho, o la zanjonada, de lo que pudiera ser un camino real. Y son muchos los caminos que por todas partes se deshacen. Sus fimbrias llegan y se van de tu vista como los surcos de una mano abierta. Parecen obra de los primeros encomenderos en procura de nuevas riquezas agropecuarias. O el desandar del campesinado disperso sembrándose en sitios, lugares y vecindarios; siguiendo las lomas de las ondulaciones, descabezando manantiales, o vadeando ríos, jagüeyes y quebradas, para levantar conucos en aquella hostil perdición de soledades inmensas. De los muchos posibles, escoges uno. Es un camino de recuas veranero. Nadie lo hizo. Nadie trazó su línea con cintreles ni plomadas. Surgió, puro y simple, seguro e irrevocable, por efecto de la deflación. De vez en cuando, encuentras una antigua posesión en ruinas, rodeada de rastrojales, alguna palizada persistente, la cicatriz vertical de un horcón carcomido o arcaicas tejas apiladas para alguna construcción que no

llegó a emprenderse. Por el viento del noroeste empezaron a congregarse unos palmerales, huidizos, temblorosos, deslizándose, erguidos como los cruzados de Godofredo de Bouillon a la defensa del Santo Sepulcro. Se concentraban, chocaban febriles, se alejaban y volvían a reunirse, cual multitud de mariposas plateadas descendiendo centelleantes por las rutas celestes. Hasta la luz del derredor parecía haber enloquecido. Pero, aun dentro de aquel titilar de alucinaciones, pudiste precisar el oasis. Una mortal languidez sedienta te condujo hacia él. Con idéntica languidez se definían a distancia los penachos azul de Prusia y verdes amarillos permanentes brotando de los troncos, de las sepias y agrisadas longuras de brumoso perfil que servíanles de sostén. Y aunque el silencio extenuó tus oídos, lograste aislar sin embargo los tenues, casi imperceptibles, sonidos individuales orquestantes del conticinio: el borbotear del agua recién nacida arremansándose en el álveo del raizal, el continuo rumor de la corriente desplazándose con el sigilo de una culebra, la abrasión de la gravauca, en fin, desprendiéndose para desencalcar el lecho. Por extraño que parezca, había música en aquel clausular, saltos de sílfides y gnomos, tresillos monótonos de clarinete y arpa, suspiros de cellos, corros de niños, compases de piano; y de pronto, un carnaval de animales o la estridencia de una zarabanda. Pirámides truncas y farallones de pesadilla, como arrancados de un paisaje selénico, te obligaban de improviso a torcer el rumbo. Pero tu sed era mucha, y acicateado por la resequedad de tu garganta, alcanzas el manantial. Después de beber, cual nuevo Narciso, te quedas contemplándote en las ninfas. Un hombre cansado abre los postigos de su corazón al reflejo del agua. Flores amortecidas por el resplandor del mediodía —prímulas y campánulas rastreras, congorochos, panículas de alcornoque, lirios de sabana y corimbosos glomérulos de cuquita de la Virgen—, se agitan en el revuelto trasfondo con el aliento de la fantasía. Sientes que has llegado a ser uno de los elementos de la mesa: una cepa de paja peluda,

quizás, o un playón cualquiera donde sestea el ganado; la brisa fluvial que trasmonta desde el Orinoco, o el afloramiento de fina grava que resurge más allá. La mesa es una mujer. Oscila bajo el peso de tu cuerpo sudoroso, regodeándose con el triunfo de alguna satisfacción íntima. Apenas se ruboriza al alcanzar el clímax. Para manifestarte su agradecimiento, te regala una sonrisa tímida. Una sonrisa que, seguramente, nunca volverás a ver. Triste y furtiva, esa sonrisa marca el final de un único encuentro. Porque, cierto es que la mesa, perdida en los mil caminos de su desandanza, apantanándose coqueta con el ventalle de sus ondulaciones, no se entrega de verdad sino una sola vez.

La maldición de los dioses

Largo fue tu caminar por aquellas llanuras, tan largo como el transcurrir de ese día que, en el sueño, parecía no terminar nunca, guiado ahora, no por el apremio de la sed que te prodigó esa suerte de fornicación telúrica, sino por un acompañante nuevo; un viejo y sabio botánico ("yerbatero", prefería llamarse él), *Don Gil, Don Juan, Don Lope, Don Carlos, Don Rodrigo;* a ciencia cierta, no sabrías cómo llamarlo. Recuerdas, sí, su cabeza tan bien puesta, su fuerte faz, sus ojos de jaspe diluido, y el abrigo, su inseparable abrigo que, aun en aquellas resolanas, siempre pendía de su mano sobre el pecho. Era *hidalgo de un tiempo indefinido.* O, quizás mejor, *el abad solitario de un ignoto convento.* Por algo prefería darte, a secas, el simple tratamiento de "cristiano". Juntos, caminaron un silencioso trecho. Nada te atrevías a preguntarle, mientras él todo lo observaba: la casimba dispuesta en el lecho fluvial, las areniscas pobremente consolidadas que aquí se percibían y las vetas de granza con bloques ferruginosos que más allá brotaban, este meandro, aquella madre-vieja, rabanales y lagunazos, el viento dominante y su velocidad promedio, las matas, las sabanas de palma, y el cadillo bravo, y el cadillo bobo, y el cadillo de perro. Nada se le perdía de vista. Y, cuando la confianza comenzó a ganar terreno, sin parar, tomó la voz cantante. Solíci-

to, te iba explicando sobre cada uno de los árboles, hierbas y arbustos, que aparecían en el camino; magistral, minucioso, uno detrás del otro, como si quisiera legarte de una sola vez toda la sabiduría que él había recibido en el Sábado de la Creación. Primero, te mostró los pajonales; la paja peluda y la paja de saeta, la coneja y el rabizorro, la cabezona y el tucupén, la cancanapire y el mastranto; luego, denotó la presencia del araguaney y del aceituno, la del aceite y la del bozúo, la del cascarón y la del cují. Una leve sonrisa de muchacho tremendo creíste advertirle cuando te señaló el tapaculo y el cojón de verraco. Se detuvo, auspiciante, frente al carato y la cañafístola, el currucai y el jabillo. Palpó las vainas de los guamos para ver si estaban de tiempo. Y del uvero, desgajó sus perlinos frutos para darte de comer. Dividives y cartanes, guácimos, jobos, mataguaros y maniritos, meleros y patas de vaca, punterales, ceibas y pilones, guatacaros y guayabitas reijanas, el bejuco tiende suelo y el bejuco de cadena y el bejuco pica-pica, pericocos y zarzahuecas, todas las especies vegetales de esos boquerones se diría, cobraban individualidad plena por obra de las explicaciones de tu acompañante que, para ese momento, de la ensoñación, ya no era quien era, paciente y locuaz, sino el propio Virgilio, desenterrado de la *Comedia,* conduciéndote en un viaje vertiginoso, con prisa de ventolera, por aquellos inimaginables círculos de verdor. Dante, Virgilio, la *Comedia.* Una sola imagen, una sola frase y hete ahí metido, en el sueño o fuera de él, en la literatura, en el arte, en la historia, en la metafísica y en todas las ciencias. Con razón decía un personaje de Huxley que *Toda la historia del universo se halla implícita en una parte de él.* Que, *la mirada de la meditación* (o del sueño, podrías agregar tú), *penetra en cualquier objeto y ve, como a través de una ventana, el universo entero.* Que, *basta con hacer diáfano el olor a pato asado en una vieja cocina para tener un destello de todas las cosas, de las nebulosas espirales a la música de Mozart y a los estigmas de San Francisco de Asís.* Tus círculos de verdor eran los mismísimos círculos del

infierno. Y sin ninguna transición, porque así funciona naturalmente el espíritu, los llenaste con personajes y escenas de la Guerra de Conquista. Aparecieron viejos conquistadores de Castilla y Extremadura alanceando indios inermes a la vera de unos canales de aguas putrefactas, las del Aqueronte parecían, o en las cumbres de altas mesetas, lúgubres, rapaces, todas sembradas de asfódelos por encima de los cuales sobresalían horribles tabernáculos a modo de telones de fondo. Esos mismos conquistadores, hijos, de Plutón cual lobos malditos consumiéndose en su propia rabia, caminando en un eterno redondel selvático, y en sentido contrario los unos a los otros, devorándose entre sí con feroces dentelladas, profiriéndose denuestos y recriminaciones en sórdido murmurio por no haber alcanzado la *Casa del Sol,* la aurífera ciudad de incontables riquezas, después de haber asolado, sin embargo, los esplendorosos templos, que sí encontraron por doquier y despojado a sus ídolos de los munificentes adornos de oro y plata y perlas y aljófares y ricas pedrerías, y profanado las tumbas reales, arrastrando consigo: fardos y máscaras funerarias, mantas preciosas, rodelas de cobre, tapices, plumajes y dorados mosqueadores. Tribus completas huyendo en tropel, buscando el resguardo de la selva distante, con el miedo a lo insondable reflejado en sus pupilas, ante la súbita aparición de los hombres blancos a caballo cual macizo muro de fierros y carnes fulgurantes lanzado al galope, marea de fuego, moviente masa espectral de arneses y coseletes, arcabuces, espadones, colas, belfos y crines desatadas, sobre el redoble de los tonantes cascos. Curas misioneros, desesperanzados habitantes del Limbo, salmodiando latines ininteligibles; subiendo y bajando, como trofeos, los cálices y las custodias, las cruces de tosca madera y el refulgir de los ornamentos del culto, para atraer (hasta el tedioso terreno del *deseo sin esperanza)* el alma de los infelices nativos, ahora llevados en vorágine por el huracán *que nunca cesa,* zarandeados sin defensa entre la sombra y los aullidos del mismo ventarrón, después

de haber abjurado, ellos, de sus dioses naturales. La cólera y venganza mortal de esos mismos dioses abandonados, tratando de demostrar y demostrarse acaso, en consecuencia, que no había poder superior al suyo, que nadie podía blasfemar o invadir en balde sus potestades y dominios. El sol cobrando cada vez mayor intensidad para desintegrarse después en mil lenguas de fuego; en lluvia de rayos, chispas y brasas calcinantes; provocando la combustión de los montes, pueblos, villas y ciudades, y de los predios, ejidos y propios; quemando inmisericorde los techos de paja de los míseros bohíos hasta convenirlos en flagrantes deshechos, con la consecuente pérdida de vidas, estalajes y enseres; mustiando la verdosidad de los maizales y convirtiendo bosques enteros, otrora plenos de vitalidad, en cenicientos mares colmos de tizones. Y sin que el sol hubiese aún completado su hecatómbica faena, comenzaron las aguas a tomar su revancha. Sin viento alguno, dislocáronse los ríos y las lagunas y los caños, hirviendo y borbollando al punto de levantar olas inmensas como de mar embravecido por tormenta de naumaquia que, al desmadrarse, provocaron la inundación de aquellos quemazales, arrastrando con el ímpetu de las corrientes los restos chamuscados de todo cuanto quedaba con vida.

Noche de niebla asollamante

Pero, como si todavía fuera poco, finalmente, se ocultaron la luna y las estrellas, sobreviniendo una noche tenebrosa de Jerusalén castigada por la ira de Jehová; una noche sin ningún refulgir y con una caliente, asollamante, niebla que todo lo cubría, al levantarse del lodazal. No en vano, por horas también cubrió tu sueño...

Venus anciana y algunas comidas portuguesas

Conducir a Marianina, la Reina viuda de Portugal y hermana preferida de Carlos III, a su enclaustramiento monjil de Lisboa era no sólo un apetecible cambio de actividad sino también, y sobre todo, una máxima satisfacción para tu yo de garlingo, de gentilhombre interior, de senescal frustrado. Se te percibía la contentura en la brillantez de los ojos, saliendo del Palacio de San Ildefonso, por ejemplo, y en la garbosa postura con que te paseabas al frente del cortejo, dirigiendo el paso de los demás, firme y disciplinado, en pleno ascenso de méritos, buscando una sobraja, una credencial más para tu hoja de servicios, una aproximación a la realeza. Era una atmósfera de intimidad y de calentura que se espesaba mayormente, cuando, desde la carroza, ella, la Reina, te llamaba para impartirte alguna instrucción y la mirada se le engarapiñaba bañándote de almíbar, como si fueras almendra. La Reina sabía guardar su recato de viuda y había algo como de fanatismo o aberración en aquel bajar y subir de sus párpados, en el resoplo emocionado de su pecho, en la sudación de sus manos y de su carnes todas al mirarte asomado en la ventanilla de la portezuela, sin poder precisar entonces si se trataba de su propia timidez viudal o de un casi imperceptible afán de desenviudarse. Parecía improbable que tú, acostumbrado a todo en materia de

faldas y no pocas veces macarra de putas en los sórdidos serrallos de Madrid y Cádiz, te prestaras sin embargo a hacer el amor con aquel vejestorio. Marianina, la Reina Fidelísima, era un decrépito carapacho acartonado, de encías desnudas y manos con venas brotadas y uñas como ganchos. Mientras la recuerdas, piensas en los dioses malignos de las antiguas civilizaciones, en el Agra-Manyú persa con su turba de demonios, esperando las almas de los condenados a orillas del puente Tchinvat para precipitarlas en el Infierno. En las brujas de los *Caprichos* de Goya, volando sobre sus raídas escobas, por los aires del misterio, hacia los aquelarres del Sábado. O en esa soledosa cabra que amamantó a Zeus sitibundo, justo cuando estaba a punto de desfallecer: Amaltea, la unicornia. Es como si el enlace de esas figuras míticas convergiera en un punto preciso para reproducir la imagen de aquella dama setentona y de fealdad excesiva, cierto, pero capaz de descender desde sus olímpicos predios cortesanos a la mundanal plebeyez de una tienda de campaña, en el canto de un camino, para entregarse sin reticencias, con demasiada bondad valdría pensar, a un mozo amerindio, bello e insolente, provocador, derrapado, simple oficial de la Guardia. Y vuelven los dioses a fornicar con las hetairas y los efebos de la tierra. La Rea Cibeles del Paseo del Prado secuestra a Atis, el joven frigio de excepcional belleza. Ganimedes es elevado de nuevo, como objeto sexual, hasta las moradas celestes. Apolo reclama para sí a la esclava Briseida. Alegorías, ¡bah!, desmañado intento de hacer prosa poética. Di de una vez, en sentido recto, que ella, Marianina, la Fidelísima Reina viuda de Portugal, te quiso y tú te dejaste querer: válida, estupenda metáfora del afán desaforado de aquella anciana jineta galopando, sin freno ni bridas, sobre el semental purasangre de tus inglés; conformándote, tú, con sustituir el escarnio y antagonismo del desplacer por una disposición mental, cínica y calculada, de creerte ennoblecido por un acto de sexo desvergonzadamente desigual en lo físico pero compensante, en lo espiritual, de tus

sueños de grandeza y tu trasnochada, casi enfermiza, necesidad de reconocimiento. Bastaba una nueva insinuación galante del carcamal apoltronado en su carroza, para que algo se removiera en ti, como si el señorío y la dignidad y la pompa que siempre ambicionaste se carnificaran en apremio, y la mutilación de tu padre germinase en aquel pellejón de cascajo cual brote de primavera; altiveza engreída, virotismo, tufos, flato; ufanía disfrazada de irónica ternura, que no de amor verdadero, ni siquiera de gusto franco; levantando la cresta entre los almohadones y arambeles de la alcoba regia, en el palacio lisbonense del Hospicio de las Viudas Reales, con humos de hombre de bigote al ojo; un hombrecillo, insignificante, diminuto pese a su corpulencia y a su nada despreciable hermosura, criollo nacido más allá del mar de los Sargazos, en una Capitanía recién fundada, apenas conocida o desconocida por completo en la corte de los Braganza; mozalbete ambicioso, sí, pero sin linaje ni méritos para ser titulado; renaciendo ahora en cama de alto baldaquino, labrada en palo de rosa, con rosetones de marfil, aún cerrada por cortinillas de luto; ennoblecido por el flujo estéril que ella, la Reina viuda, derramó sobre tu miembro; un miembro infanzonado por el flujo; una pija humedecida, el mandragón, tu mandragón: la única carta ejecutoria que te dieron tus padres en el acto del nacimiento, la única información de sangre que recibiste, el único árbol genealógico que puedes exhibir con legitimidad; tu pija, blasón y casa solar, libro de oro y pergamino, bastón de mando y capa; la capa de tus pesadillas, la misma que tu padre guardó por años, en la sala principal de tu casa caraqueña, para cubrirse como grande de España; la misma que devoraron los ratones de San Nicolás de Tolentino; impugnada por los Toro y los Tovar y los Blanco; magnificada por la tozudez de tu padre y por las lágrimas de tu madre sufriente; la capa, por fin lo entendías, es tu pija. Y con ella embozaste a la Fidelísima Marianina. Y rebozaste a todas sus acompañantas del Hospicio, doncellas y damas nobles, las Távoras y las Angejas y

las Cerveira y las Alfonso, tan matusalénicas como ella, como ella cascarosas, doña María de Teles y el espectro desenterrado de doña Inés de Castro, camareras y rodrigonas, ayas y maritornes, la mucama Riobalda de Ribatejo y su sobrina Cabrita (¡cuán distinta, suave como plumón de pájaro; como alba naciente, su blancura blonda!), la Monja Portuguesa leyéndote sus apasionadas cartas de amor detrás de la celosía y la pinche Brasileña dándote a probar asados y aderezos en el fondo de la cocina, una patichueca poetisa de la Arcadia Lusitana mantenida por la Reina para que le ayudara a conciliar el sueño con lecturas del Romancero, el ama de llaves doña Eufrosina de Ferreira y Santa María Egipciaca, moza de cántaro camino de la artesa, las lavanderas desengrasando los manteles de madeira y las fregonas ocultas tras las columnatas, risueñas, huyendo, celebrantes, asomándose pizpiretas por las ventanerías, siguiendo el ejemplo que la Reina dio, con las faldas suspendidas y el corazón saliéndoseles por la boca, correteando desde los altos salones azulejados hasta los más íntimos aposentos, por corredores y patios, galerías y mazmorras, establos y pasillos, jardines y entresuelos, refrenando sus risas y murmurios, ¡santo Dios!, ¿qué querrá este capingo?, cogernos, cogernos simplemente, niña si sólo fuera eso, se empeña además en quitarle a una los pelos, ¿los pelos?, si niña: ¡los pelos!, ¡qué barbaridad!, dicen que le desnatura a una sus partes, dicen que la depilación la hace a dentelladas, ¿a dentelladas?, sí, sí, con sus dientes, filosos y muy blancos, nada menudicos, calla mujer, tengo miedo de que se me funda el corazón, date a placer tonta, date a placer, calla que no quiero mudar mi doncellez por el nombre de ramera, pero no lo has oído todo, dicen también que su cuerpo es duro, sutil y alegre, que no le falta ningún bien, que no repara en ocasión ni en día, ni cuándo el menstruo aparece ni cuándo se esconde, ni en las fases de la luna ni en los rigores del tiempo, si no que en cualquier momento es capaz de hacernos sentir rico gozo de amor, ¿por qué no pruebas?, calla mujer impúdica, calla, como a las alondras

se me mueven las alas de alegría, os juro por lo que me respecta que antes de conocer sus favores creía saber mucho en materia de lujuria ¡y la verdad es que sé tan poco!, bien debe cada una gozar del gozo del que está gozosa, no comete pecado mortal la dama que se entrega a buen caballero, decidido mujer, también me entregaré, largo tiempo he estado disimulando pero ya no disimulo más, ¡quédense las bayetas para las fregonas, y sean para mí tales amoríos con los que disfrute y haga disfrutar!, ¡probaremos!, ¡probaremos!, ¡probaremos!, y probaron todas, una y otra y otra, varias al mismo tiempo, en fila india, de una en una, de dos en dos, de a tres, de a cuatro, amontonadas, puesta una encima de las otras, perdón perdón perdón, ¡yo primero!, perdón perdón perdón ¡tú después!, nononononó decía doña María de Teles, nonononó a mí me toca, decía la más vieja de las Cerveira, nonononó que me toca a mí, decía más allá el espectro de la gallega doña Inés de Castro, nonononó no se apretujen que para todas alcanza, advertía previsiva la menor de las Alfonso, sisisí todo él cabe en nosotras, confirmaba la intermedia, por supuesto que sí cabe pero que no se pierda ni un jeme, ripostaba la Riobalda, ni una pulgada de desperdicio, prorrumpía la decana de las lavanderas, ni una ñinga, agregaba la Monja Portuguesa desprendiéndose afanosa de su hábito azul añil, de su toca de alas almidonadas, de su haz de escapularios entre las tetas y su disciplina de cuero de Rusia en la cintura, pero antes de que quedara completamente desnuda, ya estaba en su lugar la propia Reina viuda, incansable, pidiendo una vez más servicio para ella: Métete todo aquí Padre y Señor nuestro, Métete todo aquí Hombre de los Hombres y ya veremos si alcanza para las demás, todo, todo, todo, como una extensión sin límites, todo, todo, todo, como una gran Sin razón. Y todo te metiste, por días y semanas, en ese encajinado mundo de ultratumba, durmiendo poco, follando mucho, cual paloma de Alaspistera tutelando a Venus grandeva en ausencia de Amor. Sin haber conocido descanso en toda la estada. Jodiendo. Ma-

mando. Chupando. Pescando el sueño sólo por ratos. Héroe del Boccaccio. Héroe de Chaucer. Allí están todas dispuestas. Otra vez, esperan por ti. Legañosas. Ojinchadas. Enceguecidas, sin poder ver la luz del sol. Claman mendicantes por un óbolo de sexo. Una limosnita, por amor de Dios. Todas están ciegas. Pareciera que existe un vínculo místico entre vejez y ceguera. Son como cadáveres ambulantes. Son como osamentas infectas. Para todas partes exhalan un hedor sepulcral. Pero siguen aferrándose a la vida. Nada tan dulce como la vida, dicen. Y para reavivar tu interés, para arrevolver tu instinto, te muestran sus fláccidos pechos de yeguas desgastadas; sus piernas varicosas; sus escuálidos sexos, agrisados, marchitos; las piedras de sus riñones; la gota de sus pies; las verrugas de sus manos; las cataratas de sus pupilas reblanquecidas. Con el gañido de sus voces temblecas, procuran seducirte. Quiétenos papacito, te ruegan. Dánolos con gusto, sin asco ni resquemores. Ámanos. Rejuvenécenos. Devuélvenos la vida con tu vigor. Fuente de Juvencía escondida en la jungla india. Fruta paradisíaca. Talismán increíble. Odre de aire. Elixir de eterna juventud. Enséñanos el lenguaje de los pájaros. Daños a probar la sangre del dragón vencido. En la barca de tu cuerpo, condúcenos a la isla de Avallon donde nadie muere y donde no se envejece nunca. Lústranos con el agua primordial de tus humores. Cólmanos de regalos, como en los días dorados de la infancia. No nos resignamos a morir en la oquedad de esta prisión oscura. Libéranos por el amor. Y, ciertamente, por el amor las liberaste. Te dejaste amar cuanto quisieron, venciendo, tú, los prejuicios de mil años de erotología estereotipada que, desde el principio, desde el *Ananga Ranga* y el *Kamasutra,* enseña que no se debe tirar con viejas porque terminan robándote la fuerza. El manido tema, literateado una y mil veces, se te empecina en el recuerdo. Horacio en los *Épodos.* Ovidio en *Las Tristes.* Marcial en sus *Epigramas.* La hechicera Canidia. Perilla, destrozando su espejo infiel. Vetusilta, amante de trescientos cónsules, con sus tres cabellos y sus cua-

tro dientes. Thaís, oliendo peor que una tinaja de batán, que un ánfora estropeada por la salmuera podrida. Y la vieja del *Román de la Rose.* Y la *Patorra* del *Rosellon,* con sus siete patas de oveja, quemada en el día de Pascua. Y la sibila Panzoust de Rabelais. Y la Celestina alcahueta. Y la Gran Meretriz de Babilonia de la tarasca de Tarascón. Y las Tres viejas del mito griego que nacieron viejas, desombligadas como el Adán de las Escrituras. Todas se te abalanzan. Todas quieren poseerte y aprovecharse de ti. Cínicas, disolutas, lúbricas todavía aunque llenas de achaques. Vanidosas aún como para creerse amadas. Tosen, encima de tu cara, sus flemas catarrosas. Eructan. En pernetas, pedorrean perniabiertas. Roncan, en la duermevela, como monstruos prehistóricos escapados de los poemas de Sigonio. A ratos, con bermellón y cerusa, tratan de maquillar sus arrugas. Coquetas, se miran en los espejos de finas enmarcaduras. No logran hacer de Hécuba una Helena. Sin embargo, te dejas querer y, a ratos, tú también las quieres. Recuerdas, ahora, un trozo de las *Cartas a Lucilius* de Séneca: *"Acojamos* (cojamos, debió decir) *bien a la vejez, mimémosla; abunda en dulzuras si se sabe sacar partido de ella".* Y acogiste. Y te dejaste acoger. Y descubriste algunas de las dulzuras de las que Séneca hablaba. No sólo permitieron que te sintieras ennoblecido (tirabas con las habitantas de un Hospicio Real), sino que, aún hoy, vives con delectación las bondades de aquellas orgías, llamamiento al caos, insurgencia contra toda subordinación, desconocimiento de todo normatismo, confusión de formas, inversión del orden social, coincidencia de contrarios en desaforado revoltijo de pasiones, ruptura temporal, disolución del mundo, trastrocamiento de la realidad y restauración correlativa del *illud tempus* primigenio. Amén del azuzamiento climatérico de las nobles ancianas y los encantos de la Cabrita y una que otra moza de servicio, gozaste grandes bebantinas de *vinho verde* y *sedal de malvesia* y *lágrimas de Oporto e* increíbles comilonas de sardinas de Nazaré secadas al sol y cachalotes a la brasa y brisas de Figueira y tortas y

papas de Moado, caldo verde, gallo luso, bacalao en sus doscientas una maneras de prepararlo, espetadas en escabeche, bifes de atún, langostas a la Berlanga, arroz chino de Macao, la caldeirada y el jamón ahumado y el cerdo de Alentejena y los asados de cabrito y de cordero y los dulces *bolos de amor* y las *castanhas de ovos;* hasta que la bienandanza terminó huera de trabas y perturbaciones...

Purgación de pecados

Y regresando a Madrid, una tragedia. Villalta, tu amigo peruano de Melilla, había sido encarcelado en Andalucía por el Tribunal del Santo Oficio, acusado de *"proposiciones y detención de libros prohibidos y de pinturas obscenas"*. Denunciado por el capellán de tu regimiento, todo te hacía suponer que podías estar involucrado en la *Sumaria*. El miedo se apoderó entonces de ti. Los días y fas noches pasaban sombríamente. Hórridas pesadillas sobresaltaban su sueño. Te veías, de pronto, vistiendo la *samarra* de lienzo pardo, sentado o de pie sobre tizones encendidos, rodeado de llamas y demonios, con la *carrocha* infamante presionándote las sienes y la camisa de azufre allagándote el cuerpo. Dormías sin sosiego. Las escenas de terror se sucedían sofocantes. Diríase que todas las pavuras y terriblezas de la inquisición horripilaban aquellas noches siniestras de no saber dónde meterse, más muerto que vivo, con la sangre en los talones, temblorosas las carnes, encogido el ombligo; venga, capitán, vuelva al seno de la Santa Madre Iglesia, lo conduzco, ¿me recuerda?, soy el capellán de su regimiento, su capellán de Melilla, nada debe temer, sujétese con fuerza a mi brazo, bese mis manos; ganará el perdón eterno si confiesa todos sus pecados; el Santo Oficio, magnánimo y todopoderoso, sabrá perdonarlo; basta con que lo confiese todo; basta

con que alcance el arrepentimiento; basta con que cumpla su penitencia; abjure de la brujería, capitán; abjure de la masonería; abjure de la magia, de la demonología, de la alquimia, de la nigromancia; abjure de esos afanes libertarios y de esas conspiraciones torvas en las que anda metido; olvídese de esas fiestas diabólicas en parajes soledosos a las que suele concurrir, de la práctica de ritos macabros entre las ruinas de templos profanados, de la lectura convulsa de libros prohibidos, de las invocaciones de aquelarres entre tumbas abiertas y de las alianzas terribles con las fuerzas del mal; su amigo Villalta no lo hizo y, por eso, fue condenado; no corra usted la misma suerte, capitán; *sí padre,* besaré sus manos, besaré su cíngulo, besaré los pliegues de su hábito talar, besaré sus carnes magras; me asiré a sus brazos; condúzcame; dejaré conducirme; seguiré sus pasos; pero no me lleve a la hoguera; no quiero morir achicharrado; no quiero morir en pecado; no quiero morir; sálveme, sálveme, *padre,* y haré todo lo que usted disponga; ¿estás dispuesto a confesar?; *sí padre,* confieso; confieso mi comisión y mi omisión; confieso mis pecados matinales y mis pecados actuales, los habituales, los veniales, los graves, los menos graves y los gravísimos, los capitales, los mortales y los *contra natura,* los nefandos y los de bestialidad, los casos reservados y los casos de conciencia, mi maldad, mi vicio, mi ira y mi pereza, mi lujuria y mi gula, mi avaricia y mi orgullo, mi envidia, sobre todo mi envidia, mi soberbia, mis iniquidades y mi rebelión contra la soberanía de Dios, contra sus normas y preceptos, contra su bondad y su poder, mi duda por las verdades de fe y mi engreimiento por la Razón, mi fariseísmo y mi culpa original; todos los pecados del hombre, *padre,* que son mis pecados; todas sus flaquezas que son mis flaquezas; y su perversión y su putridez; no hijo, no bastan esas declaraciones genéricas; el Santo Tribunal requiere casos concretos; particulariza, hijo mío, particulariza; ¿te apartaste de Dios?, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿por qué?, ¿rompiste su alianza?, ¿faltaste a su nombre?; *sí padre, sí padre;* me aparté

de Él, rompí su alianza, falté a su nombre; como Judas y Caín, me separé de su Espíritu y, sin temor alguno, por momentos llegué a odiarlo; ¿eso hiciste?, *si padre,* eso hice, ¿qué más, hijo mío?, ¿qué más?, ¿qué más hiciste?; como Adán y Eva, quise decidir por mí mismo sobre el bien y el mal, sobre mi acción y mi omisión, sobre mi compromiso y mi libertad; como Galileo Galilei, advertí que el sol se movía; como Giordano Bruno, defendí con exaltación la infinitud del universo y la constante transformación de las cosas; y lo que es peor, *padre,* no puedo deshacerme de mi concupiscencia; la del espíritu y la de la carne; lo que Agustín llama el *amor sui ipsius,* el amor a sí mismo, y esa otra, *padre,* esa que me excita y me cabalga aquí, ¿dónde, hijo?, entre las piernas, *padre,* sobre este mandragón tenso y de venas brotadas, exasperado, provocante, enardecedor, incalmable; ¿puedo verlo, hijo?; puede verlo, *padre;* desnúdate pues; desnúdate, te ordeno; quiero que me muestres tu mandragón; sólo él, de ser como predices, podrá salvarte de los suplicios; sólo por él, podría abstenerme de denunciarte ante el maléfico tribunal, ante el benigno tribunal quise decir; *sí padre, sí padre,* me desnudaré, desnudo estoy; pero sálveme; no me denuncie, no me condene, no me arroje a la hoguera, por favor; seguro, seguro que no te arrojaré; bástame con haber visto tu sierpe erecta, alma fluida y material del mundo, sustancia, vida, reino de luz y tiniebla, fantástica visión, ángel culpable, vara adivina, universal bastón; pero mi lengua, ¿qué hago con mi lengua?; ella, capitán, está en el colmo de la frenesía; ya no se contiene dentro de mi boca; empujada por una insalivación creciente, pendulea contra mi dentadura, casi me horada el paladar, quiebra la fuerza de mis labios sedientos, se pliega, se repliega, se contrae, accede, serpentea, se desboca; ¿qué puedo hacer, capitán?; déjela que repte, *padre;* déjela que lama; déjela que chupe; ¡oh sí, capitán, cuánta bondad la suya!, ¡cuánto entusiasmo!, ¡cuánta bizarría!, nada me hará olvidar esta noche, créamelo que se lo agradezco mucho, qué fuerza la suya, capitán, qué

dimensiones, y ahora se le endurece mucho más, *sí padre;* se incita, capitán, pica, muerde, hiere, engolosina; con mi lengua le paso el perdón, capitán; *sí padre;* las Cevenas, a la mierda la hoguera de las Cevenas, a la mierda el degüello de San Bartolomé, capitán, a la mierda la renovación del edicto de Nantes, a la mierda el odio de San Luis y las persecuciones de Francisco I y las de los Reyes Católicos; a la mierda las matanzas de judíos en Castilla y Aragón; que viva la vida; que viva su sierpe, capitán; que viva la herejía y los errores no consentidos por los concilios y todo sentimiento contrario a las decisiones del Papa y todas las dudas acerca de las bondades del Santo Tribunal; que viva la lectura de libros prohibidos y el desafuero coronal y la gula y la lujuria y el pecado; que viva su sierpe, capitán, y que viva mi lengua; que vivamos nosotros, carajo; *sí padre, sí padre, sí...*

Tánatos y Eros

Te cuesta reconocerme, te dijo la muerte una noche, después de despertar sobresaltado, mientras cambiabas tu ropa de dormir humedecida por la descarga seminal que, minutos antes, en la delicuescencia del sueño, te había provocado la succión desaforada del propio Cardenal-Inquisidor Mayor. *Soy una y la misma* por mucho que me presente bajo formas diferentes, sean lengüetos babosos, o tenues mordiscos, o suaves titilaciones. *Soy una y la misma,* repitió con voz ronca y apagada. Las caricias que antier te dispensaron tus carceleros, son mis caricias. El beso mórbido que la otra noche te dio Santo Domingo de Guzmán, fue mi beso. La orgía que ayer viviste con el reverendo Torquemada, sólo conmigo la vivías. Yo soy la exultación y la lengua batiente de tu antiguo capellán de Melilla. Soy el culo pestilencial de tus torturadores que tantas veces follaste. Soy la sed ávida del espectro demencial de San Pedro de Épila, saciándose con la efervescencia de tus orines. También el amor carnal es una de mis posibles representaciones emblemáticas. No sólo el achicharramiento de las carnes y de los huesos y de los pelos. No sólo el garrote vil. No sólo el hambre o las pestes o las catástrofes naturales. *Quien como yo nació para amar, señora, no podrá morir jamás por obra de plagas tan viles,* alcanzaste a decirle. *Lo sé,* te

contestó secamente. *Por eso, he venido en persona a acostarme contigo.* Y su figura esmirriada, de óseo carcamal, tornose, como por arte de encantamiento, en marmórea masa de espléndidas carnes. Parecía la estatua de la Noche ideada por Miguel Ángel para la tumba de los Médicis. Tal, su desbordamiento de formas; tal, su escorzo de tentación. O mejor, la figura yacente de Leda poseída por el Cisne a punto de parir los dos huevos inmensos que alumbrarían después a Castor y Pólux, a Helena y Clitemnestra. Leda y la Noche, pensaste. *Una y la misma,* te ripostó la mujer como si adivinase tu pensamiento. Esa asociación de tu mente no es accidental, confirmó. El nombre de Leda, según una curiosa etimología apoyada por Plutarco, es generalmente asociada con Leto y explicada como la Noche, madre de los dioses luminares. Y aunque esa sola conexión verbal no te luciera suficiente: la Noche y Leda y el Cisne, todo me pertenece, concluyó jactanciosa. Acércate y te doy un beso, dijo luego. El *mors osculi* de los cabalistas, advirtió. Nada temas. El principio de la *vita amorosa* procede de la muerte, porque quienquiera que viva para el amor, muere primero para todo lo demás. Y si el amor tiene alguna perfección en sí, es imposible llegar a esa perfección sin morir primero respecto a todas las demás cosas imperfectas. Eso lo supo Homero y Virgilio. También lo supo el Dante, te agregó ilustrativa. Porque Homero envió a Ulises a los Infiernos. Y Virgilio envió a Eneas. Y Dante los transitó él mismo. Ven, déjate besar. Déjate poseer y te aseguro que cuando te toque morir de veras, sólo morirás por amor. No sabes cuanto alcanzaste a resistir para rechazar la oferta. Cierto fue que, al final, accediste. Recuerdas que tan pronto te besó y te poseyó entero entre sus pesados muslos de mármol, la mujer se esfumó como *una larga sombra negra.* Tú, por tu parte, te quedaste sumido en un sueño profundo, casi semejante a la perfección de la felicidad. Cuando despertaste, la copia de un cuadro de Lorenzo Lotto, peculiarmente mórbido (aquel que muestra a Amor coronando con laureles

una calavera posante sobre un cojín voluptuoso), pendía de la pared de tu cuarto. Allí permaneció semanas enteras. Al verlo, una como súbita depresión te sobrecogía; pero, de algún modo, por sus efectos sabías que jamás ibas a caer en manos del Santo Oficio. Con los días, desapareció. No sabrías precisar cómo ni por obra de quién. Cieno es, que Villalta, tu amado amigo de Melilla, después de entonces sólo fue un recuerdo austero, silencioso y bien portado.

Ladrón de calzas

Y ahora, oh generalísimo, toca contar el juicio que se te siguió por ladrón de calzones y la rabia y el dolor que te causó esa nueva ordalía de purificación. Piensas que, como a Marsias por buen flautista, había que desollársete. Y el esbirro desollador no podía ser otro que Roca, tu otrora jefe de Melilla. Ascendido por sus manipulaciones y lameculerías, no era capaz de perdonarte tu decidida vocación de servicio, ni tu genio militar, ni tu probidad. Injurioso, llegando a Madrid, conspiró en tu contra. Sin poder contener su cólera y su envidia, por meses te retardó el traslado, te negó el ascenso en la carrera y maniobró hasta el cansancio para impedirte el reconocimiento de una bien ganada condecoración. Ahora andaba indignado porque se te había escogido para conducir a Marianina, la Fidelísima Reina viuda de Portugal, y eso que nada debía sospechar de tus andanzas amorosas con la propia Reina y con todas sus acompañantas del Hospicio Real. La oportunidad se la pintaban calva. Tu amigo y protector, el coronel Cagigal, ascendido a general, había sido transferido al campamento de San Roque, en Cádiz, para colaborar en los preparativos de la expedición que debía partir a las Antillas a reforzar la escuadra del almirante Solano, declarada como había sido por España la guerra a Inglaterra.

Y él, Roca, lo reemplazó como Jefe del Regimiento de la Princesa. Por esos mismos días, se te pierden unos diez mil reales de vellón destinados al pago de la hechura de calzones de lienzo para la tropa. Todo te hace suponer que te los robó el musiquillo napolitano aquel al que por injustificada simpatía, en dos o tres oportunidades anteriores, diste acceso a tu pieza, juntos, tocaban la flauta y él, con bien timbrada voz de barítono, acompañándose con un acordeón, interpretaba *tarantellas y* aires populares de su país natal. En los intermedios, por pura diversión, a modo de estornutatorio, tomaban grandes narigadas de rapé, y hablaban de mujeres, de vinos, de viajes, de aventuras. Ese mediodía, de intenso calor, algo te dio por ir a la pieza contigua para quitarte la ropa que llevabas puesta, y cuando volviste ya no lo encontraste. Poco rato después, observaste que tu papelera estaba abierta, y registrando la gaveta del dinero, *¡oh, mamma mía!,* descubriste que te faltaba todo el que allí tenías en oro (los diez mil reales de vellón que debías pagar al mercader Pedro Martínez Retuerta, proveedor de la Compañía). A medio vestir, saliste inmediatamente a buscarlo a casa de un conocido tuyo, donde una noche de fiesta lo habías visto por primera vez, y no encontrándolo, ni tampoco noticia fija acerca de su paradero, no pudiste hacer otra cosa que denunciar el hecho a la Superioridad. *Ha el diablo parte cuando el rabo va adelante.* Tu gratuito enemigo, *dame pan y llámame tonto,* sin dejarse esperar, abrió causa sumarísima en tu contra. Diciendo no encontrar providencia contra quienes recurrir por sospechas ni relación de fractura de puerta, papelera, cofre u otros indicios, te acusó de *"auto-robo",* o dicho en un lenguaje curialesco, *"de apropiación indebida calificada concurrente con simulación de hechos punibles, desobediencia militar y otros delitos menores";* te impuso arresto en tu casa hasta nueva disposición suya y te conminó a pagarle el dinero al mercader en término perentorio, a tus propias expensas y con dinero de tu no siempre próspero peculio. Pero, lo que es más grave, si no creyó

la historia del musiquillo napolitano como eximente de responsabilidad en tu favor, sí se la creyó como motivo de chercha para su bigardía. Por todas partes propaló la nefanda especie de que entre tú y el partenopeo existía no se sabe qué clase de relaciones indecibles; que muchas veces el ama de llaves los había encontrado, desnudos, en tu pieza, tocándose las flautas y que el dinero perdido el italiano lo había *Torna (do) a Sorrento* como compensación por vaya usted a saber cuáles favores dispensados. Muchas otras falacias te imputó el sinvergüenza: que si comprabas víveres en tienda determinada, en desmedro de la Compañía, previo cobro de comisiones; que si retuviste los alcances o viáticos de tal o cual soldado; que si te aprovechaste de veintitrés casacas del vestuario anterior, desaparecidas maliciosamente; que si trataste con poca o ninguna humanidad a la tropa de tu batallón en el lugar de Jaraicejo y pusiste en cárcel pública al subteniente Juan de Aguilar, desnudándolo primero y haciéndolo apalear después, sin ninguna consideración; que si igual hiciste con un sargento de apellido Martínez; que si causaste herida con espada desenvainada en un oído a otro soldado y tantas juderías más que es preferible no recordarlas para no revolverte el báratro de la memoria. *Humedad de domingo* dicen que *no llega a lunes,* pero, con todo y eso, nueve meses de arresto domiciliario logró aplicarte el muy desalmado. La oportuna y siempre benéfica intervención del general Cagigal, logró sacarte de la suerte. Desde Cádiz, te reclamó para que fueras con él a las Antillas.

Escala en la Guadalupe

Una tarde de abril, zarparon desde la bahía empujados por la brisa norteña venida de tierra firme y olorosa a vergeles, a esteros y salinas. Desde el malecón congestionado por los familiares y amigos de los expedicionarios, te despiden, cada una por su lado, Pepita Luque y María Theresa. Una, con su gravitóse traje de papel impreso, parloteando sin descansar con la gente del derredor. La otra, adusta, con su cesta de mercerías, quizás, enjugándose una lágrima. En la proa, a punto de llorar tú también, recibes sus cálidos e incoherentes adioses que trepidan de un modo insoportablemente agudo. Nueve años atrás, generalísimo, habías llegado a Europa por este mismo puerto. Ninguna de las idealizaciones que entonces tenías en miente, sientes haberlas realizado. Tal vez, por eso, la espesura calina del tiempo y la nostalgia se te agolpan en el alma atribulada como un lecho de ascuas y es un sentimiento de frustración profunda, no susceptible de ser medido por escandallo ni sondaleza, el que desanda la ruta conocida de tu mar atlántico, esta primera noche de viaje. Viendo la sombra de los velámenes sobre la undívaga hinchazón de la marea; persiguiendo la fosforescencia de la última de todas las estrellas presentes, o alentando el vigor de la brisa con los soplidos de tu respiración, vas desgranando el inventario. ¿Qué te ha quedado de estos

nueve años, capitán?, te preguntas. Una visión más amplia del mundo, respondes, lecturas y pensamientos que jamás habrías vislumbrado en Caracas; algunos amores, tantos que no podrías referirlos; una carrera militar, de plaza muy bien comprada, apenas incipiente; unos cuantos amigos y otros tantos enemigos: el general Cagigal, de quien ahora funges como edecán, Mr. Turnbull y sus fraternas enseñanzas, la lejana influencia madrileña de M. La Planche y su bohemia bribona; el recuerdo silencioso, austero y bien portado de Villalta; el odio censuarista del coronel Roca; la inquina del general O'Reilly; la persecución del Santo Oficio y una *Sumaria,* a no dudar, abierta. Pero, sobre todo, la noción de una Patria y el íntimo deseo de hacerla independiente. Piensas en ella con unción redomada. Por primera vez se pelea por la libertad en el Nuevo Mundo y tú eres *"de allá".* Algo debes hacer, capitán, en el futuro próximo. Algo más que deslumbrarte y celebrar los fogonazos de los rebeldes de Washington. Esos fogonazos deben extenderse, cuanto más pronto mejor, para iluminar también la parte meridional del Continente. Por eso, de algún modo, emprender este regreso te reconforta. Como edecán del más inmediato colaborador del Excmo. D. Victorio de Navia Osorio Vigil de Quiñones Bellet de Miporqué y Valencia, esperas poder actuar en acontecimientos de primer orden, enriquecer tu formación militar, acicalar tu ingenio, impulsar tu vocación guerrera, dar nuevas muestras de tu tino y tu perseverancia y tu habilidad, acumular nuevas experiencias, en fin, para cuando te toque, en tu propio terreno, acivilar el yugo del Poder Español. En los días siguientes, la navegación transcurrió sin ninguna incidencia. Todo el empeño de la tripulación se cifraba en el evitamiento del acecho de la flota inglesa, procurando el arribo calmo a Basse-Terre. Para combatir la murria de a bordo, leías a ratos las *Revoluciones de la República romana* de Vertot, algún drama de Corneille, las *Obras escogidas* de Pope o las canas de lord Chesterfield. A veces, oías de boca de los vigías increíbles historias de naucheros, vara-

mientos y naufragios, abordajes y echazones por tempestad. Otras, simplemente, te apostabas horas y horas para gozar las cabriolas de los delfines que, juguetones, escoltaban las naos, asomándose cada cierto tiempo por la altura de la serviola. Pero ocurrió que, ya en ruta franca hacia la Guadalupe, una súbita epidemia de disentería y escorbuto infestó no sólo a las tropas directamente militares, sino también a los dependientes de oficinas, físicos, médicos, boticarios, sirvientes de hospital, obreros de artillería y provisión, vivanderos, artífices, criados, mujeres e hijos pequeños que seguían a sus maridos y padres; recayendo sobre tus hombros y en el de los demás oficiales y marineros temporariamente salvados del flagelo, la beatífica arduidad de aquel trabajo de enfermería. De proa a popa, por la escotilla y por los ranchos, por la cocina gusarapienta y las hacinadas bodegas, por el pañal del velamen y por el de las luces, a través de los camarotes de la oficialidad, a lo largo del castillo, a lo largo de la toldilla o de la ciudadela; durante días y días, por las noches, hasta muy entrada la madrugada; no haces más que asenderar, como buen samaritano, venciendo el asco y la pestilencia, imponiéndote por encima del temor al contagio, barco arriba y barco abajo, con el estómago apretado por el efecto de las náuseas, para repartir caridad a aquel racimo de hombres moribundos que se contorsionan en los camastros y en las literas y en los coys colgados de los baos, o sobre los sacos, cajones y barriletes almacenados en la gambuza, presas de vómitos espasmódicos, flatosidades intestinales y retortijones de tripas, lívidos, exangües, delirantes, con las caras rojas de ronchones y salpullidos de un picor vivísimo, con los labios deshechos por las escoriaciones y las sucias úlceras, desencajados los ojos por la fuerza de los padecimientos, temblecos los músculos, paralizados por el langor de la perlesía. Hasta el agua límpida de los tinajones olía a peste y el clamoreo demoníaco de los enfermos imitaba el graznido de miríadas de pájaros ermitaños, de esos que vagan solos por las zonas vírgenes del aire sin

tocar mástil alguno, pero que, ahora, amontonados, tribales, pululantes, parecían haberse dado cita, una cita lúgubre y solemne, en los palos más altos de las jarcias y la arboladura. En ese ambiente de desolación y muerte, cumplías tu humillado menester con la vocación y paciencia de un monje que, por esos mismos días, hubiese recibido el enfrailamiento de la tonsura y las órdenes menores. De un lado a otro, recoges las inmundicias, barres, limpias, como un único signo de vida y persistencia. Trastabillando entre baldes, cuadernales y poleas, rollos de cabo y aparejos; tropezando, no pocas veces, con el caído cuerpo de los infelices; botas por la borda los bacines de mierda y gargajeadas, limpias la sangre y el pus de las llagas que parecen no cerrarse nunca, consuelas, mitigas, reconfortas; das de beber a éste un cocimiento de jengibre para contenerle las bascas; le aplicas a aquél cataplasmas de carbón bien cernido para ayudarle a resistir el dolor de las encías; al otro, lo impregnas de emplastos, y, al de más allá, cual fraile hospitalario ducho en extremaunciones, le ayudas a bien morir. Con manos trémulas, le enciendes ahora la vela de la Candelaria y ensayas en su favor unas descreídas palabras de alivio. Nada se puede hacer. Con un resto de fuerza, el moribundo atina a sacar de su jubón deshecho una estampita desvaída de *Nuestra Señora del Buen Viaje,* la misma que, seguramente, habíale acompañado con fortuna en otros muchos periplos. El rostro adulzorado de la odiseica madona, a la luz del velón, adquiere los rasgos dramáticos de aquella *Noche* de Miguel Ángel que, en alguna otra ocasión de terror, cohabitó contigo. La virgen primorosa, de tenue acento leonardesco, se convierte de pronto en otra devoción: la de *Nuestra Señora de la Buena Muerte.* Y cuando ya parecía que no podían sobrevenir males peores, tal la calamidad de todos los ocurridos, se presentó entre los vivanderos un caso de viruela. No la varicela anémica. No la viruela boba, marcadora de caras, agujereadora de pieles, provocante de fiebres y delirios. Viruela. La viruela negra, la más virulenta de todas las viruelas del

mundo. Ciega, con las cuencas de los ojos vacías, chorreando pus, toda hecha de llagas y mal olor, una noche llegó al barco. Espantoso, grotesco, cundió el miedo por doquier. Comodoros y capitanes querían lanzarse al mar para alcanzar la costa a nado. Los obreros de artillería y provisión, con gritos ensordecedores clamábanle al Empíreo. Sirvientes de hospital, artífices, artilleros y peones, escondíanse tras los fardos, tras los timones y cajetas, como ratas medrosas. La situación en los otros bergantines del convoy no parecía ser más esperanzados. El propio general Cagigal, tan valiente y tan decidido en la primera desgracia, se salió esta vez de sus cabales y encerrose sin salir, en su camarote, hasta el momento del arribo. Sólo tú, capitán, te mantuviste en tus dieces. Aun a riesgo de merecer la acusación de asesino, seco, adusto, ponderado y con perfecto dominio de la situación, para evitar el contagio de la ya muy diezmada población naval, decides deshacerte del virulento. Con dos o tres grumetes, lo reduces y encordelado, de los pies a la cabeza, como una momia, vivo aún, lo tiras a merced de los tiburones. Recordándolo, todavía se te espeluzna el cuerpo. Diríase que a ti, caballero que bebiste todos los filtros del amor y accediste a todas las fuentes de la sabiduría, sólo faltábate el cubrimiento de un estadio para alcanzar la plena superioridad del espíritu: el estadio de la santidad. Y bien puede decirse que lo lograste en esa travesía. Finalmente, llegando a Basse-Terre, para culminar la mortificante acción, tócate conducir el desembarco de aquella flota de desahuciados. En parihuelas, a lomo de acémilas, en sillas de mano, encamillados, se les lleva hasta unos barracones, en las afueras del poblado, dispuestos por las autoridades sanitarias de la isla para mantenerlos en cuarentena. No de otro modo podía ser: Don Victorio de Navia y el general Cagigal, salidos de sus escondites, tuvieron a bien disponer que tú, generalísimo, fueras el acemilero mayor. Y, bien supuesto, lo fuiste.

Colombeia

Varios días tardó la flota en reponerse. Como era la costumbre, después de una larga travesía, hubo que calafetear los cascos de las naves comboyadas, creosotar las maderas de los costados y las amuras, componer las averías de las velas y las jarcias, acuidadar la desinfección de los camarotes y bodegas, procurarse un avituallamiento duradero de agua y víveres, y, principalmente, esperar la mejoría de la tripulación diezmada (atendida desde el momento del arribo por una legión de hermanitas de Saint-Paul-de-Chartres), además del necesario reclutamiento de nuevos hombres de tropa y la requerida complementación de sus vestuarios, correajes y equipos; todo lo cual requirió una espera de varios días que tú, viajero curioso y siempre ávido de nuevas sensaciones, aprovechaste para recorrer la isla, de confín a confín, en compañía de M. Legoux, gobernador francés del territorio desdoblado en próspero comerciante de plátanos y azúcar, propietario de esclavos e importador de vinos, y para quien portabas una carta de presentación de tu amigo Mertens. A su lado, exaltado por una embriaguez casi de cuba, libre ya de las malaestanzas de a bordo, la luz natal se te vuelve a encender en la mirada como si comenzaras a descubrir un mundo primordial, henchido de sorpresas y bondades; hundes los ojos hurgadores en la floresta suntuosa, aguzas

el oído, olfateas con vocación de perro perdiguero, se te abren los poros de la piel y se te hinchan las papilas gustativas para percibir mejor la balumba flotante de sonidos y fragancias, sabores, visiones, chisporretazos, tanteos y roces casi imperceptibles de aquel amanecer tropical. Las céreas hojas verdioscuras del talludo árbol de pan se desdibujan equívocamente bajo la carga florecida de los bejucos de buganvillas. Son vivas radiaciones de luz multicolor, los copos escarlatas de los flamboyanes —a caballo entre el carmín y el bermellón—, la polideza de los racimos de frangipanes, los estambres cargados de polen de las cayenas destacándose por encima del afaralado crespón de las corolas que, por sus dobluras y arambeles, sólo pueden compararse con la cola remolineante de un femenil vestido flamenco; las raíces acanaladas de los grandes árboles de pantano, el bosque denso arropado por lianas y heléchos gigantes y el fingimiento alumbrado de las heliconias como pájaros a punto de emprender el vuelo. Eriza el loro *Amazonas* sus plumas, en el juego de pedir y dar piojitos; entre vegetal y animal, verdea el musgo esponjoso que oculta los ausoles, las fumarolas y el piso de lava del agresivo Soufriére; casi salta sobre ti la *rampollo de montaña* que, M. Legoux te explica, preparan los lugareños en suculentos pebres; mientras, las bandadas de pericos parleros, volando sobre vuestras cabezas, dejan tras de sí una estela de silencio y las mariposas amarillas se mecen frente a tu vista cual una lluvia de limones maduros. En esa parte (Guadalupe no es una isla, sino dos, divididas por la Riviere Salée, y el conjunto parece una de aquellas mariposas con las alas extendidas), todo es selva, maleza anegada, ramazones, vegetación tremendamente tupida, evanescente y escurridiza, flores de pascua, miramelindos y glicerias, y olor a macis, creciendo como una cáscara de rubí en la nuez de la especie madura, olor a clavo, a canela, a cacao maduro y a fragantes habas toncas. En la otra, Grande Terre, el ala oriental bañada por el Atlántico, el verdor horizontal campea. *Tierra resguardada* más que *tierra baja,* allí sólo se ven inmensos

campos de cañamelares por encima de los cuales pululan nubarradas de garcetas blancas, barcinas y corocoras, revoloteando en pos de la captura de los caracoles y las turbias ráfagas de minúsculos cínifes dejados al descubierto por el machete del plantador. Lo más fácil es columbrar aquella vastedad con una sola mirada. Las dos regiones son tan diferentes como las extensiones de agua que las bordean. Grande Terre es un reborde de caletas poco profundas, salpicado de arrecifes y playas más o menos extensas, donde, por puro gusto, M. Legoux y tú se detenían a holgazanear desnudos a la luz del sol, echados de bruces, puestos rígidamente de un modo que resultaba sedante, abiertos de brazos y piernas como aspas de molino, sobre la mentida tersura de la arena que se les quedaba pegada en las espaldas como una costra de sábulo. Cual escolares feriantes, daban columbetas y vueltas de carnero en las dunas y los bajíos. Apacibles, sentados uno al lado del otro, discutían de filosofía, sobre el empirismo inglés y el racionalismo de los enciclopedistas franceses (M. Legoux era devoto de Berkeley y su *nueva teoría de la visión*). O, sin mayores ínfulas, conversaban acerca del devenir inmediato, sobre la conveniencia o inconveniencia de la esclavitud, los precios del azúcar, el posible voltejar de la monarquía. A veces, movidos por el hambre, pescaban los peces rebullentes de la orilla: una moteada murena, un ángel de roca anaranjado y negro, tres salmonetes blanquecinos, un pez-loro rojizo, un bodegón multicolor. Con ellos, a la sombra de los uveros de playa, los esclavos, que como pajes siempre acompañaban a M. Legoux al alcance de la voz, cocinaban un sancocho salpimentado, con el añadido de ajíes dulces, trozos de plátanos y bulbos de malanga arrancados un poco más allá y que ustedes, sibaríticos, degustaban con tenues sorbos de vinos blancos al fresco: un *Muscadet,* embotellado en finca, un *Bourgogne Alicaté,* o un *Traminer de Alsacia,* guardados bajo la hierba o en cualquier hontanarejo de la playa. En la otra parte, por el contrario, siempre hay mala mar. Contra los castros y rompientes mile-

narios, olas laceradas execran su furia con el relincho de corceles velocísimos, los mismos de crines doradas y broncíneos cascos que el dios Poseidón unció a su cuadriga para recorrer los vastos dominios oceánicos. Sin embargo, la belleza distinta de esa costa también es inolvidable. Cómo no recordar el descenso de regreso a Basse-Terre, a lomo de muía, por la empinada cuesta de la *Corniche d'Or* bajo la luz dorada del crepúsculo caribeño; una precipitación de bermellones y violetas, rosas y azules de sévres, haciendo brotar destellos sobre los tolmos del roquedal e irisando en vislumbres rutilantes los jirones del oleaje. Era preciso contener el aliento para admirarlo, tan hermoso y sobrecogedor. Pero no sólo el paisaje natural te impresionó en la Guadalupe. Puedes recordar también los fascinantes detalles de sus pueblos de pescadores y sus pequeñas ciudades, la violencia de su colorido, su promiscua miseria, el misterio de sus noches cargadas de hechicerías. Las grúas humanas elevando, incansables, los fardos de plátanos hasta los grandes navíos del muelle de Basse-Terre; los barcos de cabotaje cargando y descargando toda suerte de mercancías en Pointe-à-Pitre; el sórdido estímulo de los burdeles y tabernas del puerto, donde la marinería de tu flota busca olvidar las penurias anteriores con el holgorio del aguardiente y las hembras; redes barrederas cargadas con los más inconcebibles frutos de mar; hombres persiguiendo y capturando ballenas en mínimas barcas; el frenesí del *belair* y las otras danzas negras animando, al golpe de tambores, la jornada de festejos; todo vuelve a tu memoria con ardiente vividez. Y ahora, en primer plano, con la insolencia de sus membrudos torsos al aire o el cimbreante doblegar de sus caderas y de sus abultados senos de carbón, los esclavos africanos hombres y mujeres, negros mojinos, iolosos y berbesíes, lucumíes y mandingas, balantes y bantunes, minas, takúas, baribás, angolas y loandos, traídos en los barcos negreros, asidos en el cepo o atraillados con horquillas de palo y nudos de mecate desde Angola, desde Nigeria, desde la Sierra Leona, Cabo Verde

o Loanda, perfectamente adaptados a la realidad de sus nuevos paisajes, sin perder, por ello, la identificación de sus propias naciones cuyas costumbres y formas de ser incorporan, activos, al mestizaje surgiente. Ellos también son América, te dices; o mejor, *Colombeia,* regodeándote una y otra vez con la repetición de la nueva palabra que acabas de acuñar. No tiene el nuevo Continente por qué llamarse *América,* le discutes esa noche a M. Legoux, tomando vinos franceses a la luz de un fanal. El nombre América es producto del robo de un florentino llamado Amerigo Vespucci que nada tuvo que ver con el Descubrimiento del Gran Almirante, le explicas entonces con la vehemencia de un padre de Las Casas redivivo. Estas tierras —en adelante— se llamarán *Colombeia,* le aseguras enfático. Y aún, días después, rumbo ya hacia La Habana, bamboleándote sobre la proa de estribor, de frente al azul infinito, te lo repites a ti mismo, con idéntico afán.

Sitio de Pensacola

(i)

¡Caminando por las calles habaneras, lo que podría llamarse una auténtica ciudad *colombeiana,* paseándote a la luz de un sol candente, frente a un mar Caribe deslumbrantemente azul, ora rugiente, ora adormecido, sentías en el pecho la ascensión de un rotundo sentimiento nacionalista, inserto dentro de un contexto nuevo, distinto al de la obediencia a un Rey extraño y a unas Armas que, a decir verdad, no tenías por qué sentir tuyas. Una como necesidad desesperada te llevaba a descubrir las particularidades de este nuevo paisaje, de estas costumbres, de estos pueblos aún en formación pero evidentemente distintos de eso que ya para la época comenzaba a llamarse *la hispanidad,* por lo menos, tal como la entendían el Rey y los altos funcionarios de la Corte. Estos pueblos tienen una unidad de destino propia y habrán de tener una actuación diferenciada, te decías. Sumido en esos pensamientos, incómodo dentro de tu galonado uniforme español que comenzabas a ver inadecuado a la luz de las ideas proyectadas o de, lo que cabría llamarse, tu nuevo ámbito de referencias; por momentos, sobreveníate la ocurrencia de desertar y te solazabas imaginando las dimensiones del escándalo y la persecución que entonces se dispondría en tu contra o, a

la luz disminuida del crepúsculo vespertino, acodado sobre el barandaje del malecón, te dabas a pensar en la formación de un inmenso ejército rebelde para derrumbar el poder colonial, en quiméricos combates y primordiales repúblicas, surgidas de tu espada y de tu esfuerzo, pueblos libres y métodos de gobierno superiores a los hasta entonces conocidos. Sin embargo, los días de La Habana se fueron diluyendo en el hastiante cumplimiento de tareas burocráticas y de rutina, como edecán del recién nombrado Gobernador y Capitán General Interino de la Isla, su persona de más confianza valdría decir, atento a las contingencias políticas, a la espera del inminente embarque para ir en auxilio del ejército español que, a las órdenes del Mariscal de Campo don Bernardo de Gálvez, sitiaba la plaza de Pensacola. A la guerra volvías siempre anhelante, con el privilegio o la servidumbre de un varón nacido, cual héroe plutarquiano, para cumplir grandes empresas bélicas: atacar, defender, conducir, hostilizar, devastar, emancipar, conquistar, sojuzgar, vencer, o, incluso, perder una batalla. Un varón siempre dispuesto a ofrecer en el altar de Marte las últimas energías de su fortaleza física, de su arrojo e inteligencia, toda la fiereza de su acometimiento, toda la prodigalidad de su valentía. Para ti, la guerra es casi una fiesta. La fiesta de la *Equirria* que los romanos celebraban para el dios; al principio de la primavera. No en vano, es Marte el planeta regente de tu horóscopo. Por fin, la expedición zarpa en un día de abril. Pormenorizadamente, llevas un diario de lo más particular ocurrido desde el día de la partida, del sitio mismo, de la rendición de la plaza, de las discusiones sobre la Capitulación, artículo por artículo, concedido por concedido. Era un cuaderno de tapas azules; azules con manchas blancas, tipo inglés, de a dos reales de vellón por unidad y marcado "La gaviota". A partir de las 12.30 de la noche del día 10-11 de abril, se hizo señal para que la escuadra pasase por contramarcha a navegar en línea de convoy, conservando el orden y disposición en el que estaba, y con rumbo al N.O. 1/4 O. En la tarde

de ese día se hizo la señal de formar la línea de Rebes o Echiquier mura a babor..., poco después la de anulación, y seguidamente la de formar tres columnas con el Almirante a la derecha, y los jefes a vanguardia, guardando entre sí una distancia de diez cables. Amaneciendo, se avistaron, desde los topes, cuatro embarcaciones por el S.O. 1/4 E. Seguían vuestro rumbo. Dos grandes y dos más pequeñas. Infirieron que se trataba de los navíos "Arrogante", "San Gabriel", "Astuto" y "Renombrado", que se habían quedado en puerto. Se hizo la señal a las fragatas "Unicornio" y "La O" para que marchasen al descubierto, y avisaran cuántas, y de qué especie, eran las embarcaciones avistadas. Resultaron las propias. El 11-12 de abril continuaron después de mediodía, a toda vela, ciñendo el viento del N. mura a estribor, en formación de tres columnas. A las 4.30 se hizo la señal de atravesarse toda la Escuadra, con el fin de que pudieran incorporarse los navíos atrasados. Durante la noche navegaron al N.O. 1/4 O., con las solas gavias y al amanecer ya estaban dichos navíos incorporados. A las 7 llegó a alcance de voz el "Arrogante" y su comandante participó al general no haber ocurrido novedad en La Habana el día después de vuestra salida. También llegó la fragata "La mejicana" que servía de hospital al ejército. Se hizo la señal a toda la Escuadra de aumentar la vela, y ustedes amuraron las mayores y marearon los juanetes. Corrió el viento por el N.N.E. y siguieron gobernando al N.O. Cada día anotabas los particulares con la devoción de un escolar aplicado en el cumplimiento de sus tareas. Una mañana cualquiera saltó el viento sobre una turbonada, con cerrazón, lluvia copiosa y truenos. Se metieron las gavias. Al mediodía hubo calma muerta. Hoy, continuamos con trinquete y mesana, ciñendo el viento flojo al N. con bastante neblina. La ventolina cambió hacia el E. Sondeamos 95 brazas sobre la arena. A las 10 de la noche se sondearon hasta 110 brazas sin dar fondo. Amaneció viento fresco por el O.N.O. Mar gruesa y buenos horizontes. Todos los buques de la Escuadra se

pusieron a la vista, en número de 23. Nada de particular. Nada de particular. Nada de particular. Hoy tampoco pasó nada de particular. A las 11 de la mañana se enviaron las fragatas en descubierto y el navío "San Nicolás" señaló 80 brazas de fondo. Lama aplomada y arenosa. Otro día, la voz de alarma. ¡Un barco enemigo! Se desborda tu imaginación guerrerista. En un santiamén revives todas las grandes batallas de naves a vela. Lepanto y la derrota de la Armada Invencible y la manquedad del genial Cervantes. La Batalla de los 4 días de la guerra anglo-holandesa. La de la bahía de Quiberon. Las grandes hazañas de Barfleur y los corsarios franceses. ¡Bah! ¡Qué pavada! ¡Puro alboroto! Pasó que el centinela de tope avistó una embarcación por el N.N.E. y luego la señaló también el navío "Guerrero" que estaba a sotavento. Parecía ser fragata de 30 o 40 cañones. Salió a perseguirla el navío "Intrepide" que era el más velero de toda la Escuadra. "La O", por su parte, avisó que el buque avistado huía y que podía atacarlo con ventaja. Media hora después toda la Escuadra viró por redondo y se quedó al pairo, mura a estribor. Sondearon 30 brazas. Al oscurecer, vieron que la fragata descubierta huía a vela batiente y 4 cazadores vuestros en su seguimiento. Serían las 7, cuando "La O" hizo señal de que el bajel previsto era enemigo y, en consecuencia, se mandó al paquebot "Renombrado" a ocupar la distancia media entre el "Intrepide" y el navío insignia, para repetir las señales de uno a otro buque. Como a las 8, se hizo la señal de ceñir mura a estribor y todos la ejecutaron al O.S.O. con viento al N.O. Durante la noche, se encendieron los faroles de popa y se tiraron algunos cohetes para que los cazadores se orientaran. Al amanecer, llegó a alcance de voz de vuestro navío la "Lebranche", y su comandante participó al general Cagigal que, habiendo desaparecido la fragata a la que daba caza, el navío "Intrepide" hizo la señal correspondiente para que los otros cazadores volvieran a reunirse con la Escuadra. Agregó que creía se trataba de un buque inglés por haber distinguido en su popa el botalón o casa escota que sólo usan

los ingleses. El comandante de la "Intrepide" formuló igual conjetura. El almirante don José Solano y el general Cagigal pensaron, con razón, que había venido desde Cabo Corrientes y que, por tanto, tendrían que atacar al enemigo por *contre-coup.* El almirante, siempre prudente, ¿también cobarde?, ¿más de lo que parecía?, hizo que rezaran el rosario en acción de gracias, por la desaparición del bajel adverso y la consiguiente desaparición del peligro de enfrentamiento que, por la evidente superioridad numérica, no habría tardado en decidirse a vuestro favor. Rezanderísimo ese almirante Solano. Por todo se encomendaba a la Virgen. Que si hay nubarradas por el viento N, tres Avemarías. Que si el barco se varó y empezó a dar culadas, la gracia de la Salve. Que si hay que deslastrarlo, el *Sub tuum praesidinm* y el *Ave María Stella* (Salve Estrella del mar). Que si cesó la tempestad, el *Memorare* o *Acordaos.* Que si se avistó puerto y hay que desembarcar, las letanías Lauretanas. Cuéntase de él que, en una circunstancia de riesgo, ya con ponías de correr y otros preparativos, hizo un exvoto y, salido del aprieto, se plantó en las calles y templos de La Habana, con velacho a cuestas, descalzo de un pie y con las piernas desnudas, en tan cómica escena que atrajo hasta no más decir la curiosidad de mujeres y frailes en fuerza de la noticia. Las primeras, para ver las blancas y rollizas piernas del improvisado Apolo y los otros para admirar frenéticos el fervor del místico marino. Con sorna, a bordo, le llamaban *Monseñor y* él respondía extendiendo el imponente anillo de su diestra para que se lo besaran. En verdad, tenía complejo de obispo. Ese mismo día de la guerra fallida, por primera vez, se vieron flotar troncos de singular tamaño, arrojados sin duda a esos mares por las fuerzas crecidas de los ríos Mississippi y Apalache. Uno o dos días después, ¡Tierra!, por fin (gritó en la proa el navegante). Demoraba hacia el N., unas 5 leguas, y siguieron en dirección a ella, hasta alcanzar la distancia de dos leguas escasas y apenas 10 brazas de agua. Desde allí, con el auxilio de catalejos, descubrieron in-

distintamente toda la costa, la isla de Santa Rosa y la entrada al puerto. Una fragata izó la bandera española. Les indicaba que el lugar era vuestro. Cierto tiempo más tarde, fueron a bordo un par de oficiales para cumplimentar al almirante Solano y al mariscal Cagigal. ¿Mariscal? Sí, unas horas antes se había cumplido el tiempo reglamentario de su ascenso. Les acompañaron en sus botes, y desembarcaron en el primer reducto que la Marina tenía en la Boquilla o Bahía, no sin tener que evadir las arremetidas de la batería "Red-cliffs" instalada por los ingleses en las Barrancas Coloradas, a unas 500 toesas del puerto. Y desde allí, los jefes con sus edecanes (tú entre ellos), siguieron hasta el campo de tropa que distaba, poco más o menos, un cuarto de legua.

(ii)

El camisa blanca inmaculada del General Gálvez, aunque ligeramente herido en un dedo de la mano y con un balazo de fusil en el bajo vientre que de un bosque inmediato al campamento tiraron los salvajes, les recibió con grandes demostraciones de contentura. Y no era para menos, pues, no sólo se hallaba convaleciente y fatigado por las infinitas y no bien combinadas marchas efectuadas en los 42 días que llevaba en el lugar, los varios campos que había ocupado y retrincherado (7 con ese), la construcción de faginas, salchichones y demás, sino que consideraba como inútil todo su trabajo y desesperaba de la empresa. El ejército llegaba, incluyendo milicias y negros, a 3.701 hombres, de los cuales 500 estaban ya fuera de servicio. La guarnición llegaba a unos 800 hombres de tropa reglada y 200 marineros con 1.000 indios salvajes (seminolas y chickaraus) para el bosque. Véase por tanto que no era infundado el contentamiento. Llevaban ustedes consigo 1.500 hombres de tropa de vuestra marina y 725 franceses, para elevar el ejército, ¡vaya bicoca!, a la estupenda cifra de 7.803 hombres hábiles. Con mucho

menos, César se hizo dueño del mundo. Una legión y 600 jinetes bastáronle para concluir su campaña africana en la victoria del Tapso. Con menos, bastante menos, sus guardaespaldas apenas y una monición divina: la visión de una cruz resplandeciente en el cielo, y encima de ella las palabras *Hoc vince: "Con esto vencerás",* en algún lugar situado entre Colmar y Saxa Rubra, Constantino, recién nombrado Emperador en York, obligó a su enemigo Majencio a luchar, con el Tíber a las espaldas, para que se le permitiera la entrada a Roma. Y de Mahoma, dícese que obtuvo su primera victoria militar con sólo 300 adherentes. Cien años después, el Imperio islámico se extendía desde el mar de Aral hasta el Nilo superior, y desde los confines de China, allá en Samarcanda y pasando el Indo, hasta el golfo de Vizcaya. Y, para seguir el hilo, volvamos con la participación en el sitio propiamente. Fueron muchas las operaciones ofensivas y defensivas planteadas por los dos bandos. Voluntarias salidas de los sitiados para debilitar al sitiador. Visitas de inspección. Encuentros fortuitos. Breves e intensas escaramuzas. Los salvajes chickaraus y seminolas cobrando sus piezas de cabelleras escalpadas. Fuegos de distraimiento. Y, en general, todas las manifestaciones del arte poliorcético. Arduo, muy arduo, fue el trabajo inicial. Recuerdas que el solo retrincheramiento les llevó varios días de fatiga. Eran trincheras formadas de gruesos pinos, cortados a punta de hacha, y estacas, y parapetos de sacos terrosos rellenos de una arena argilosa propia del lugar, con un espesor de dos varas o dos varas y media, y su foso, y sus explanadas correspondientes. Para abatirlas, habría hecho falta fuego de gruesa artillería. Y, sin embargo, una tarde, los ingleses se las abatieron con el puro arrojo y la pura inteligencia. Aunque, quizás, haya que agregar la bisoñería de vuestros soldados y la poca, ninguna, disciplina de vuestros oficiales. Primero, en la mañana muy temprano, del fuerte San Jorge, distante de vuestro campo unas 600 toesas aproximadamente, el soldado Tacón vio salir tropas organizadas. Pero a Tacón nadie le hizo

caso. Porque Tacón tenía fama de bobo. Preguntaba la hora cada cinco minutos y correspondía la respuesta con un *jé-jé-jé* prolongado al modo de una risa pascual. Su nombre de pila era Tomás; pero, cuando se le llamaba por él, respondía: *"Tomás té, tomas agua, tomas chocolate, tomas café o tomas lo que quieras pero déjame tranquilo"...,* a decir verdad, no era confiable el tal Tomás. Unas horas después de haber denunciado el desplazamiento de las dichas tropas, comenzó el enemigo un vivísimo fuego de mortero, cañón y obús, sobre el reducto y el ala izquierda de vuestra paralela, cuya novedad atrajo la atención de cuantos oían en el campo (la tuya entre las primeras, por supuesto), pero no así la de los comandantes y jefes de la trinchera que se habían comido un gazpacho andaluz y para pasar la pesadez, se pusieron a jugar naipes en la sobremesa. Estaban tan pesados y se creían tan fuera de riesgo como en la Plaza Mayor de Madrid. La rapidez del fuego enemigo y su buena dirección, obligó a la tropa, incauta y bisoña, a mantenerse cubierta en su retrincheramiento, no precaviendo más riesgo que el que pudiese venir de la artillería. Y todo ese aparato, señores, no tenía más finalidad que la de cubrir y proteger un golpe de mano. Los hombres que Tacón vio salir en perfecta regla, se habían ocultado en las frondas del bosque y las quiebras del terreno, muy cerca de vuestras obras indicadas. Estando en este punto hicieron su señal al fuerte para que comenzase el fuego, y éste, después de haberlo practicado con el mayor acierto, en los términos expresados, le hizo otra señal (una bandera blanca desplegada), para indicarles que ya había concluido, y que el fuego que seguía en adelante era sin balas ni municiones, sólo para intimidar. Al percibir la señal, las cuadrillas emboscadas, a cortísima distancia de la trinchera, se arrojaron definitivas, triunfantes, indoblegables, sobre vuestras tropas y reductos, atacándolos sin clemencia por la espalda. El soldado desprevenido que, sepultado en su trinchera, no aguardaba semejante riesgo y tenía arrimadas sus armas; pensando, seguramente, en la novia o en la querida

distante; el oficial que, incauto, se puso a comer gazpacho y a pasar la hartazón con el juego de naipes, separándose de la vigilancia atinente; y el centinela bisoño que no le quiso hacer caso a Tacón porque era bobo pero que tampoco vio por sí; halláronse de pronto sorprendidos por un grito furibundo de *"On a war footing"* (traducible, poco más o menos, por nuestro *"¡A la carga!"),* señal de combate que, en este caso, caballero, era de triunfo indubitable para los invasores. *Rapidly,* se apoderaron sin resistencia alguna del reducto extremo, desalojado por una desbandada de hombres desvaporidos, tratando, a como diera lugar, atónitos, dientes apretados y olorosos a chamusquina, de alcanzar —mano puesta, algo ayuda— el segundo reducto distante del primero unas 50 toesas (a ojo de buen cubero) y del que también terminaron adueñándose los ofensores sin mayores dificultades (no son las migas para quien las echa), cuatro piezas de artillería que allí estaban clavadas. Mañana será de día y verá el tuerto los espárragos, pensaba el españolare en su corricorre apresurado. Y los ingleses, hacia adelante. Contra los huidores amedrentados, a la bayoneta. Contra los soldaditos rasos y los distinguidos, a la bayoneta. Contra los mesnaderos y los veteranos, contra los culones y contra los guzmanes, a la bayoneta, a la bayoneta, a la bayoneta. Y la persecución despiadada y la polvareda retumbante y la heridamentazón y el muertero y las chorreras de sangre y las seseras partidas, vueltas añicos, en mil pedazos, y el llanterío y las jeremiadas y las lamentaciones a medio decir. ¡Ay madre mía, que me muero! *You don't say, mula dung!* ¡Ay madre mía, me pillaron! *Mum's the word, hark!* ¡Ay madre mía! ¡Ay madre mía! Y contra ese muchachote asturiano, Merín o Merino se apellidaba, de nariz contrahecha, bozo incipiente y mansos ojos de perro de agua, que se había ganado tu amistad contándote de sus juegos infantiles dejados apenas para cumplir la recluta, el primer golpe que lo derriba y el asestamiento aleve de uno, dos, tres bayonetazos. Y contra los oficiales, vestidos de punta en blanco, hartos de gazpa-

cho y tute y brisca y sieteimedio, más y más y más bayonetazos. Y contra los vigilantes descreídos que no le quisieron creer a Tacón, por incrédulos y adormilados, por desprevenidos y lonjas de tocino, bayoneta, bayoneta y bayoneta. Y otro más, el propio Bocó Tacón, también recibió la suya. De frente, te consta. Casi seguro, se devolvió a preguntar la hora y por respuesta recibió el aventazo. Sobre una estaca de la fajina, a medio ganchete y con el esbozo de su risa pascual en la cara lívida, horas después, ayudaste a recoger el cadáver. Quede el cuento como lo estás contando. Y aún, para quienes todavía crean que los ingleses no saben poner los pies en tierra, vaya el recuento de la retirada. Alzados, prepotentes, bravucones, pisando fuerte, *ploqui-ploqui-ploqui,* con sus inmensos escalfarotes a media pierna; entre brazos y troncos desgarrados, ojos saltados de sus cuencas, manos que al clamar piedad habían volado por los aires, ayes, cuarteaduras, enviones de moribundos y excrecencias, finalmente volvieron a su fuerte, no sin poner antes fuego a los ajustes y a los cestones y a los zarzos, y en buen resguardo los cubiertos de plata que encontraron sobre la mesa del Comandante de la Trinchera, y los galones y hebillas de los alféreces, y el dinero y las prendas de los muertos y heridos que, en números redondos, llegaron a 150. Impunes, sanos y salvos y con grandes muestras de alegría, lanzando los sombreros al aire y entonando cantos marciales, alcanzaron su guarida. Vuestro Mayor General llegó con algunas tropas sólo después que los enemigos habían desaparecido; apenas, pudo retirar dos cañones cuyas cureñas estaban próximas a arder y, con la cara destemplada, dio instrucciones para que se recogieran las víctimas. Los oficiales y soldados cuyos cuerpos tenían las heridas por delante (el bobo Tomás Tacón, entre ellos), fueron sepultados con todos los honores militares: himno nacional y saludo a las insignias reales, presentación de armas al hombro, marcha de infantes, piquetes para acompañar el cortejo, ejecución de salvas o descargas, golpes de tambor, banderas a media asta y banda

y música funeraria en el momento del enterramiento, amén de la presencia de todos los generales, jefes y oficiales que, a la sazón, se hallaban en el campo. Hizo el general Gálvez a ese propósito su peroración ditirámbica, caballeresca, cargada de floripondios y diatribas, epítetos y reprimendas, a modo de epicedio, y mandó que los otros, la mayoría muerta por la espalda, fuesen enterrados por la bondad cristiana, en fosa común, sin honores ni rezos. Y, ¡ah!, algo muy importante, el bobo Tomás Tacón fue ascendido, *post-mortem,* al rango de Distinguido. Como homenaje final, ocurriósele al general la broma macabra de que toda la tropa, ejército y marina, debía pasar frente a su féretro, uno por uno y en posición de firme, a decirle la hora del ascenso. Su risa pascual, transformada por efecto del rigor cadavérico en sardonia seráfica, mantúvose inalterable durante toda la función.

(iii)

Una fortísima lluvia acompañada de vientos se viene sobre ustedes en plena madrugada. Inundó todo el campamento, derribó tiendas y les hizo pasar una noche malísima. No hubo cama ni calcha ni yacija que no quedara hecha una sopa. Duró el pasaje hasta las cinco de la mañana, hora en la que cada uno, vuelto pollo, salió a secar sus trapos al sol. La trinchera se inundó igualmente, y puede considerarse el trabajo que sufriría la tropa metida hasta la cintura en el agua y el barrizal. Díjose por la mañana que los enemigos habían abandonado la batería "Redcliffs", y el general, para cerciorarse de la especie, mandó una partida de indios en reconocimiento. Al cabo de unas horas, volvieron triunfantes con varios soldados prisioneros del Regimiento de Waldeck. Era curioso ver como esos salvajes conducían a sus prisioneros. En medio de una procesión, y en el mayor silencio, cada indio trae asido de la mano al suyo, cogido de sorpresa o vencido en lucha denodada, cuerpo

a cuerpo. Tiempo tras tiempo, repiten el grito llamado de la Victoria, en un tono bélico y concertado. Parecen hienas aullantes. O mejor, lobos famélicos sumidos en los ventisqueros de las nieves tibetanas. El general Gálvez los premia triplemente (con dinero, barricas de ron y víveres diversos), por haberlos traído con vida. Era la única manera de lograr que esos bárbaros guardasen las leyes del Derecho de Gente. Los días siguientes fueron de triunfos. Los reductos británicos conocieron el efecto exterminante de las baterías de bombas españolas y las bajas comenzaron a contarse por decenas, en medio de un batiburrillo de ayes y lamentaciones, bajo la trama sibilante de las balas, el furor de las explosiones y el grito de las aves de presa prolongados por la fuerza de la ventisca. A media mañana del martes, 8 de mayo, se oyó desde el campamento una explosión que alarmó generalmente, sin que se acertara con la causa del impacto. El general y el mayor general, en compañía de otros oficiales, se dirigieron de seguidas hacia la trinchera. Una descomunal columna de humo se elevaba hasta las nubes, en el fuerte circular británico. Después, lograron averiguar que un proyectil de los vuestros había caído en el almacén de ese reducto, volando todo el pertrecho junto a veintitantas personas que allí estaban. Los catalejos permiten adivinar la zurriagada de las tropas enemigas. Caen los soldados asfixiados por la trabazón del humo. Todo es desconcierto, miedo, corricorre agobiado, sangre, sudor y lágrimas, delirio agónico, desesperanza, escenas alucinantes de un film de terror. Dos mil soldados españoles, tú en la delantera, avanzan y forman para asaltar el reducto central. El enemigo no se entrega. Apertrechado, les recibe con el saludo nada amigable de un 9 libras. Obligados por el estampido, tienen que retirarse a las ruinas del reducto inferior. Un fuego muy nutrido, de cañones y rifles de pedernal, se abre de parte y parte. Los ingleses, con la flemática intuición de una derrota definitiva prendida en el cuerpo, no querían mantener por más tiempo lucha tan desigual y tan comprometida con

un ejército que ante su vista parecía multitudinario. Y es que toda la fuerza británica, bajo el mando del muy valeroso general Campbell, para defender Pensacola, no contaba sino con 1.200 hombres incluyendo oficiales, soldados, marineros, voluntarios, mercenarios, estrategas, indios y negros. Cerca de las tres, fue izada la bandera de la rendición en el fuerte George. Y, minutos después, se iniciaron las conversaciones de la capitulación. A punto de oscurecer, como consecuencia del acuerdo firmado, el general Gálvez con su oficialidad y un grupo de granaderos tomó posesión de la ciudad de Pensacola. Toda la cruz crepuscular de la Florida Oeste parecía haberse concentrado sobre las techumbres entejadas y los blancos paredones de la pequeña ciudad. Empezando la marcha, advertiste el parecido con un pueblo castellano. De Castilla la Nueva, para ser más precisos. ¿Barbatona? ¿Sigüenza? ¿Montiel de los Móndeles? ¿Valdepeñas y Almuradiel? ¿Cogolludo o Jadraque? ¿Brihuega? ¿Pastrana? ¿Cuenca? ¿Alarcón? ¿Belmonte? ¿Villaescusa del Hero, quizás? Puertas renacientes, buenas rejerías con sus volutas clásicas, arcos apuntados, soportales y viejos caserones de heráldica pretérita, disponíanse en fila cuidadosa sobre las empedradas calles. Y la iglesia católica parecíase tanto a la de Campo de Calatrava que, de pronto, imaginaste encontrar bajo su nave la sorpresa de un enorme cocodrilo disecado. Sin contar aquella casa de esquina con balcón levantado, en todo semejante a la del “Caballero del Verde Gabán” que, al momento, te hizo creer que andabas por Infantes, buscando con vista apresurada la aquiescencia final de la llamada “Casa de Santo Tomás de Villanueva”, y sobre todo el antiguo Colegio Mayor que lleva su nombre, en donde Jiménez Patón y el gramático Pedro Simón Abril ejercieron magisterio y por el que, a no dudar, aún ronda el espectro de don Francisco de Quevedo, buscando buena muerte y buena sepultura. Esa noche, dormiste en camucha de cal y soñaste que era gente la corambre y el zaque, y el pozo, y la roldana. Al día siguiente: toque de tambor y banderas desple-

gadas, armas al hombro y todos los honores de la guerra, vaya alegría, salieron de sus distintas guarniciones todas las tropas británicas. A la mayor brevedad, serían embarcadas en buques previstos y abastecidos por S. M. Católica. Llámese hado o como se quiera: días después, el derrotado general Campbell, camino de Nueva York, hace una corta escala en La Habana. Cagigal, por deferencia a un adversario en desgracia, lo invita a desembarcar, lo sienta a su mesa. ¿Se tomaría un buen gin con agua quina el general? ¿Un mojito? *¿Brioches* y *café au lait,* mejor? Y le presta su coche para que recorra la ciudad. Al efecto, destácale como acompañante al suboficial Montesinos. Rodando y rodando, llegan hasta las cercanías del Fuerte Príncipe, todavía en construcción. Campbell insiste en bajarse para conocerlo. Montesinos, sin malicia, accede. Tus enemigos se aprovechan del incidente y te imputan la liberalidad. A ti, precisamente, que para ese momento ni siquiera te encontrabas en la plaza. Libre de apremios, por esos días vacabas en la hacienda "Ojo de Agua" del conde Casa-Montalvo, como a tres leguas de la ciudad. Pese a ello, una nueva maraña se cierne en tu contra. Añascos. Candinga. Maremágnum. Cierto es que el trampantojo se enredó en la pared y por poco no alcanzó el techo.

Misión en Jamaica

Bueno, al diablo con los hijos de puta. No hay tiempo ni lugar para lamentaciones. Sucedió, pues, que otro día, regresando de la hacienda de Casa-Montalvo y sin reponerte aún del cansancio de la guerra, dispuso el general Cagigal enviarte al puerto de Kingston en la Jamaica, para pactar, establecer y concluir con su Gobernador y Capitán General, un Cartel de Canje de prisioneros, amén de otras delicadas encomiendas reservadas que fio a tu penetración y perspicacia. En un vasto despliegue de celo, valor, actividad, tacto diplomático y argucia, primeramente, concluyes el canje con evidente ventaja para la Corona española. A consecuencia suya, se comenzó a contribuir a los prisioneros el diario auxilio del que antes carecían. Canjeados y habilitados, remitiste a la Isla de Cuba veintidós oficiales y ochocientos cincuenta hombres de tropa. Después, en cumplimiento de las órdenes secretas, elaboraste un estado individual de las fuerzas terrestres de Jamaica. Tropas regladas. Milicias. Negros. Caballería. Acémilas. Y de todos los habitantes de la Isla. De igual modo, hiciste otro estado de las fuerzas marítimas y de las que se esperaban por aquel entonces, con el número de sus tripulaciones y artillerías: cañones normales de carga por la boca, morteros o cañones cortos, mosquetes y las recién aparecidas ca-

rroñadas que, pese a su novedad, eran ya de frecuente uso para los ingleses. Cual avezado topógrafo, levantas un plano amplio y detallado de la isla, de sus costas, lugares, partidos, caminos, habitaciones, aguadas y cuanto es digno de anotarse en un buen plano topográfico. Otro plano particular de las bahías de Puerto Real y Kingston. Sus cercanías, entradas y fondos. Fortificaciones que las guardan, artillería, dotaciones, situación, objeto de defensa, alturas, caminos y playas de desembarco. Otro del Puerto Antonio, en la Costa del Norte, segundo de la Isla por la estimación de sus habitantes. Valiéndote de arbitrios, logras comprar para el Real Servicio español, dos bergantines de 16 cañones, una goleta de 12, sumamente veleros, y dos flagatruses del tipo británico. Dejas ajustado en secreto el rescate de los azogues españoles que, conducidos a Omoa, habían sido apresados por los ingleses con el consiguiente atraso de los trabajos en las minas del reino de Nueva España. Compras, igualmente, grandes porciones de lona, jarcias y otros efectos navales, apresados en una barca francesa, sobre la desembocadura del Black. Dejas propuesta la adquisición de cuatro fragatas corsarias de 20 a 30 cañones, para ser conducidas posteriormente a La Habana, bajo pabellón dinamarqués. Convienes, por precios cómodos, la recuperación de varios esclavos, españoles y cristianos, que, aprisionados en Omoa y costas de Nicaragua, clamaban por volver a su país y religión. Y, finalmente, conduces libros, cartas marítimas, portulanos y papeles recientes con noticias de mucha importancia y las simientes de algunas hierbas y granos de pasto de los que se sirven en Jamaica los ingleses con mucho provecho, deseoso de proporcionar, por este medio, el fomento en Cuba de la cría de ganado que para esa fecha se hallaba en grave decadencia. Mas, de nada valieron ante la vista del Rey tan meritorios servicios. Dos oficios firmados por don José de Gálvez, el flamante ministro de Indias, llegaron a manos del general Cagigal. En uno se le daba cuenta del desagrado real por el permiso dado a Campbell para

visitar las fortificaciones de La Habana, por obra de tu influjo y en supuesta compañía tuya, imputándosete de paso la acusación de ser un entusiasta apasionado de los ingleses. Cronistas y pendolarios británicos se habían encargado de divulgar la noticia en las colonias y ello había molestado de tal manera a S. M. que, sin detenerse a sopesar la verdad o mentira que pudiese haber en tales infundios, dispuso separarte de toda función pública; ordenando, además, que se te enviara en el primer aviso o correo u otra embarcación que saliera de La Habana para cualquiera de los puertos de España, sin confiársete pliegos ni encargo alguno de su Real servicio. El otro, no era menos contundente. Aunque el Rey se había servido aprobar la resolución del Canje de Prisioneros españoles detenidos en la Jamaica, no se conformaba con la comisión que para ello se te había dado, por lo que de acuerdo con su mandar debía relevársete inmediatamente de la embajada. Ningún efecto tuvieron las cartas explicatorias, los descargos y protestaciones de tu amantísimo general Cagigal. Tus émulos y desafectos, cargados de odios, envidias y enemistades, a brazo partido, impedirían la vindicación.

Conspiración y adivinaciones

Mientras tanto, tu estada en Kingston te depara la amistad de un misterioso personaje que toca tu sensibilidad con la conseja de una poderosa, inminente c irreversible conspiración continental. Se hacía pasar por jesuita y usaba el falso nombre de Francisco José Marcano y Arismendi; pero, en realidad, era hermano del malogrado cuzqueño Lorenzo Farfán de los Godos, quien por esos mismos días comandaba febrilmente una sangrienta rebelión en el Perú. Un año atrás, había estado en el Virreinato del Río de La Plata instando la revuelta de Buenos Aires contra los nuevos impuestos. Solo, sin mayores recursos, inundó la ciudad de pasquines subversivos en contra de los tales tributos. Y, en persona, armado de un mosquete y de una cimitarra turca, comandó el asalto a la casa de don Benito Gómez de la Fuente, recaudador de Alcabalas. Disimulaba, entonces, su identidad haciéndose pasar por un canónigo llegado de Santa Fe de Bogotá para interponer recursos al Rey en contra del Administrador de aquella ciudad. Otras veces, decía que iba del Perú, de Quito o de la Capitanía de Venezuela. Sometido a examen teologal, resultó qué ni siquiera sabía decir la misa y a duras penas conocía las excelencias del Catecismo. Con los días, descubrieron que su verdadero oficio era el de conspirador, rosa-cruz y alquimista. Por fullero, engañoso y conspirador,

lo condenaron a presidio. Cuenta que, en esa oportunidad, le incautaron más de media docena de homúnculos fabricados por él en muchos años de afanosa concentración; todos sus manuscritos masónicos, algunos de muy antigua data, que se dedicaba a descifrar; una formidable colección de amuletos, talismanes y pantáculos recibidos de la tradición gnóstica, y, lo que más lamentaba, los cuadros herculeanos y tablas de referencias con los que ejercitaba las artes de su abacomancia. Durante meses estuvo incomunicado en una cárcel de Buenos Aires, avahada y sucia, llena de chinches y alimañas, hasta que lo embarcaron en la fragata "Colón" con destino a España. Para su suerte, ese navío fue capturado por los ingleses en alta mar. Liberado de sus grilletes, ahora se encontraba de paso en Kingston desde donde sería conducido a Londres para informar a la Corte británica sobre lo que él llamaba "la inminente liberación de las colonias españolas de América". En el primer encuentro, te ganas su simpatía. Paseando por los jardines, pensiles y hebleos de la Casa del Rey (pese a su desaliño y malaseo: los encrespos de su pelo parecían la pelambre afieltrada de un santón hindú, su barba un nido de excrecencias; era huésped distinguido del gobernador John Dalling), te hablaba de las revueltas y asonadas que, según él, se estaban produciendo o se producirían de inmediato por todo el continente. Sin empacho, te daba nombres de personas comprometidas en las diferentes ciudades. Don Francisco Javier de Vergara, en Santa Fe. Don Bernardo Sancho de Larrea, en Buenos Aires. Y en el alto Perú, el doctor Juan Bautista de Ormaechea y el capitán don José de Merlos. Su hermano Lorenzo Farfán de los Godos, pronto se alzaría en El Cuzco. Quizás, por obra de sus días de reclusión en la cárcel bonaerense o por esa extraña manía suya de trastocar el tiempo, no sabía que, ya para ese momento, el motín de su hermano había fracasado ruidosamente y éste estaba siendo juzgado sin piedad por las autoridades coloniales. Pero también había disturbios previstos en Quito y Cochabamba, en Arequipa y La Paz, en Silos y El Cocuy, y en Moquegua, y en

Huaraz, y en El Pasco. ¿Acaso no ha oído hablar usted de la rebelión de Túpac- Amaru? ¿Y de la de Túpac-Katari? ¿Y de la de los Comuneros de Nueva Granada? ¿Sabe algo acerca de un joven caudillo insurrecto llamado José Antonio Galán? Tomás Katari se sublevó o se sublevará próximamente con los indios de Chayanta para exigir la destitución del corregidor Alós y el nombramiento inmediato de Juan Bautista de Ormachea como Justicia Mayor. Para el caso de que no accedan a sus peticiones, entrarán a la ciudad para saquearla e incendiarla y destrozarla, sin dejar persona viviente. Su grito de guerra será "Morir matando". Con incredulidad no exenta de asombro, le vas oyendo al increíble invencionero su reláfica de oposiciones y resistencias, pugnas y desafíos, vejámenes y opresiones, conjuras abortadas, fallidas contiendas, colusiones y motines. Sentado en su sillón renacentista, absorto en apariencia, desenredándose su barba apelmazada, te habla de una Real Cédula reciente que advierte a los virreyes de Hispanoamérica el descubrimiento de un plan de invasión británica. Si se diera ahora mismo la invasión inglesa, el poder de Carlos III saltaría hecho añicos, te asegura con fruición, frotándose las manos como un niño. Dícese que los ingleses se preparan desde hace varios meses. Un tal coronel Roberto Hodgson, agente secreto de S. M., anduvo por el lago de Nicaragua y todos los territorios de Centroamérica, remitiendo a su gobierno detallados mapas y planos junto a otros informes de gran valía. ¿Tampoco se ha informado usted del proyecto del coronel Fullarton? Parece que tiene alcances imponderables. Según datos de fuentes muy serias, ya fue aprobado por el Gabinete. Se trata de irrumpir en Suramérica por el Atlántico, desde Europa, y por el Pacífico, desde la India. Diez mil soldados y dos mil cipayos llegarán a Chile, desde Nueva Delhi. Y el grueso de las fuerzas invasoras, los temibles regimientos 98 y 100, partirán de Londres para ocupar la plaza de Buenos Aires. Pero, pst, mi querido amigo, no repita de esto ni media palabra. Pese a su condición de oficial del ejército español, confío en su integridad de caballero criollo. Y aún hay

más, dijo aclarándose la garganta. En el Perú, los enormes ejércitos de Túpac-Amaru no tardarán en presentar batalla. En Antofagasta, el Corregidor tuvo que huir de la furia indígena. En la Nueva Granada, el Supremo Consejo de Guerra de El Socorro organizará la marcha de veinte mil hombres sobre la capital del virreinato. En Panamá, en México, en Venezuela, también se conspira. Pronto recibirá usted una carta de los mantuanos caraqueños proponiéndole la jefatura de sus propósitos. Mucho se confía en sus méritos e instrucción. Tampoco yo dudo de sus habilidades y vocación patriótica. Joven y faculto, no tardará en abrazar nuestra causa. Por momentos, la voz del hombre adquiere los timbres de una posesión sobrenatural. Con sus manazas, hacía gestos indefinidos. De pronto, cerraba los ojos y se concentraba como a la búsqueda de inspiración divina. En Santiago de Chile, te sigue contando, el descubrimiento de la conspiración de "Los tres Antonios" no había sido obstáculo, sin embargo, para que los notables criollos continuaran adelante, con una conjura de objetivos precisos. Pretenden constituir un Estado soberano, con parlamento elegido democráticamente y diputados indígenas por representación proporcional, un Ejecutivo colegiado y una situación social de avanzada: reforma agraria y abolición de la esclavitud. Un débil ronquido escapó de sus labios y se quedó en silencio. A ciencia cierta, no alcanzabas a precisar cuánto de verdad y cuánta invención había en las fecundas peroratas de aquel monje visionario. Pero cierto era que el tal Francisco Marcano y Arismendi o José Farfán de los Godos ejercía sobre ti una dominación fascinante. ¡Todo cuanto decíate te nutría y sustentaba! Y, si bien tenías que cumplir grandes esfuerzos para seguir el hilo elucubrante de sus confidencias, invenciones y enredijos, mucho fue lo que aprendiste en esa breve e intensa amistad que terminó resultando una férrea comunidad de ideales, complicidades y sentimientos. Puedes afirmar que le debes una precisa orientación en tu vida siguiente. *Conviértete en lo que eres,* solía decirte con lapídea sentencia de acento presocrático y, por sus innegables

dotes adivinatorias, llegó a predecirte casi todas las actuaciones futuras. Igual que el anunciado recibo de la *carta de los mantuanos,* muchos fueron los presagios y augurios que te pronosticó. Una tarde, paseando por Spanish Town, te hablaba de tu ruptura próxima con el vasallaje español. Te seguirán hostigando, cada vez con más saña, asegurábate mordiendo una naranja. Tu integridad moral no podrá consentir semejantes afrentas. Otra, jugueteando en la playa, con las pantorrillas sumergidas en el agua reverdeciente, el sol ardiendo sobre las espaldas, describíate casi al calco las andanzas de los viajes que cumplirías por el mundo. Evocaba ciudades y personajes cuyas existencias apenas presentías. Fijando su mirada sobre el cristal de una ventana, un día cualquiera, vaticinó el suceso de la Revolución Francesa y tu participación en ella, en lo que bien podría llamarse un acto profético de auténtica cresmología. Y, cierta vez, te mostró una carta-contestación que habían escrito para un caballero jamaiquino interesado en el futuro de las naciones americanas, en una noche de pervigilia, por el movimiento de sus párpados a la búsqueda del sueño, decía. Se trataba de una larga misiva, de prosa romántica, abundante en citas y referencias, extrañamente fechada el 6 de setiembre de 1815, en la que, con ojo zahorí, ominaba la división del continente, ya libre del oprobio español, en quince o más Estados independientes entre sí. De México, descontaba que por la naturaleza de sus localidades, riquezas, poblaciones y carácter de los mexicanos, intentaría al principio establecer una república representativa, en la cual tenga grandes atribuciones el poder ejecutivo, concentrado en un individuo que si desempeña sus funciones con acierto y justicia, casi normalmente vendrá a conservar una autoridad vitalicia. Caso contrario, devendrá en una monarquía apoyada por un partido militar o aristocrático. Los estados del Istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizás una confederación. Su magnífica posición entre los dos mares, podrá ser con el tiempo el emporio del universo. Sus canales acortarán las distancias del mundo. ¡Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la

capital de la tierra como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio! En Buenos Aires habrá un gobierno central, en el que los militares se llevarán la primacía. El reino de Chile está llamado por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las justas y dulces leyes de una república. No así el Perú que encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: el oro que lo corrompe todo y los esclavos que están corrompidos de por sí. La Nueva Granada, finalmente, se unirá con Venezuela, si llegan a convenirse en formar una república central, cuya capital sea Maracaibo, o una nueva ciudad que, con el nombre de Las Casas, en honor de este héroe de la filantropía, se funde entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahía-Honda. Esa nación se llamará Colombia. Y es que la propensión vatídica de José Farfán de los Godos no tenía límites. Nada escapaba a su inquietud y afanes de predicción. Todo podía convertirse para él en una señal o signo del devenir. Ningún procedimiento mántico escapaba a su destreza. Y se valía de cualquier cosa, por insignificante que fuera, como instrumento de adivinación. Combinaciones abstractas de palillos, piedras y figuras, naipes, textos escritos, signaturas astrales, la disposición de manchas y granos, las líneas de la naturaleza o del cuerpo, entrañas de animales, nubes, agujas y alfileres, el vuelo de las aves marinas, los somorgujos, alciones y gaviotas, la sangre brotante de una herida, los 64 hexagramas del “I Ching”, restos de comida, las migajas de pan o la borra del café, un simple espejo desvencijado o el refulgir excitante de una gema extraña, servíanle de igual manera para el logro de su mediata o inmediata providencia. El último día de tu estada en Jamaica, unas horas antes de tu regreso a La Habana, parecía estar en trance. Ora, próximo al furor. Ora, abandonado a un estado de somnolencia. *Uno furente, uno somniante,* habría dicho Marco Tulio Cicerón (siempre se piensa en él con sus tres nombres completos). Habían pasado juntos todo el día anterior, vagando por la ciudad, haciendo compras, charlando. A modo de recuerdo, tú le

habías regalado un tablero de damas y el completo de figuras para el juego de ajedrez además del Diccionario español e inglés de Pineda y el *Viaje sentimental* de Sterne. Pero ahora, cuando venías por él para despedirte, parecía fuera de sí, con el cuerpo agarrotado, en una actitud de tensión esquizoide. El consumo de un poderoso alucinógeno suplídole de la piel de un sapo por un mulato de la Isla, hizo que presintiera su fracaso en la Corte británica. El infame Primer Ministro, infame y cabrón, cabrón e infame una y mil veces, apenas si le había atendido. Abandonada toda esperanza de ayuda (los ingleses no ayudan ni a su madre, profería con los ojos cerrados dando golpes contra las paredes, como un demente), tuvo que salir de Londres, como polizón en una fragata corsaria. Ahora se veía arribando a Río de Janeiro. Allí le tocaría mantenerse a la espera de noticias. Pero, ¡voto a Júpiter y a todos los dioses maricones del Olimpo!, las noticias no podían ser peores. Túpac-Amaru sería derrotado y descuartizado en El Cuzco. Túpac-Katari, también derrotado, sucumbía en prisión junto a sus familiares y adeptos más cercanos. Sólo en la Nueva Granada permanecía enhiesta la bandera de la rebelión. Los Comuneros habían logrado sus exigencias. Debilitado y a punto de quedar inconsciente, atribulado y ciego, laridando aullidos semejantes a los gritos de una parturienta, distorsionado el semblante en una mueca horrible, perlada la frente, los ojos salidos de sus cuencas, de rodillas, tembloroso, terminó confirmando que, pese a todos los fracasos, la libertad triunfaría en América. Entre gemidos guturales y dolorosas inspiraciones, articulaba palabras inconexas. Boyacá. Gámeza. Pantano de Vargas. Las Queseras. Mucuritas. Carabobo. Bomboná. Junín. Pichincha. Y Ayacucho. Sobre todo ¡Ayacucho! Fueron nombres que repitió frenético antes de caer en la catalepsia final. Era un recitado hermoso y siniestro al mismo tiempo. Canto de cisne y monólogo de Hamlet, llanto del Cid y jolgorio de campanas. Mucho te hubiese gustado ayudarlo a superar aquella pavorosa crisis, pero el flagratus "Puercoespín" esperaba por ti en la rada. Pese a ello por un

rato te mantuviste frente a su cuerpo rígido. El uno frente al otro. Te sentías perplejo. Para no ver aquel cuadro lúgubre, habías cerrado los ojos y apretabas con fuerza los párpados. La brisa del puerto penetraba cálida por la ventana. Fuera del rugido histeroide de Farfán, reinaba un silencio absoluto. Y habríase dicho que la rigidez era contagiosa, a juzgar por los calambres de tus piernas. Un ebrio sentimiento de angustia desclavaba tu entereza de adobe derruido. Fuiste al cuarto de baño y vomitaste con violencia en la letrina. Regresaste. Allí seguía tirado el cuerpo exánime de José Farfán de los Godos. Sin aprensiones ni repugnancias, ya para irte (a La Habana, al fin del mundo, al Reino de la Demencia, por tu madre, ¡coño!, no sabías a dónde), le diste un beso fraterno en la frente. Justo, al borde del pringón de sus crenchas. Sabías que, a partir de ese momento, todo había cambiado sutilmente en tu vida.

La calumnia del contrabando

Y bien, regresas a La Habana. Pero ¿por qué demonios lo haces? Desde Kingston te habría resultado mucho más fácil desertar. Habrías podido irte a Londres, como Farfán de los Godos. Todavía puedes dar la orden de viraje. Hazlo. Juega a los dados. Tira tres reyes y un par de dieces. Juega. Apuesta. Vira. Las noticias de la posible invasión inglesa a la América Meridional no lucen tan descabelladas. Por mucho que los infortunios de la guerra y los triunfos progresivos de Washington hubiesen mermado su poder, y cierto que se lo mermaron, Inglaterra sigue siendo una potencia pujante. Cierto que, en la guerra de Norteamérica, erró su estrategia marinera. Cierto que está decaída, venida a menos, burlada. Pero, justo, de allí, puede salir su fuerza. Luce lógico que a estas horas quiera tomar su revancha contra Francia y España. Con la mitad del oro que le quedaba, con la mitad de su poderío naval. Imposible seguir pensando. Ya está a tu lado, don Felipe Alwood. Vino a hacerte compañía en cubierta y a sacarte de tus obsesiones. Para cumplir tu delicada misión en Jamaica, canjear los prisioneros, procurar las noticias nada fáciles sobre las escuadras enemigas, las tropas veteranas y las milicias, levantar los planos topográficos del país y, sobre todo, adquirir las embarcaciones ligeras y de superior vela que entonces llevabas

contigo, amén de otras varias negociaciones ventajosas y favores ocultos que nunca quisiste fiar a la pluma; para todo esto, y encubrir a la vigilante perspicacia de los britanos los propósitos de tus andanzas, hízose menester recurrir a un sujeto digno de tan grave confianza y de facultades suficientes como para sostenerte en cualquier desembolso, precaver cualquier riesgo o ayudarte a concluir con buen aire cualquier asunto. Ese sujeto era don Felipe. A él debías cuantos auxilios necesitaste. Él te suplió caudales suficientes, te franqueó los accesos a las fuentes más abscónditas, te trajo, te llevó, te condujo; se hizo cabeza y amo de las embarcaciones para poderlas sacar de la jurisdicción, burlando las rigurosas prohibiciones inglesas de vender navíos a potencias enemigas y, como si fuera poco, te hizo de *procurer,* o más llanamente de *brothel keeper,* para llevar a tu cuarto de *enjoyer* los mejores culos de la Isla a los efectos del *bloow with a spoon* de rigor. Allí estuvieron, por su persuasión y sus engañiflas, cuando no por sus suculentas recompensas dinerarias, las mocitas nubiles de los barrios pobres de Kingston, Spanish Town y Montego Bay; las mulatas, pimienta y jengibre, de Savanna-la-Mar y Port María; las puticas de los burdeles de Port Antonio, olorosas a ron y café; la novia del comandante Parker, la querindanga del contraalmirante Rowley, la cuñada del auditor de guerra Brownrigg, la dama de compañía del Protomédico General e Inspector del Hospital Militar Hunter, la hermanita menor del capitán Polson, la hijastra del edecán Jones y hasta la mismísima esposa del gobernador Dalling. Alice, Mrs. Alice, ¡qué mujerona para un buen servidor! Tenía cuarenta años, estaba sana y era de gallarda presencia. Llegó a Jamaica con su marido un par de años atrás, cuando la isla además de la importancia estratégica que siempre había tenido como centro neurálgico del comercio triangular entre América, Europa y África y del tráfico de esclavos, habíase convertido por añadidura en importante factoría para la explotación de alúmina. John Dalling, amén de militar era un inteli-

gente ingeniero de minas y un excelente administrador. Pues bien, desde su matrimonio, la inquieta Mrs. Alice había vivido siempre en Londres, y nomás llegando, le tomó odio a la Isla. Tenía miedo de los bosques tropicales que se alzaban con sus lianas sobre los propios jardines de la Casa de Gobierno y que amenazaban con invadirlo todo, hasta el borde mismo de su lecho nupcial, sepultando toda vida. Aborrecía las picadas de zancudo que dejaban en sus blanquísimas carnes aquellas ronchas, costras y marcas, y el picor de la sangre bullendo constantemente. Execraba el sigilo de las culebras venenosas siguiéndola por doquier. Malmiraba aquellos lóbregos e incandescentes atardeceres y el viento el Oeste que atravesaba el poblado mugiendo como un rebaño de búfalos salvajes. No aceptaba los caminos gredalosos, intransitables, de tierra rojiza que se apelmazaba en sus tacones de tafilete, y el miserable sopor de aquellas aldeas en las que no había ningún *tea room* ni *dance hall* ni *auditorium* ni *amusement parlor* alguno. Menospreciaba, en fin, a la gente que vivía allí, negros sudorosos hediondos a sobaquina, mujeres cantingudas, tan procaces y adulones, tan desconfiables y taimados. Mucho había insistido ante su marido para que regresasen a la *City;* pero éste, empeñado en hacer carrera política, por nada la complacía. Se quedarían en Jamaica hasta que él lograra explotar el último esquisto de alúmina, hasta completar su servicio de Estado o, en el mejor de los casos, hasta que el Gobierno le relevara de sus funciones con una jugosa pensión de vejez y su bien ganada cornamenta de reno lapón enganchado a un trineo sobre la frente. La mujer tomó venganza burlándole con cuanto hombre blanco bien parecido parase en el lugar. Fue una venganza vúlvica la que se propuso. Aunque, a tu vista de hombre suficiente en materia falderil, parecía lo suyo algo más que venganza: sus afanes uterinos, el vaporón que a toda hora le subía por las entrañas, la histeromanía que se le manifestaba en cada entrega con sacudones de muñeca de trapo y un castañetear de dientes furioso como toque de

matracas y un espumarajo baboseante que dejábala exhausta hasta el desgonzamiento, pero con disposición sin embargo, minutos después, para seguir atarugándose de excesos y caricias y ternuras. En aquellos besos magníficos de ofrendas y holocausto, en aquellos temblores paroxísticos de cuchillo de sacrificio, todo su fastidio existencial quedaba expurgado. Diríase que había encontrado la manera de trascender la isla: una singación permanente y desaforada. También ella llegó a tus manos por mediación de don Felipe. Y ningún caballero bien nacido o que se precie de tal se queda sin retribuir los favores recibidos. Por eso, para compensar a don Felipe los suyos, le ofreciste en nombre de tu general Cagigal su protección y dispensa para que llevara a La Habana una negociación secreta de seis a ocho mil pesos a fin de reponerle los costos y atrasos que se le hubiesen ocasionado con el auxilio de tus asuntos. La negociación consistía en algunos lienzos de pintura antigua y unas cuantas lozas; docena y media de jícaras de China, cafeteras, jarritos, platos, teteras, macerinas, cuchilleras de madera, tenedores de cabo de marfil, un rimero de pocillos de porcelana ordinaria, otras tantas bandejas de hojalata acharolada, un piano-forte pequeño; diez baulitos, con otros cuatro dentro de cada uno, de mayor a menor, vacíos, forrados con piel de lobo; varios pares de guardabrisas, seis espejos de media vara con perfil de madera liso; un hatajo de piezas de género de zaraza, saetín, glasé, ormesí, seda fría, gorgorán y popelina; retazos de percal; retazos de picote; retazos de holandilla; doce barriles de carne de vaca, ocho cajitas de velas de sebo y cuatro barricas de cerveza. Llegando a Batabanó, con el mayor sigilo, agregarías a tu equipaje el de don Felipe, y lo llevarías por tierra hasta La Habana junto con el tuyo, bajo la protección de la escolta y del pasaporte diplomático que te correspondían por obra de la embajada. En carta expresa, el general Cagigal había autorizado la condescendencia, recomendándote no obstante que se tomaran todas las previsiones necesarias para desvanecer cualquier sos-

pecha de contrabando o defraudación. El impartiría las disposiciones finales para la entrada de los bultos a la ciudad. Pero *donde hay campanas, hay quien las taña.* He aquí que, puestos los efectos en tierra y ordenadas tres carretas para transportarlos bajo el cuidado de dos soldados y los sirvientes, luego que se despidieron del surgidero, un Cuerpo del Resguardo de Rentas sorprendió el pretendido alijo con tanto exceso que menospreciada la salvaguardia y pasaporte, aprehendieron un soldado y ataron a los sirvientes, sin que valieran para nada los requerimientos de respeto a tu autoridad. De inmediato diste cuenta a Cagigal. Pero, por mucho que éste diligenció ante el Intendente alegando el corto interés que se conducía en los carros y el permiso que había dispensado sobre justas causas, el funcionario se mantuvo en sus cabales con el consiguiente escándalo público y el público minusvalidamiento de la autoridad del Gobernador. Un nuevo descrédito agrégase, así, a tu entredicha hoja de servicios: la de contrabandista y defraudador del Real Tesoro. El fracaso, generalísimo, parecía ser tu destino. Y el tiempo se empeña en comprobártelo a través de los recuerdos intrincados. Escucha, oye, escucha. La voz de la conciencia sobre la celda sola te sigue hablando ahora.

Cuando una vez el mundo se estiró

Y vuelve don Juan Manuel de Cagigal y Monserrat, Caballero de la Orden de Santiago y Comendador de Ballesteros de la de Calatrava; Teniente General de los Reales Ejércitos; Superintendente de la Renta de Tabacos; Juez Protector de la de Correos Marítimos y Terrestres y de la Real Compañía; Gobernador y Capitán General Interino y por vía de Comisión de la Isla de Cuba y Ciudad de San Cristóbal de La Habana; Comandante General de la Expedición contra las Islas de Bahamas y Providencia, etc., etc., a seguirte protegiendo. Pone en juego su carrera y su prestigio. Le da su real gana. De buenas a buenas, se afana, se empeña, ejerce su derecho, manda, negocia, arbitra. Contra las prohibiciones privadas del propio Ministro de Indias, te usa como edecán en la toma de la Providencia y en la conquista de todas las Bahamas. Y, en Nassau, termina expidiendo una certificación para acreditar tu conducta de teniente coronel, distinguido en varias importantes comisiones y factor principal de toda la empresa. Mas, de nada vale, querido amigo. De nada vale. Por doquier, siguen los desafectos. Pareciera que todo conspirara para denigrar de tus acciones y del honor de tu integérrimo protector. Sólo quieren arruinarles. Hasta hay quienes afirman que la conquista de Providencia se logró sobre la base de sobornos, traiciones y compra de

voluntades. Ningún esfuerzo hubo allí. Sólo el dispendio de 500 mil pesos salidos de tu hacienda y de la del propio general Cagigal. ¡Vaya calumnia!, si hasta el sueldo de oficial te tenían suspendido por ese entonces. Pero no se quedaba allí la maledicencia. Mucho más allá iban los deslenguados. También propalaban a la callando que tú y el general se entendían, sexualmente claro está. El, Cagigal, todo un hombre amable y recto en su confiable virilidad puesta de manifiesto hasta en los más insignificantes caracteres secundarios, una manzana de adán desmesurada, y el cuerpo delgado y fibroso cubierto por la fragura de un breñal de pelos, acusado sin son ni ton de amadamamiento y mariconería. Sobre tu hombría, nada tenías que alegar. Vergüenza te daría usar argumentos en su favor a estas alturas. Pero, a decir verdad, fueron insoportables aquellos días. Te agobiaba la sensación de que el mundo se te venía encima, de que una llaga no cicatrizada estaba abierta en el centro de tu pecho, de que empezabas lentamente a sucumbir bajo el peso de la insidia y la tergiversación de los demás. Es inútil tratar de evocar todo aquello con la imprecisión de las palabras. La impotencia amenazaba tu ánimo y el chichisbeo apenas te dejaba dormir. Nada alcanzabas a decidir por ti. Todo cuanto hacías era, sólo, réplica a presiones y obstáculos acumulados fuera de tu voluntad. Con todos esos antecedentes, y aguardando por instantes el que te metieran en un calabozo, víctima del poder y de la venganza, ya no podías controlar tus nervios. Por semanas enteras tuviste que recurrir a los sedantes. Las Reales Ordenes en tu contra volvieron a sucederse. Se repudiaba tu carácter levantisco y disponedor y el entusiasmo con que, supuestamente, te apartidabas por los ingleses. Se censuraba, ahora, el que hubieses cometido excesos en la suscripción del Canje de Prisioneros con la estipulación de esta o aquella cláusula contraria al espíritu de las Reales Cédulas. Otra vez se repuso la acusación de contrabando. Otra vez se habló de la falacia de tu autorización al general Campbell para visitar el Castillo del Príncipe. Tenías, a la sazón, más enemigos que cabellos. Las habladurías en tu

contra se multiplican. La Sumaria que, años atrás, te había instruido la Inquisición de Sevilla, "por delito de proposiciones, retención de libros prohibidos y pinturas indecentes" se pone al día por gestión del obispejo de La Habana, el pedantísimo y amariconado Santiago de Echeverría y Elgueza, entalcado de cabeza a pies, con sus bucles de tirabuzón y su cara tontiloca de gallineja clueca. Se ordena colocársete bajo la jurisdicción del Santo Tribunal de Cartagena de Indias. Que se te aprese con embargo de bienes. Que se conduzca la causa inquisitorial hasta la definitiva. Que a tiempo de tu prisión, se te incautaran las pinturas, libros y papeles que tuvieses, sin excluir la música impresa para flauta (tus dúos, tríos y cuartetos, solos y minuetos de Groneman y Lavaux, Bocherini y Stabingher). Que se te pusiera a disposición de S. M. en el Castillo de San Carlos de la Cabaña, privado de toda comunicación y del uso de la escritura. La generosa y eficaz protección del general Cagigal sigue amparándote a pesar. Desafiaba abiertamente la autoridad de la Corte, fiado de la justicia de tu causa. Finalmente, te propone regresar a España para conducir en persona tu defensa a los mismos pies del trono. Corren rumores de que va a ser sustituido como Gobernador y Capitán General de La Habana por don Luis de Unzaga y Amézaga, antiguo Capitán General de Venezuela. Juntos se embarcan a fines de marzo o principios de abril. Van convencidos de que todo se resolverá satisfactoriamente en Madrid, que tu inocencia será reconocida y que la desobediencia de Cagigal quedará justificada. La fragata escala en Matanzas para la postura de lastre y el acondicionamiento de la travesía. Para evitar el fastidio de a bordo, decides bajar a tierra y pasar esos días en el pueblo costero de Regla. Casi en seguida te informan que un ayudante del Gobernador había ido a buscarte a la posada donde parabas y al no encontrarte prometió volver más tarde. Te enteraste que te buscaba para prenderte y mantenerte incomunicado por obra de una nueva orden de prisión llegada la noche anterior. Resuelves entonces refugiarte en la casa de campo de tu amigo Ignacio Menocal para evitar el

atropellamiento, indagar más el asunto, reflexionarlo mejor y tomar el partido más conducente. Posteriormente, tomas la decisión de irte a Europa por las provincias angloamericanas del Norte. Sabías que no era al delincuente a quien buscaban, sino a tu propia persona, aun cuando fuera más inocente y pura que la de Sócrates. Así se lo participas a tu general Cagigal. El viaje propuesto, además de sustraerte a la feroz persecución de tus enemigos y vilipendiadores, te permitiría perfeccionar tu incompleta educación, visitando y examinando personalmente, con inteligencia prolija, el gran libro del universo; las sociedades más sabias y virtuosas que lo componen; sus leyes, gobierno, agricultura, comercio, arte militar, navegación, ciencias y bellas artes. Eso es lo que únicamente puede sazonar el fruto y completar de algún modo la obra magna de formar un hombre sólido y de provecho. Tras miles de peripecias, desde la casa de Menocal en las cercanías del puerto de Matanzas, pasas de nuevo a La Habana. El lance es por demás difícil. El mismo Bernardo de Gálvez en persona se ha trasladado a la ciudad para ejecutar tu prisión. Su empeño resulta vano. Las hábiles gestiones de tus amigos y colaboradores te permiten burlar la vigilancia policial. Cierta mañana de junio logras embarcarte en el cúter americano "Prudent" rumbo a la América del Norte. El mundo, ¡por fin!, habíase estirado para tus piernas largas; casi sobre la víspera presentida de una muerte próxima.

Diario de Norteamérica

La Habana, en el mar

A las nueve de la mañana, te haces a la vela. Tu buen amigo Ignacio Menocal sube a bordo para despedirte hasta el último momento. Podrías pasar horas hablando de él con penetración y fervor. Era un hombre cabal en el centro mismo de la corrupción y del vicio. Muchas veces, desdichado. En el fondo, no era más que un poeta.

Vientos y corrientes

Los vientos y corrientes no podían ser mejores. Al amanecer del día siguiente avistaron el Pan de Matanzas y dirigiéronse para desembocar en el canal de las Bahamas. Un día después vieron el Cabo Cañaveral. Y al quinto, ya habían pasado la latitud de Charlestown donde era tu designio desembarcar. Pero el bueno del capitán Wilson, enfáticamente, el catalejo a la altura de sus ojos, dijo que no le acomodaba el desvío y prosiguió hasta Carolina del Norte, a pesar del ajuste y promesa que dio a tu amigo James Seagrove de llevarte a Charlestown. No parecía hombre delicado en este género de materia.

La sonda de Occracoke

El capitán Wilson te tocó en el hombro con el catalejo y te advirtió que pasaban ahora por la barra de Occracoke. Después dieron fondo en la sonda inmediata a un pequeño lugarejo sobre el Banco Core, donde viven los pilotos de las embarcaciones que sirven la barra. La población nativa te impresionó. Todos, hombres, mujeres y niños, te parecieron sumamente robustos y corpulentos. Dijéronte que el efecto se debía al alimento. Pescado, ostras y algunos vegetales cultivados en jardines cercanos a sus casas. Toda la agricultura que les conociste. Y es que la gente de mar repugna siempre cualquier idea de agricultura. El aire marinero contribuía principalmente a la salubridad del paraje. Y no dudas que el pescado, compuesto al modo que ellos siempre lo comen: asado a las brasas, un poco de sal y un tantico de limón, contribuyera a la procreación extraordinaria, pues lo mismo habías observado entre la gente pobre de Málaga y otros puertos de mar. El efecto afrodisíaco de ese plato no se puede disputar. La noche que allí pasaste, después de una tragantina pantagruélica, hiciste el amor diecisiete veces con la única puta del sitio. Una mujerona pelirroja, con mejillas enrojecidas, caderas y piernas de elefante. Como para no verte sobre aquel corpachón.

Newberne

Toca continuar el viaje. El miedo revienta después de cuarenta millas de navegación por aquella sonda bastante peligrosa. Años atrás se perdieron en ella más de sesenta velas mercantes ancladas allí, sin que pueda suponerse falta de buenos pilotos, pues los de esa zona son, a tu juicio, los mejores del mundo. Al día siguiente, entraron en el río Neuse y navegaron cincuenta millas más sobre él, con viento fresco. A punto de mediodía, llegaron a Newberne, capital de Carolina del Norte. Su situación es agradable justo en la confluencia de los ríos Trent y Neuse.

Este último es particularmente ancho y de navegación agradable; sus orillas por una y otra parte están cubiertas de bosques espesos y algunas casas con pequeña agricultura en sus inmediaciones.

La taberna del señor Oliver

A las cinco de la tarde bajaste a tierra y tomaste alojamiento en la taberna del señor Oliver. Un peso diario por comida, techo y acompañante de cama. ¡Qué baratura!, sobre todo si ponderamos la calidad de las acompañantas. No quietud de desposada bisoña, ni sabiduría de moza de fortuna: el placer de lo establecido; o, más bien, la bondad de una esposa marisabidilla sin los compromisos del casamiento. Los habitantes principales que allí moraban: Mr. Ogden, Mr. Blount, el marqués de Bretigny (oficial francés al servicio del Estado de Carolina del Norte), Mr. Oram, Mr. Cooke, Mr. Sirgreaves, Mr. Ellis, Mr. Schilbeack, Mr. Goff, Mr. Hero, el doctor Mc Clure, el doctor Halling, Mr. Johnston y Mr. Mayoli, todos, por el mismo precio gozaban de los mismos servicios.

Mr. Nash y el coronel Spaight

Pocos días después de tu llegada a Newberne, conociste a Mr. Nash y al coronel Spaight, que vivían en sus casas de campo, a dos y tres millas de la ciudad remontando el río Trent. El primero era un excelente jurisconsulto y ex gobernador del Estado en las pasadas emergencias. Su trato y conversación, como el de toda su familia, te produjeron ratos de agradable sociedad e instrucción. Imposible no recordar a Witherspoon, su hijo mayor. Bello muchacho. En su cabeza, envase cristalino, reposaban todos los conocimientos; menos el de las mujeres. A mitad de la noche, desnudo, en la soledad de su cuarto, te pedía que le hablaras de las tuyas. Al tiempo, se masturbaba. Eléctrico y pueril, vertía

sobre el edredón de la cama su esperma espesa. Después quieto, se adormitaba estúpido como una piedra preciosa. El otro señor, Spaight, era hombre maduro de buenas ideas y excelente educación. Seguramente, se habría perdido de vista de haber continuado en su plan de estudios y viajes. Ambos, Spaight y Nash, serían electos delegados al Congreso para el año siguiente.

Descripción del palacio del Gobernador

El mejor edificio de Newberne (para la época) y realmente merecedor de la atención de un viajero ilustrado, era el que denominaban Palacio del Gobernador. Había sido construido dos décadas atrás por un hábil arquitecto inglés, Mr. Hawks, que a ese efecto llegó de Inglaterra con el gobernador Tyon y se quedó por siempre en la ciudad. Le trataste muchas veces y terminó por hacerse tu amigo. Te regaló un plano y una descripción exacta del edificio, las habitaciones y los jardines. De verdad, era una bella construcción convenida para aprovechar la vista del río abajo. Sus dimensiones, excluyendo los salientes de las fachadas, eran colosales. La planta principal estaba dividida en siete habitaciones y dos escaleras, además de un inmenso vestíbulo de entrada en la fachada norte, con las paredes terminadas en estuco, frontones encima de las puertas, nichos adosados y una cornisa modillón. A la izquierda, veíase una estupenda biblioteca. La chimenea de mármol de Filadelfia, una estantería de caoba empotrada, para libros, pedestales para sostener los arquitrabes de las ventanas, capiteles de sobrepuerta y una cornisa maciza en dentículo para toda la habitación. Las paredes iban cubiertas de revestimiento moderno con un tallado enriquecido en la basa y el basamento; el arquitrabe de cada ventana formaba una voluta al pie y quedaba sostenido por un pedestal. Los capiteles planos de las sobrepuertas eran con frisos turgentes convenidos y el entablamento jónico

completo moría en el techo; el capitel del estante o chimenea era de mármol estatuario sostenido por dos columnas jónicas. Sobre la tabla, en el centro, destacábase una urna de follajes. En el friso, una greca de Siena incrustada en estatuario y un busto del Rey sobre una columna y de la Reina sobre la otra, a medio relieve, en cada extremidad. Los adornos encima de la chimenea, comúnmente llamados composición tabernáculo, estaban formados por columnas corintias y pilastras estriadas con el debido entablamento enriquecido y un frontón abierto. La calidad del piso no era lo más insignificante de esa pieza. En el centro de la fachada sur estaba el Gran Salón. Su chimenea de mármol estatuario sencillo tenía un mural paisajístico encima. La basa y el basamento enriquecido con grecas, arquitrabes en codo para las ventanas, frontones y capiteles para las puertas de techo abovedado. El comedor, en el ángulo suroeste, estaba magníficamente revestido de molduras y empandado, sin relieve, arquitrabes y capiteles para las puertas y ventanas, como las salas anteriores, y una doble cornisa con corona en dentellón para el techo; la chimenea de mármol avetado blanco y negro, encima de la cual se veía una composición con un frontón cimacio en forma de voluta. La habitación central del ala oeste, para el ama de llaves y la habitación del noroeste, a la derecha del vestíbulo a la entrada, para el mayordomo. La barandilla, el balaustre y los listones tallados de la escalera principal eran de caoba; los escalones y las contrahuellas, en pino natural de veta fina. La luz entraba por una claraboya de 9 pies de diámetro, de plano octágono y arco cimborrio que acababa al pie de la escalera, en el centro de la cual destacaba una cadena para candelabro. En el piso del sótano estaban los departamentos de la servidumbre. En el centro de la fachada norte se extendía un frontón en cuyo tímpano resaltaba en altorrelieve el escudo del Rey y demás atributos reales. Una gruesa cornisa remataba ese frontón, continuada alrededor de toda la casa, sobre una sólida pared ornada con hermosos jarrones. Un canal de plomo para recibir

el agua interior y exterior del tejado, circundaba también el edificio. La fachada norte, finalmente, presentaba un pórtico jónico y una fila de palizadas de hierro desde éste hasta cada una de las columnatas circulares. Las dependencias de la cocina y la caballeriza no desentonaban. En la primera, había una sala para los criados, la despensa de la cocinera, el fregadero y una pieza para fermentar cerveza. Las escaleras de estas dependencias daban acceso al lavadero y a tres buenos dormitorios. En la otra, había dos establos grandes y una cochera, dormitorio para el peón de los caballos y sitio para el heno o forraje. No sabes por qué te aficionas tanto a las descripciones y adherencias. Esta que acabas de hacer, con tanta fruición, diríase que nada agrega al interés de tu vida. Falso, te respondes. Porque batallando contra el fin del recuerdo, sabemos que terminamos por aplazar la muerte.

Y fue la conmemoración del fin de armas y de los tratados preliminares con Inglaterra

Un día muy temprano, te recoge el coronel Spaight en la taberna de Oliver. Quería conducirte a la parada militar que se celebraría para declarar la suspensión de armas y los tratados preliminares con Inglaterra. El aparato del acto ceremonioso, una compañía de milicias sobre las armas (cada soldado y oficial con su vestido y fusil de distinta especie), a son de tambor, la descarga de cuatro pequeñas piezas de campaña y la imprescindible actuación de una banda de música, dieron gran colorido y lucimiento a la efeméride. Para remate de fiesta, como a la una del día, hubo un *berbecue.* Podría asegurarse que ningún comedor de la tierra, exquisito *gourmet* o bandido vulgar, había rustido nunca cochino mejor preparado. La asación de las presas llevadas de antemano se hizo a la vista de los comensales sobre barbacoas especialmente dispuestas. Casi una centenada de lechones fueron sacrificados por orden y cuenta de

las autoridades de la ciudad. Desprovistos de crenchas y pellejas negras, rapado el tierno cuero entibiecido por los efectos del agua hirviente, tendiéronse los cuerpos previamente adobados con jugo de limón, sirope de piña, sal, pimienta, cebollas rebanadas, clavos de olor enteros, orégano y laurel, sobre la armazón de palos de madera verde puesta a modo de emparrado sobre un hueco repleto de brasas, de lomo al calor, con las entrañas abiertas y tal despliegue de maravillas de las artes cisorias que, aún hoy, se te hace la boca agua recordando el estupendo sabor de aquel manjar de dioses. Profusos toneles de ron antillano también se repartieron. Y, hasta el anochecer, promiscuamente comieron y bebieron los primeros magistrados y gentes del país, con las más desarrapadas clases del pueblo, dándose las manos, palmeteándose, danzando de aquí para allá, bebiendo en un mismo vaso y engullendo en un mismo plato, sin que pudiera concebirse —sin haberlo visto— una asamblea más puramente democrática y que abone cuanto los poetas e historiadores griegos nos cuentan de otras semejantes ocurridas en sus ciudades-estados. Al término, hubo unos cuantos embriagados, sin faltar los que se trompearan de buena gana, uno que otro herido y hasta la concertación de un duelo de caballeros que, por fortuna, pudo diferirse para otra oportunidad. Casi a media noche, ahítos de ron y *berbecue,* los presentes se retiraron sin dejar de quemar algunos barriles vacíos, a modo de *feu de joie,* para concluir la fiesta.

Chinches en una casa decente

Otro día cualquiera, fuiste a ver a Mr. Green, uno de los principales *farmers* del Estado. Su carácter, edad y probidad eran notables. Excedía de los 85 años, sin que su salud, robustez y actividad sufrieran la menor decadencia. Pretendías quedarte varios días en la casa del venerable anciano; más que por gozar de su compañía, para corresponder a su joven

nieta Grace Margaret que —prendada de ti— te había invitado. Pero la casualidad de haberte querido recostar un poco después del almuerzo, hízote cambiar de pareceres, cuando un tropel de chinches asesinas, retacas, vampirescas, salieron a recibirte en la cama. Eran chupadores de un tamaño tan exagerado que abultaban por tres o cuatro de las que padecieron en tu casa caraqueña cuando el desastre de San Nicolás de Tolentino y la Guerra de la Capa. Todo ello, sin contar el efecto trasnochante del croa croar de los sapos que abundaban en los ríos, ciénagas y pantanos de los alrededores de la propiedad y que, aun a pleno mediodía, formaban su cantaleta con la agudeza de un diapasón. Unos había particularmente a los que llaman *bull-frog,* cuyo canto horrisonante se asimila al bramido del toro y el cual preferirías no tener que oír nunca más ni tan siquiera por las bondades encantatorias de Grace Margaret.

A pesar de las tercianas, algunas damas conservan sus colores

Ahora estás en la plantación de Mr. Ogden. Fuiste de excursión en compañía del coronel Blount, el señor Sitgreaves y el joven Pat Ogden, sobrino del plantador. Viste sus sembrados de maíz, cebada, trigo y batatas. Los árboles frutales tenían tal cargazón, principalmente los manzanos, los perales y los duraznos, que el que no estaba apuntalado, tenía la horqueta partida y las ramas desgajadas por el peso. Los habitantes del lugar observan este espectáculo con menos agrado que el pasajero, pues saben por experiencia larga que el año de mucha fruta abundan por todas partes las tercianas, peste abominable muy dominante en el país y que arruina, insensible, la constitución y complexión de los residentes, tornando pálidas y debiluchas las más rozagantes teces europeas. Pese a ello, algunas damas conservan sus colores bellos y su salud en el mejor estado. Saboreante, como quien mordisquea la manzana más atrayente de aquella sabrosa huerta, recuerdas algunas de tus preferidas, damas y damiselas de alcurnia e instrucción;

muy conocidas, ellas, en el lugar: la juncal Mrs. Willowy, la vivísima Mrs. Sealskin, la pinturera Mrs. Painting, plena de arreboles; la muy rubicunda señora Redheat, rubia, rubiácea, rubilla, con el pelo encendido como tierra de rubial y el cutis en permanente erubescencia, armonizando con el rubidio tenue de su mirada acenizada y el rubín alumínico y magnésico de su formidable carnación; la nada pútrida señorita Rotten que, para afirmar la incongruencia de su apellido, mostrábase cada vez más conservada, saludable, salubre o salubérrima, digna de ser guardada con uno, por los siglos de los siglos, cual moneda portadora de la salutación angélica; la señora Standardgold, rosácea, una rosaleda ella misma, pese a su cognomento que haríala presumir amarillenta, no palúdica, por el fulgor que dimanaba y su rentable matrimonio con el más rico usurero de la región. Miss Maredam, su hermana, era una de las más bien parecidas y floridas constituciones que viste a lo largo de América, incluida la de la histórica ciudad del amor fraternal. Todas, sin excepción, gozaban de tu amistad íntima, copiosa, pan-erótica y pan-erudita; no obstante, la reclusión monástica a la que estaban sometidas, la tutela perpetua que sobre ellas ejercían maridos y padres, y el peso de la moral protestante capaz de castigar, por ley expresa, con treinta y nueve latigazos en el cuerpo desnudo, los delitos de adulterio, poligamia y fornicación.

Lo que dijo el pastor luterano

Y son las preparaciones para la partida. Varios días invertiste en las obligadas visitas de despedida a las amistades. La noche anterior todo el pueblo desfiló por la taberna de Oliver para presentarte sus cortesías. Las mozas amigas, las señoras, los altivos *paterfamilias,* el alcalde y el pastor de la iglesia luterana. Sonriente (se trataba de tu despedimiento), guiñó un ojo cuando te vio salir del cuarto, apurado, con la fortachona Miss Maredam, alisando aún los pliegues de su falda y componiéndose

sus bucles de tirabuzón. Comprensivo, el que *todolopodía* se puso un dedo en los labios. La yegua-madre y tú contarían con su perdón y se salvarían, por ende, de los treinta y nueve azotazos. Al final, te regaló una Biblia. Léala, te dijo, y procure encontrar a Cristo. Ella no es palabra de Dios más que en la medida en que es portadora de Cristo. Lutero solía compararla con el cesto de mimbre dentro del cual había sido abandonado Moisés; lo que importa —decía— es Moisés y no el cesto. A través de la Biblia, bien leída y mejor interpretada, explicada, aprehendida y dada a conocer, puede darse un contacto personal y directo entre cada creyente y el Cristo vivo. El diluvio de brindis y buenos augurios se prolongó durante toda la noche; los discursos de *Despídame de vos e bésovos la mano* todavía retumban en tus oídos. La señorita Rotten lloró sobre tu pecho. Y la siempre rubicunda señora Redheat te obsequió un guardarrizo de *standard-gold* con rubíes incrustados para que guardaras los suyos de ella, bermellos, ruborosos, rubricados.

Camino de Beaufort

A la mañana siguiente, dejaste no sin dolor a tus amigos de Newberne y pasando el río Trent por el *ferry* o barca de la ciudad, tomaste el camino de Beaufort. A media tarde, ya habías llegado a la posada de Allways, distante unas veintitrés millas. El camino era bueno, como todos los del país; gracias al terreno duro, semiarenoso y plano; pero la casualidad de haber llovido mucho en los días anteriores hizo que todos los puentes de madera que hay sobre él se cayeran. No con pocos trabajos, pasaste los desvíos y atoramientos para continuar tu jornada. Fue un tanto fatigosa, quién lo duda. Pero la llegada a la pensión, una comida regular y aseada y la lectura de la Biblia del pastor de Newberne, te ayudaron a sentirte mejor. Leías unos versículos del *Levítico* sobre los sacrificios del leproso que no puede procurarse todas las cosas ordenadas para su

purificación. Y justo en el momento en el cual pensabas que para descansar del todo —vale decir, purificarte— necesitabas la ayuda de una mujer, a riesgo de no quedarte como un leproso; se te aparecieron dos. Dos. Dos, por razón de una. Dos tórtolas, dos pichones. De 15 a 18 años y muy bien parecidas, Confort y Constance, las hijas del posadero. Pronto pusieron en olvido la caminata. Mientras conversaban y leían un poco más —las *Disputas de Job con sus tres amigos,* algo de los *Salmos,* un pasaje de la *Preparación del Reino Mesiánico—,* llegó la noche. Pero, aún después de la cena, las muchachas se empeñaron en seguir leyendo.

Cristo vivo

Y fue así como, pasada la medianoche, no tuvieron empacho en venir a tu pieza para continuar la lectura. Mientras Constance, con voz dramática, meldaba el *Castigo que Dios le dio a Antíoco,* tú, semidormido, oyendo el recitado apenas como un murmullo, te dejabas lamer el cuerpo, de pies a cabeza, por la lengua ministra de Confort. Mientras Confort, muy puesta en su papel, articulaba gravemente las peripecias del *Nacimiento y vida oculta de Jesús,* tú conocías a Constance. ¡La conoció!, dice la Biblia cuando quiere significar que un hombre penetró a una mujer. A la alborada, supiste que habías encontrado el *Cristo vivo* del pastor. Eras tú mismo. Agónico, casi muerto, despertaste. Crucificado, entre dos ladronas.

En ese lamentable estado de deterioro físico, pero con el ánimo exultado por el misticismo carnal de las dos hermanas, al saltar de la cama, sigues camino

Anduviste veintiuna millas por parajes semejantes a los del día anterior hasta encontrar un pantano que tendría unos diez estadios de ancho y una fauna pululante de mosquitos cubriéndolo de confín a

confín. La fetidez de la marisma te sigue hasta llegar a Beaufort. Tomas alojamiento en casa de Mrs. Cheney, una dama cincuentona de bezos y pechos ampulosos que te trató y cuidó con bienfechoras exquisiteces. Si hasta accedió a enjabonarte ella misma, con sales odorantes, dentro de la tina, para aventar la catinga y el polvo de tu cuerpo. Por momentos, creías que habías vuelto a la infancia y que te acunabas, plácido, en el regazo de tu madre. Sólo su compañía amable pudo en algún tanto mitigar la aridez e insociabilidad del lugar.

Pues, árido era y mucho

Allí todo parecía arecer. El césped reseco. Las matas de espina. Los árboles tullidos, redoblando sus troncos añejos y sus sombras adelgazadas sobre la movilización de las dunas. La gente arisca. Y unas playas bastante desabrigadas, apenas protegidas por bancos arenosos que hacen como barrera a la mar y forman la Sonda. La población, para la fecha, no pasaba de ochenta vecinos y las casas eran bastante miserables y chinchosas. Hechas de madera y con techos laminados; la laminación crujía bajo el sol inclemente, corrompida por la espesa salinidad. Una atmósfera de sentina completaba la antológica aspereza. Se comprenderá, entonces, el papel vivificante de la lardosa matrona. Para ayudarte a sobrellevar las incomodidades del clima, particularmente los mosquitos y el calor tan excesivo que jamás te acuerdas haberlo sufrido semejante aun en las costas de África y en la provincia de Extremadura de España, te abanicaba por las noches con un inmenso parantón de palma de coco. Para disipar la hediondez de los paulares, emprendía sahumerios de podaduras de naranjo. Para evitarte las molestanzas de las chinches, te uncía el cuerpo con aguardiente de caña y polvos de alcanfor. Y amén de todas esas mercedes, el altruismo estupendo de sus bezos y sus pechos y su claustro materno.

Agrimensura y dísticos griegos

Quizá deba agregar, sin embargo, una fortuna más a los terribles días de Beaufort. Mr. Parrat y Mr. Dennis, las únicas personas instruidas del lugar, te favorecieron con su compañía todo el tiempo que allí pasaste aguardando la embarcación que habría de trasladarte a Charlestown. Todo el tiempo que Mrs. Cheney te dejaba libre con sus solicitudes, quisiste decir. Parrat era agrimensor y te regaló un buen plano del Estado, por lo que mira a sus costas e inmediaciones de mar. Con vocación de maestro-primario, te adentró en los secretos de su arte. Por las mañanas solían encontrarse para salir al campo a practicar levantamientos, mediciones y evaluaciones de terrenos, sin el requerimiento de aplicaciones inmediatas. Por puro gusto, proponíanse una y otra vez la parcelación de aquellas arideces. Diestro terminaste, por su obra, en el manejo del teodolito. A menudo —tercos, concentrados, competitivos—, se dedicaban durante horas a la resolución de teóricos problemas de trigonometría y logaritmos. Por las tardes, se les reunía Dennis e iban a la pequeña terraza de madera pintada de la "Cantina de Ikene", única existente en el poblado. Dennis había sido marino y por años capitaneó un barco pescador de esponjas entre las islas Cicladas. De Andros a Miconos, y de Miconos a Naxos, por Paros, por los, por Tinos, por Zea, hasta las antiguas costas griegas del Asia Menor, fue atesorando de boca de los viejos naucheros y pescadores, de las vendedoras de pinchos y las gráciles pastoras, descendientes todos de los dioses y semidioses de la Época Heroica, las tradiciones helénicas que mucho te admiraron siempre, aun cuando no compartieses la extravagancia de todas sus fantasías; las fábulas mitológicas con su carga de crímenes, estupros, raptos, incestos, violaciones y ayuntamientos bestialistas; los cantos primigenios de Orfeo, Museo o Lino; los *Versos Dorados* de Pitágoras; las enseñanzas de los físicos jónicos y las farfollas de los filósofos sofistas; las rapsodias y recitaciones de los bardos prehoméricos y las grandes

epopeyas del asedio de Troya, en el ritmo del hexámetro dactílico casi imposible de verter en lenguas modernas como el inglés y que Dennis les recitaba, entonces, en el propio griego de los héroes troyanos. Sentados una vez más entre los pilotos de barcazas, o *whale boats* como se les llama en la zona, y los ocasionales náufragos arrojados sobre los bancos de Cape Lookout, bajo el efecto exultante de unos cuantos whiskys y un bullicio desquiciado de fiesta dominical, cual si tratárase de un festín de la vieja haca o la Beocia eólica, memorioso, invencionero, Dennis va desgranando para entusiasmo de sus oyentes: la cólera de Aquiles y la tragedia que vivió a despecho de sus dones divinoides, sus riñas con Agamenón, su negativa a seguir peleando y el descalabro que con ello causa a sus amigos, la derrota de los aqueos, la muerte de Patroclo a manos de Héctor y la de Héctor a manos de Aquiles con el ruego del anciano Príamo para evitar, finalmente, que el cadáver de su hijo fuese mutilado. Ahora, la voz de Dennis suena didáctica, prudente y apacible, sin el tono épico de enantes. Recita *Los trabajos y los días* de Hesíodo. El pulso de la entonación se vuelve mucho más lento, aunque con sonoridades y un decoro propios. La mirada del labrador-poeta nos va metiendo en los murmullos del bosque y en el soplo de los vientos de la Tracia, en el estridular de las chicharras de los días estivales y en el trato de la Tierra-Madre y sus afanes. El cántaro de Pandora y las Siete Edades del Hombre, la muerte *"como un sobrevenir del sueño"* y los héroes que habitan *"las Islas Afortunadas, entre los profundos vórtices del Océano",* estimulan la atención de los presentes que ya no lanzan al aire la torva desesperación de sus placeres sino que, por el contrario, oyen, silentes, como en misa. Dennis cobra calor. Bebe con sed un nuevo trago de whisky y, sin solución de continuidad, comienza a contar *La Teogonía.* Es obra de un anónimo que llama a Hesíodo su maestro, les advierte. En un solemne exordio, comienza diciendo que las Musas se le han aparecido, y le han ordenado que declare la verdad, comunicándole

el don de expresar las cosas que ya fueron y las que serán y las que todavía no han sido pero llegarán a ser. Al poco, presenta ante vuestros ojos deslumbrados: los dioses olímpicos y sus precursores, el Caos, la Tierra y el Cielo, los Titanes y los Gigantes. En el desenvolvimiento de la complicada historia divina, Dennis o el anónimo discípulo de Hesíodo, se nos enreda a veces. El ansia de exponer con claridad lo lleva a desplazar la poesía. Pero, a pesar, no faltaban pasajes sublimes, comparables con las mejores obras maestras de la narración cósmica, como cuando —recitas en voz alta y te paras del camastro con gestos tremebundos— Zeus venció a los Titanes. A zancadas, llegas hasta el ventanuco. Otra vez te aferras a los toscos balaustres. Ves, a la distancia, un cielo titilante sin una sola nube y con voz impostada, declamas: *"Zeus ya no contuvo más sus ímpetus; antes, henchida su alma de furor, dio salida a todas sus fuerzas. Bajando a la vez del cielo y del Olimpo, lanzaba relámpagos a su paso. De sus manos vigorosas volaban los rayos entre truenos y lumbres y, en precipitado tumulto, a los giros de la llama divina. En tomo a él, la tierra, nutriz de vida, crepitaba incendiada, y los inmensos bosques, pasto de incendio, lanzaban alaridos. Todo el suelo hervía, y las ondas del Océano y el estéril mar"*. Regresas al camón y sigues recordando. Dennis declama ahora el *Himno a Deméter,* un dístico elegiaco acaso bizantino, unas bien medidas estrofas de Safo, un fragmento de Anacreonte o una oda coral de Estesícoro de Himera. Dueño de la escena, inveterado, en el ímpetu creciente de la medianoche, Dennis te pide que le acompañes con la flauta. A un poema de Calino de Éfeso, le pones como fondo un solo de Miller. A otro de Tirteo de Atenas, un airecillo del caballero I. R., socio del templo de Apolo. Al hedónico *Florilegio* de Mimnermo de Colofón, un minueto ligerísimo de Cario Pozzi. Y a los metros yámbicos y trocaicos, coloquiales y audaces, de *El escorpión* Arquíloco de Paros, una obertura de Groneman, o una sonatina de Filtz, o unas variaciones de don Josef Herrando. Piensas que bien valía la pena continuar en Beau-

fort, con las chinches y el solazo inclemente, el calor de hipocausto y los mosquitos feroces, las atenciones atortujantes de Mrs. Cheney y el hedor de los pantanos, con tal de completar aquel doctorado en Literatura Helenística que, cada noche, dictaba Dennis en la "Cantina de Ikene".

Y fue el conocimiento de los cuáqueros

En el medio tiempo de Beaufort, haces una excursión a distancia de doce millas, subiendo al pequeño río Newport, para conocer a dos hermanos cuáqueros. El uno, rico e ignorante, Mr. Manning, sin mayores atractivos. El otro, Robert Williams, pobre, instruido y generoso, te regala un ejemplar en español de la *Apología de la Verdadera Divinidad Cristiana profesada por los Cuáqueros* del escocés Robert Barclay, publicada en 1678. Un libro fundamental, te advierte. Imprescindible para quien quiera penetrar en el espíritu de nuestra Comunidad. Comunidad, no Iglesia. La Comunidad es una pequeña asamblea de cristianos, reunidos en cualquier sitio, en un hogar familiar, valga el caso, inspirados por el deseo de cumplir la mayoría de los actos religiosos al margen de las estructuras oficiales de la Iglesia: oración, eucaristía, estudios bíblicos, sobre todo los estudios bíblicos, revisión de vida y confesión de fe. Allí, en la fábrica o en el cuartel, en la academia o en la casa de familia, normalmente se recupera el clima de fraternidad cristiana perdido en el anonimato de las masas parroquiales, continúa sentencioso pinchando el aire con sus manazas velludas. Me considero muy dichoso, agrega, estimado Miranda, dentro del corto tiempo que llevamos conociéndonos, de tener una gran opinión de su inteligencia, buena disposición y candor, sus cualidades y su conducta que le muestran como honorable y decente entre los hombres. Quiero que estudie la Apología. Apoye con entusiasmo lo que encuentre en ella que sea evidentemente cierto, y si alguna parte juzgara de modo distinto, es-

pere sin prejuicio nueva inspiración. Barclay era un hombre iluminado por la verdadera fe y la enseñanza del Evangelio. Supo separar el movimiento cuáquero del catolicismo romano y también del protestantismo clásico, incluyendo el anglicanismo, y lo definió como una religión de la *"Luz interior"*. Remontando, a pie, las riberas del mar, entre molinos de viento de muy buena construcción, unos para aserrar madera y otros para moler granos, con su lenta voz rumiante, Williams te cuenta ahora la historia de Georges Fox, el joven pastor y zapatero inglés que, a raíz de una visión celestial, fundó la Comunidad. Llevado a prisión, dijo a uno de sus jueces que temblara *(to quake)* en nombre del Señor. Él mismo se ganaría así por burla el nombre de *"the Quaker"*, *"El Temblador"*. Es el mismo *"Quaker"* de la avena, te advirtió, nuestro alimento común. Un mudo bostezo de hambre interrumpió su discurso. Dicen que fue él el que inventó el avenate. Un producto que, al final, terminó conquistando el mundo.

Notable General calavera consumado

Finalmente, sales de Beaufort. Embarcado en una pequeña goleta al mando del capitán Adison, por el río Cape Fear, te diriges a Charlestown. Entrando al río por la boca que llaman Newinlet, a mano izquierda, enfrente de esta misma entrada, se deja el fuerte Johnston. Diez millas más arriba, está el lugar de Brunswick; óptimo para el comercio y el goce de la vida, pero desolado por la guerra. Inmediato a éste, la residencia y tierras del famoso general inglés William Howe, Quinto Vizconde de Howe, hermano del no menos famoso almirante Richard y llegado a Boston durante la guerra, desde la metrópoli, para ayudar a Gage, conquistador él mismo de Breed's Hill, con autoridad discrecional para suprimir la rebelión, responsable de la invasión de Pensilvania y héroe de la toma de Filadelfia. Allí vive su desgraciada familia (ínterin él

se divierte en disipaciones por otra parte), te comentó tundente el capitán Adison, quizá por darle gusto a la lengua como cualquier zarrapastroso. Coge unas borracheras alborotapueblos de nunca acabar. Luego sus escándalos frecuentes con rameras de muy baja calaña. Y luego los atentados contra el pudor y los juegos de envite y azar y las entradas a la policía por sus faltas y delitos contra la moral y las buenas costumbres, al modo de un simple burrero, y las deudas con el cantinero, y las deudas con las querindangas, y las deudas con la servidumbre. La mujer, medio golfa ella también, por lo pronto está en tono de divorciada y todo hace presumir que terminará convirtiéndose en dama de burdel, agregó a modo de escurribanda. Y como si fuera poco, su hija, la bellísima vizcondesita de Howe, una preciosura de apenas 18 años, acaba de tener dos hijos con un negro-semental esclavo suyo. Asombrado por estas noticias, preguntaste, dubitativo, si se trataba de simples cuentos o habladurías de pueblo. Palabra que no, garantizó enfático James (ése era el nombre del capitán). Palabra que no, ratificó insistente; se trata del descalabro de los nobles *tories* desmoralizados por la pérdida de la guerra. Por mí, agregó él, con un dejo de indiferencia, ya los pueden enterrar a todos en un estercolero con sus taras y sus gonococos y sus sífilis y sus chancros venéreos y sus blasones y sus charreteras y sus plebeyeces. ¡Válgate Dios por la naturaleza humana y las leyes injustas que la afligen!, escribiste después con una media sonrisa en tu voluminoso Cuaderno de Viaje.

Manía billarística

Y, llegando a Wilmington, la manía del billar; un juego muy de moda entre los griegos del s. IV a.C., que cobró gran esplendor en la corte barroca de Luis XIV donde teníase como excelente ejercicio higiénico, bueno para la digestión y para precaver la obesidad y que, finalmente,

trasladaron los soldados franceses a América. En Wilmington, parecía haberse arraigado con más furia que en cualquier otra parte. Pesqueros, palafreneros, cabestreros, redobloneros, quinieleros, descuididistas, rateros, contrabandistas, caleteros y estibadores, se pasaban los días y buena parte de las noches —casi hasta el amanecer— en las salas y los clubes de billar, compartiendo su camaradería con señorones burgueses, terratenientes, banqueros, caseros, importadores, exportadores, generales retirados, pastores reverendos, profesionales liberales de la alta clase media e intelectuales de valía, tirando, entre copa y copa, o entre bola y bola, carambolas simples, carambolas consecutivas, carambolas por las bandas, carambolas del platillo, carambolas de banda a banda, carambolas de bola a bola, carambolas de tres bandas, carambolas de tres bolas, carambolas de bola a banda, carambolas de banda a bola, carambolas de fantasía clásica, carambolas de fantasía romántica, carambolas a la libre, carambolas en retroceso o carambolas de reculada, carambolas al revés, carambolas al derecho, carambolas-sígueme pues, carambolas no me interesa, carambolas por detrás, carambolas adelante, carambolas al *massé,* carambolas al efecto y la serie de la cuña con su número ilimitado de carambolas y la partida al cuadro y la partida al cuadro 71 y la partida al cuadro 69 y la partida al cuadro 45 y la partida al cuadro 47 y el billar a la *chapó,* con su rey y sus alfiles, y el *snooker o* billar americano, con su mesa de tronera y su complicadísimo reglamento, y el billar de la pina, y el billar de la pirámide, y el billar de la veleta; siendo tal la iracundia de las mujeres del lugar por ese desafuero billarístico de sus hombres que un buen día decidieron tomar sus represalias y, al efecto, hicieron una huelga de piernas cerradas, se ajustaron —*motu proprio*— los oxidados cinturones de castidad que sus viejos tataradeudos del "Mayflower" dejaron con la Biblia y otros utensilios de la cultura puritana en lo alto de la Roca Plymouth, iniciaron la práctica (después muy extendida por el resto de la Unión) de dormir en camas y cuartos separados, fundaron

lo que pudiera llamarse la Primera Asociación Feminista del Mundo, se pusieron duras, voltearon los ojos en un gesto de desprecio, remilgaron la nariz y los labios en un puchero de repugnancia, soltaron el desdén, afinaron la indiferencia, apagaron el fogón, saliéronse de la cocina, en posición de firmes un paso al frente, nunca más cocieron un guisote ni fregaron un plato, negáronse en adelante a mojarse las manos, dijeron ¡basta! tres veces y se arrellanaron, cómodamente, a jugar *Scrabble.*

También el scrabble es un juego

Nada complicado, dijo Mrs. Steuben, profesoral, cuando accedió a enseñártelo, después que sus congéneres decidieron, por unanimidad, aceptarte en el *Club de Scrabblistas,* único varón entre todas las mujeres, por tu "simpatía y don de gente" y tu condición de "caballero-forastero-no-aficionado-al-billar", como se cuidó de enfatizar muy bien la farfullante señorita Crawford. No podrías gozar en el futuro de las compañías del mayor Walker y el señor Blount, para quienes trajiste canas de recomendación desde Newbeme y que, después de acompañarte a visitar la ciudad, no querían sino mantenerte pegado, como ellos, a un taco y a unas bolas. Se trata de que el jugador, continuó explicativa la magistral Mrs. Steuben, componga, con un número dado de fichas (en forma de cuadraditos con letras), palabras horizontales o verticales sobre un tablero de 225 casillas, 24 de las cuales son de color marrón, 12 negras, 16 naranjas, 8 rojas y el resto de un azul pálido, casi blanquecino, las cuales últimas llámanse *scrabble* para justificar el nombre del juego. A cada letra del alfabeto inglés (no se permiten palabras de otros idiomas; tampoco, los nombres propios), corresponde un valor determinado conforme a la frecuencia de uso. La X, de uso excepcional, vale diez puntos; la A, de las más comunes, sólo uno. En las casillas marrones, el valor numérico de una letra se duplica, y en una casilla negra vale por tres. El naranja dobla

la suma de puntos correspondientes por la palabra, y el rojo la triplica. En cada ronda, los jugadores deben servirse, a ciegas, siete fichas y colocarlas en un pequeño atril o estantillo. El iniciador del juego formará una primera palabra con la totalidad o parte de las letras que le correspondieron en suerte, utilizando la casilla central marcada con una estrella luminosa. De seguidas, cada uno va colocando su palabra (de izquierda a derecha o de arriba abajo) usando el punto coincidente de una cualquiera de las letras ya puestas en el tablero. El número de letras usadas se reponen en cada vuelta hasta no quedar ninguna libre. El juego termina con la finalización de todas sus letras por un jugador. Gana la partida aquel que haya alcanzado reunir mayor número de puntos. La controversia que surja por la validez de una palabra (su ortografía, su existencia o su sentidez), puede resolverse con la ayuda del diccionario. Y no pierda de vista las dos fichas-comodines. Ellas sirven para reemplazar cualquier letra; te advirtió, finalmente, la señora Steuben. Partiendo de allí, pronto te convertiste en todo un campeón por obra de tu propia destreza, resultándote de lo más divertido trocar aquel revoltijo incomprensible que te había tocado en principio, TTSELER que nada decía, pongamos por caso, en un STEELY, acerado, fuerte, inflexible, con la ayuda de aquella Y puesta en casilla roja con triple tanto de palabra, o en un SETTED, bien colocado, fijo, arraigado, si te valías de esta D que estaba libre en la casilla negra. Mucho pudiste enriquecer tu vocabulario inglés, gracias a tan instructivo pasatiempo.

Nulla dies sine línea

Pero no sólo ganancias semánticas derivaste del entretenido juego. Ningún día *scrabblístico,* para variar el tradicional adagio atribuido al viejo Plinio, te quedaste sin sexo, el más importante y apetitoso de los artículos de primera necesidad. Sexo Madre. Sexo Padre. Sexo nuestro de cada día. Aguijón y placer edulcorado. Música y silencio. Silencio

y vida. Nirvana. Cristo predicante. Entre el desconcierto de las letras dispersas, una N, una W, una J, no existe la Ñ en inglés, tampoco la RR castellana, los *poodle-doodles* incontrolables, las payasadas verbalistas, no se puede hacer nada con cinco consonantes seguidas, ¡vaya suerte!, ahora todo va mejor, TIP es algo, TIP es punta, extremidad, agujeta, propina, palmadita, puntera, ladear, inclinar, dar propina a, guarnecer, y partiendo de él se puede hacer TIPPET, y se puede hacer TIPPLE, y se puede hacer TIPTOE, y se puede hacer TIPTOP, el estado de angustia y, sobre todo, de aturdimiento, la tensión resultante de aquella sopa de letras, de aquellos signos incoherentes, de la condensación de pequeñas sílabas errantes, del surgimiento imaginario de nuevas y nuevas palabras inusuales, fortificaciones moscovitas, cisternas árabes, terminachos médicos o botánicos, nombres de animales prehistóricos, fenómenos atmosféricos, danzas antiguas, hasta que darte loco y divagante, como con un torbellino, la cabeza repleta de fonemas turbios, secos y ásperos, borrosos y desvanecidos, tecnicismos, arcaísmos, homónimos u homógrafos u homófonos, monosílabos trilíteros, tetragrámatones, vocablos a medio terminar, voquibles muy completos, locuciones extranjeras no permitidas por las reglas del juego, y la convulsión deformadora del sano juicio, los verbos y los sustantivos y los adverbios sonando contra el vacío, rebotando aquí y allá entre sinonimias y polisemias, entre homofonías y onomatopeyas y el enredado hilo de la frase de ensayo demostrativa y las evocaciones difícilmente concretadas y de grafización más difícil aún, allí, entre todo ese maremágnum, selva intrincada, lluvia de tambores, medusea cabeza de serpientes, ríos desmadrados, pueblos y sembradíos enteros sumidos en una confusión de lodazales, desbandadas de pájaros y animales ferinos e insectos luminosos; allí, en ese fluye-fluir de batallas campales, también hubo lugar para el amor y los excesos de la carne.

Y fuiste tú, entonces

Una sonrisa cómplice se te dibuja en el rostro cuando percibes por encima del calzón de Nankin el abultamiento de tu virilidad con pequeños y tristes sobresaltos de vida, bien que no con el furor de aquellos días cuando eras tú: comienzo y centro del delirio orgiástico: luz y sentido y objeto único de las alegrías sensuales y las ideas lascivas y el desbordamiento febril de aquellas mujeres solas, preteridas, desdeñadas, venidas a menos, dejadas de lado por sus maridos, repudiadas por sus novios, olvidadas de sus amantes; cansadas de repeler el erotismo cerebral con las anestesiantes partidas de *scrabble* y las acuciosas búsquedas de terminotes en los diccionarios; hartas de los emolientes, el lupulino, el alcanfor, el bromuro de potasio y las duchas; a punto de padecer, o padeciendo ya, terribles enfermedades de los nervios, desórdenes y crisis, delectaciones taciturnas y posesiones diabólicas; convertidas ahora, por obra y gracia de tu presencia, en cerdas salvajes, cabras montaraces, onagras rebuznantes, comadrejas fecundadas, gatas en celo, salamandras incombustibles, víboras aureoladas de piedras preciosas, gigantescas tortugas de inmensas caparazones, santícoras, centícoras y mantícoras, anfinemas y bestias anfibias escapadas de *El Fisiólogo,* la *Saga de Konung,* la *Enciclopedia* de Guido u otro *Bestiario* medioeval aún más tenebroso; mujeres todas animal, sin complicaciones de sentido que interesen, asidas en un círculo externo de goces y llantos, torturas adamíticas y holgazanerías incansables; mientras tú, héroe de aquel inmoralismo ventrudo y provocador, al modo de un *Término Adánico,* válgasenos el híbrido, recién plasmado por el soplo divino, libre de pecado original aunque coronado de pámpanos y vides y con sobresalientes orejas puntiagudas de sátiro griego o mulo Adramelec, te mantenías imperturbable, sobre tu pedestal de pórfido jaspeado, a la espera del ritual que pronto desplegarían las sacerdotisas adorantes. Y con tu miembro erizado, extendido casi hasta romperse. Seguro estás: fue esa mezcla de

pureza y demonismo, de albura celestial y paganismo empurpurecido, lo que enloqueció a las mujeres *scrabblistas* de Wilmington.

Todas con nombres propios, como en un poema de Víctor Valera Mora, y con epítetos al modo de León de Greiff

La Historia no lo dice. La Fábula lo sabe: ¡y no eran pocas cónyuges! La didascálica Mrs. Steuben, va una; la farfullante señorita Crawford, y van dos; Mrs. Elliot, la tercera, nada tenía que ver con el poeta, cuasi albina, de nacencia hiperbórea; Mrs. Pinckney, selvática, huraña, híspida, ríspida, ruda; Mrs. Purcell, morenaza de órdago, sinuosa, ondulante, felina, con mucha trastienda en la tienda y muy bien provista; Mrs. Counor, de sérvula ardorosa y madorosa gruta; Miss Grizell, doncella adolescente casi que apenas núbil; Miss Fearow, furtiva como una lágrima, casi aérea ficción imaginaria; Miss Firlayson, señera, esquiva y áspera, dorada golosina; Mrs. Clarke, sagítula traviesa; Mrs. Baillie, alcaldesa libérrima, nunca coaccionante; Mrs. Cathecart, la del regazo tibio y el corazón torrente; Mrs. Reid, figulina de torso enardecido; Mrs. Moultrie, una corderilla de égloga, tímida, cándida, ingenua, mansa, mejillas aduraznadas sombreadas levemente con pelusilla sutilísima; Mrs. Turnbull, criatura aparentemente ofelial, aunque poco hamletiana, más hecha para el dúo que para el soliloquio; Mrs. Bee (llamada por antonomasia la *Queen Bee),* entelequia, ente de sin razón, la Poesía de los interludios; Mrs. Colleton, encollarada como un perro pastor, cantaba muy bonitamente para el gusto inglés; Mrs. Ward, defensiva y guardiana ella, pero al final siempre divertidísima; Mrs. Sawyer, lúbrica en frío, loba del Océano, pirática banderola, grímpola en negro y sinople; Mrs. Dubose, bárbara aunque de suaves modos, distinguíase por la finura de sus expresiones, hasta en el instante cumbre del éxtasis sexual; Mrs. Jones, manzanita de mesa, un *Babitt* con faldas, muy representativa del tipo *yankee;* Mrs. Hall, tan ampulosa como una

sala de sesiones, rubensiana, muy metida en carnes y de estatura prócer; Mrs. Townsend, tu gran amiga, por años se siguieron carteando; Miss Turnbuckle, enroscada como un torniquete, emérita danzarina al son de los crótalos, ¡ah! su danza del vientre, sin ninguno de los siete velos; Miss Marshall no andaba mal de encantos físicos, pero su madre le robaba el *show;* Miss Glower, valquiria de glúteos opulentos y agresivo proel; Mrs. Bay, bahía, ensenada, rada, saliente de ventana, premio, lauro, ladrido, aullido, laurel, caballo bayo, bayo caballo; Mrs. Marshall, bastante mejor que su hija; Miss Thibault, vetusta, lo que bien podría llamarse una histórica ruina, aunque pasada de madura, capaz de buscarse un centurión; Miss Simpson, romántica y melodramática, capaz de entregar su amor por un reino; Mrs. Butier, esperpéntica, más adornada que una corista de circo; Mrs. Facey, solemne, mayestática y pedagógica, catedrática expertísima como la señora Steuben, siempre terminaba ganando las partidas de *scrabble;* Mrs. Ramsay, hermosota, un poco vasta y basta, pero sabrosona; Miss Magot, una de las tres famosas viajeras que sin compañía de hombre alguno anduvieron por Francia, Italia, los Pirineos, etc., y con manifiestas inclinaciones lesbianas, por supuesto; Mrs. Haleston, garbosa en su otoñal lozanía; Mrs. Mathews y su belicosidad, muy denodada a la hora de la escaramuza, pero mucho más temible en el combate cuerpo a cuerpo; Mrs. White, morenuzca, con agresivos y erectos pectorales; y Mrs. Faneque, la tontuela Mrs. Faneque, muy sentimental ella, sensiblera, prerromántica, llorona y un tanto cursi, pero invariablemente rijosa en la hora decisiva; todas, al unísono, como palomas zurearon currucuucuuucú.

Y ejecutaron contigo, o sobre ti, las acciones de todos (o casi todos) los verbos transitivos de la lengua castellana

Te abalaron de un lado a otro; abaldonaron tus carnes con menstruo, flujos, flatos, salivazos y todo tipo de ofensas; aballaron tu vigor una y otra vez por el puro gusto de aballestarlo de nuevo; te abanicaron

con flabelos, ventalles y perantones, para cortar tu sudoración frecuente; abarcuzaron, con sus naturalezas, todas tus extensiones posibles: igual tu falo que tus manos, tu lengua que los dedos de tus pies o tu antebrazo en toda su longura; te abarquillaron el cuerpo casi hasta volvértelo un rollo; se abarraganaron contigo por noches y semanas enteras; te abarraron; te abarrajaron; te atropellaron; te abarrieron hasta las últimas fuerzas; te abarrilaron a soplidos y trompetillas; te abarrotaron; te abastaron; te abastardaron; abatieron tu miembro casi a un tris del desmembramiento; abdicaron sobre tus verijas sus honras y dignidades; abejorrearon a tu derredor para impedirte el descanso y contrarrestarte el sueño; abellacaron tu vergüenza más allá de toda tolerancia; te aberraron la propia sexualidad; te abigarraron la piel a magullones, rasguños, mordiscos y manotazos; te abismaron el espíritu con extravagancias y situaciones monstruosas que ni Sade ni Masoch se atreverían a contar; te habitaron como a una ancla fondeada y, como a una casa vacía, te habitaron; te abizcocharon; abjuraron, por ti, de sus rabias y manías antimachistas; te ablandaron; te ablandieron; te ablentaron; abnegaron por tu gracia cualquiera otra pasión que afectarles pudiera; por ratos, abobaron tus sentidos; abocaron tus genitales; después, los abocadearon a pedazos; con titilaciones dígitas, te abocardaron todos los orificios; minutos más tarde, abolieron tu resistencia que, medrosa, volvió a encogerse en su capullo; pero, de nuevo, te ahondaron; te abordaron; te abollaron el cuerpo a golpes y, con bollos, el mosquete; por doquier, abonaron tus méritos viriles y civiles como los mejores que jamás se vieron en Wilmington; algunas, por instantes y obedeciendo a sus propios temperamentos, llegaron a aborrecerte pero, a renglón seguido, abonaron sus aborrencias, arrebujándose dócilmente a tu lado, para —de a tres y cuatro por vez— abozalarte de nuevo; y te abrasaron con sus lengüeteos y sus ardentías, sus dentelladas y sus entrepernamientos; y te abrazaron como plantas trepadoras, ciñéndote, sujetándote, prendiéndote, sin dejarte respirar; te abrevaron más luego el picor de sus alientos; te abreviaron las posibilidades de vida, en ese momen-

to cuando ya te veías morir; te abrazaron; te abrigaron; abrillantáronte la pistola para sacarle el máximo de lustre; te abrieron y cerraron la bragueta, una y otra vez, en un *abreicerrar* de abrochamientos como para abroncar al más paciente; obligándote en el colmo del desespero a abroquelarte en el rincón más oculto de la casa, en lo alto de la buhardilla, en el escondrijo más siniestro; pero hasta allí llegaron, persistentes, las muy golosas para seguirte abrumando y te abrutaron y abruzáronse, sobre ti, con renovados furores; absolviendo hasta el final su intento; absorbiendo hasta la última gota de tu licor seminal; absortando tu ánimo al borde mismo de lo paradisíaco; abstergiendo tus vías urinarias con la mayor virtud y absteniendo sus afanes por ese día, a la espera del siguiente, cuando después de la acaldada y consabida partida de *scrabble;* pronto se abstraerían del juego para apartidarse en tu contra y, a fuerza de mano, abultarte el canuto; otra vez abundan, reincidentes, en zalemas y cachondeos; aburan tus entrañas; aburran tu deseo; abusan de tu debilidad y propensión natural; se abuzan frenéticas sobre ti; acabalan tu birriondez; te acaballan en tropel; te acinturan a poco menos de la asfixia y, finalmente, acaban por acibararte el brío; lo que no obsta, sin embargo, para que, un día cualquiera, acalambrado aún, sin reponerte del acabose, tenso por la descarga acaecida, te acauteles del riesgo que corres en medio de aquel hatajo de caprípedas furiosas y, temiendo accidentar tu vida si te acepabas por más tiempo en aquel torvo lugar de lascivia, a dicha logres activar tu pensamiento, acerar tu voluntad y accionar lo atinente para acorrer camino de resguardo; acotándote, al cabo de cuatro días de navegación, en el muy seguro puerto de Charlestown, sobre la bahía del mismo nombre.

Donde se cuenta la verídica historia del Quijote Mr. Brailsford y su escudero Mr. Rutledge

Ferido no; pero molido y quebrantado, no hay duda en ello; quiso la suerte que cuando apeaste en Charlestown, encontraras por fortuna a Mr.

Bourdeaux, comerciante vecino de la ciudad al cual habías conocido en Newberne, tan atento que inmediatamente te acompañó a buscar buena posada. Por su recomendación tomaste alojamiento en la de Mrs. Stone en Trade Street n.º 13, pagando poco más de un peso diario por comida y aposento. Y esa primera noche y los días que siguieron no hiciste otra cosa que dormir a la sazón para reponerte del molimiento que habíante propinado las principales señoras y damas de Wilmington, cuyas fazañas fechas en vuestro servicio y contra, aunque fuesen puritanas y descendientes de colonos viejos, hacíanles parecer no menos putas que la *Culirroto* o la *Salcedona,* ni menos pervertidas y caprichudas que empera-meretriz romana o Princesa de Ferrara. Al despenar el tercer día de entre los muertos, la señora Stone, con mucha diligencia, trájote bien de comer: sopa de lentejas, espinacas al horno y un filete de *halibut* a la sartén, sin faltar el lisonjero postre de frutas y nueces, viandas todas éstas que con el sueño (al decir de Chaucer, la mejor de todas las comidas), devolviéronle a tu cuerpo el vigor y lozanía que la canalla gentil y las menguas del viaje de huida, habíanle arrebatado. Satisfecho, pues, tu estómago; puesto el cuerpo en descanso, y recuperado el ánimo, te diste a visitar las personas honorables para quienes portabas recomendaciones. Primero, fuiste donde Thomas Bee, Esq. (por cierto cuñado de la célebre *Queen*), a quien entregaste carta de introducción del señor Seagrove de La Habana. Te recibió con suma deferencia y te acompañó a visitar igualmente a Su Excelencia el gobernador de entonces, Benjamín Guerard Esq., a quien entregaste muchas y muy grandes salutaciones del general Cagigal, a cuyas consecuencias te colmó de honras y agasajos durante todo el tiempo de tu permanencia en esa capital. Al siguiente día por la mañana, estando en esto y recibiendo además varias personas de importancia que fueron a presentarte sus bienvenidas, llega el famoso abogado, consejero y mayor Edward Rutledge Esq., quien armado de espada en tono militar y llamándote aparte, te entrega bajo un preludio político y estudiado, una carta

sellada de parte de William Brailsford. La abriste en breve y hallaste en ella un completo desafío concebido sin embargo en términos bastante ambiguos, nombrando por segundo y ajustador de los preliminares al citado Mr. Rutledge. Estas circunstancias obligáronte a trabar conversación y arreglar el asunto con dicho emisario; arreglo éste que quedó suspenso mientras el emisario hablaba en el intermedio a Mr. Brailsford, que sin dudas procedía equivocado sobre el particular, pues tú ni tan siquiera le conocías. No tuviste inconveniente en esperar las resultas de tal gestión con el bien entendido de que supiese Mr. Brailsford antes que nunca le faltaría por tu parte (en caso de no estar satisfecho) cualquiera otra satisfacción que un caballero andante debiera dar a otro en caso parecido. De aquí provino que cuando aguardabas a tu adversario armado de todas sus armas, montado sobre su rocín flaco, puesta su mal compuesta celada, embrazada su adarga, tomada su lanza, para recibir la satisfacción que exigía en su carta, te avisa con el propio Mr. Rutledge, en recado por escrito, de que había procedido equivocado y quedaría enteramente satisfecho si por carta tuya le asegurabas, no obstante, que su reputación no desmerecía en tu concepto; lo que no tuviste empacho en hacer para aquietar su desazón. Ello parece surtió efecto, pues no volvió a repetir instancia, antes bien, unas cuantas veces más lo encontraste por calles y sitios públicos y saludándote, cordial, ofrecíate siempre exageradas muestras de amistad. En lo sucesivo, conociste todo lo cierto del enredijo. Pasaba que el sobredicho Brailsford perdió la cabeza en los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) con la lectura y relectura del desvariante libro cervantino y, descocado de un todo, llevado del extraño gusto que en ello sentía, se dio priesa en poner en efecto las aventuras del imaginario caballero héroe de aquellos desvaríos. Famosas volviéronse a todo lo largo de las dos Carolinas y algunos de los estados limítrofes los atrevimientos, jactancias y chifladuras de nuestro tontiloco hombre de lunas. Charlestown, Columbia, el puerto de Long Bay, Anderson, Sumter, Florence,

Marton, Lancaster, Rock, Spartanburg, Greenville, Clinton, Chester, Augusta, Georgetown, los montes Apalaches, toda la llanura Atlántica y aun ciudades y pueblos situados más allá de la ribera oeste del río Mississippi fueron escenarios asombrados de sus rebatos y portentos. Cada día, al modo de todos los Amadises, Reinaldos y Esplandianes, Felixmartes y Cirongilios que en el mundo han sido, seguido de cerca por Mr. Rutledge que servíale de guardaespalda no se sabe si por chercha o por estar él también mal de la cabeza, protagonizaba una historia diferente. La manera de armarse caballero con su velación de armas a patio abierto y el lapidario percance de los arrieros. El encuentro con los mercaderes toledanos. La espantable y jamás imaginada desventura con los molinos de viento. La batalla con el mozo vizcaíno. Lo que le sucedió con unos cabreros. El topamiento con los desalmados yagüenses. La llegada a una venta que tomaron por castillo. La golpiza que hubo de darle el marido de Maritornes. La aventura que le sucedió con un cuerpo muerto. La rica ganancia del yelmo de Mambrino. La liberación de los galeotes que iban a galeras. Lo acontecido en Sierra Morena. La imitación que hizo a la penitencia de Beltenebros. La historia de la hermosa Dorotea. La novela del curioso impertinente. La brava y descomunal batalla con unos cueros de vino tinto. La aparición de la princesa Micomicona. El curioso discurso de las armas y las letras. La historia del cautivo. El suceso del mozo de las muías. La aventura de los cuadrilleros. Las peripecias del encantamiento. La pendencia con el cabrero y la rara aventura de los disciplinantes. La plática en el camino del Toboso. El encantamiento de Dulcinea. La aventura con la carreta de las Cortes de la Muerte. La aventura con el bravo Caballero de los Espejos. El encuentro con el discreto hidalgo de la Mancha. La aventura de los leones. Lo sucedido en la casa del Caballero del Verde Gabán. La aventura del pastor enamorado. Las bodas de Camacho el rico con el suceso de Basilio el pobre. La grande aventura de la cueva de Montesinos. Mil zarandajas impertinentes. La aventura del rebuzno y la graciosa del

titiritero con las memorables adivinanzas del mono adivino o el retablo de Maese Pedro. Y la del barco encantado. Y lo que le avino con una bella cazadora. Y la del desencantamiento de Dulcinea. Y la llegada al Castillo de los Duques. Y la aventura de la Dueña Dolorida. La venida de Clavileño. Los sucesos de la ínsula Barataria. El discurso de los amores de la enamorada Altisidora. El suceso con doña Rodríguez. La aventura de la segunda Dueña Dolorida. La batalla con el lacayo Tosillos. El encuentro con el bandido Roque Guinart. El viaje a Barcelona. La aventura de la cabeza cortada y otras niñerías. La nueva aventura de la hermosa morisca. El encuentro con el Caballero de la Blanca Luna. La resolución de hacerse pastor. Y la aventura de los cerdos. Y la resurrección de Altisidora. Y el regreso final a la aldea, vale decir a la propia ciudad de Charlestown, donde Mr. Brailsford hubo de dedicarse por años a criar ovejas y Mr. Rutledge retomó su profesión de abogado y militar. Mas, en cada cambio de luna, a nuestro amigo dábale por retomar sus andanzas. El mismo te contó después que viéndote por primera vez en la ciudad, entrando a la posada de Mrs. Stone, justo un primer día de cuarto menguante, te confundió con un jayán. Fierastón de Chipre. Nabón el Negro. Mordacho de las desemejadas orejas. Mondragón el Feo. Lucifemo de la Roca Negra. Gilobarco de la Gran Fuerza. Galpatrafo. O Daligán de la Cueva Oscura. O Astrobando de Tartaria. O Bustillón. O Famongomadón del Lago Ferviente. O Buzaratangedro. O uno cualquiera de esos gigantes pérfidos que en las noches de insomnio entraban a su cuarto a hostigarle para no dejarle dormir. Mucha pena le dio después enterarse, por su escudero Rutledge, que estaba equivocado y que tu gracia era Miranda, caballero español. Sólo con los días advirtió que podías ser pariente cercano, su propio hijo-estudiante-poeta quizás, de aquel don Diego de Miranda, el Caballero del Verde Gabán, que tan bien habíale atendido en su casa de la Mancha, dándole de comer sabroso y en abundancia. Por eso, había ido a visitarte aquella tarde en la posada de Miss Melar, King Street n.° 80,

donde vivías para el entonces. Quería ratificarte la amistad que tanto te había propuesto en ocasiones anteriores. Podías contar con él hasta el final de tus días. Dicho lo cual, se montó en su caballo de madera y fuese volando por los aires, bajo la lumbrarada de un plenilunio incipiente.

Juegos lésbicos

Y toca seguir camino. En tus baúles llevas unas cuantas tarjetas de presentación y billetes de saludo de lo más granado de la ciudad: el general Greene, el general Moultrie, Thomas Bee, el intendente Hutson, el juez Burke, el coronel Morris, los señores Penman, el mayor Butler, el Dr. de la Howe; y los vellos púbicos de las principales damas que tuviste el honor de frecuentar. Junto a las bien guardadas pestañas de porcipelo, un costal de pestañas, y el hatajo de tarjetas de visita, un montón de tarjetas, van los granos de arroz que el azar de los tiempos hizo que dejara, años atrás, un bergantín procedente de Madagascar en la isla de Sullivan para regar con su simiente todo el país de Norteamérica, algunas semillas del pino que llaman *lightwood y* otras tantas frutillas de *bay-berry* que, hechas hervir en agua, producen suficiente cantidad de cera, verde y fragante, para hacer velones de excelente calidad. Son especies que querías sembrar en *Colombeia,* librada que fuera la independencia. Con Venus, te embarcas una mañana de otoño, en la goleta “James”, al mando del capitán Darrell, a la busca de Filadelfia. Valiéndote de tus prismáticos de almirante, desde la proa, te entretienes en detallar el pasaje: Mr. Marcorell, negociante de Port-au-Prince en Santo Domingo, Mr. Focke, prusiano de nacimiento y cónsul que fue de Holanda en Carolina del Sur, Mr. Nealson, hacendado de Jersey, su hija Miss Jane, de 17 años de edad, muy bien parecida, y su sobrina Miss Sally Singletery, de 20, ambas muy alegres al estilo americano y cuya carnalidad obsequiosa bien merece un renglón aparte. Los pri-

meros días de navegación transcurrieron en medio de un anhelo fisgoneante y esperanzado. Pese al avance de la estación, el clima se había mostrado generoso, con días de cielo intensamente azul, sin ninguna neblina, y olas musicadas de distante frecuencia. Las dos jovencitas fluctuaban frente a tu vista, confluyentes en sus mimos y escudriñes, cual nínfulas de églogas. Con amenazadora persistencia, por doquier, las persigues. Recorres toda la celda y la mirada parece no detenerse en ningún lugar preciso. Ahora, como entonces, tus ojos son puro furor. La obligada cerrazón te acrecienta el deseo. Partícipe en la ausencia, otra vez te solazas con el recuerdo pormenorizado de sus juegos y en el domeño dé sus caricias, tan bien administradas. Dormijosas, a la hora de la siesta, recostábanse en la baranda de la amura con las empinadas deformaciones de sus senos brotándose, desfallecientes, por encima de los escotes encohetados. Como tortugas marmóreas, aovando en una playa desierta, quedábanse allí horas y horas; mientras tú, a prudente distancia, saboreabas el refinamiento de un sueño fálico en ávida confusión de imágenes apenas entrevistas por el ojo de una cerradura. Ellas, las dos, en el sopor del mediodía, desenrollando ceremoniosamente la levedad de un ritual sicalíptico; dispensándose, con sedosas intermitencias, ebrios tocamientos por debajo del peso falderil; cizañando sus vientres con las profanaciones de Lesbos; apañándose, frenetizadas, en el palpo de unas manos casi maternales que eran sus propias manos, en la copulativa trabazón de una médula que era una sola médula, o en el clamoreo de una cisura de doncella que era una y la misma cisura. Diríase que nada hubieses podido esperar de aquellos interludios *voyeuristas;* nada, salvo los pensamientos masturbatorios que cruzaban tu mente en la duermevela nocturna, tirado en la litera o caminando solo en la medianoche, a través de la cubierta. Pero ocurrió que, llegando a Cape Lookout, por poco la goleta no encalló en los arrecifes cercanos. Navegaron como diez millas sobre tres y menos brazas de agua (por fortuna,

el viento soplaba de la costa). El pánico cundió por doquier y, bajo el claro de luna tal como si aquélla fuese una noche de verano, la población masculina mantúvose alerta, aupando los desesperados esfuerzos del capitán y la tripulación en sus maniobras de salvamento. Sólo las muchachas manteníanse ajenas al desastre, recluidas en su camarote, sin percatarse, quizás, del peligro acechante. Hacía frío para estar así, al desabrigo, y te excusaste en busca de resguardo. Al menos, te procurarías un albornoz. Apenas unos días antes de embarcarte habías sufrido calenturas y veías con horror la posibilidad de una recidiva. Y entonces, camino de tu cuarto, hubiste de pasar por el de las muchachas. A decir verdad, el paso no era obligado; pero, no menos expectante tu cuerpo que tu mente, volviste sobre ti en la semipenumbra y lo buscaste. No tomarían a mal tu impertinencia. La excusa estaba dada. Debías advertirles el peligro. Al primer toquido, resuelto aunque casi imperceptible conforme a la furtividad aconsejable del momento, el rostro dorado e inquiriente de Miss Jane, silueteado a distancia por la flama de una lámpara de alcohol, atisbo escurridizo por la entreabertura de la puerta. ¡Ah!, ¿es usted?, preguntó displicente, como si en tu lugar hubiese esperado a otra persona. Tu lívido rostro no supo que responder, y el curioso efecto parece haber empujado la decisión de la muchacha. Con un mohín de maravillosa prodigalidad, te mandó que pasaras adelante. Tus nervios se estremecieron como las alas de un zancudo domeñado; apenas sabías de qué lado mirar; casi con ánimo de volverte al instante, confundido pero exteriormente calmo, parado, allí, entre las umbras. Pase, pase usted, insistió con voz más alegre la muchacha, al tiempo que abría la puerta de par en par, para mostrarse histriónica, excitante, deliberadamente voluptuosa, desnuda en toda su esbeltez sobre el plantaje de su horcajadura echada hacia adelante; con mimesis, ademanes y resabios de una improvisada artista de vodevil; los cuales, en aquellas circunstancias, hasta el más simple de los papanatas habría entendido

como una inequívoca, clarísima, invitación a folgar. Crees, sin embargo, que aún ensayaste un comentario explicativo: tratábase de un error, sí, sí, de un malentendido, la oscuridad que habríate hecho confundir el camarote, un inadvertido cambio de dirección, quizás, cualquier otro pretexto similar, un descuido, una equivocación. O, mejor, simplemente, pretendías apercibirlas de un peligro. La barca estaba a punto de encallarse sobre los arrecifes del Lookout. Debían mantenerse prevenidas, por si acaso una emergencia. Preferible que subieran a cubierta. Allí, todos esperaban un desenlace. No sabes si, en verdad, alcanzaste a balbucir palabras. O, si balbucidas, fueron escuchadas por Miss Jane que, a esa hora, te halaba, imperiosa, hacia el interior del cuartucho, en cuyo centro, sobre un camón desarreglado, esperaba por ella, Miss Sally, para seguir haciéndose querer, embelesada. Parecía la figura dominante de un *shunga* japonés, parcialmente recubierta por la riqueza iridiscente, plata, oro y rojo carmesí de un quimono sibarítico, el cabello en desorden, bizcorneados los ojos, jadeante el pecho donde parecía crecer una llama de vapores, y con las piernas al aire, plenas de alegría, remarcadas por el firme predominio de la línea en los dibujos orientales de las escuelas pretéritas, cual la grupa viripotente de una yegua mongola, para dejar al descubierto la apariencia solemne de un mandara y la verídica, esplendorosa, realidad de un cono, titilante aún por la convulsión genitoria de los orgasmos recientes. Estás tentado a cambiar de pensamiento. Lo que queda por describir es de franca obscenidad. Crees haber oído en boca de un poeta que la pornografía es el espacio que media entre la puerta que se cierra y la sábana que se descorre. Otro, la definió como la risa del genio. No, no puedes cambiar. No puedes ceder a la presión de los conceptos morales ni convertirte en censor de tus propios recuerdos. Sabes que este soliloquio es un juego contra la muerte. Un juego contra tu propia muerte. Cualquier salto en el vacío puede convertirse en un salto definitivo, el salto fatal del mejor de los trapecistas.

Tienes que volcar en palabras todo lo que viviste, todo lo que hiciste, lo que pudiste hacer y aún no has hecho, tus sensaciones, tus emociones, tus frustraciones, tus arrebatos, tus esperanzas, todo, todo tienes que contarlo, todo tienes que decirlo: igual el amor tormentoso de la Gran Catalina que el grosor de sus varices que la furia de tu porra ante la chucha de cualquier zurrada, tu campaña de Bélgica que tus expediciones fallidas o la pérdida de la República, los sinsabores de la capa de tu padre que la descripción minuciosa de un palacete semiderruido en Brunswick o la Casa del Gobernador en Newberne o *la locanda del signor Moricone* en Nápoles. Todo, todo puedes decirlo. Lo que no puedes es abstenerte. Abstenerse es morir. Además, en aquel camarote, bordeando los peligros del Lookout y otra vez el temor de la muerte, estaba la vida: la desnudez pulimentada de Miss Jane, el cono inconmensurable de Miss Sally, cual un inmenso molusco lamelibranquio abriendo y cerrando sus valvas, y, sobre todo, tu miembro, tu miembro anguiliforme, en el colmo de la verticidad, vivo, allí y entonces, buscando una participación. Conforme a este orden de ideas, es *peccata minuta* hablar de pornografía. Conforme a este orden de ideas, puedes retomar el hilo de tu peroración cuando quieras, sin pudibundeces. Hablabas de tu llegada al camarote. Hablabas de la espera de Miss Sally con sus piernas levantadas y su crica al descubierto. ¿Qué pasaba, entretanto, con Miss Jane? Desaforada, con un desafuero hiperbólico, lánzase de nuevo al altar de Volupia, en el templo situado al lado de la puerta Románula. Su ondulante extensión de cerasta repta meliflua por todo el múrice ampuloso de la otra. Valsea sobre el remate de su tubo digestivo. Repasa sus pliegues, igual los lisos que los estriados. Arremete de nuevo contra la vulva. Con énfasis especial se expande, calma, por los pequeños labios. Afectuosa en extremo, con la pedantería insufrible de una muchachita de 17 años, se desprende por los muslos deslizante, roza apenas las rodillas, rueda ilusa por las piernas y se detiene, finalmente, en las plantas

de los pies. ¿Quién se atrevería a negar el poder fetichizante del pie humano? Dejaron de escucharse las voces de peligro en la cubierta. Cesaron las órdenes y contraórdenes del atribulado capitán Darrell. La ecuórea tranquilidad se impone y tú pones fin a tu perplejo. No eres ya el observante congelado entre el estupor y el desenfado sáfico. Eres, ahora, un elemento más de la cúpula gimnástica, el *entrededux* pascaliano de un sabroso bocadillo: centro y ámbito del mayor de los tribadismos carpocracianos; un tribadismo que se confunde e involucra, se enreda y se desenreda y se vuelve a enredar, en el laberíntico marasmo de un sinfín de rostros invisibles, piernas entrelazadas chorreantes de sudores y flujos, crinajes de caballos en estampida; dedos que horadan, pellizcan, sodomizan; brazos descuartizados por la violencia de la lucha y que no se corresponden a tronco alguno; carúnculas himeneales, voces, coces, pelos, cerneduras, vaivenes y expandimientos nalgatorios. Tu verga titánica parecía que no habría de sucumbir jamás ante aquella concupiscencia inacabable. Era una columna púnica que receptaba sola todo el peso de la bóveda celeste. Tenía algo de solitario asceta en trance de substanciación divina. Pero, pese a su secularidad punzante, pese a su incisiva corpulencia, en extremo viril y placentera, nada, nada pudo hacer para vulnerar los vedados conductos de las intransigentes vestales, reacias a cualquier idea de concepción y heterosexualismo, por lo que tu serpentín hubo de conformarse, tránsfuga de una causa ya perdida, con chapotear aquí y más allá, como quien da palos de ciego, resbalando sobre las lúbricas pieles, al borde mismo del despilfarro espermático, de una boca a otra boca, de uno a otro canal intermamario, por espaldas y axilas, por corvas y muslos y glúteos separados, aplicando cariciosas magulladuras y soportando leves sobresaltos, fuera de contorno, hasta el amanecer ralo que se colaba por la claraboya, cuando te tocó salir del camarote con un sabor frígido en la boca y, en el semblante trasnochado, la ironía desdeñosa de una vieja tortillera.

Para llegar a Filadelfia

Un temporal azota la nave, obligada a capear casi todo el tiempo, con el bajel a punto de ya no soportar la vela. Siete días con sus noches duró la tormenta. Los marineros aseguraban que jamás habían visto otra semejante. Con todo, la embarcación resiste. No hace agua ni rinde palo alguno en el balance. Por fin, un día cualquiera, el viento salta al norte y el mar recobra una calma chicha de piscina. El velero tuerce entonces hacia el Delaware y, dos días después, puede verse claramente "la casa de la linterna" sobre el cabo Henlopen que, con el May, forma la embocadura del río. Con viento fresco del nordeste, remontan su raudal. Las riberas de entrambos costados están pobladas de chozas y casas campestres. Hay bosques de pinos, odorantes y enhiestos, que sirven de colaire a la ventisca. A las cinco en punto de la tarde, anclan en Reedy Island. Los vendedores de baratijas toman el barco por asalto. A voz en cuello ofrecen sus artículos de contrabando, objetos de regalo, gollerías, cestas de mimbre para señoras, telas bordadas, guirlandas, broches, collares de conchas y pájaros de mar disecados. En el muelle, ves embarcaciones que aguardan tiempo favorable para hacerse a la mar; más tarde, a la caída del sol, paseas por el barrio de los pescadores, una Norteamérica palpada en la miseria, con sus ancianos famélicos y sus muchachitos mendigos como los de cualquier país tercermundista; y por la noche, entras con la marinería a la cantina de Colbert, para chapear, beber y charlar hasta el borde de la madrugada. A la mañana siguiente, siguen viaje y dan fondo (por falta de viento) en el lugar de New Castle, quince millas río arriba. Todos los pasajeros, excepto las mujeres que a no dudar prefirieron quedarse a bordo dedicadas a sus faenas consolatorias, bajan a tierra y toman un suculento almuerzo en la posada de Israel-Israel. La casa de la posada fue construida por un holandés en fecha anterior a la fundación de Filadelfia y el posadero era un viejo sefardita, un *marrano* español, que hablaba el castellano de Cervantes. Recitando el *Shema:*

"¡Oíd, oh Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor es Uno!", les recibe con grandes muestras de alegría. Era uno de esos judíos *spielleute,* o alegres trovadores, que cantaban, bailaban y tocaban instrumentos musicales. A la hora de los postres, unas sabrosas masas triangulares de harina rellenas con semillas de amapola y pasas de ciruela, declamó y cantó epopeyas de caballerías y paráfrasis bíblicas en verso métrico idish; improvisó en rima una mezcla de canción y discurso recitado en honor de los presentes; tocó el violín, la viola, el cornetín; bailó con su esposa regordeta el tradicional *machitonim tanz* (danza de boda de los parientes); y con sus hijos menores y la servidumbre (judía también), impregnados todos de un alegre espíritu carnavalesco, tal como si se tratara del día del *Purim* o de la *Festividad de las Suertes,* realizó toda clase de burlas y pantomimas, escenas cómicas y de disfraces, al tiempo que, de vez en cuando, interrumpía la representación para dar lectura a pasajes de la *Megillah* o "Rollo" del Libro de Esther. Cuando retornaron al barco ya era media tarde. ¿Cómo se llama el puerto industrioso por donde pasaron después, seis millas más arriba, situado en una hermosa colina, sobre la ribera izquierda? Sólo reencuentras el recuerdo de los algonquinos y los iroqueses, con sus cabezas rapadas y sus rostros pintarrajeados de almagra y ceniza blanca, blandiendo sus antorchas encendidas, y el ruido mezclado de la caballería y los gritos de guerra, cayendo a los tumbos desde las montañas sobre las lagunas y marismas de la zona costanera, cien años atrás, cuando William Penn logra concertar con ellos el tratado que dio origen al Estado de Pensilvania. Marcus Hook, Chester, Penss Grove, Clarmont, Paulsboro, son nombres de lugares que se te vuelven a arremolinar en la mente. A la hora vesperal, dan con los primeros "Caballos de Frisia", inmensas máquinas-obstáculos ideadas por el viejo Franklin, o mejor, trasladadas por él desde la guerra de caballería a la guerra naval. Al modo como los antiguos cerraban la gola de las fortificaciones o los pasos importantes, de igual manera

como los frisios salvaron a Groninga de las embestidas de Mauricio de Nassau, al bueno de Benjamín se le ocurrió que podía obstruirse la navegación del río en tiempo de guerra, haciendo instalar aquellos aparatos, maderos de regular escuadría, cilíndricos u ochavados, atravesados por largas púas de hierro o estacas puntiagudas y alambres espinosos, con la apariencia global de un enorme paralelepípedo en rectángulo. La ruta del Delaware se te antoja, quizás, la mejor muestra de la voluntad de los colonos norteamericanos. Cuando los británicos se apoderaron de Filadelfia, esos caballos, protegidos a su vez por un fuerte situado en la ribera de Jersey sobre el lugar que llaman Billing's Point, facilitaron en mucho la reconquista de la ciudad. A las ocho de la mañana con la marea en favor, hácense al agua de nuevo y, con el mayor cuidado, pasan los segundos "Caballos de Frisia". Apenas había una abertura en el medio del río para que pudiese pasar una nave. Era el lugar de los combates mayores entre la escuadra británica que intentaba pasar para reforzar la resistencia de los ocupantes y el denuedo de los locales que con el auxilio de estos parapetos y la resistencia de la fortificación de Mud Island, lograron detener todo avance. Tal vez no lo hubieran conseguido si algunas embarcaciones patriotas que se colocaron por el pequeño canal del oeste (que se suponía de poquísima agua) no hubiesen enfilado la escuadra por la espalda. Una batería sobre la costa de Jersey, en el paraje que llaman Red Bank, protegía igualmente la defensa. Largo rato te detienes a pensar en los inventos y aportes de Franklin a la sociedad norteamericana, y a la humana en general. El nuevo sistema de chimeneas, en que con una tercera parte de leña o carbón de la que comúnmente se gasta, se consigue dar más calor al cuarto que se intenta calentar; los lentes bifocales; el famoso jabón de afeitar que se vende en Boston con su nombre; el sistema de conducción para preservación de los rayos; la primera batería eléctrica; la primera compañía de seguros contra incendios; la formulación de la famosa teoría de las fron-

teras, con muchos años de anticipación a Malthus; un relojito curioso, económico, pero no muy práctico; algunos experimentos importantes sobre el frío por evaporación; otros sobre el efecto del sol en los colores de la ropa; el perfeccionamiento de la armónica, ese instrumento de tan gratas percusiones; el perchero de cien brazos; sus estudios sobre la Corriente del Golfo; las pipas de cristal adecuadas para que el fumador aprecie cómo consume su tabaco; una pistola estroboscópica con cuentavueltas óptico incorporado; la vela que absorbe los malos olores; sus contribuciones a la teoría musical; sus innovaciones tipográficas; la organización del correo; los periódicos y revistas que fundó, con otro sinnúmero de descubrimientos e invenciones menores, si no tan brillantes como los de las leyes de la electricidad y otros del mismo estilo, sí muy útiles y plausibles para el progreso de la humanidad. En medio de una noche cerrada, casi llegando a Gloucester, poco antes de voltear hacia Filadelfia, te holgaste por última vez con la Miss Sally y la Miss Jane, sin que tampoco entonces lograras penetrarlas, pero mordiéndoles los pechos con ferocidad no exenta de rencor, amontándoles las nalgas a fuerza de palmetazos, dándoles un torniscón aquí, una zarpada más allá, puntillones, zurridas, topetazos, hasta dejarlas gimoteantes, hechas ñingas, arrasadas en lágrimas, teniendo cerca por primera vez a un hombre de verdad y, acaso por primera vez, de verdad enamoradas.

Ciudad libre, hermosa y comerciante

A eso de las ocho o las nueve de una mañana dominical llegaron al muelle de la calle del Mercado de Filadelfia. Inmediatamente, desembarcaron sin ceremonia alguna ni registro. Las mujeres con Mr. Nealson se fueron por su lado y Mr. Mar corell, Mr. Focke y tú se encaminaron a la posada llamada *The Indian Queen,* en la calle Cuatro, donde tomaron alojamiento a razón de un peso fuerte por comida y habitación (excepto

licores). Debes confesar que en ninguna parte has visto más aseo, abundancia, regularidad y decencia como en esta posada del Santo Niño de Praga Mr. Thompson, la mejor de cuantas conociste en tu larga vida de trotacaminos. Aún sin quitarte los atavíos de viaje, apenas dejando tus bártulos en la pieza, te diste a recorrer la ciudad, sin lugar a dudas, la mayor y más hermosa de toda Norteamérica. Situada en la confluencia de los ríos Delaware y Schuyilkill, en sitio seco y elevado, tiene nueve calles que van de río a río, cortadas perpendicularmente por otras diecinueve, que forman el centro. Todas con una anchura aproximada de cincuenta pies, salvo Market Street, la principal, que tiene el doble, y provistas de aceras pavimentadas de ladrillos, por un lado y otro, para el paseo de los peatones, por cuya razón se hace poco uso de coches y carruajes. Las casas son cómodas, aseadas y de buen gusto, aunque más bien pequeñas. Por lo general tienen jardines y su arquitectura es lisa y llana, como el traje pulcro y las costumbres austeras de sus habitantes. Tiene muchos y muy buenos muelles de madera para la facilidad del comercio; el principal alcanza a 200 pies de ancho. El mercado, la Casa de la Asamblea (donde se reunió casi siempre el Congreso para la obra de la Independencia), el hospital, la cárcel y los cuarteles para la tropa, son los edificios principales, construidos con inteligencia y donosura, aunque sin adornos ni decoración alguna. El *beef-market* (mercado de carnes) es el mejor, más surtido y bien dispuesto de cuantos pueden existir en el mundo. Allí estaban, precisamente organizados, limpios y a la vista del público comprante: bueyes enteros, toros, vacas y terneras, caballos, lechones, cameros y búfalos, los solomillos de fino corte y los lomos, altos y bajos, las caderas y las babillas, las tapas y las contratapas, y los filetes, perfectamente rebanados, las piernas completas, colgadas de sus garfios, las agujas y los costillares; las carnes de tercera, con precios más módicos, el cuello, el pecho, la falda, las espadillas, los morcillos, las cabezas y los rabos; los mazos de riñones y las grasientas

bolas de toro, reblanquecidas con permanganato; las lenguas estofadas, lampreadas o a la escarlata; el hígado de ternera lechal; el corazón, no por ordinario menos solicitado; las criadillas; los sesos, especialmente recomendados para personas convalecientes siempre que no sufran trastornos hepáticos o de la vesícula; las tripas y callos de vaca, así como los morros y manos de ternera; los huesos de rodilla; el jamoncillo de cerdo y el cuello y las chuletas; y los jamones, frescos o magros; y el tocino; y los pollos, enteros o por partes; gallinas y pavos; pavipollos, pichones de paloma; gansos asados y el famosísimo *foie-gras;* faisanes exóticos de allende los mares y las muy sofisticadas lenguas de ruiseñor al lado de las no menos exquisitas ancas de rana; patos domésticos y salvajes; becadas y perdices; palomas torcaces, tórtolas, tordos y codornices; grullas, avefrías y avutardas; liebres y conejos, montaraces o de corral; cabras; gamos y gacelas; jabatos y jabalíes; embutidos, crudos, escaldados y cocidos; salchichas y salchichones, chorizos, morcillas, longanizas, butifarras y mortadelas y, en general, todos los productos cárnicos de la volatería y de la caza que, de sólo recordarlos, te vuelve la boca agua; a ti, tan carnívoro siempre... Y, siendo como era día domingo, algo te dio por visitar iglesias. ¡Nunca habías visto tantas reunidas! La doctrina cuáquera es la dominante en el país pero, pese a ello, todas las sectas y creencias tienen allí cabida. Al lado de los cuáqueros están los anabaptistas y, más allá, la *church of England* con los presbiterianos, los moravos y los católicos de Roma. Los metodistas (cuyo modo de cantar los salmos es sumamente agradable) parten un confite con los luteranos. Y los reformistas (aquellos cuáqueros que tomaron armas en la guerra y fueron por consecuencia expulsados de su antigua iglesia) corren de la mano con los winchesteristas (seguidores de Parson Winchester que, por esos días, andaba predicando el benignísimo y racional dogma de la salvación universal). Apóstatas y mahometistas, maladíes y renegados, apostólicos, teósofos y animistas, mazdeianos y discípulos de Zoroastro,

védicos y confucionistas, todos alaban o maldicen a Dios en el lenguaje y modo que les viene en ganas. La iglesia principal de los cuáqueros (hay cinco o seis en la ciudad), o *Quaker-meeting* que llaman, está en Market Street, cerca de la Casa de la Ciudad. Su arquitectura carece de mayores encantos; tiene muchos bancos colocados por todas partes para comodidad de la congregación; una pequeña tribuna o pulpito donde se acomodan los predicadores patentados (los que conocidos como hombres piadosos e instruidos tienen patente para explicar la doctrina y gozan de preeminencia dentro de la asociación) y un aparte para las mujeres que a la hora de la ceremonia deben permanecer separadas de los hombres. A esto se añade algunas palmatorias de hojalata, arrimadas a las paredes y pilares, con sus velas de sebo, que dan una oscura iluminación cuando se celebran servicios por las noches. En ninguna parte se ve la magnificencia y esplendor de las grandes catedrales católicas: Sigüenza, Burgos, Compostela, Santa María la Mayor. Como Juan por su casa, entras al templo para presenciar los oficios. Toda la grey estaba sentada en los bancos, sumida en una calma metafísica, con los sombreros puestos y las cabezas inclinadas en extática meditación. Súbitamente, a tu lado, un mozo de aspecto tímido y a la vez profundo, con voz dramática que parecía salir del fondo de su garganta, dijo a los demás: "Mi espíritu dice que Dios no se muestra siempre sobre la tierra porque está en el cielo". De seguidas, otro de los predicadores principales (tu vecino se supone que era un principiante apenas), tomando por texto un proverbio que dice "Piensa dos veces y guía solamente una", les endilga un sermón de más de tres horas al estilo del mejor fray Gerundio español. Otra voz lúgubre, al parecer de mujer, recitó *The common prayer,* una especie de padrenuestro, y luego todos, sin que mediara acuerdo previo, se pusieron de pie y comenzaron a darse abrazos y estrechones de manos, ahora sí promiscuamente y con grandes expresiones de gozo entre ellos, llamándose unos a los otros *"my friend", "my friend", "my friend",*

para salir luego a la calle, con gritos y susurros y expresiones de loas al Señor, brazos y piernas sacudidos por frenéticos merequetenes, como si por contagio todos hubiesen empezado a padecer el extraño mal de san Vito, trémolos, estremecidos y haciendo la tiritona, al borde mismo de la desmembración. A punto estabas ya de soltar la risa ante las ridículas expresiones corporales de aquellos dementes a su decir posesos del espíritu divino (espasmos epileptoides, chirriachirriar de dientes y huesos y articulaciones, pelos puestos de punta, ojos desorbitados, desgonzamientos de caderas) cuando, de súbito, una sacudida violenta contrajo los músculos de tus miembros y te azoraste, víctima del bailoteo, con la misma temblequeadera de un resorte desvencijado que padecían los otros circunstantes. A no dudarlo, la chocachocante ventolera del Supremo deshacedor también se había apoderado de ti.

Los bailes del ministro de Francia

Poco después de tu llegada, estuviste visitando al embajador agente de España, don Francisco Rendón, para quien llevaste carta del general Cagigal. Te recibió con sumo agrado y hospitalidad, brindándote su casa, mesa y facultades en términos tan insistentes que no pudiste rechazar la invitación. Por su intermedio, conoces a todas las personas importantes de la ciudad y, muy especialmente, al Chevalier Cesar Anne de la Luzerne, ministro de la Corte de Francia, y al cónsul general de ese país, M. François de Barbé-Marbois, quien más tarde fuera Presidente del Consejo de Ancianos en el gobierno del Directorio, después de la revolución. El Chevalier de la Luzerne era hombre de lucimientos, trato generoso y rebuscados modales, pero débil y sin habilidad para su empleo. Vivía, a toda hora, dentro del boato cortesano y la teatralidad barroca. Por nada prescindía de la formalidad. Sus excesos y suntuosidades contrastaban abiertamente con las costumbres magras de repúbli-

ca incipiente y el puritanismo moral propios de la ciudad. Recuerdas la profusión de lacayos que tenía a su disposición, vestidos a la usanza de los tiempos del Rey-Sol, uno para abrir y cerrar cada puerta de la casa. Todo lo que hacía estaba enfatizado por la exuberancia y el desbordamiento. Cuéntase de él que al incendiarse el palacete que años atrás ocupaba la embajada, en la calle Chestnut, en medio de la horrible catástrofe en que se veía segura la muerte, púsose a mudar de traje y ordenó que lo mismo hicieran los funcionarios adláteres y la servidumbre de la misión, ornándose cada uno con lo mejor que entonces tuviesen, para que muriendo como esperaban, fuese la vistosa mortaja recomendación tenida en cuenta para una honrada sepultura. No alcanzaba a pensar el infeliz que semejantes galas también se habrían achicharrado. Pero lo que más llamaba la atención en nuestro amigo de la Luzeme era su afición por las grandes fiestas. Cualquier motivo era pretexto para ofrecer una, cual de todas más ostentosa y resplandeciente, igual una boda real en las lejanas cortes de Europa que el nacimiento de un príncipe, qué el onomástico del monarca de un país amigo, que la llegada de un personaje importante. Comedias y tragedias, tragicomedias, óperas y ballets, mascaradas y mojigangas, ocasiones propicias para el más pleno actuar de su personalidad histriónica y su gusto desbordado por la escena, se sucedían semana tras semana en el descomunal teatro que al efecto habíase hecho construir en los jardines de la embajada. Como era de suponer, también a ti, caballero y coronel español gozante de acreditada fama como el extranjero más agradable que por esas tierras había pasado, no sólo por tus modales distinguidos, sino también por tu apostura apolínea y tu acrisolada cultura, te ofreció un baile. El más rumboso, ostensible y fulgurante de cuantos hasta entonces había dado, según la confiable opinión del cronista social de *La Gaceta.* El brillo y la diversidad del espectáculo fue el comentario obligado de seis meses más en toda Pensilvania. En medio de un aparato de trajes, decorados y tra-

moyas de corte versallesca, estaba ahí el uno por uno de toda la nobleza y la burguesía citadinas: el general Thomas Mifflin, presidente del Congreso; Robert Morris Esq., superintendente de finanzas y del Departamento de la Marina; John Dickinson Esq., presidente del estado; J. P. Van Breckel, ministro de Holanda; nuestro don Francisco Rendón; William Moore Esq., antiguo presidente del estado; John Penn, descendiente directo del fundador de la ciudad; el general Saint Clair; el general Rush; el general John Wayne; el general Robert Mitchum; el general Marión Brando; el general Gary Cooper; el general Clark Gable; el general Al Jolson; David Rittenhouse, secretario de estado y genio de la astronomía; Charles Petit, rico hacendado; Truman Capote, escritor; Jacob Read y J. Beresford, miembros del Congreso por Charleston; Thomas Hutchins Esq., geógrafo general de los Estados Unidos y hombre de gran capacidad en estos asuntos; el banquero Mr. Ross; el impresor Mr. Shippen; el director de correos, Mr. Holker; James Benezet, autor de un tratado sobre la doctrina cuáquera; el Dr. Chovet, célebre anatomista; P. S. Duponceau Esq., intérprete del estado en lenguas extranjeras; el presidente de la Corte de Justicia, Thomas Me Kean; Frederick A. Muhlenberg, miembro del Consejo de Censores; el barón Von Steuben, ex inspector general del ejército americano; Edward Oglethorpe, biznieto del fundador de Georgia; el Dr. Gouverneur, profesor de física, reputadísimo como discípulo que fue del viejo Benjamín y de Isaac Newton; el Dr. Dickinson, hermano del presidente de estado e importante él mismo por autor del papel de periódico intitulado *The Philadelphia Farmer;* el Reverendo Dr. Smith, director del Colegio de Princeton en Jersey; W. Disney, dibujante y empresario; L. Armstrong, músico trompetista; John Armstrong Jr., autor de dos papeles dirigidos al ejército americano sobre media paga y conmutación; El gran Gatsby, misafilántropo y millonario; Robert Redford, actor; Scott Carpenter, astronauta, y Johnny Weissmuller, El hijo de Tarzán; todos, con ropajes grandiosos, ricos

uniformes de gala, cuajados de oro y alamares, casacas abrocadadas, el *justaucorps* o *sortuot* tan del gusto de esos días, entolados calzones de raso, pelucas espolvoreadas, capas, mantos de armiño y de marmota, sobretodos de antílope, corbatas y puños de encajes; bandas y fajines de satín y tafetán moaré, largas medias de seda, joyas y condecoraciones, ademanes altivos y posturas arregladas, como si posasen para un retrato colectivo del afamado pintor Francisco Hals de Amberes; y las damas, exquisitamente encantadoras, las Coxe, las Shoulton, las Rubinstein, las Mennen, las Yardley, las Aughty, Mrs. Greer Garson, Mrs. Rita Hayworth, Mrs. Olivia de Havilland, Mrs. Lana Turner, Mrs. Mía Farrow, Mrs. Joan Fontaine; Jane y Margaret Marshall; Susan y Rebeca Phillips-Morris, cuñadas del general Mifflin; Cissy Caffrey y Edy Boadman; las Shippen; las Anderson; las Brunswick; Gertrude Stern y Miss Alice B. Toklas, ambas muy feas pero de notorias inteligencias; la Mae West, un tanto pasada de años, algo pasada de kilos; Jane Russell; Merle Oberon; Zsa Zsa Gabor; Norma Shearer; Maureen O'Hara; Maureen O'Sullivan; Shirley Temple; Dorothy Lamour; Claudette Colbert; Rodocesta, Biblis, Blancaflor, Semíramis, Tisbe, Leda, Helena, Antígona, Ismena, la hermosa Cleopatra y todas las bellas que en la historia han sido; concentradas en tu honor, por ti y para ti, en aquella sala de fiesta; dispuestas, ellas, a quebrar mil escudos y a falsear y a romper los yelmos, lorigas, cotas y pespuntes de cuanto caballero osara atravesarse; engalanadas con sus mejores atavíos: pesadas crinolinas enceradas para las matronas y señoras, y los sugestivos *cul de Paris* para las solteras, rumorosos vestidos de pubilla, otomanes labrados, segríes y damascos, teletones y terciopelos, ornados con ramajes policromos de plumas a punta de alfiler y sobrepuestos motivos de entredós, lentejuelas, canutillos, lacerías y grandes brocamantones enjoyelados; tú, postrado ante todas ellas; ofreciéndoles tus galanterías como un trovador de la Provenza gentil, apuesto, de joven y flexible cuerpo, franco, verdadero y leal, de alta e indiscu-

tible nobleza, emparentado con el propio Don Pelayo, grande entre los Grandes de España, y con el mismísimo santo Tomás de Aquino, a quien la posteridad ha llamado con justicia el *doctor angelicus* y el *doctor communis;* diciéndole a cada una: un requiebro, un cumplido, un camelo, su merecido, su lisonja, un piropo, un coqueteo; por vos, señora, me haría extranjero de mi tierra y me quedaría por siempre en Filadelfia; en verdad el corazón me duele, señora, cuando mis ojos no os pueden ver; es usted, señora, la soberana de cuanto encierran el mar y la tierra; por vos, por vos, por vos; por vuestro gentil cuerpo, gracioso y alegre; por vuestra hermosa cabellera rubia; por vuestra frente más blanca que el lirio; por vuestros ojos brillantes; por vuestros ojos risueños; por vuestra nariz recta y bien colocada; por vuestro cutis de fresco color; por vuestro cutis blanco y más sonrosado que las flores; por el blanquizal de vuestros dientes; por vuestros dientes más blancos que la plata acendrada; por vuestros dientes más blancos que las perlas y los aljófares; por vuestro mentón; por vuestro mentón de semilla partida; por vuestra garganta de plumón de cisne; por vuestro pecho como la nieve y el blancoespino; por vuestras hermosas manos; por vuestros dedos delicados y tersos; por vuestra figura en la que no hay nada menospreciable; por vuestras agudezas de pensamiento, agradables y finas; por vuestro trato gentil; por vuestras respuestas francas; por vos, sol de marzo; por vos, sombra de estío; rosa de mayo; lluvia de abril; por vos, mansión de liberalidad; espejo de juventud; cámara de gozo; morada de donaire; con las manos juntas os suplico que me aceptéis como servidor vuestro; que me prometáis vuestro amor; que me reservéis vuestras mieles; deseo con vehemencia conocerla mejor; ¿aceptaría cenar conmigo en la intimidad?; no sé si se halla usted en disposición de compartir la verdadera pasión que me ha inspirado; para agradecer la buena primicia de amor, que me tiene bajo su dominio, y para aliviar mi pena, quiero danzar con usted la próxima forlana; al tiempo que el Chevalier de la Luzerne, dueño él

de su *theatrum mundi,* gozando una pelota, pintiparado y refulgente en su coraza de mallas de oro y guirnaldas de diamantes y tocado con un casco del que como rayos brotaban plumas color de fuego, ante cada una de ellas te iba presentando, con el beneplácito y la aprobación o el disimulo expectante de los magníficos señores presentes que sin dejar de ser demócratas convencidos, devotos cultores de las virtudes populares, escépticos de las pretensiones aristocráticas y, por así decirlo, enemigos aparentes de cualquier forma de superioridad individual, no vacilaban, sin embargo, en prestarse para la bambolla, los excesos coreográficos y los afanes festejantes del manirroto ministro francés.

Entrevistas con Washington

Antes de partir de Filadelfia, quieres conocer a Washington y estrechar su mano de Libertador. Para el momento de tu llegada no estaba en la ciudad y te toca esperar por él varias semanas. Le llevabas una carta de presentación del general Cagigal. Una carta encomiástica, llena de elogios exacerbados, donde lo comparaba con Fabio, "el Fabio de estos tiempos", a su decir. No el llamado *Alobrógico* que conquistó para Roma el territorio de los arvenios. No el Máximo Ruliano Quinto, famoso por la victoria de Sentínum en contra de los samnitas. No el historiador que escribió los *Annales.* No uno cualquiera de los sacerdotes que, en tiempos de Rómulo, formaban el colegio de los lupercos. Sino el más grande de todos los Fabios posibles: el *Verrugoso,* también conocido como el Cuntactor, el cuntactor verrugoso, cinco veces cónsul, censor, dictador, jefe del ejército y triunfador indiscutible de la Segunda Guerra Púnica, y cuyo nombre viene significando desde entonces, en el alegorismo militar, la defensa prudente, astuta y sistemática; el hombre, en fin, que pudo vencer al Aníbal invencible de Tessino y Trevia, de Trasimeno y Cannas, con su táctica embotada, evasiva y modorrosa de

esquivar batallas, tomar posiciones, aburrir con marchas y estratagemas y ganar tiempo, en dos palabras, mientras *las delicias de Capua* terminaban de minar el desespero y las virtudes castrenses de los cartagineses. Decepción mayor, a decir verdad, no pudiste experimentar. No era la presencia del señor Washington para evocar las grandes imágenes de la historia. Y hasta diríase que la frialdad de su temperamento era como un apagafuego para contrarrestar el calor y la fantasía de esas imágenes. Nada de lo suyo se acercaba a las proporciones heroicas. De trato circunspecto, taciturno y poco expresivo, bien que un modo suave y una gran moderación lo hacían soportable, parecía la réplica escuálida de un ministro presbiteriano o la de un pequeño granjero independiente, sin ínfulas ni pretensiones. A su vista, no entiendes cómo habiendo tantos personajes ilustres en América que por sus virtudes y talentos han formado la grande y complicada obra de la independencia, fuese él, precisamente, con su medianía y ninguna relevancia, el que alcanzase el aplauso y el reconocimiento público como Libertador. Después de visitarle, comer en su compañía dos o tres veces y escucharle algunos tópicos intrascendentes y trivialidades sin sentido, piensas que no valía tanto empeño el conocerle.

Las inquinas de M. Barbe-Marbois

Pero no todo fue amistad y bienestar en la ciudad del amor fraterno. El cónsul francés, M. de Marbois, *sinistre individu,* un *merdophage,* lo que se diría un auténtico *mangeur d'excréments,* siempre en abierta competencia con su embajador, sin talento ni probidad, y con gran capacidad de ensañamiento, se antojó de ti para hacerte objeto de sus inquinas. No se sabe por cuáles medios, averiguó todo lo relativo al lío del contrabando en Jamaica y tu deserción del ejército español y lo echó a volar por toda la ciudad, sin consideraciones ni miramientos. Pasqui-

nes, cuchufletas, puyas, pintadas de paredes y sueltos de prensa apañados por el anonimato, alborotaron la curiosa avidez de los pensilvanos. “Miranda, desertor”; “Miranda, contrabandista”; “Miranda, traficante”; fueron algunas de las injurias más gruesas que, por doquier, te endilgó, armando mil chismes y tramas secretas para exponerte al desprecio público y sin que pudieras vindicarte por la palabra empeñada a Cagigal de no ventilar el problema fuera de los estrados españoles; conformándote por ende con presentar al agente Rendón las explicaciones necesarias para tu indemnización con él. Aturdido el pobre, no sabía qué hacer en circunstancias semejantes. En su calidad de representante del gobierno de Madrid, no era cómodo ni elegante para su misión dar alojamiento y amistad a un presunto desertor de sus armas y defraudador de su Real Tesoro. Para salvar su responsabilidad, propusístele el medio de que te escribiera una cana en respuesta a otra que le dirigieras explicando el asunto extensamente desde tu punto de vista, a fin de que se pusiese al cubierto frente a su Cancillería. Lo enojoso del caso hízote adelantar la partida de Filadelfia, abandonando al desprecio las malas acciones del felón galo, sin tomarte la satisfacción de combatirlo ni apretujarle por las solapas de su levita y escupirle a la cara y hacerle tragar sus imprecaciones, sin ambages, como hubiese sido menester.

Por un frágil camino de nieves

Ahora marchas en diligencia, camino de Nueva York. Toda la ruta está recubierta de nieve con un grosor de más de dos pies. La diligencia marcha plantada sobre patines en lugar de ruedas, formando un gran trineo arropado con lona pintada para el abrigo. Tiritas de frío a pesar de ir enfoscado en un pesado yelmo de pieles y con las manos metidas en el *carmuff.* Dos pares de guantes y escarpines de bayeta sobre las botas y medias completan tu atuendo invernal. Cada cierto tiempo se

detienen en las casas públicas que a cada paso se encuentran, con el fin de calentarse los pies y manos entumecidos. A las siete de la mañana llegan muertos de frío al lugar de Bristol, muy bien situado sobre el río Delaware, en la ribera opuesta, o por mejor decir, enfrente de Burlington, capital del Estado de Jersey. En una muy buena posada, desayunan y se calientan al fuego por más de una hora. A las diez, pasaron el río enteramente helado, frente a Trenton, por el mismo lugar, según se les informó, por donde pasó el general Washington cuando en la víspera de la Navidad de 1776, sorprendió e hizo prisionera la brigada de Hesse que, a las órdenes del alemán Rail, estaba acantonada en el lugar, guarneciendo uno de los más importantes puestos del ejército británico. A las doce, llegaron a Princeton, donde almorzaron profusamente. Con el Dr. Craiggie, uno de los pasajeros con quien hiciste amistad —hombre de forma, modo e instrucción—, das un paseo por el lugar. Luego, continuaron la jornada, pasando por Brunswick (situado sobre el río Raritan), Woodbridge y Elizabeth-Town, a través de caminos de tierra y calzadas desiertas, azotados por las avalanchas y la nevisca. Mucho te alegró haber llegado a ese último lugar donde habían de pasar la noche, pues además del frío crudo, algunos de los pasajeros que más gustaron la botella al tiempo de comer se pusieron de tal humor que ya no se les podía aguantar y hubo abuso de palabras hasta no poder más, temiéndose por instantes que se fueran a las manos. Una buena cena, cómodo alojamiento y la compañía de una sirvienta descalzacalzones, ampulosa ella y de ojos iluminados, reparan el cansancio y el disgusto que llevabas. Al siguiente día, muy temprano, siguieron la ruta en trineo por encima de los heleros y aludes de moscas blancas, corriendo riesgos indecibles, pues si por casualidad llegara a romperse el hielo —como muchas veces sucede por aquellos parajes a consecuencia del viento que se cuela— es indefectible que se ahoguen los caballos y cuanta gente vaya en el carruaje, por lo cual todos los pasajeros se bajan en semejantes ocasiones

y marchan a pie detrás del trineo, seguros de que si el peso mayor no rompe el hielo, tampoco habrá de hacerlo por consecuencia el menor. A media mañana llegaron al ferry o barca que llaman Paulus-Hook sobre el North River, en la ribera de Jersey, justo frente a Nueva York a distancia de una milla que será la anchura del río en el lugar. Existe allí un puesto de fortificaciones construido por los británicos y que seguramente merece particular atención en su especie, tanto por la situación ventajosa en la que está ubicado como por el buen juicio, inteligencia y sabio modo con que el arte dispuso sus defensas... Fue, sin embargo, sorprendido y tomado por el famoso coronel Lee. No sin dificultades, una hora más tarde, cuando el hielo flotante del río permitió el paso de la barca, alcanzaron la orilla opuesta. ¡Estabas en Nueva York! El tiempo se hacía cada vez más inquietante. Una nevada inminente no tardaría en caer sobre la ciudad. Álgido, casi esmorecido, por indicación del doctor Craiggie, tomaste alojamiento en la posada secreta de Mrs. Mary Turner, a la orilla del puerto. Por esa noche, arrebujado bajo una montaña de mantas escocesas, prefieres descansar.

A Helluva Town

Nevó. Seguramente, nevó toda la noche. Mil noches semejantes o doscientos años seguidos habrá nevado sobre la ciudad. El río Hudson creció. También creció el Mohawk y el San Lorenzo. East River yace cuajado bajo la fragilidad de un rosario de carlancas. Y si nos fuera dado observar la isla de Manhattan desde el aire, luciría a no dudar como un inmenso témpano desprendido de los glaciares de la Antártida. El aguanieve se arremolina turbia frente a la mole gigante del edificio de la ONU y a las torres elevadas del World Trade Center. La aguja del Empire State y las azoteas y terrazas de los rascacielos circundantes son cual grandes ventisqueros superpuestos donde se acumula la conchesta. El

Parque Central no se reconoce en su nivoso blancor. Escarchado está el grupo escultórico de "Alicia en el país de las maravillas". Hans Christian Andersen, sentado sobre un banco de nieve, hojea un libro de ampos y "El Patito Feo" apenas se distingue sumido en el albor. La ballena de *fiberglass* que emblematiza el zoológico anexo podría confundirse con una Moby Dick auténtica, blanca de cabeza a cola y con carámbanos por dientes, afilados como punzones. En el modesto aposento de la posada de Mrs. Turner, por el contrario, el tiempo parece haberse detenido. El lecho tibio. La chimenea encendida. Crepitar de maderos. Una buena lectura. Todo se aúna en un inmovilismo inespacial e intemporal, en lo no formado aún o en lo formado hace apenas unos instantes para desformarse inmediatamente y cobrar forma de nuevo. El movimiento eterno. El río heracliteano. O, quizás, el ser parmenídico. El reposo inmutable. Es lo mismo el ser que el pensar, decía el sabio de Elea. Es lo mismo el pensar que el ser, te repites ahora. O, quizá mejor aún, la nada mística. El agujero del símbolo del cielo chino. El Pi de jade. El tiempo dándose, no dándose, dándose otra vez. El sol, ese sol que apenas se aureola —tornadizo en la brumazón— por encima de la colgante estructura metálica del Verrazano, alumbrando de día para irse a viajar de noche por el fondo de los mares, conducido por Poseidón, Poseidón él mismo, más allá del Atlántico, más allá del Mare Nostrum, hasta las aguas calmas del Ponto Euxino o las gélidas del Báltico; conducido por Océano y Tetis, titánica también; conducido por Nereo y por los tritones y por las náyades, arrebatados, natatorios, volanderos. Especies y formas en constante fluir. El tiempo y el espacio inexistentes. La Nada. El Todo. Y afuera, la Gran Manzana, *The Big Apple, a hell of a town, a helluva town,* el *omphalós,* corazón del universo y *anus mundi,* oxígeno y excremento, Thulé, la primera y la última ciudad, la isla y la montaña blancas, Albania, Albión, Alba Longa, Sodoma y Gomorra castigadas por la nieve que no por las llamas, Carthago Nova, Nueva Babilonia,

Nueva Alejandría, Roma de Augusto, Roma de Nerón, Nueva Nederland, Nueva Orange, Nueva York, creciendo, bullendo, rebullendo, desparramándose, hiperbórea, como un hervidero microbiano, como una olla humana, como un grutesco elemental, sobre los *sky-scrapers* colosales y en los sótanos irredentos, en los tugurios de Harlem y en las aristocráticas mansiones de State Island, por las calles de Manhattan y los suburbios de Brooklyn, por el antiguo camino de los indios, por los antiguos cotos de caza, por Broadway, por la 42, por la 48, por la 57, por los muelles del puerto, por el excéntrico Chinatown y la bohemia Greenwich Village, por el Lower East Side y por Jersey City, por el Washington Square y por el barrio de los puertorriqueños, promiscuo, marginal, empobrecido, a través de carreteras laberínticas y ferrocarriles ultrasónicos, puentes aéreos y túneles sub-acuáticos, en un ir y venir desaforado de leones rampantes y tímidas sabandijas escurridizas, mastodontes prediluvianos y voraces insectos carniceros. Enfundado en tu yelmo de pieles, sales a recorrer la ciudad. Te mezclas con la fauna circundante, como un mastodonte más, como cualquier sabandija. Caminas despacio. Todo lo miras con recelo. No sabes si has trasmontado el tiempo o si otro tiempo ha invadido el tuyo. Tu cuerpo está fatigado, como entumecido. En el fondo de una vitrina de exhibición hay un espejo. Si pudieras mirarte en él. El vaho de la nieve no lo permite. Sólo alcanzas a percibir una leve sombra. Tu sombra y la de otros transeúntes. No precisas cuál de todas las sombras posibles es la tuya. No te identificas. Has perdido la noción de tu ser. Desconoces tu figura. No sabes cuál es tu edad. Te sientes muy viejo. Pero al sacar tus manos del *carmuff* protector, las ves jóvenes aún. No tienen las venas brotadas, ni la piel cascarosa, ni las uñas ganchudas de las manos de los viejos. Palpas tu pecho, tu vientre, tu sexo, tus piernas, tu pelo. Siguen siendo jóvenes. El pecho, el sexo y el pelo de un hombre de treinta y cuatro años. Reinicias el recorrido, Todo te asombra. La luz de neón que sustituyó al

fanal de aceite. Los vehículos motorizados. Los cláxones. La indumentaria de la gente. Los altos edificios de ciento y más pisos con ventanales de cristal y formidables armazones de hierro. El arte "pop". Los *graffittis.* El "Prometeo" áureo que levita inclinado frente al edificio de la RCA. El "Atlas" de la International Building. La Estatua de la Libertad. La "Unisphere" de la Feria Mundial. El "Globo" de Fritz Koening. La "Sylvette" de Picasso. Un día, recuerdas oscuramente, llegaste al lugar cuando era apenas un pueblo incipiente: una población de escasos 30.000 habitantes. Desembarcaste del Paulus-Hook en el único muelle que existía entonces. El que había hecho construir Peter Stuyvesant, doscientos años atrás, siendo director de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales. Después nevó. Nevó casi dos siglos en una sola noche. Y dos mil muelles o más, todos cubiertos por la nevisca, aparecieron como por arte de encantamiento al lado del construido por el holandés. Otro día, transitas por el puerto más grande del mundo. Todo empieza a sucederse de un modo distinto. No siempre la cronología sujetando al hombre a través de las manecillas del reloj. Otra dimensión te arropa. Donde quiera que dirijas tus pasos. Por las abigarradas calles de un tiempo difuso e incontrolable. Por la mitad del camino de la vida. Una vida detenida en el *mezzo del cammin.* Tres fieras interceptando tus primeros pasos. Una pantera. Un lobo. Un león. El día que se apaga. El aire oscuro. Y largas sombras desprendiéndose de los muelles del puerto donde estabas. Desplomándose sobre las moles de los edificios. Y el pisapisar de los pasantes. La gente saliendo de las fábricas y de las oficinas y de los almacenes. Son los neutrales. La infeliz raza de Adán, los desterrados hijos de Eva, huyendo de las llamadas del barquero Carón para pasarles a la otra orilla. *"¡Ay de vosotras, almas perversas!"* El empellón de las mediastintas. Nadie parece conocer a nadie. Nadie quiere conocer a nadie. Nadie se conoce a sí mismo. Pasan, se tropiezan, se atropellan, se amontonan y se dan codazos para subirse en el bus o para

bajarse del metro. Pero ni siquiera se miran. No quieren conocerse. El miedo al vapuleo y a la defraudación los aísla. Prefieren ignorarse. Se ven como si no se han visto. Prefieren hundirse en su nada abisal. Ningún saludo. Ninguna voz amable. Ningún intercambio trágico, o tan siquiera dramático. Ningún enmaravillamiento. Ninguna complicidad. Sólo, el chaschás de las pisadas sobre la nieve resbalante. Y uno que otro respirar profundo. Y uno que otro latir de corazón. Atónito, te refugias debajo de un portal. Prefieres detener el frío y quedarte, simplemente, viendo pasar a los andantes. Los neutrales andantes. Los neutrandantes de ayer y de hoy. Incoloros, inodoros e insípidos como el agua, nada parecieran querer. Son mentes en blanco, tanto para el bien como para el mal. Dan vueltas y vueltas y bajan en picado, como una hojita que no cayó en su otoño. La fetidez ácida de una montaña de verduras que se pudren cerca del lugar, te hace cambiar de sitio. Allí, donde estás ahora, también arrecian los malos olores. Mugre. Basura. Vapores que brotan de los albañales y alcantarillados. Orines de perro. Excrecencias. Soportas, sin embargo, la hedentina. Más allá, artistas desharrapados confeccionan joyas endebles con alambres de cobre en los pasillos de un Centro Comercial. Después salen a venderlas por medio *dollar* o *dollar* y medio a los trasnochadores de los bares. Arboles deshojados, apenas recubiertos por las ramazones de escarcha. Fluir de agua derretida por las alfagras y los canalones. *"¡Quédense, tierras arcaicas, con su pompa histórica!... Denme sus gentes cansadas, sus pobres, aquellos desventurados que rechazan las playas desbordadas. Envíen a mí, tempestuosamente, a los que no tengan hogar, que yo levantaré mi antorcha junto al portal dorado"*, dice, socarrona, La Estatua con su antorcha, ciertamente, levantada. Los neutrales cobran salario semanal o trabajan a destajo y comen pitanzas desabridas en bandejas de peltre, o *pretzels* y *frankfurters* a la vuelta de cualquier esquina. Hacen el amor sin aspavientos, puro y simple como un hecho natural. Eructan en forma escandalosa. Consumen

y detienen vidas interminables. No usan desodorantes ni lociones. Tampoco pagan impuestos ni se movilizan en autos particulares ni mandan sus hijos a colegios pagos ni se aplican anticonceptivos entre ellos. Presta atención porque, sin la ayuda de maestro alguno, llegaste al primer círculo del embudo invertido. Allí, pululan los que viven el deseo sin esperanza. Sentado con un vaso de cerveza tibia a medio vaciar, esperas en un barcito de media muerte. Ni siquiera sabes a quién esperas. Las meseras y los clientes fijos se confunden en un parlaparlar de periquera. Un cigarrillo quemado hasta la mitad alimenta el cáncer pulmonar que irremisiblemente vendrá. Amigos que no están ahora contigo. Mujeres que, estando contigo, nunca te quisieron. Vendedoras de baratijas. Empleados de bancos. Petardistas y pedidores de favores. Promotores de rifas. Maestricos de escuela. Selladores de quinielas. Extras de televisión. Escribientes y alguaciles de tribunales. Chóferes de taxis. Fotógrafos ambulantes. Buscadores de empleo. Guías turísticos. Gestores de negocios. Dependientes de tiendas. Poneros de teatros y oficinas públicas. Fiscales de tránsito y policías de punto fuera de servicio. Boxeadores retirados. Una descolorida cortina y ratones y cucarachas amedrentados que pasan de una armadura a otra, por encima de las botellas de licor y de la propia caja-registradora. ¿Qué haces allí? No sabrías contestarte. Un tubo de neón parpadeante te alumbra. Es el tiempo del ocio y el divertimiento de la baja clase media citadina. Llena de deudas y desesperanzas, mañana no tendrá con qué pagar el recibo de la electricidad y se quedará sin calefacción. Esta noche toma cerveza caliente. Un mesonero de Taiwan sirve alubias y carnes agridulces por encima de las cabezas arremolinadas de una mesa de latinos. Tienen nombres españoles y se comunican en chicano. Quieres irte, aunque todavía te sientes friolento y afuera comienza a caer la nieve de nuevo. La *rockola* estridula música *funky* y echa a volar sus juegos de colores. Los latinos llevan el compás tamborileando sobre la mesa. La intermitencia de la luz te em-

baraza, egoísta, y empiezas a vivir fantasías que nada tienen que ver, en definitiva, con aquel mundo cochambriento e insulso. Nada te interesa fuera de ti mismo. Pese a ello, tu vista sigue vagando a través de la escena. Como sombras chinescas, guerreros, poetas y sabios, algunos de edad provecta, permanecen recalcados en torno a una mesa verde herrumbrosa. Edgar Allan Poe recita sus poemas con desgano. No logras precisar si se trata de un trozo de El Cuervo. Tiene pergenio de hombre sucio y descuidado. Su voz aguardentosa parece más aullidos. Finalmente, se adormece gruñendo. Walt Whitman toma la palabra entonces y de una sola vez vomita todo su acopio de materiales modernos, la ciudad enorme y cosmopolita, el *super-market* de las novedades técnicas. El viejo Hemingway reúne frente a sí todos los cócteles que en el lugar pueden conseguirse. Para él, cualquier lugarejo es una fiesta. Scott y Zelma Fitzgerald se secretean recuerdos del noviazgo o algún chisme picante de sociedad. Benjamín Franklin se entretiene armando cajas de plomo con palillos de dientes. Crees reconocer al general Washington, tan pedestre como cuando le viste por primera vez en Filadelfia. Y más allá, a Samuel Adams, jefe de los radicales de Massachusetts, opositor a las leyes fiscales propuestas por Inglaterra, participante de los motines de Boston en contra de la Ley del Timbre y signatario principalísimo de la Declaración de Independencia. Se enorgullece con el cognomento de Padre de la Revolución Americana. Por encima del chupadedos de Washington, quizás. Y más allá aún, el general Knox. Capta tu atención. Te acercas a saludarle. Desde tu propia llegada a Norteamérica habías venido oyendo de sus hazañas. Gentil, te recibe ahora. Se abrazan como si se hubiesen conocido desde siempre. Se retiran a conversar en un rincón. Él te habla, en pasado, de la guerra en contra de Inglaterra, de su antiguo oficio de librero, de sus campañas militares. Tú le hablas, en futuro, de tu proyecto independentista para la América Española. Y como, finalmente, no quisiste integrarte al séquito de guerreros y poetas

semiborrachos o borrachos del todo, de nuevo sales a la calle. Todo lo que quieres es moverte. Poner a andar tus músculos entumecidos. Fluir tus tendones hielificados. Calentar la friura de tus huesos. Es una de las tantas calles que convergen en Broadway, el antiguo camino de guerra de los indios. Una hilera de agencias matrimoniales. Vistosos anuncios parpadean a tu vista. La cinarra gotea sobre las letras. Ofrecen por módicos precios y técnicas modernas —la grafología, si se quiere considerar entre ellas, los estudios caracterológicos y aun las máquinas computadoras— relacionar a los posibles cónyuges, facilitándoles el primer encuentro. El sistema no deja de lucirte ingenuo. Pero parece adecuarse a la prisa, al juego de la oferta y la demanda, a la timidez comunicacional y a la incapacidad de entrega propios del tiempo por el que transitas. La que luce más importante de todas, lleva el nombre de "Amiel" y un *slogan* de lo más sugestivo: "No se deje supliciar por la timidez y el miedo, recurra a nosotros y cásese a gusto". Un poco más allá, una academia de baile. Siete u ocho parejas de jóvenes se congelan, apretujados contra el muro, en la cola de espera. Un cartel al neón prende y apaga la figura de un muchacho hermoso aunque diabluno —cuernos y pezuñas de cabra, alas de murciélago y cola de pantera enfurecida— travolteando con una niña angelical. Sonríes con ironía. No todos los chicos que esperan en la cola son demoníacos. Ni todas las niñas, angelicales. Las hay con cara de bruja macilenta. La segunda de la derecha, por ejemplo. Otra con orejas puntiagudas y colmillos salidos. Y la penúltima de la izquierda, una gordita que destila lascivia por todos los poros con sus pantalones de hule entelados y su *sweter* a rayas sofocante. El joven que la acompaña, por el contrario, diríase que es el prototipo del Buen Muchacho, un hijo de papá libre de malas intenciones. Nadie duda que a la primera lección, fuese él el que cayese *come corpo morto cade.* Más lejos, hacia el este: los baños turcos y las clínicas de masajes: meros antros de prostitución disfrazados con fines higiénicos y terapéuticos, si-

baríticos o relajantes. *The boltrope tie,* "La Palomadura", llamábase el situado por la 47 que solías frecuentar a lo largo de tu estada en la ciudad, cada lunes, por la mañana temprano, para pasar del cuarto de sauna a la sala de vapor seco, y de la de vapor seco a la de vapor húmedo o a la de los ochenta grados, detenerte en el estar sólo por breves momentos para beber un refrigerio y saludar a los conocidos habituales, tomar una ducha fría o darte una zambullida en la piscina de agua templada, afeitarte parsimonioso en el sitio de los vestuarios y alcanzar, por fin, el salón *Quai d'Orsay* muy *art nouveau,* con sus espejos biselados y sus grandes fotografías tamaño natural de Theda Bara, la mujer más perversa del mundo, sus cortinas de cuentas, sus sábanas blancas olorosas a *Dans la nuit* y los deliciosos masajes masturbatorios de Mme. Agnes Bernauer, tan experta como su homónima de Baviera que pudo enamorar al duque Alberto III y terminar, por ende, ahogada en el Danubio. Para ti, la histórica mamajista (no es una errata) oficiaba en persona, porque eras cliente de categoría (un dignatario español en el exilio o un rico propietario suramericano con muchos pozos de petróleo en su heredad, desnudo en pelota, puesto para flexibilizarle los músculos y el monedero, frotarlo, amasarlo, reducirle las tumefacciones, vaciarlo y mandarle de vuelta a casa hasta la semana siguiente). Recuerdas sus manos azuladas de princesa mística, sus dorsos casi marmóreos, sus palmas de piel de melocotón, fuentes de la dulcedumbre. El tacto percuciente, áspero a ratos, casi doloroso si se quiere. La fricación rítmica. La inducción del sueño. Ese como letargo que entonces sobrevenía. El flujo de la sangre y de la linfa revolviéndose en el centro del cuerpo. El martilleo de sus yemas y nudillos sobre tus muslos, en el costillar, por el bajo vientre, y sobre todo: sus artes felatorias. Pero no terminaba en las paredes especularias del *Quai d'Orsay* la incontinencia de la calle 47 o la de las otras que, con igual lujuria, la circuncidaban. Más allá de las cortinas de cuentas y de las fotos gigantes de la más perversa del mundo,

comenzaba el sector de los *sex-shops.* Un rey Minos musculoso, de miembro estrafalario visiblemente detectable por encima del ajuste de las delanteras (y - tan - largo - como - para - en - estado - de - semi - erección - darle - varias - vueltas - a - su - cuerpo - de - jayán - espartano - alemán - nazi - negro - sureño - o - como - quiera - que - fuese - igualmente - personudo), cuidaba la entrada de cada uno de los locales. Pantalones de cuero negro. Chaquetilla abierta sin mangas para exhibir los pectorales y las incisiones de tatuajes en los bíceps. Anteojos oscuros de drogómano noctámbulo o motociclista diurno. Una gorra de medio lado, negra también, como puesta al desgaire. Siempre mordían cigarrillos con filtro y echaban volutas de humo en dirección inclinada a sus cabezas. Quemando el aire hasta consumirlo. Muñequeras ribeteadas con puntas de clavo. En los dedos llevaban manoplas de hierro y anillos de metal con la calavera de El Fantasma incrustada. Los más ostentosos portaban: varas de espino, látigos y mandadores, sofisticados bastones con pinchos afilados, vergas de nervios de buey, el *timpanum* de los griegos, bloques de madera con puntas cortantes, cadenetas de motos, gatos de nueve colas, el cepo de los dedos, la máscara del hambre (para bloquear las mandíbulas de las víctimas impidiéndoles comer), alambres calientes, al rojo vivo, descargadores eléctricos, pértigas azuzantes, ganchos punzadores para lacerar la carne y eventualmente desollarla, unas especies de tenazas para extraer y cortar la lengua, rolos de policías, fusiles de repetición y simples cabillas forradas con teipe. Pura bulla. Pavadas. Vulgares artificios para completar la caracterización sado-masoquista. Tan pronto uno acercábase a las vitrinas y quedábase observando con detenimiento algo que le interesara —un anillo de Nuch bueno para evitar las erecciones involuntarias y las poluciones nocturnas, aquellos preservativos linguales de ínfimo tamaño, este rarísimo ejemplar del *Anís el Ushsahk* o *Tratado sobre la descripción literaria del cuerpo de la mujer, con citas sacadas de los mejores poetas persas,* por Hasan ibn Mo-

hammed, apodado Sharaf ed-Din y conocido por el más recordable nombre de Rami— en seguida te abordaban, melifluos y bien compuestos: ¿Le interesa algo, señor?; ¿en qué podemos servirle, señor?; pase usted, señor; pase adelante; pase, pase, pase, usted, sin ningún compromiso de su parte. Cortina de satín roja. Música *bebop* al fondo. Y el cajero, invariablemente marico. Una muñeca *Plastisex,* inflada ya, te deslumbra a la entrada. Es sumamente recomendable, te apunta el mexicanito dependiente. José Juan o Juan José Arreola, dijo llamarse. El ejército y la marina, así como algunos directores de establecimientos penales y docentes, proporcionan a sus reclutas y pupilos el servicio de estas higiénicas y atractivas criaturas. Se maneja por medio de controles automáticos y está hecha de materiales sintéticos, prosigue. Podemos servirle su tipo de belleza ideal al instante. Cleopatra o Marilyn Monroe. Jackeline Kennedy Onassis o Dánae recibiendo la lluvia de oro. Madame Recamier o Marlene Dietrich en *El Ángel Azul.* Quienquiera. Como la quiera. Todas son indeformables e inarrugables. Por más que las usen, conservan la suavidad de su tez y la turgencia de sus líneas. No protestan. No chillan. No contrarían ni hacen exigencia alguna. Nuestras venus —abunda el explicante con un pulido expresionismo miniaturista— están garantizadas para un servicio perfecto de diez años —duración promedio de cualquier esposa de carne y hueso—, salvo los casos en que sean sometidas a prácticas anormales de sadismo. Su peso es rigurosamente específico y el noventa por ciento corresponde al agua que circula por las finísimas burbujas de su cuerpo esponjado, caldeada por un sistema venoso de calefacción eléctrica. Así se obtiene la ilusión perfecta del desplazamiento de los músculos bajo la piel, y el equilibrio hidrostático de las masas carnosas durante el movimiento. Cuando el termostato se lleva a un grado de temperatura febril, una tenue exudación salina aflora a la superficie cutánea. El agua no sólo cumple funciones físicas de plasticidad variable, sino también claramente fisiológicas e higiénicas:

haciéndola fluir intensamente de dentro hacia afuera, asegura la limpieza rápida y completa de nuestra *Plastisex.* Un armazón de magnesio, irrompible hasta en los más apasionados abrazos y finamente diseñado a partir del esqueleto humano, asegura con propiedad todos sus movimientos y posiciones. Con un poco de práctica, se puede bailar, luchar, hacer ejercicios gimnásticos o acrobáticos y producir en su cuerpo reacciones de acogida o rechazo más o menos enérgicas. (Aunque sumisas, las *Plastisex* son sumamente vigorosas, ya que están equipadas con un motor eléctrico de medio caballo de fuerza.) La boca, las fosas nasales, la cara interna de los párpados y las demás regiones mucosas, están hechas con suavísima esponja, saturadas con sustancias nutritivas y estuosas, de viscosidad variable y con diferentes índices afrodisíacos y vitamínicos, extraídos de algas marinas y plantas medicinales. "Hay leche y miel bajo tu lengua...", dice el *Cantar de los cantares,* rememora cultista el joven Arreola. Usted puede emular los placeres de Salomón, te insta al instante; haga una mixtura con leche de cabra y miel de avispas; llene con ella el depósito craneano de su *Plastisex,* sazónela al oporto o al benedictine: sentirá que los ríos del paraíso fluyen a su boca en el largo beso alimenticio. Te explica luego que, hasta ahora, se han reservado bajo patente el derecho de adaptar las glándulas mamarias como redomas de licor. Por lo que se refiere a la cabellera y demás vegetaciones pilosas, llevan una fibra de acetato que tiene en todo las características del pelaje femenino, y lo que supera en belleza, textura y elasticidad. ¿Es usted aficionado a los placeres del olfato? Sintonice entonces la escala de los olores. Desde el tenue aroma axilar hecho a base de sándalo y almizcle, hasta las más recias emanaciones de la mujer asoleada y deportiva: ácido butírico puro, o los más quintaesenciados productos de la perfumería moderna. Embriáguese a su gusto. La gama olfativa y gustativa se extiende naturalmente hasta el aliento. Respiran acompasada o agitadamente, conforme a las circunstancias. Un regulador asegura la curva creciente de

sus anhelos, desde el suspiro al gemido, mediante el ritmo controlable de sus canjes respiratorios. Automáticamente el corazón acompasa la fuerza y la velocidad de sus latidos. En la rama de accesorios, nuestro producto rivaliza en vestuario y ornato con el atuendo de las señoras más distinguidas, asegura Arreola. Desnuda es sencillamente insuperable; púber o impúber, en la flor de la juventud o con todas las opulencias maduras del otoño, según el matiz peculiar de cada raza o mestizaje. Para los amantes celosos, continúa pormenorizante, hemos superado el antiguo ideal del cinturón de castidad: un estuche de cuerpo entero que convierte a cada mujer en una fortaleza de acero inexpugnable. Y por lo que toca a la virginidad, cada *Plastisex* va provista de un dispositivo que no puede violar más que usted mismo, el himen plástico que es un verdadero sello de garantía. Tan fiel al original, que al ser destruido se contrae sobre sí mismo y reproduce las excrecencias coralinas llamadas carúnculas mirtiformes. Todo parecía tenerlo previsto el inquieto vendedor. Siguiendo la inflexible línea de ética comercial que nos hemos trazado, dice en tono de *magister,* nos interesa denunciar los rumores, más o menos encubiertos, que algunos clientes neuróticos han hecho circular a propósito de nuestra venus. Se dice que hemos creado una mujer tan perfecta, que varios modelos, ardientemente amados por hombres solitarios, han quedado encinta y que otros sufren ciertos trastornos periódicos. Nada más falso. Aunque nuestro departamento de investigación trabaja a toda capacidad y con un presupuesto triplicado, no podemos todavía jactarnos de haber librado a la mujer de tan graves servidumbres. Desgraciadamente, no es fácil desmentir con la misma energía la noticia publicada por un periódico irresponsable, acerca de que un joven inexperto murió asfixiado en brazos de una mujer de plástico. Sin negar la posibilidad de semejante accidente, afirmamos que sólo puede ocurrir en virtud de un imperdonable descuido, corta tajante el promotor. Pero no concluyó allí su perorata. El aspecto moral de nuestra in-

dustria, siguió sentencioso, ha sido hasta ahora insuficientemente interpretado. Junto a los sociólogos que nos alaban por haber asestado un duro golpe a la prostitución (en Marsella hay una casa a la que ya no podemos llamar de mala nota porque funciona exclusivamente a base de *Plastisex),* hay otros que nos acusan de fomentar maniáticos afectados al infantilismo. Semejantes timoratos olvidan adrede las cualidades de nuestro invento, que lejos de limitarse al goce físico, asegura dilectos placeres intelectuales y estéticos a cada uno de los afortunados usuarios. Como objeto de goce, la *Plastisex* debe ser empleada de modo mesurado y prudente, tal como la sabiduría popular aconseja respecto a nuestra compañera tradicional, agrega Arreola cauteloso. Normalmente utilizado, su débito asegura la salud y el bienestar del hombre, cualquiera que sea su edad y complexión. Y por lo que se refiere a los gastos de inversión y mantenimiento, la *Plastisex* se paga ella sola. Consume tanta electricidad como un refrigerador, se puede enchufar en cualquier contacto doméstico, y equipada con sus más valiosos aditamentos, pronto resulta más económica que una esposa común y corriente. Es inerte o activa, locuaz o silenciosa a voluntad, y se puede guardar en el closet. Lejos de representar una amenaza para la sociedad, la venus *Plastisex* resulta una aliada poderosa en la lucha pro-restauración de los valores humanos. En vez de disminuirla, engrandece y dignifica a la mujer, arrebatándole su papel de instrumento placentero, de sexófora, para emplear un término clásico —advirtió Arreola con regodeo—. En lugar de mercancía deprimente, costosa o insalubre, nuestras prójimas se convertirán en seres capaces de desarrollar sus posibilidades creadoras hasta un alto grado de perfección. Al popularizarse el uso de las *Plastisex,* asistiremos a la eclosión del genio femenino, tan largamente esperada. Y las mujeres, libres ya de sus obligaciones tradicionalmente eróticas, instalarán para siempre en su belleza transitoria el puro reino del espíritu, concluyó tu informador con cabal optimismo. Pero no sólo las mu-

ñecas *Plastisex* pululaban en aquellos cuchitriles de la lascivia. La pared de la derecha, recubierta hasta el techo de anaqueles, mostraba, mil veces repetidos, lo que podríamos llamar la contrapartida del producto anterior: los olisbos o consoladores de viuda en forma de falo para suplir las penas y carencias de quien haya menester. Uno al lado del otro, erectos o en trance de erección, levantábanse desafiantes como la selva de lanzas en *La rendición de Breda.* Rosados biliosos. Bermejos. Enrojecidos casi hasta el estallido de la sangre. Negros e inmensos. Mestizos. Con ese color aceitunado terroso de los indígenas tropicales. Provistos de todas las rugosidades, protuberancias, lisuras y venas brotadas que pudiese tener uno, bien dotado, al natural. Alimentados con pilas Ray-O-Vac, *las que no se apagan nunca,* funcionan como vibradores eléctricos, capaces de repetir las constricciones, dilataciones y frotaduras de cualquier miembro normal. Puede llevarse el que prefiera, te invita persuasivo Arreola. Inyectados con leche condensada, calentada al baño de maña, basta el pase de un *switch* para que reproduzcan el mismo efecto de la descarga seminal. Sirven de igual manera para la autosatisfacción que para el complacimiento homosexual que para, calzados con el cinturón anexo, sustituir el desvalido miembro propio en el acto hetero, te garantiza conocedor. Y por la justificación de su tenencia, no se preocupe, agregó en plan cómplice. Siempre la tendrá al alcance de la boca. Lo compré para una tía solterona, podrá decirle al inspector de aduana, quien, seguramente, le guiñará un ojo a modo de aprobación. Más allá está la vitrina de los polvos, cremas, perfumes y otros afeites sexuales. Y, al lado, el estante de los pomos de farmacia contentivos de los más increíbles afrodisíacos (o afroditarios, como prefiere decir el culterano vendedor). El ginseng oriental tan reputado. El polvo de cuerno de órix y el cuerno de rinoceronte. El unto de palodearco y el mentol chino. El *afroselenium* egipcio, usado en los ritos esotéricos de Tebas, y el beleño negro. La baba de sapo y el licor vaginal de asna preñada. La belladona.

Las drogas diversas de libre venta e incontrolado uso. El almizcle. Las especias comunes y las menos conocidas. El jengibre. La mandrágora. La menta. La nuez moscada. La vómica. La salvia. El fósforo y el sulfuro de carbono. La vainilla. El yagé o ayahuasca. Las cantáridas y la yohimbina. Y el agnoscato. ¿Conoce usted el agnocasto o *vitex agnus castus,* vulgo sauzgatillo?, inquiere Arreola. Es un anafrodisíaco buenísimo, por el contrario, para guardar la castidad. Lo requieren mucho los amantes ardorosos y los esposos adúlteros. En el mostrador de las estatuas, las afroditas de alabastro y yeso barnizado. La diosa griega del amor. La venus romana. Símbolo de la belleza y la fecundidad femenina. Del cielo. Y del mar. Y de la tierra. La Astarté de los fenicios. La Atargates de los sirios. La Istasar de los asirios. La Mylitta babilónica. Juno y Liberia entre los italiotas. Urania o la celeste. Pasifae o la que brilla para todos. Pandemos. Hetera y Ninfia, patrona de las cortesanas. Calípige la de las nalgas hermosas. Pelagia y Pontia, protectora de los navegantes. Necéforos, la que propicia la victoria y el descanso del guerrero. Naciendo de las olas bajo la protección de los vientos. Idealizada por Botticelli sobre una concha marina. Cantada por Safo y por Dioscórides. Por Aclepsiades. Por Paolo Silenziario. Por Meleagro de Lavirnio. La Capitolina de Praxísteles. La de Canova y la que se mira en el espejo de Velázquez. La de Correggio y la de Tintoretto. La de Lucas Cranach, con sus tetas menudas de perrita y su alón sombrero de bellotas. Las Tres Gracias celulíticas de Rubens. La Olympia de Manet. La que consuela a Amor de Boucher y la de Urbino de Tiziano. La Citerea. La de Milo y la de Tacarigua, venezolanita, enana, contrahecha como si fuera sólo vulva. La de Albani en su tocador y la dormida de Giorgione. La Anadiodema de Ingres y la Hermafrodita anónima del Louvre. La Paulina Bonaparte, princesa de Borghese, y la miss O'Murphy del canapé. La Alegoría de la Primavera con toda su cohorte endomingada de ninfas florecidas y Eva después de la caída de Carpeaux. Un mundo de

estatuillas apiladas, depiladas y al descubierto. Es la sexión más visitada del almacén, te dice Arreola de lo más ufano. Aquí se detienen los onanistas que no se atreven a masturbarse en las salas de los grandes museos del mundo. Otras estatuas y objetos de arte. Bronces itilfálicos. Cerámicas precolombinas. Miniaturas hindúes. La réplica de una copa griega del siglo IV a.C. Copias fieles de sicalípticas estelas pompeyanas. Ahora Arreola señala un inmenso envase de cristal, el envase de los preservativos. Flotan en cardúmenes, iluminados por una luz de acuario, los diafragmas de caucho con marco metálico y los pesarios de goma inglesa pura; las esponjas de seda, flexibles y de gran poder absorbente, con los capuchones cervicales; el de Foote, caído en desuso y convertido en un fósil de la preevolución, exhibido sólo —tal vez— por su rareza histórica; el de Kafka, más moderno, si se quiere matamorfósico; los tipo Prorace y los tipo Dumas, hechos de lucita: un plástico transparente de gran resistencia; pueden dejarse *in situ* varios días e incluso durante el tiempo que media entre una menstruación y otra; los anillos de Gräfenberg y los de Hall y Stone; la espiral de polietileno y el asa de Lippes; la lazada de Birnberg; la "T" de cobre, la "T" de bronce, la "T" de plata y todos los otros sofisticados dispositivos intrauterinos que, a no dudar, tienen su antecedente más remoto —explica Arreola con su sabihondez característica— en la práctica de los camelleros que, para impedir que las camellas fuesen fecundadas durante la travesía del desierto, les introducían muy profundamente en la vagina trocitos y clavos de cobre a modo de antinidatorios logrando así que el huevo o zigoto no se implantara en la pared uterina. En la pecera de cristal destácanse también, junto a la variedad de espumas, cremas, tabletas, jaleas y otros espermaticidas químicos de aplicación local, los siempre conocidos y nunca bien ponderados condones. Allí están, el Práctico, como un peje-sapo, de caucho dilatado, con sólo 5 a 8 centímetros de largo, por lo que no recubre más que el extremo del órgano, aguantador como el que más y

absolutamente irrompible; el Caimán, con su textura de piel de cocodrilo, fabricado con caucho y seda sin soldaduras ni costuras de ninguna clase, afelpado después por un nuevo procedimiento, provoca graciosísimos efectos y es de una fineza extremada; se despacha en tres tallas, pequeñitos, normales y gigantes; el Anélido, con fotóforos luminosos a lo largo de su superficie, para ser distinguido en la más absoluta oscuridad y conducido hasta su destino sin interferencias aun bajo las mayores exacerbaciones; el Argyropelecus, con ojos dispuestos en su terminal para guiarse o ser guiado, quizás, en las profundidades más abisales. Y el Corroncho. Y el Lanudo. Y el Adaptable. Y el Adhesivo. Y el Hijo de la Flor, especial para *hippies, happeners* o *beatniks* como también se les llama comúnmente, decorado en toda su extensión con flores y motivos psicodélicos y enriquecido en su fortaleza con delgadísimas y casi imperceptibles fibras de *nylon* para mejor aguantar los empujes de la cada vez más generalizada "Sacudida Juvenil". ¿Le interesaría a usted, quizás, saber un poco sobre el nombre condón?, te pregunta el mexicanito de Zapotlán con sus aires de novicio docto, al tiempo que comenzaban a acercarse en su torno algunos de los otros clientes presentes en el almacén. Un *gigolo* cazador de mujeres viejas. Un maricón obeso con aspecto de Orson Welles más joven, oliente a transpiración y una flor amarilla detrás de su oreja. Una chica negra, naranja y rojo. Un par de parejas raras, con todo el aspecto de los *swinger's party.* Y un misionero presbiteriano, bajito, con el pelo color gris acero y corto, la cara de piedra y el ceño muy arrugado, cual la versión condensaba de Spencer Tracy. Bueno, amigos, veamos de qué se trata, dijo el señor Arreola tomando en su mano un hatajo de condones de diferentes marcas, tamaños y modelos. Por un puro interés lingüístico, él había aplicado muchas horas de vigilia al estudio de la palabra condón, según dijo. Le angustiaba molestosamente la falta de unidad de criterio sobre el origen de la misma. Algunos autores la hacen venir del latín *condus,* receptáculo. Mientras que

otros prefieren hacerla derivar del apellido Condom, dicho a veces Conton y también Cundum, del supuesto inventor cuya identidad tampoco está definida en forma contundente. No pocos dicen que se trata de un médico francés. Otros hablan de uno inglés. Hay quienes le señalan como un simple higienista de nacionalidad indeterminada. Y no faltan aquellos que redúcenle a un oscuro tripero del pueblo Condom (en el Armagnac, departamento de Gers, Francia), quien, accidentalmente parece, lo fabricó por primera vez. Tal imprecisión, aseguraba, le causó un gran escozor intelectual. Para poner fin a este inconveniente que por noches enteras impidióle conciliar el sueño, consultó cientos de especialistas en lenguas indoeuropeas, examinó un cartapacio de monografías y artículos de diccionarios (sin excluir la *Espasa-Calpe,* la *Encyclopaedia Britannica* y el *Handbuch des Haut-und Geschlenchtskrankheiten,* una especie de Biblia de la dermatovenereología alemana) y se dio a viajar, cual un investigador de campo, por toda la Aquitania y demás lugares donde tentativamente se centraba el origen del inventor. Fue así como, viajando por las costas de Nápoles, casi sin proponérselo, se enteró que allí la palabreja era de uso corriente y valía tanto como *bolsa.* Consiste en una membrana muy sutil que forma el buche preservativo de ciertos peces abundantes en la fauna litoral del Adriático. A diario, los lugareños prepáranla a la manera de las vitelas para diferentes usos; por ejemplo, para válvulas de máquinas neumáticas, para forro de frascos donde se conservan gases, para obliterar vasijas destinadas a preservar sustancias espirituosas del contacto con el aire, y aun para aplicaciones medicinales, como sangrías, cataplasmas y protección de tumuraciones en la epidermis. Según pudo enterarse en ese mismo viaje, fueron los pragmáticos ingleses, fecundos en hallazgos y fraguamientos de todas clases, al observar los estragos que el mal venéreo provocaba en las tripulaciones de sus buques y tropas destinadas a las posesiones y expediciones de ultramar, quienes optaron por usar tales buches de peces como preser-

vativos o protectores del miembro viril a los accesos a ataques del virus, garantizándose de paso el desahogo de la lubricidad sin riesgos de generaciones y percances posteriores. Soy categórico cuando digo que si necesario fuera yo podría promover una nube de testigos, ingleses y napolitanos, sobre la veracidad de mi descubrimiento, agregó con vehemencia. Ese y no otro es el verdadero origen del término condón. No en balde, con tal frecuencia, se traslada a la marinería. Existe el *condón de cura.* Existe el *condón de obispo.* Existe el *condón de papa.* Todos, artefactos marínenles con fines preservativos, arguyó enfático, con la voz casi en el cuello. Un unánime murmullo de aprobación se levantó entre los presentes y algunos terminaron por aplaudir. Para premiar al charlista sus exitosas investigaciones, la concurrencia embebida (la negra de naranja y rojo, los *swinger's party,* el maricón obeso y hasta el Spencer Tracy presbiteriano) terminan comprándole toda la existencia de preservativos. Los llevaban por gruesas. Ni tú mismo pudiste retraerte a la demanda colectiva y también llevaste los tuyos. Media docena de caimanes número 3, sin recipiente, uno por el precio de 45 centavos. Después te detuviste, un rato más, frente al estante de los libros. Allí estaban, incitantes y terribles, las obras más altas de la literatura galante junto a otras que podrían tildarse de francamente obscenas; los álbumes de Príapo, plenos de pastiches, aforismos, chascarrillos, cuentos, leyendas y epigramas; las cartas de Alcifrón, el epistológrafo amoroso más grande entre los griegos; los almanaques eróticos, con las listas de prostitutas y homosexuales anexas, sus direcciones y tarifas, consejos para sus tratos, señas particulares, apodos, aberraciones y devaneos; el *Arte de las putas* de Nicolás Fernández de Moratín y la *Colección Afrodita* de la *Biblioteca Hispania* de Madrid, en impecable traducción inglesa; una edición facsimilar del *Ananga Ranga y* otra del *Kama Sutra; El asno de oro* de Apuleyo y *El arte de amar* de Ovidio; la *Lisístrata* de Aristófanes ilustrada por Dalí y las *Memorias de Fanny Hill* de John Cleland; *El*

amante de Lady Chatterley de D. H. Lawrence y *Las historias que me contó* Toto, del inglés Frederick Rolfe. Tras mucho revisar ejemplares y autores, trashojar páginas e ilustraciones, repasar índices y pies de imprenta, leer y releer principios, fragmentos y pasajes completos, terminaste por escoger una decena o decena y media de títulos. Siempre el deleite máximo te lo aseguraron los libros. La lujuria era entonces la lectura incesante, sin solución de continuidad, de una página impresa. Letras, simples caracteres tipográficos, palabras, frases, renglones, párrafos, sogas que enlazan la libido, tironeando el cuerpo todo hasta el absorto de una aparición en el poder enunciativo de cada sintagma y cada paradigma penetrados por la mirada y la fuerza indagatoria del entendimiento como en un juego de delectación espejeante. Aprehender al otro ya no en su cuerpo determinado sino más bien en la indeterminable potencia de su creación y sus creencias, en la fortaleza o la liviandad de sus recuerdos, en la precisión de sus sueños, en la corporización de sus imágenes, vale decir, en la total lectura de su transparencia, de lo sensorial a lo invisible, de lo palpable a la gravitación final de las primeras causas y las últimas consecuencias; he allí la verdadera lujuria, Mefistófeles. Por algo, el propio Dante tuvo que valerse de la eficiencia casualística de la lectura para mejor acusar a la lujuria en su segundo círculo tartáreo. Paolo Malatesta y Francesca da Rímini, los no menos célebres amantes de Ravena, dos en uno, arquetípicos ellos, simbiotizados más allá de los lazos de una pura pasión unitiva, son agitados por el torbellino infernal sin esperanza de reposo, después que el burlado marido Gianciotto, energuménico, deforme y burdo, les sorprende leyendo el romance caballeresco de los amores de Lancelot con la reina Ginebra. Quizá pensabas en ello el rato largo que todavía anduviste, por los vericuetos del almacén, trasteando aquí y allá el surtido de objetos sexuales apilados, en aparente desorden, sobre armarios y repisas. Las prendas íntimas femeninas, en copiosa variedad de modelos, tamaños y colores.

Las fotos *gays* siempre tomadas por detrás (hasta hace muy poco estuvo vigente en Estados Unidos una jurisprudencia de la Corte Federal según la cual: la obscenidad estaba sólo por delante). El cinturón de castidad armado de púas y doble cuchilla cortante, con las armas señoriles del marido inscritas en hierro y una leyenda, *Ambulat cum dominio: (las servidumbres) acompañan la propiedad.* Y los fetiches, amuletos, talismanes y pantáculos del engendramiento y la fecundidad. Con curiosidad no exenta de fervor casi religioso, echas la vista encima del exhibidor de cristal donde reposan en lecho de fieltro rojo las minúsculas venusillas prehistóricas, trasuntos de la de Lespuge y de la de Willeudorf. Con tus manos palpas los *terafim* que los viejos patriarcas de Israel o de Asur colgaban de las pieles de sus tiendas para asegurarse sanas y prolíficas descendencias, ínfimos objetos, palabras sagradas en pergaminos desvaídos, fórmulas de esoteria, supuestas piedras santas del Sinaí, las formas humanas de plomo atadas para ritos de hechicería, las filacterias hebreas en sus cajitas de badana para ser colocadas sobre las panes pudendas de los rogadores, anos de hiena disecados (tan eficaces, según Plinio, que bastaría que quien los porte mire a una mujer para que ésta le siga derretida). Más que respeto, temor, sientes frente a las estatuillas andróginas de Bafomet. Y una cierta sonrisa se te escapa ante los miembros viriles erectos o lánguidos, en estado de reposo. Trinquetes labrados en oro, plata, bronce, pórfido, quelonita, coral, engarzados con vidrios de colores y concreciones perlíferas; dinguilindones como badajos de campanas; groseras representaciones en madera, barro o metal. Falo *juju,* falo *monda,* falo *gris-gris,* falo *mkissi,* falo *biang.* Unos pasos más allá, levantaste una cortina negra y pasaste a la trastienda. En un pasillo que parecía converger hacia ninguna parte, las paredes estaban recubiertas por compartimientos de cartón piedra, especie de caseticas de playa, donde por el pago de unas monedas podían verse películas pornográficas, sin argumentos ni actuaciones que valieran registrarse, simple inci-

tación carnal podría decirse. La proyección dura sólo 3 minutos, al cabo de los cuales usted, distinguido espectador, debe introducir otra moneda si su *voy enramo* pedestre aún no ha sido satisfecho. Sentiste pena por los aficionados consuetudinarios que, escurridizos, parecían espiarse entre ellos. Viejos verdes. Jubilados ociosos. Mujeres malentretenidas, premenopáusicas. Adolescentes espinilludos que andaban descubriendo el pandemónium del sexo. Con todo, la sordidez del ambiente y la semipenumbra reinante causáronte un escozor manifiesto. Imágenes de un terror metafísico comenzaron a agolparse en tus pupilas. Parejas fornicantes, en las más inverosímiles posturas, como moscas, desprendíanse del techo, infinitamente, hacia todos los puntos del vacío, suspendidas, vibrátiles, intermitentes, ora luminosas, ora apagadas, en un prendeiapaga quita sentido que, por momentos, provocaba la más frenética exaltación y a ratos, una sensación de inexistencia. Creyendo haber perdido el juicio, temeroso ante la perversión de tus percepciones, presintiéndote víctima de una feroz insania, tratas de huir, avanzar, correr, retroceder, buscar, ¡en fin!, una salida, pero tus pasos rebotan acolchonados, una y otra vez y mil veces más quizás, sobre el haz de cuerpos caídos. Desfallecientes, reptan como escorpiones. Balan. Chillan. Jadean. Recupéranse apenas para continuar la fornicación eterna que se reproduce y crece ante tu vista, apabullante, sucesiva, caricatural, aquí y ahora en las paredes de tu celda, como el sinfín de las sombras chinescas o las proyecciones de una linterna mágica, como las estampas de Epinal o un mundo de títeres que badulequean en tu presencia. Dieciséis o veinticuatro imágenes por segundo van superponiéndose en tu persistencia retiniana. Un tizón que se agita se transforma, de pronto, en una línea de fuego ascendente. Una rueda de Faraday sigue girando incansable frente a mil espejos o a un solo espejo que se multiplica. Los dibujos del taumátropo resbálanse ante tus ojos desconcertados. El fenaquistiscopio avanza y hace retroceder, para ti, el movimiento. Tan pronto ves o crees ver una larga serie de

daguerrotipos fornicatorios, uno al lado del otro, como una sucesión de dibujos animados lanzados por el zoótropo de Horner sobre una pantalla de tinieblas, como una película super-rápida de 35 mm. Es una vulva abierta y el falo gigante que trata de alcanzarla. Es un miembro decapitado desangrándose y la cabeza que se le superpone. Son las dos mitades de una mujer desnuda. Es una pareja yacente, tratando de acercarse uno al otro. Es todo, al instante, unido en una sola imagen que gira como un torbellino. Rosetones. Engranajes. Sólidos en revolución. Se alejan y se acercan, a voluntad, en una especie de pantomima lumínica. Escenas. Cuadros. Verdaderas secuencias o sucesiones de planos. Y los *flashbacks.* Ya las parejas no fornican incesantes, sino que, súbitamente, se conejan en un parque estival, bailan un danzón o comparten un *loaf-sugar* en una cafetería. Siluetas blancas se agitan sobre un fondo negro, tan inhumanas como peleles, cuando finalmente, de regreso, traspasas otra vez la cortina y alcanzas la luz. Es la hora de cerrar, dice Arreola con voz cansada. Te despides de él, ceremonioso, y le das las gracias. Fatigado por la intensidad de aquel primer día en Nueva York y la dureza del invierno, buscas camino hacia la posada de Mrs. Turnen Atrás queda el *sex-shop* (o *sexería,* como prefieren decir en español Camilo José Cela y otros académicos del cachondeo). Era ya medio amanecer. A pesar de lo avanzado de la hora y el helamiento del clima, aún reinaba gran estrépito en los bares y cafés circundantes y había profusión de gentes medrando en derredor. Ves las putas negras, bronceadas, blancas rubicundas de melenas lacias y ojos azulencos. He aquí la poesía esta mañana y para la prosa están los diarios, dijo Guillaume Apollinaire. Ves los lava copas nocturnos que terminan sus jornadas en los restaurantes y en los pequeños garitos. Ves los maricones deambulantes y los que sin gestos feminoides ni voz melífera también ofrecen lo suyo a la almoneda. Son los “frutos pasados” o las “tortas de buey” en el argot neoyorkino. A vuelo rasante merodean los cuervos, los halcones, los búhos. Bujarrones ele-

gantes esperan pacientes en sus automóviles de lujo. Chulos jaquetones cuidan sus intereses, atentos, a distancia. Infantes de marina se chancean bullangueros entre ellos. A uno, por mal nombre, le dicen “El Corto”. Otro le susurra, casi al oído, a una puta vieja: el amor del que sufro es una enfermedad vergonzosa. Te lo pegaría el cono de tu madre, contesta la mujer. Piensas, al paso, que el amor esta vez es una sífilis o una blenorragia. Más allá, salen las damiselas de un burdel de postín. Se creen *vedettes* de Hollywood. Tienen fe en su estrella como los reyes magos. Esperan ganar mucho dinero para retirarse algún día. Pronto saldrán también los *travestís* y los *gogo-boys* de las salas de fiesta homosexuales. Los lecheros hacen tintinear sus bidones en las esquinas. Llegas a la pensión. *Adiós. Adiós Sol cuello cortado,* dices apenas cuando cruzas el umbral.

Uno de los dos se llamaba Ciacco

Las calles siguen cubiertas de nieve. Por el frío, tienes varios días sin asomar la nariz a la puerta. Casi al pie de tu ventana oyes murmullos. Era ese el lugar convenido. Esta calle no, la siguiente, primera cuadra a la izquierda y luego a la derecha, veinte pasos más allá. Justo, debajo de tu ventana. Tiempo, como íntimo. Atardecer, parece. Voces apenas perceptibles. Dos hombres discuten una transacción mercantil. Se trata de un yonqui y su proveedor. De un proveedor y su yonqui. Arguyen, manipulan, forcejean. Uno, desastrado, con aspecto *hippy,* casi desnudo. En estado de tercer día de carencia, podría pensarse. No sabías cómo pudo resistir el frío de la droga y el de la desnudez. Pero vivo estaba allí, cual un lobo aullante. ¿Tienes algo para la abuela?, ¿tienes algo para la abuela?, preguntaba con voz ronca, casi apagada. Unos colmillos afilados y grandototes para devorarla, parecía contestar el otro, impertérrito, con su cara de guapo latino, italiano del sur, su bigotico recortado, su

piel morena lavada, un *jersey* cuello de tortuga azul petunia, su chaqueta de cuero negro afelpada, de *gángster* de ballet, y un flamante maletín de ejecutivo donde, seguramente, portaba la mercancía. Al yonqui, la saliva se le sale por la boca y se le escurre por la barbilla en largos colgajos. Su estómago hace ruidos. Sus carnes desgrasadas, casi fibrosas, laten como las presas de una tortuga sacrificada y exudan una baba verde, gelatinosa. Todo su cuerpo se retuerce con movimientos peristálticos. Déjame algo, déjame algo por favor, tengo dinero suficiente para recompensarte, le dice con inquietud agobiante. Pero al mozo de la portada de *Play Girl* no se le mueve un solo músculo de la cara. Le mira con acritud. Del bolsillo de su chaqueta saca un frasquito de pastillas y se echa un par de ellas al gaznate. Después eructa con aspaviento. Hace un par de meses no aguanto la dispepsia, dice. El yonqui, desahuciado, se sienta a llorar en la orilla de la acera. Sería capaz de cualquier exabrupto, manifiesta. El álgebra de la necesidad me consume. Podría igual lamerte el culo que chuparte la picha o lustrarte con mis orejas tus zapatos; pero, por favor, *déjame algo.* El proveedor parece reflexionar, ahora. De pronto, asume una actitud de *Magister dixit,* meditabundo, ensimismado, director de orquesta y músico mayor. Saca del maletín un paquete y se lo extiende al pedigüeño. ¿Hachís? ¿Mescalina? *¿Bannistería Caapi?* Son quince dólares, precisa. Para el yonqui volvió a brillar el sol. Las lágrimas se volvieron gotas de rocío sobre su cara enjuta. Tembleque, de sus harapos saca unos billetes y unas cuantas monedas. Gime, solloza, de verdad no sabe cómo agradecerlo. El proveedor, en plan de perdonavidas, cuenta el dinero y gira sobre sus pasos. ¿Qué le dejó en cambio?, te preguntas. ¿LSD6?, ¿hongos sagrados?, ¿dos cajas de Eucodal?, ¿un litro de paregórico?, ¿orégano molido, quizás? El yonqui se aleja feliz en busca de un portal para picarse. Por minutos, volverá a ser persona. Tan persona como el proveedor que se fue eructando sus heces. No sabes cuál de los dos es más glotón, si el infeliz adicto o el otro que consume

carne humana. Creíste oír que uno de los dos se llamaba Ciacco. Seguramente, era el italiano.

Los barones del petróleo

Si mal no recuerdas fue el Dr. Craiggie quien te presentó al primero del clan. Un tal Ben Hogan, hombrón cuadrado que vestía siempre de fino paño negro como un diácono, y que se presentaba a sí mismo como “el hombre más pervertido del mundo”. Digno de cogérsele cría con la Theda Bara, quizás. Había comenzado su carrera como un pobre muchacho huérfano del norte del estado de Nueva York y luego se dirigió a Nueva Orleáns, donde se alistó en el ejército confederado un buen día, para desertar al siguiente. Mató a dos jugadores en un garito de Mobile durante una partida de póker, y a fines de la guerra, se marchó a Pittsburgh para participar en el *boom* petrolero de Pennsylvania. En Pichóle, tuvo un ascenso espectacular como *manager de negocios* en el burdel de French Kate y pudo abrir más tarde su propio local: el *Hogan's Lager Beer Parlor,* con doscientas chicas americanas seleccionadas entre las más hermosas de la región. Cualquiera de ellas: una *“Miss América”,* al decir del propio Hogan. Asociado con su antiguo patrono, compró un barco fluvial, el *Floating Palace,* lo acondicionó con mesas de juego *y* profusos bares, proveyéndolo además con un harén internacional integrado por muchachas núbiles del mundo entero. Parisinas de Montmartre. Sudanesas de encías violáceas. Egipcias cerosas. Circasianas de pelo dorado y ojos azules. Mulatas de La Habana. Búlgaras de la Tracia y la Macedonia. Brasileiras de Ipanema. Japonesitas de Tokio. Chinitas de Hong-Kong. Explotando los pozos petrolíferos de esas mozas, en menos de cinco años, amasó la bicoca de cinco billones de dólares. Entonces, se había radicado en Nueva York y vivía en una casa toda chapada en oro, desde los cimientos hasta la techumbre. Si alguien vivió algu-

na vez en un excusado, ése fui yo; decía para justificarse y justificar la tenencia de aquella mansión áurica cuya fachada era de lingotes arquitrabados, sin contar la profusión de cúpulas, almenas, *campaniles,* minaretes, cornisas, ménsulas y consolas, balcones retranqueados, columnas elefantinas, barandillas perimetrales, entradas decorativas y propileos gigantescos también labrados en el precioso metal. Fue él, a su vez, quien te presentó a otro huérfano famoso. John Washington Steele, mejor conocido por el flamante apodo de *Johnny Coal-Oil.* Si aquél llamábase "el más pervertido del mundo", éste podía endilgarse a perfección el título del "más loco". Cuando sus padres murieron de difteria, Steele fue adoptado por una viuda, Mrs. Sarah McClintock, que poseía una granja de nosecuántos acres, pértigas y varas, estratégicamente situada en Oil Creek. Muerta su adoptante, Johnny entró en posesión de una cuantiosa fortuna: 200.000 dólares en oro y dinero metálico depositados en la caja fuerte familiar; más de un millón invertido en cédulas hipotecarias, y la granja en la que para la fecha se habían encontrado pozos de petróleo y que producía más de 2.000 dólares diarios por concepto de *royalties.* Todo ese dineral, Juancito Petróleo lo despilfarró en un abrir y cerrar de ojos. Como Pennsylvania no era ambiente propicio para su *dolce vita* de francachelas y dispersiones, se trasladó a Nueva York e instalóse en dos de los pisos del *Continental Hotel,* para él y su servidumbre de más de cien personas, donde diose a celebrar juergas monumentales, día por día, con las puertas abiertas de par en par para todos los que quisieran sumarse. Una noche te haces presente en compañía de Hogan. Letreros luminosos os dan la bienvenida. Todo gratis. Como de costumbre, la casa está abierta para los amigos, y a punto de ser tirada por la ventana. Inmensa, la *suite* presidencial parece estremecerse y vibrar de movimiento. Una orquesta de *jazz* estridula un ritmo de la Costa Oeste. Mujeres desnudas y hombres a medio vestir repantigados sobre cojines y almodraques. Negros venidos de los *slums*

de Newark, indios sénecas, polinesios amarillos, mesoneros antillanos de los bares próximos que han comenzado a regarse la voz entre ellos, los *doolebug* oledores de petróleo, zahones y caporales aún con sus ropas aceitadas, comparten en franca camaradería, increíble pero cierta, con los zares de Wall Street, con los todopoderosos productores de Titusville, con los magnates de la Millonaires Row, con los accionistas de la *Standard Oil* de Ohio, gracias al dispendio oilgofrénico de John Steele. Aquí está el *"top"* y el *"bottom"* de Nueva York, te dice Hogan no sin cierta petulancia, la cúspide y lo ínfimo, todo el *"Social-Register"* y el mundo de los bajos fondos. Johnny ha logrado el milagro, por la vía de la dádiva y la cuelga, de hacer resurgir entre nosotros el mito del igualitarismo. Nada hay que iguale tanto al norteamericano como la idea de poder vivirse al otro, concluye con aires de sociólogo de Harvard. Surtidores de champaña, especialmente dispuestos, vierten sus chorros espumantes en desagüe circunfuso. Los presentes se arremolinan. Toman buches. Espumajean. Se atragantan. Detrás de ellos, por pasillos y cuartos, y cocinas y baños, largas hileras de parejas copulando. Yonquis poniéndose el torniquete para un chute. Epulones atracándose de caviar beluga y lenguas de ruiseñores, sorbos de ostras y huevitos de codornices, ancas de rana y exóticos hongos rellenos. Mendigos que gallofean un mendrugo. Gente comiendo parloteando bailando amapuchándose sobre las alfombras pegostosas en medio de una nube de humo y de vapor. En las mesas de juego se hacen apuestas por arrobas. John D. Archbold de la *Petroleum Producers Union vs.* Jay P. Gould de la *South Improvement Ltd.* Gym Jordán Guffey de la *Guffey & Galey* de Pittsburgh *vs.* Brent Keller d'Arcy de la *d'Arcy Exploration Company.* Gilbert Groscopps de *Texaco vs.* Kent S. Bradford de la *Sinclair.* Va mi Lago de Maracaibo contra tu Golfo de Campeche. Vale. La faja bituminosa del Orinoco contra tu Zona del Canal. Esta pago. Mis concesiones del Sultanato de Persia contra todo el mercado queroesénico de la China. La

Corporación de Desarrollo turco-americana contra los derechos mineros del ferrocarril de Anatolia. Cuatro super-tanqueros contra tres oleoductos. Esta cadena de estaciones de servicio contra aquella refinería. Vale. Vale. Vale. Todo se gana. Todo se pierde. Todo se apuesta. Pero, machos, no se queden ahí paralizados, grita Johnny a un grupo de mirones que se han agolpado en torno a los jugadores para observar el desarrollo de las partidas. Circulen, participen, inmiscúyanse. ¡Este es el Palacio de la Libertad, amigos!, agrega con estridulaciones de Gershwin. Las grandes orquestas se suceden unas a las otras. La música de *big-band* resuena por doquier. *Crooners* de antaño, aquellos de la música con *swing,* alternan con los más nuevos del *rock-and-roll* y con los novísimos de la *disco-music,* sobre una improvisada tarima de mármol del Pentélico que funge de escenario. Frank Sinatra, Ella Fitzgerald y Duke Ellington, Benny Goodman y Tony Bennett, interpretan sus melodías plenas de encanto evocador. Todo parece obra de un espejismo suntuoso. Johnny, convertido en chiflado maestro de ceremonias, de riguroso *smoking,* pechera y corbata blancas, pero sin pantalones, al aire su gilipollas y la esplendidez de su pelamen, va anunciando entre chistes gruesos, estridencias y gorgoritos de borracho, las siguientes atracciones de la espectacular revista musical que se ha empeñado en ofrecer a sus invitados. Irving Berlín, Colé Poner, Rodgers y Hart, Johnny Mercer, cada uno en su turno, arrancan aplausos frenéticos a la concurrencia. Eufórico, Wendell Phillips ofrece cinco mil dólares por una nueva canción de su favorito Mel Torme. Siempre competitivo, para no quedarse atrás, J. Paul Getty, el hombre más rico del mundo al decir de la prensa londinense, puja diez mil por otra del suyo: Woody Hermán. Ben Hogan, emocionado casi hasta las lágrimas, te susurra al oído: este *show* habrá de costarle un ojo de la cara al pobre de Steele. Mañana andará tuerto por la calle. En un breve intermedio, cunde la invasión rítmica. Todo el mundo baila. Bailan *Charleston.* Bailan *black-bottom,* Bailan *one-step.* El

shimmy se superpone al *fox-trot* y éste es desplazado, de súbito, por el *cake- walk,* justo cuando préndense los reflectores sobre el escenario y Juancito Petróleo, vestido esta vez de *hippy,* harapos y mugre, *blue-jean* desflecado y muchos collares, anuncia a gritos con ayuda de un megáfono, *ladies and gentlemen,* a Elvis Presley, el único, el increíble, el sensacional, guapo, guapísimo e indecentemente provocativo, descoyuntante, él, con sus descoyuntados tongoneos de cadera, *"Elvis the pelvis",* de la cintura hacia arriba, estupendo, de la cintura hacia abajo, incomparable, lascivo, descomunal. Y a Little Richard. Y a Chuck Berry, el del *paso del pato,* blandiendo su guitarra como un inconmensurable instrumento fálico. Y más tarde, a los *Beatles,* a los *Bee Gees,* a los *Rolling Stone.* Ya nadie parece ponerle cuidado al espectáculo. Irrespirable se vuelve la bruma de opio y las ofuscaciones de la animalidad, el humo resinoso de la ayahuasca, y el olor a jungla putrefacta, a paular de agua marina, y a sudor rancio de muchos días acumulado. Inaudibles son los aplausos y rechiflas de los desbabados espectadores celebrantes que se rastrean por el suelo, boqueando, agonizando, presas de espasmos y retortijones, tendidos debajo de las mesas, por rincones y escaleras. Pese al frío de la madrugada, decides regresar a la pensión. Unas horas después, imágenes difusas, bostezos y frotamiento de ojos adormilados, vas contándole al Dr. Craiggie lo visto donde el tunante de Steele. No todos los dueños de las finanzas petroleras están cortados por la misma medida, te advierte. Algunos hay que no orinan para que la tierra no chupe. Otros que no usan papel higiénico para limpiar sus míseros traseros, sino las tusas de maíz desgranado de sus fincas de Texas. Y es fama que John D. Rockefeller, en rigor de verdad quizás el más poderoso de todos ellos, toma cada día por única comida: un emparedado de carne, una pizquita de ensalada, medio trocito de queso descremado, diez o doce uvas pasas y, a veces, una banana de la *United Fruit* o de la *Standard Fruit and Steamship Corporation.* Avaros o dilapidadores, cierto es que todos ter-

minarán empujando peñascones a las órdenes de Plutón, conjeturas concluyentes al final.

Los reyes de Harlem

Acabas de bajar del *subway* que te ha traído a Harlem y ves el odio de los negros asolapado en sus caras de mansedumbre. Niños negros escrufulosos patean con rabia blancos muñecos de nieve en un solar vacío y un estremecimiento de miedo te sacude los hombros cuando, súbitamente, detienen la competencia y se te quedan mirando fijos con sus ojos de pedernal apenas chocados por el eslabón. ¡Hombre blanco a la vista!, parecen susurrarse a modo de contraseña cuando te ven pasar y el más osado de todos, un golfillo botafuego, larguirucho, te lanza el primer bolazo, ¡plaff!, que se estrella vidrioso, máxima puntería, contra tu cara blanca cerúlea, amarillenta tal vez, ahora rubicunda. ¡Hombre blanco!, vocifera otro cual un grito de guerra. ¡Hombre blanco!, repiten al unísono los demás, y nuevos bolazos de nieve, ¡pláquiti!, ¡pláquiti!, ¡ploff!, ¡plóquiti!, ¡plóquiti!, ¡plaff!, lapidan tu caro y espeso abrigo de pieles *Woolworth,* mil cien dólares de precio, confección a la medida garantizada, tus botas de piel de Rusia, tu gorra de castor con orejeras. O bien el mismo cuerpo entumecido, cerca de una semana después doliéntote todavía. Las bolas, como tiros, no cesan. Rasantes, pasan sobre tu cabeza. Hacen blanco en tu pecho, en tus muslos, en tu vientre bajo. Salen de todas partes, se empinan como cohetes en el azul frío que te separa de la horda criminosa, para desmenuzarse como lluvia de granizo en el blanco estelar de tu derredor. No sabes qué hacer. Te agachas, retrocedes, tiemblas, te empinas y corres hasta convertirte en un punto minúsculo dentro de la niebla. Lejos, aún se oyen las risas y burlas rabiosas de los malandrines. Te detienes, a coger aire, en una calle lateral donde levántase un viejo edificio de apartamentos al frente de una playa de automóviles aparqueados. De atrás de

uno cualquiera de los carros, sale hacia ti una mujer negra y extraña; acelera el paso para alcanzarte, y ahora camina a tu lado; te roza de vez en vez con los pliegues de su abrigo de pantera concupiscente tachonado de ojos, con su voz clamante de gemidos, con las puntas de su pelo negro, duro y alisado. Si tú quisieras, parece decirte. Si tú quisieras, te repite ahora con el susurro de un vagido. Voto a bríos, te percatas, si es una reina. Una reina de Kenia o de Tanzania. Una reina de Ruanda o de Burundi. Imaginas las carnosidades rojas de su vulva, su aliento de sangre furiosa por debajo de la piel, el picor de sus mordiscos frenéticos, sus arañazos de bejuco urticante y la danza de su vientre de tatuajes como culebras erizado, pero un miedo sapientísimo se te impone por encima del varonil deseo y recuerdas que estás en Harlem, un barrio exclusivo de negros donde no hay piedad para los blancos, y finges una apatía total ante su presencia provocante, impúdica y salvaje, y tratas de desaparecer, de darte a la fuga, de esconderte ahí en la frontera de la nieve, ocultando tu carácter de forastero invasor, de blanco intruso que nada tienes que buscar en aquel lugar de negros, al tiempo que la mujer alcanza a tomar conciencia de tu rechazo y profiere contra ti una mar de improperios, gritos amenazantes, onomatopeyas, eructos y zumbidos guturales. Como ante el eco estridente de un antiguo rito sacrifical, diez negros corpudos se hacen presentes a la distancia. Por momentos, parecen cocodrilos en acecho o una manada de lobos cervales. Sabes que vienen por ti. Quizás, a cobrarte el oprobio inferídole a su Reina; quizás, a vindicar el baldón de tu rechazo. No alcanzas a salir del estupor. Una conjura de feroces signos se ha desatado en tu contra. Tendrás que enfrentarte al desafío. No queda duda de que una divinidad intransigente (la *Minepa* de los negros de Mozambique o el *Angatch* de los de Madagascar, ¿un sacerdote-brujo de los hotentotes, tal vez?, ¿o la *Cotí* de los bosquimanos con sus innumerables maldiciones?) reclama tu vida para sofocar su cólera barbárica. Una punzada de pánico te horada los huesos. Como dardo venenoso, te hinca el

costillar. Aleve, se te clava en el estómago. Los negros se aproximan, con los puños afincados en la cintura como revelando oscuramente la intención de la amenaza, sincronizados para el acometimiento, dispuestos a la embestida. Por debajo de sus pasamontañas de pana afelpados o sus chaquetones de cuero abrochados hasta el mentón, crees adivinar los puñales mortíferos, el chuzo agresivo, la cuchilla de buen filo para trocear la carne, el garrote vil, la saeta o el punzón enherbolados. Presientes que vas a morir. Demasiado tarde para evitarlo. Demasiado tarde para echarte a correr y alcanzar los límites de la ciudad blanca. De uno a otro extremo del Parque Central. O a pocas manzanas de distancia, por un lado u otro, por el oeste o por el sur, la calle 155, la 96, la 110, la avenida Morningside o la St. Nicholas. Pero nada, nada puedes hacer a estas alturas. Ya están bastante cerca como para oír la mierda que conversan entre ellos. Hablan de ti. Uno, el más corpudo de todos, con un chaleco imitación *tattersall* y su franela acrílica cuello de tortuga, le dice a otro que tú has estado pavoneándote con una chica negra en sus propias narices y que tienen que castigarte para escarmiento tuyo y de todos los blancos abusadores de la ciudad. ¿Cómo evitarlo? La mujer, a todas estas, ha desaparecido. ¡Maldición!, de haberse quedado podría desmentir lo del pavoneo. No, señores, no ha habido tal pavoneo. Se trata de un malentendido. Ella, ella, ciertamente, me procuró. Se me insinuó, valdría mejor. Pruebas usar las palabras precisas para no proferir nuevas ofensas. Pero yo, yo por respeto a las normas, cómo decirlo, por respeto a la prohibición de los matrimonios mixtos, la rechacé, juro que nada quise con ella, y la chica se ofendió, ve usted, y comenzó a chillar, marica, marica, puto de mierda, y yo sin poder hacer nada, sin contestarle esta boca es mía, envarado en el medio de la acera y sin tan siquiera mirarla. Ahora, lo comprendías todo: igual sería el haberte gozado a la negra que no haber volteado a mirarla. Los feroces nubas del Sudán te habrían jodido de la misma manera. Cada vez se acercan más. Te rodearán, cuatro, cinco, diez, en un muro monolítico, sin

escapatoria, silenciarán tu grito antes de asestar el primer golpe, te arrastrarán por las charcas de aguanieve, destrozarán tu costoso abrigo *Woolworth y* tus restantes vestimentas, blandirán contra ti sus estacas y sus chuzos, te rajarán la cabeza y la cara, te saltarán los ojos, beberán tu sangre a borbotones y desgarrarán tus carnes, a pedazos, con los dientes. Ahora van pasando justo a tu lado, cuando el tipo del chaleco te apechuga por el abrigo y te pregunta qué haces en el Barrio. Otro, con un levitón tupido y una gorra de media, inquiere algo sobre la muchacha. No sabes qué le contestaste. ¿Cuál muchacha?, se fue, o algo así. Un tercero, escupió tu cara. Viste estrellas de furia. Trataste de girar en torno de ellos y el del chaleco te sostuvo. Quieto, palomo, para andar por aquí tienes que pagar peaje. Te toca darnos cien dólares. Cargabas contigo sólo sesenta y se los diste. No tenías más. Dijo que debían ser cien. ¿De dónde sacarlos?, preguntas tímido, y tratas de seguir. Pero uno, con impermeable de caucho y rasgos lombrosianos, te dio un empujón y resbalaste sobre la nieve. A duras penas, intentas ponerte de pie, jadeante y dispuesto a dejarles hasta los calzones con tal de que te dejaran ir; pero otro (abrigado con zamarra mexicana y boina vasca) te mete una zancadilla para que cayeras de nuevo cuan largo eres. Trompadas, mojicones, puntapiés y manoplazos llueven sobre ti con ciega obstinación. "Hijos de puta, estúpidos inmundos hijos de puta, por qué lo hacen, déjenme ir, déjenme ir por favor", clamabas enfurecido a ratos; a ratos, lloroso; limosneante, otras veces. Pero ninguna compasión tenían. El tipo del levitón tupido, con las puntas de sus botas tejanas, te daba patadas en la cara, por el estómago, en la ingle, casi enloquecido. Y el del chaleco, la última vez que lo viste, te levantó por los brazos y, a medio ganchete, te sostuvo para que los demás te siguieran trompeando. No eran puñetazos sino toques de tambores, selváticos y profundos como salidos de una jungla remota, los que reventaban tus oídos y te hacían revolver la cabeza en un torbellino laberíntico, a punto de perder el conocimiento. La caída última se produjo en un bar con

paredes de moqueta roja y estucos dorados y un perfume maléfico y dulzón, como miel rancia, en el aire. La puta del abrigo de pantera, desnuda, aceitado el cuerpo todo para que refulgiera mejor a la luz de los reflectores, bailaba, en un escenario fondo de colores cambiantes, una danza ritual. Tú la acompañabas con tu flauta travesera. Los negros de la camorra hacían coro a vuestro derredor, con sus voces bajas, su batir de palmas, sus chasquidos de dientes, cantando, silbando, tarareando, cimbreados y ondulantes, dando vueltas sin cesar. Del fondo sale el ruido desarticulado de un piano, la estridencia de un saxo, la percusión de unos tambores. Notas exuberantes que se armonizan en una amplia curva melódica. Frases que parecen desprenderse de un himnario antiguo. Improvisación libre. Acentos desplazados y un contrapunto polirrítmico en permanente ascenso. Voces de niños que deben de jugar en un solar vacío. Patean un muñeco de nieve. Un muñeco que se deshace bajo el ímpetu demoledor de los zapatazos. Bolas blancas salen volando hacia tu cuerpo. Hacia tu cuerpo, ¡coño! La música cesa abruptamente. Sin saber cómo ni por qué caes de bruces en el escenario. Los reflectores se apagan. Una oleada de sangre caliente te hincha la garganta y los labios. Sientes que los negros siguen girando en torno a tu cuerpo y echan cocido de harina y bebidas fermentadas sobre tus ropas. Te despiertas dos días después, en un hospital, rodeado de enfermeras blancas, con la sensación desesperada de haber cruzado a nado las fétidas aguas de la Estigia, rogando a gritos al rey de los lapitas que te montase en su barca.

Ave Lucifer

Nunca habías prestado mayor atención a Oxoniam, el amante preferido de Mrs. Turner, hasta el día cuando te invitó para que le acompañaras al Templo Satánico de la Séptima Avenida. Iniciábase esa noche el *Milenio del Placer sin Culpa* y a él, como viejo adepto, le estaba dado

hacerse acompañar por un invitado de su escogencia a quien quisiese favorecer con el beneficio de la iniciación. Llegaron al templo como a las diez de la noche y ya el ritual de la misa había comenzado. En el centro de un galpón inmenso estaba el altar mayor sobre un doble fondo de cortinas negras. Arriba, en diez círculos concéntricos que giraban en torno al abismo, todos los demonios conocidos: el dragón de las antiguas teogonias, el Arimán de los persas, el Tifón de los egipcios, el Pitón de los griegos, la ancestral serpiente de los hebreos, la tarasca, la gárgola, la gran bestia de la Edad Media y, peor aún, el Bafomet de los templarios, el ídolo barbudo de los alquimistas, el obsceno dios de Mendes y el macho cabrío del Sabat. Una gigantesca rebanada de pan negro amasado con bosta de vaca ruin y orines de perros rabiosos hace de hostia. Es el momento de la elevación, el momento de la profanación suprema. El sacerdote oficiante agita el sagrado símbolo sobre el cuerpo desnudo de una joven virgen acostada en el altar. Blasfemias. Injurias murmuradas en un latín goliardesco. Tiemblan y cantan a coro los otros satanistas. El amasijo excrementicio, rociado ahora con el flujo catamenial de la muchacha, se alza insolente frente a los demoniales círculos concéntricos. Estruendos, maldiciones. La hostia es lanzada a la muchedumbre para que la pisoteen. Todos se abalanzan. Boronas, gránulos, minucias polvorientas que vuelan por los aires. Cristo se ha desintegrado. Cristo ha muerto. Sólo vive el Diablo encarnado en la persona triunfante del Gran Sacerdote de la Iglesia Satánica. La muchacha del altar abraza entonces los atributos viriles del Nuevo y Único Príncipe del Mundo, mientras los adeptos desfilan y hacen otro tanto con su trasero impúdico que expele fétidas ventosidades sulfuradas. Alrededor del sacerdote se va formando una cadena de adorantes que toman formas monstruosas: cabeza de áspid con cuerpo de oso y patas de alcatraz, basilisco con león, olim con ibis, ibis con erizo, erizo con cuervo, cuervo con comadreja, sátiro con onocentauro, lechuza con serpiente, ser-

piente con abadú. La cabeza arremangada de un reptil híbrido parece encolarse al rabo pegajoso del monstruo que lo precede, el cual por su parte regurgita el extremo posterior de un dragón que serpentea impávido y termina mordiendo un mochuelo a punto de desplumarse íntegramente en el torbellino del giragirar. Unos tras otros, unos tras otros, se arrollan, reptan como escorpiones, ladran, corcovean, graznan como cuervos, balan como cabras, gruñen como verracos, con rebuznos y relinchos, con garritos y zumbidos, vacilantes las cabezas deformes sobre los cuerpos aplastados y éstos, a su vez, con las extremidades desprendidas. Los ojos lanzando chisporretazos de candela y la espuma desbabada, turbia, salpicante, desparramándose como ríos de las fauces feroces. Pasó más de una hora antes de que el Sacerdote diera por terminada aquella danza atroz, especie de marea ondulante, y otorgara la libertad a los monstruos sometidos en su torno, dispersándolos con unas simples palmadas como si se tratase de una bandada de gallinas domésticas. Por momentos, permaneció imperturbable. Luego, comenzó a proferir imprecaciones apenas perceptibles. Poco a poco, fue levantando la voz. Se le oyó decir entonces que aquélla era una ceremonia singular. Que todos los profetas sospechosos, las sectas de ayer y de hoy, los heréticos y los cismáticos, los infieles heterodoxos, los dogmatizantes y los dogmatizados, todos, los iconoclastas y los iconómacos, los conversos y los relapsos, todos, volverían esa noche al seno de la única y verdadera hierofanía cósmica, lo que propende a la glorificación del insondable poder satánico, para inaugurar el *Milenio del Placer sin Culpa.* Que, a partir de ese momento, el alma de los presentes quedaría liberada por siempre del maleficio de los grandes sistemas teológicos, totalitarios e invariablemente lastrados por los factores del poder material a los que sirven de función catártica, para entregarse al pleno disfrute de la individualidad y del goce colectivo. Que por obra de esa insurgencia definitiva de todas las sectas históricas, unificadas bajo la égida de la Iglesia Satánica, desa-

parecerían finalmente las instituciones portadoras de los valores seculares del monoteísmo: Familia, Religión dominante, Elites de poder, Sociedad dividida en clases. Para ello, construiremos un mundo nuevo. Lo dijo acompañando la frase con el latinajo *In nomine Dei nostri Satanae Luciferi Excelsi, Amén.* Un mundo de sexo y cataclismos, continuó. De pasiones y excesos. A los demás dejémoslos languidecer en sus domingos de misas cantadas y eucologios, con sus contriciones y arrobamientos, sus viacrucis y sus fervorines. Dejemos que para dormir convoquen sombras y se valgan de recomendaciones de alma. Prescindamos del hombre mediocre y obeso, consumido en amasar su presente, siempre pendiente de su futuro incierto, cómplice de su pasado, consolidando su despreciable personalidad sobre el cojín de la miseria universal y dedicado a rezar, comer, eructar, defecar, escupir, explotar al otro, expoliar, intentar demandas y reconvenciones, oponer y contestar excepciones, convenir, desistir, transigir, comprometer en árbitros arbitradores o de derecho, hacer posturas en remates, dar y recibir cantidades de dinero, otorgar recibos y finiquitos, aceptar protestar y cobrar letras de cambio, cheques u otros efectos de comercio, beber el whisky consabido en el bar acostumbrado, orinar, fornicar siempre con la misma mujer o con mujer diferente pero de idéntica manera, encomendarse a Dios de nuevo antes de dormir, y estallar, por último, en su carnosidad aceitosa de mierda y de mugre y de humores. Todo eso dijo el Supremo Sacerdote, arrancando aplausos de aprobación a la concurrencia, y luego, vistió su desnudez con una sotana negra que tenía como único adorno una careta simulante del rostro de Lucifer: morada obispo, la nariz ganchuda y un par de ojos saltones, dos cuernitos de becerro neonato, pintados de verde, la caja de dientes al aire y una desosada en son de burla, roja, sarrosa y sacada hasta la epiglotis. Después, se sentó en su podio de piedra a la diestra de los diez círculos concéntricos. Hasta él llegaron, entonces, los representantes de las diferentes sectas convocadas para la iniciación del

nuevo verdadero Milenio. Salían en perfecto orden, de atrás del doble fondo de cortinas negras. Oxonian, a modo de heraldo, va anunciándolos. Primero aparecieron los *gnósticos:* Simón el Mago, Menandro, Dositeo, Basílides, muy combatido por los Padres de la Iglesia, Carpócrates y su discípula Marcelina que, al decir de Irineo en su refutación *Contra los Herejes,* fue a Roma en tiempos de Aniceto y "provocó la ruina de muchos", Valentín y Balersiano, Tatiano, Saturnino de Antioquía y Maní el Persa, autor del Maniqueísmo, seguido por una episcopisa con casulla amarilla y blanco velo, vestida con túnica transparente, muy bella ella. El público la aplaudió hasta el enrojecimiento de las palmas. Oxonian la presentó como María Magdalena, la primera entre todos los apóstoles y discípulos que vio a Jesús resucitado. La mujer que conoció el Todo de quien decíase el Mesías. Amante y madre. Prostituta. Hembra divinísima. Con voz en cuello prorrumpieron que la salvación viene, no de la fe, sino del conocimiento de los misterios ocultos. Que lo absoluto se esparce en emanaciones, los *eones,* por parejas de macho y hembra. Hembras y machos, gozosos, a su decir, integran el pléroma divino o la plenitud de la divinidad. Fue Basílides el que invitó a los presentes a encabalgarse en el potro de la experiencia. Hembras y machos emprenderían, allí mismo, a la vista de todos, todos con todos, la gran singación universal, la singación de la pléroma divina, para simbolizar la fuerza creatriz de la Naturaleza, vale decir del propio Diablo, sin intención obscena alguna. Los presentes se aparejan, persíguense unos a los otros, se encuentran, se palpan, se olisquean como perros puestos en celo. La muchacha que está a tu lado es la Sofía, uno de los *eones,* a no dudar el *eón* femenino más importante. Huele a página de salterio. Huele a humedad de convictorio y a tinta de imprenta. Basílides, incesante y circular, moviéndose de aquí para allá, conviértese sin tregua en administrador del gran burdel. Este con aquella, ordena. Tú con la otra. El de más allá con Achamoth. El Animus con el Ánima. El Alma con la

Materia. El Demiurgo con el Universo. La Mente con la Verdad. La Razón con la Vida. El hombre con la Comunidad. Neumáticos. Psíquicos. Hélicos. Todos con todos. Lo repite hasta la exacerbación. Los podios (dispuestos en varias filas de gradas cilíndricas) que servían de asientos ahora son camas, los *eones* vulvas jugosas o falos conspicuos, el templo todo, un tiradero; el tan mentado pléroma divino funciona como fábrica de hombres, coyunda animal, derroche de holganza venérea. Pero ya Oxonian, desde el altar mayor que le sirve como tribuna, anuncia la entrada de nuevos heréticos. Son los *cátaros.* Salidos del fondo del medioevo, explica, se hacen presentes para manifestar su adhesión a la Iglesia Satánica Universal. Al frente del grupo viene un miquito médico que Craiggie te había señalado antes como practicador de abortos clandestinos en los urinarios del Metro. Con la ayuda de un altoparlante, Oxonian lee las consignas que los recién llegados exhiben en sus pancartas: "Muera el matrimonio"; "Muera la procreación"; "El mandato del *Génesis: Creced y multiplicaos* es una exhortación criminal"; "La fecundidad es nociva, el matrimonio abominable"; "El instinto maternal debe ser proscrito"; "Procrear es amar la plaga, cultivarla y aumentarla". El miquito del Metro, pasando de las palabras a los hechos, arrastra por los cabellos a una mujer encinta. Cunde el pánico. Con la ayuda de algunos de sus cofrades la cuelga, desnuda, de una garrucha; subiéndola y bajándola bruscamente para hacerle desprender, amén del feto, las vértebras propias. Un súbito recogimiento anonada al público. Ya nadie se mueve de su puesto. La euforia sexual de hace unos momentos ha desaparecido de un todo. Riégase la voz, diríase más bien el murmullo, de que la víctima es una estrella de Hollywood, esposa a su vez de un famoso director de cine. Desde su tribuna de maestro de ceremonias, Oxonian recuerda a gritos que los cátaros (multiplicando sus nombres: patarines, albigenses, bogomilos, berengarios, ebionistas) no aceptan el placer ni el deseo. Tampoco, la maternidad. Como el fuego, el placer

arde, devora, aniquila. El sufrimiento de la bella rubia grávida cada vez se hace más patético. "La maternidad hay que supliciarla", grita el miquito desaforado. Ahora aplícanle a la *Mater dolorosa,* pobre chiva expiatoria, la tortura del *cabrito de la Inquisición.* Una tortura *made in Spain.* La colocan sobre un bloque de madera a modo de silla de montar, con un grueso cono terminado en punta y suspendido (todo el aparato) por cadenas que penden del techo. El miquito cuida, celoso, que el cono se introduzca en la vulva de la infortunda mujer que no puede apoyarse en ningún sitio. Todo su peso cae sobre el cono que entra, de tanto en tanto, más y más profundo. Gritos horrisonantes laceran los oídos de los presentes. La mujer resiste estremeciéndose, pataleando, a horcajadas sobre el potro sanguinoso que sube y baja a alturas diferentes, a veces muy cerca del techo y otras a pocos centímetros del suelo. Un reflector de colores ilumina la siniestra escena. Por momentos, el miquito y sus adláteres ponen llamas bajo los pies de la infeliz, bajo las axilas, por los senos o junto al cuello para que, con las contorsiones del dolor, el cono pueda cumplir mejor su cometido. Al final, prodúcese el resultado esperado: un feto sanguinolento vuela despedazado por encima de vuestras cabezas. En el suelo se acumula la sangraza con restos de placenta y excrecencias. Desfallecida, casi muerta o muerta del todo, la mujer es desprendida de la máquina por un par de camilleros que la sacan en parihuela. El espectáculo continúa, sin embargo, en su parte coreográfica. En medio de un decorado alucinante, verdadero paisaje lunar de rocas calcinadas y tierras secas, el miquito del Metro baila una danza macabra en compañía de dieciocho sacerdotisas *hippies* al coro de las conocidas canciones *"La muerte no existe"* y *"Hay que vivir constantemente en el miedo".* La señal del fin fue dada al punto por el megáfono de Oxonian y al instante hace su entrada una nueva tanda de heresiarcas. Es el turno de los *flagelantes,* la fatídica corte del monje Rainier. Chicotes, tralletas, rebenques, nervios de buey y anguilas de

cabo latiguean las espaldas de los penitentes fanatizados que desfilan ante vuestras vistas como fantasmas borrosos. Jóvenes despeinados, sucios y piojosos, se arrojan violentamente contra la trama de las paredes y los podios de piedra, chocando sus cabezas. Otros se hacen tirar de sus miembros por verdugos dispuestos al efecto, llegando hasta el descoyuntamiento. Otros más, aún, cortan y punzan sus sangraduras con hojillas y alfileres, abrelatas y cuchillos, aguijones emponzoñados y estiletes; se quitan las sotanas rotas, los pantalones deshilachados, los sayos y camisolas y, una vez desnudos, extienden los suplicios a otras partes blandas de sus cuerpos. No parecen seres de carne y hueso sino de pesadillas y cuentos de camino. Una chica casi impúber, joder, no me lo recuerdes, hunde clavos encendidos en sus pezones aún nacientes sin demostrar dolor alguno. Dos mozos, barbilimpios y atléticos, pelean entre ellos. Son fieras anudadas. Se muerden. Se arañan. Se tiran de los pelos. Se trompean. Se alargan y se prensan los genitales. Pero no dan muestras de aflicción' sino de extremo beneplácito. ¡Qué pasión inefable! Tironean, aporréanse, gruñen, se arrastran y siguen tan campantes. ¡Cuánto bien me hacen estos golpes!, parecen decirse, ¡continuad, hermano, dadme con más fuerza si podéis! Oxonian chilla en el colmo del entusiasmo: Y pensar que otrora estos mismos amigos anduvieron por los caminos de Europa y Asia, por el Nordeste brasileño y por los Llanos venezolanos, anunciando el Anticristo, el Juicio de los justos y *La guerra del fin del mundo.* Y pensar que se creían escogidos de Dios, que podían alcanzar el éxtasis mediante el sufrimiento y la sublimación mediante el sacrificio, que podían identificarse con Cristo. No, nonononó, mil veces no... ¡Tanto masoquismo, amados hermanos, no puede ser obra del Creador sino de nuestro Padre Satán!... Tanta maldad no puede caber sino en nuestra Iglesia... Jojojó, amadísimos flagelantes, ¡bienvenidos, también ustedes, al *Nuevo Milenio del Placer sin Culpa!* Muchas horas más pasó tu amigo Oxonian anunciando nuevos y nuevos herejes; los

husitas y los anabaptistas, los picardos negadores de la realidad del cielo, Martín Lutero apostrofando el espectro del cardenal Cayetano, Enrique VIII de Inglaterra y sus seis esposas, el Papa Honorio y su *Grimorio,* Silvestre II, Benito IX, Juan XX, Juan XXI; el cardenal Benno y sus auxiliares brujos, los cardenales Laurent, Jean, Gratien y Heldebrand; los obispos Alberto de Bremen, Guillermo de Roschild y Vestav de Vigome; Georges Ivanovitch Gurdjieff y sus filósofos de los bosques; Alian Kardec y su doctrina espiritista; Mme. Blavatsky y el coronel Olcott, Jacques de Molay y su Orden del Temple; los Rosacruces Amorc; los Grandes Alquimistas de la Historia, Roger Bacon y Cornelio Agrippa, Nicolás Flamel y Miguel Escoto, Arnaldo de Villanova y Raimundo Lulio, Alberto el Grande y Cagliostro, el famoso Paracelso y Jean Baptiste van Helmont; la Compañía de Jesús; el Movimiento Sinárquico del Imperio, la Trilateral, los Protocolos de los Sabios de Sión, el Opus Dei, Paolo Sarpi y Juan Bautista Della Porta, sir Kenelm Digby y sus polvos de simpatía; el sabio grupo de Aix-en-Provence, el extraño conde de Saint-Germain, Eliphas Levi, Estanislao de Guaita, Peladán, Papus, los mormones, los Moon, los Niños de Dios, la Iglesia Adventista del Séptimo Día, los Testigos de Jehová, los Amish, los cuáqueros, Rasputín, el Templo del Pueblo y los dos mil muertos resurrectos de Guyana, el Ku-klux-klan, el Vudú haitiano y la Macumba brasileña, los Rastafaris, Silo el profeta de los Andes, Khalil Gibran, la Iglesia de la Cientología, Carlos Castañeda y su indio yaqui de Sonora, *Antonio El Conselheiro* y sus seguidores cabuclos de Canudos, Joao Maria de Agostinho y su movimiento del Contestado, las Catecúmenas del Espíritu Libre, el Hermano Divino de Sayville Long Island y tú mismo, generalísimo, que presentado por tu amigo Oxonian como tal herético, te pusiste a vociferar desde la credencia, luciendo tu única argolla de antiguo girondino colgada de la oreja a modo de *sigillum diabolicum,* tocaste tu vieja flauta de Flauro con la mayor maestría y acabaste despotricando en contra del Imperio español sin percatarte, tal vez,

de que su liquidación definitiva se había cumplido muchos años atrás. La celebración terminó en un festín orgiástico de muchas danzas, bacanales y grandes comilonas, aunque algunos hubo que por sus particulares creencias se contuvieron. Con el canto del gallo, el Gran Sacerdote declaró terminada la sesión. El *Milenio del Placer sin Culpa* se había implantado en un conciliábulo nocturno contra el Dios de Roma y de Wall Street. La ciudad de Dite, con Oxonian sirviéndote de ángel, había sido franqueada.

Visita a West Point

Aprovechando el amainamiento del invierno que por esos días había sido bastante menos crudo, te dispusiste a visitar la Academia Militar de West Point con sus célebres posiciones durante la guerra de la independencia. Provisto de cartas de recomendación del gobernador del estado, George Clinton, de tu amigo el coronel Hamilton, del general Mc Dougall y del amable Mr. Parker, personas todas íntimamente vinculadas al Pentágono o Gran Cuartel General estratégico norteamericano de la Guerra Fría, con sede en Nueva York, como a las dos de la tarde, tomas tu trineo en compañía del coronel Taylor y emprendes la marcha. Una hora después llegaron a la casa de campo del coronel R. Morris, distante unas diez millas de la ciudad, hermosa y bien construida en el mejor estilo palladiano inglés, con crujías salientes contentivas de habitaciones de formas diversas y una gran cantidad de detalles ingeniosos en la disposición interior, tal por ejemplo: una cama situada en el muro divisorio del dormitorio y la sala de estar, para que su ocupante pudiera acceder desde ella a una u otra habitación. Milla y media más adelante, toparon con las dos pequeñas Land Hill y Lauren Hill, donde pararon, y subieron a pie al fuerte Washington, situado encima de la primera. Tres millas después, pasaron Kingsbridge, sobre el arroyo Harlem Creek que forma la isla de Nueva York y la separa del continente por esa parte.

Al cabo de una hora más de camino alcanzaron la casa de Courtland donde hicieron noche y fueron muy bien recibidos por la esposa del general Morris y sus dos hijos más jóvenes. Con dejadez o sueño, te descubres divagando entre bostezos. ¿Por qué recuerdas tantas nimiedades? Bebes sin pausa un whisky de la segunda botella que Mrs. Morris ha destapado para ustedes. Están en una salita íntima, la señora de la casa, sus dos hijos más jóvenes, Taylor, tú y media docena de vecinos invitados vestidos de punta en blanco. Entre ellos se distingue uno, circunspecto y orondo, que porta una capa de etiqueta española. No se despojó de ella ni siquiera en el momento de la cena. Inopinadamente, comienzas a llorar en presencia de todos. El alcohol ingerido, ¿quizás? La tozudez del hombre de la capa recordándote a tu padre. La fiesta, sin embargo, continúa. Mrs. Morris, Taylor y una de las damas invitadas, cada uno en su turno, se acercan a consolarte. Pero tú sigues llorando sin aliviamiento. Como un loco, dices palabras y frases ininteligibles con retintín, en medio de los gimoteos. Poco a poco, te adormitas. Antes de abrazar el sueño por completo, oyes que uno de los jóvenes de la casa canta una romanza melancólica. El mismo se acompaña al piano. Por la mañana temprano, abotagado aún por la borrachera de la noche anterior, presentándole toda clase de excusas a la señora Morris y a sus dos jóvenes hijos, continúan camino por un terreno quebrado y montuoso. En White Plains, pararon en una pequeña posada para desayunar. Después, visitaron los puestos y situaciones de los ejércitos americano y británico que operaron sobre dicho terreno por septiembre de 1776. Allí permanecen aún los restos de las baterías con sus francas salidas para los movimientos ofensivos y sus líneas de retirada, bien apoyados los flancos por accidentes naturales, despejado el espacio interior, sólido el terreno y con pequeñas ondulaciones cubrientes delante de cada pieza, y más a vanguardia, una explanada como para ser barrida en toda su extensión. Se ve, igualmente, sobre la derecha, el puesto llamado Chat-

terton Hill, donde el general americano Mc Dougall, uno de tus presentantes a las autoridades de West Point, fue atacado y batido por fuerza británica superior. Milla y media o dos millas más allá, hacia el interior, están las montañas de North Castle donde tomó su segunda posición el ejército americano y aún se ven restos de las líneas que lo cubrían. El pequeño río Bronx corre por sus faldas y quebradas, como por un paisaje de tapiz antiguo. Y avanzando un tanto, el Sawmill, con sus caminos de sirga y las viejas embarcaciones de cuerda, abandonadas en la orilla desde los tiempos de la guerra. Vestigios de hazañas incontables, el árbol sobre el camino real bajo cuya sombra arrestaron al sargento André tres jóvenes labradores milicianos, cañones abandonados, obuses, bombardas, restos de fortificaciones, puentes de madera aún resistentes, Tarry Town, New Bridge, el río Crotón, éste sí muy caudaloso, un albergue rural donde almorzaron truchas recién pescadas en el propio río, el terreno siempre resquebrajado, serrano y cubierto de rocas y, poniéndose el sol, un sol esterado por la niebla, Peekshill, pequeña aldea de veinte o treinta casas solariegas sobre la ribera del North River, una posada regular para medio dormir con unas mantas ralas por todo abrigamiento y una escena de lo más cómica entre un *esquire* del lugar, el juez de paz de la población y un borrachín impertinente que se metió en la posada. Sombrerito hongo, bigote a lo Führer, zapatos demasiado grandes, andar desgalichado, pequeño bastón de caña flexible, pantalón bolsudo, levita encogida y un chaleco de fantasía andrajoso. De buenas a primeras y sin que mediara discusión alguna, dióle por asestar puntapiés en los traseros a sus rivales de altísima dignidad, antes de que se iniciara la batalla de tartas de crema como en los mejores films de Keystone. Al final, pudieron reducirlo y, con sus avíos de bandolero, fue a parar a la comisaría, cabriolando entre grandes protestaciones. Al siguiente día, prosiguieron camino sobre el hielo del North River, cuya superficie parecía una lámina especular, pulida y reflectante. El hielo

tendría dos pies de espesor y la nieve que había encima de éste, uno y medio, por lo que no tuvieron el menor recelo de riesgo, pues a pesar, de que muchas veces se rompe el hielo por los parajes en los que el viento se introduce entre la superficie de las aguas y los congelados tablones, el camino estaba ya tan trillado con la multitud de trineos que iban y venían río arriba, que no había fundamento alguno para miedos mayores. Ningún paisaje natural habíate impresionado tanto, antes de entonces. Las escarpaduras del río, por ambos parajes, son altísimas, de modo que mirarlas cuando se va por medio del agua, o por el contrario, observar desde la altura los carruajes, faetones y trineos que por ella se desplazan, es una visión de encantamiento. Los objetos parecen tan diminutos en medio de rasgos tan majestuosos que antojábansete juguetes de niños tirados por perrillos falderos. A las diez de la mañana llegaron, por fin, a West Point y, a las once, después de tomar un segundo desayuno, Taylor era un tragón capaz de devorar sus propias entrañas, fueron a visitar al Comandante del Puesto y la Academia, a quien entregaron vuestras credenciales y que les recibió con tal hospitalidad y atención que no hubo manera de rehusarle el alojamiento en su casa. El día estaba sereno y algo atemperado el frío, por cuya circunstancia, aprovechando la ocasión, emprendieron inmediatamente la visita militar comenzado por los almacenes de armas, armamentarium increíble, millaradas de miles de fusiles de infantería, los que se usaron en la guerra, de fabricación francesa, con bayoneta y correaje, los célebres "bucaneros", modelos de ametralladoras pesadas, lanzacohetes y morteros de trinchera, cañones, obuses, piezas de gran calibre y potencia de fuego, máquinas y municiones diversas, balistas, cuadriellos, arcos, flechas, saetas y dardos, ruedas farineras, halcones, sacres, esmeriles, cisternas de nafta, barriles de pólvora, reliquias de la antigua tormentaria, el almojaneque y el fundíbalo cuya fuerza motriz sólo podía ser el brazo del hombre, pelotas de hierro con fuego, lanzadas tan lejos de la ciudad que podían pasar allende las

huestes algunas de ellas. Un muestrario asombroso expuesto en los inmensos aposentos del fuerte Clinton, en sus patios y entresuelos, en la progresión de sótanos y espacios subterráneos, en los grandes pabellones centrales y en las plantas superiores, por los fortines y torres adyacentes, en las casamatas y en los reparos, bajo el macizo de los parapetos o al aire libre, por los callejones de salida y en los patios interiores. La artillería antitanque, especialmente diseñada para lograr la gran rasancia exigida por su tiro corto y la enorme penetración impuesta por blindajes cada vez más reforzados o resistentes. Y la artillería antiaérea. Y la artillería naval, la de los magnos desembarcos estadounidenses, consagrada ya Norteamérica como potencia imperial y guerrerista, en los archipiélagos de Asia y Oceanía. Armas acorazadas y armas arrojadizas, armas blancas y armas automáticas, buidas, cargadas, catabalísticas, cortas, cortantes, contundentes, armas de avancarga y armas de bloque, armas de cuerda y armas de chispa, de dos cañones, de dos filos, armas de fierro, armas de fuste, armas de mecha, de pedernal, de pistón, de percusión, armas de punta y armas de puño, neumáticas, mohosas o pavonadas, pesadas o portátiles, petrarias o pirófaras. Y las bombas. Todas las bombas imaginables. Las fulminantes bombas voladoras que lanzaron los alemanes sobre el Canal de la Mancha para destruir Londres y las poblaciones inmediatas. La terrorífica V-1, con sus alas rectangulares o trapezoidales, avión pequeño sin hélice, avión robot como también se le ha llamado, dotado de un cohete, colocado en la parte superior y posterior, al que sigue la tobera de escape, un fuselaje de cinco metros y medio, un diámetro máximo de 85 centímetros, dos metros y medio en la tobera y casi cuatro en el tubo propulsor, un motor pulsorreactor provisto de válvulas de admisión de aire, alimentado por petróleo a través de dos deslizadores y una bujía eléctrica de *tubo venturi,* similar a la de los automóviles, que prende la mezcla y causa la explosión motriz, exhibida a la entrada de la sala, un interior sobrecargado de

muerte, terror aureolado por las nieblas matutinas, en primer término, casi en el umbral de la puerta de acceso y al lado de la no menos compleja e ingeniosa V-2, también de invención alemana, proyectil teledirigido de los del tipo cohete, precedente inmediato de los satélites artificiales, con apariencia de cigarro extremadamente puntiagudo, para mejorar sus condiciones aerodinámicas a elevadas velocidades, provista de percutor y carga explosiva, colocada en la extremidad más aguda del aparato y consistente en un amatol con 60 % de trilita y cuyo estallido se produce por percusión, debido al circuito eléctrico que se cierra en el momento de chocar el proyectil con el objetivo, y un tanto más allá, almacenadas, circunvaladas, envitrinadas, sumidas dentro de pesadas envolturas, cápsulas metálicas, cascos reducidos, simples recipientes, compuestas sobre anaqueles y plataformas, encajadas en depósitos especiales, enganchadas en barretines de hierro, estibadas horizontalmente con las ojivas hacia adelante, las bombas de tiempo, prestas a estallar en el momento preciso gracias a sus decisivos mecanismos de relojería, enlazadas al modo de los antiguos proyectiles de desarbolar, las tóxicas, las fumígenas, las incendiarias y las explosivas, las asfixiantes, las bacteriológicas, las "bakas" japonesas manejables sólo por pilotos suicidas, trabucaires espartanos o nipones dispuestos a estrellarse contra el objetivo aciago, como ofrendas sacrifícales ante la vorágine sanguinaria de un Ares voraz, el Marte romano o el Kami sintoísta de las grandes hecatombes, un *chihaya-buru* que impuso el programa estratégico del *Kamikase* o *Plan Divino,* encerrados sin posibilidades de salvación en la cabina del avioncillo monoplaza, de reducidísimas dimensiones, capaz de trasladar hasta una tonelada de explosivos, ya desprendido del avión madre transportante, bombas químicas para atacar la vida o el organismo humano por medios distintos a la percusión, bombas meteorológicas para provocar la lluvia o las nevadas, para calcinar la tierra, para agotar los mares y los ríos, bombas de carga especial y bombas de demolición, las de espoleta

instantánea y las de espoleta retardada, las de fuego líquido y las sólo mata-gentes, las de mano y las de pontón, la torpedo y la terremoto, la mariposa y la martín, la *schort* y la submarina, la veneno y la volante, puestas ahí como benignos objetos de exhibición, inocentes recursos didácticos, etiquetadas, piezas de museo, bocadillos sin hueso, pedacitos de pan, indulgencias plenas, bendiciones de madre, y fuera de la vista del público, apenas presentidas pero latentes, próximas, amenazantes con su destrucción omnímoda, las bombas nucleares, aquellas cuyas cargas se liberan al desintegrarse los átomos, los neutrones y los protones, por percusión del proyectil u otro procedimiento determinante de la explosión, la llamada bomba A, la infantil *Little boy,* probada en Hiroshima, reprobada en Nagasaki, la de uranio 237, la de hidrógeno, la de cobalto, la de torio, la de plutonio, la de neptunio, sin contar las ultramodernas naves y aeronaves de guerra, los aviones atómicos, transpones y lanzadores de armas nucleares, los superbombarderos, los B-58, capaces de vuelos de 20.000 kilómetros sin escalas, si bien con reabastecimiento en vuelo algo antes o poco después de la mitad del trayecto, y los B-70, bien llamados "la superación de la superación" en el bombardeo aéreo tripulado, los cazas especiales, los proyectiles teledirigidos, los exploradores celestes y los satélites artificiales de observación estratégica: armas letales, mortales, fatales, finales, armas cataclismo, armas exterminio, armas fin de mundo, almacenadas por los Estados Unidos para incursionar aquí y más allá, expoliar, asediar, arrollar, derrocar, corroer, devorar, descomponer, aniquilar, masacrar, intervenir, decidir, arrasar, pillar, tropeliar, derrotar, extinguir, rapiñar, hambrear, hacer cenizas, matar y vencer, sobre las armas, con las armas, por las armas, los territorios que ellos consideran sus naturales áreas de influencia y dominio, en razón de un *"Destino Manifiesto",* el ansia de expansión territorial y la creencia de un derecho inherente a ella, contentivo a su vez de varios presupuestos, a saber, la pretendida superioridad del hombre

blanco ("civilizado") sobre los indígenas ("salvajes") a quienes desposeyó y a menudo liquidó, el mejor aprovechamiento de las tierras obtenidas (lo que Weimberg describió como "el uso destinado del suelo"), y la superioridad de sus instituciones ("la propagación de la libertad" y la lucha contra "el comunismo internacional"), misión civilizadora que los Estados Unidos nunca han dejado de cumplir con fervor altruista, altruísticamente convencidos de que son ellos, pueblo mesiánico, potentes y grandes, dueños de las estrellas, cultores de Hércules, cultores de Mammón, "los mejores", los más valientes, los más capaces, dispuestos siempre a sacrificarse por la defensa de la democracia y la "Idea del Hemisferio Occidental", en crónica jalonada de negros sucesos y fechas sangrientas, el mito de la doctrina Monroe y su corolario Roosevelt, el sombrío *big stick,* con la secuela de falsos panamericanismos y equívocos sistemas interamericanos, oeas instrumentales, turbias políticas del Buen Vecino e ilusivas Alianzas para el Progreso destinados a vulnerar la América Latina, esa *América ingenua que tiene sangre indígena, que aún reza a Jesucristo y aún habla en español, "Nuestra América"* (como la llamaron José Martí y el Ché Guevara), la mitológica América de *"Ariel"* popularizada por José Enrique Rodó, esa América nuestra, *que tenía poetas desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl, que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco, que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió, que consultó los astros, que conoció la Atlántida cuyo nombre nos llega resonando en Platón, que desde los remotos momentos de su vida vive de luz, de fuego, de perfume, de amor, la América del grande Moctezuma, del Inca, la América fragante de Cristóbal Colón, la América católica, la América española, la América en que dijo el noble Guatemoc: "Yo no estoy en un lecho de rosas", esa América que tiembla de huracanes,* esa América cuya columna son las vértebras enormes de los Andes, convirtiéndola en un hatajo de patrias oprobiadas, perdidas, mutiladas, mil veces asaltadas por mar y tierra, enmudecidas, apenas escuchadas, violadas, preteridas

y puestas a valer nada, reducidas a una *"masa informe atada a la cauda de unos Estados Unidos",* para decirlo con la frase del mexicano Cosío Villegas y no recurrir a la manida *Fábula del tiburón y las sardinas* del guatemalteco Arévalo; sucesión vesicante de aletazos y sangrías, degradaciones y tragaderas, vivezas y despojos, transacciones y contubernios, ya no sólo en contra de nuestra América, sino también en contra de todos los pueblos débiles del mundo; el Tratado Pinckney que obligó a una España decadente al reconocimiento de los límites de Estados Unidos tal como los había aceptado Inglaterra y a aceptar el derecho de los estadounidenses a navegar por el Mississippi desde su fuente hasta el mar; la adquisición de la Luisiana de manos de la Francia napoleónica, cedida previamente a ésta por España; la invasión de la Florida Oriental por el general Andrew Jackson, más tarde Presidente de la Unión; la obligada aceptación por España del Tratado Adams-Onís, según cuyos términos los Estados Unidos recibían la totalidad de las Floridas, pero no Texas, y una nueva frontera en el oeste, que le daba validez cartográfica al territorio adquirido por la compra de Luisiana; tratado éste que se impuso sobre presiones tenuemente veladas, amenazas de apoderarse de la Florida Oriental (ocupada ya en parte por las fuerzas invasoras del general Jackson) y del territorio de Texas con apoyo en un difuso razonamiento estadounidense, así como la de reconocer a las convulsas colonias de España en América, o bien amenazando con un enfrentamiento respecto a presuntas reclamaciones por daños sufridos por ciudadanos de la Unión a manos de España; el progresivo avance del comercio con las colonias hispanoamericanas insurrectas, licencias parciales, contrabando creciente, tarifas y regulaciones portuarias diversas, subrepticias ayudas de armas en compensación, tenues expresiones de simpatía a los rebeldes y leves pasadas de manos, caricatural apariencia de imparcialidad: la mantención del republicanismo contra ciertas tendencias de los países latinoamericanos, ya independizados, a la monarquía y el apoyo

a un "sistema americano" distinto del europeo, monárquico y tiránico; las sucesivas penetraciones en territorio mexicano (Texas, California, Nuevo México); el alzamiento de los téjanos, mayormente integrados por viejos invasores estadounidenses a la búsqueda de tierras baratas y nuevas posesiones esclavistas, en contra del gobierno mexicano; el reconocimiento de la independencia de Texas, aunque al margen de una franca anexión por el temor estadounidense a incorporarse nuevas fuentes de esclavismo; la final anexión de ésta, ocho años después de su desincorporación de México; fallidos intentos de compra de California y Nuevo México; la declaración de la guerra mexicana; la victoria final; el Tratado de Guadalupe Hidalgo, la confirmación de la propiedad sobre Texas, la cesión de Nuevo México y la Alta California; el *Destino Manifiesto* cumpliéndose parcialmente mediante la conquista, una conquista —según ellos— "resultante de una guerra justa" en la que México, penetrado, minado, desgalichado, hostigado, competido, había sido el agresor; nuevas incursiones en el territorio mexicano, controversias de límites, intentos de compra de la Baja California y la parte septentrional de los estados de Coahuila, Chihuahua y Sonora, aunque sólo lograran adquirir mediante la compra Gadsden, la parte sur de Nuevo México y Arizona, territorio este último que querían para un proyectado ferrocarril transcontinental; las actividades filibusteras de William Walker en la América Central, un primer desembarco de *marines* en las desoladas costas de Panamá; nuevos amagos expansionistas de los gobiernos demócratas sobre el mutilado territorio mexicano; el Tratado Mc Lane-Ocampo, por el cual los Estados Unidos habrían adquirido, a cambio de un préstamo de cuatro millones de dólares, el perpetuo derecho de cruce a través del istmo de Tehuantepec, dos vías férreas a través del norte de México hasta el golfo de California, el derecho de defender militarmente estas vías de tránsito y el derecho de intervención, sin consulta previa, cada vez que las circunstancias lo ameritaran,

y el cual tratado fue —sin embargo— rechazado por el Senado, 27 votos contra 18; el estallido de la guerra de Secesión y lo que podría llamarse fin de la primera parte del *Destino Manifiesto,* novela de suspense por entregas, sin que la situación interna impidiera nuevas tropelías en contra de México por la pretendida indemnización de daños que debíanse a ciudadanos norteamericanos a causa de las guerras y revueltas de ese país; el desembarco de tropas en el puerto de Veracruz; el fin de la guerra interior; iniciales expansiones hacia el Pacífico; el enlazamiento del Este con el Oeste para convertirse, ellos, los estadounidenses, por su privilegiada ubicación geográfica, en centro, corazón y ombligo, del comercio de los dos hemisferios; el reparto de Samoa con Alemania e Inglaterra; la compra de Alaska como quien no quiere la cosa por un precio irrisorio, tanto como el que en su época pagaron los antiguos colonos por la isla de Manhattan; el dominio y la anexión final de Hawái; la franca adopción de la *Machtpolitik* europea afianzada entonces en la obra de los sociólogos darvinistas, que argüían que las naciones y las razas, como las especies naturales, luchaban por sobrevivir, y que la supervivencia del más apto constituía un proceso moral, y el establecimiento —por ende— de la fuerza no como un simple factor de seguridad, sino también, lo más importante, como una prueba indubitable del derecho a seguir viviendo; la guerra hispanonorteamericana, resuelta en sólo cuatro meses, *y* su menguado efecto de la "independencia" de Cuba, último baluarte del fenecido imperio español en América, pero cuidando muy bien de arrogarse la supervisión de la recién provocada libertad, pensando que los cubanos, mulatos y mambises, por su sangre y por su historia carecían de aptitud para la autonomía; la infame enmienda Plan, según la cual Cuba debía vender o alquilar, a perpetuidad, para bases militares y carboneras, franjas de su territorio, sin que pudiera contraer deudas ni suscribir tratados por cuenta propia y otorgando, además, a sus magnánimos protectores el derecho inalienable e impres-

criptible de intervenir cada vez que fuese necesario para conservar la independencia del país y mantener la ley y el orden; la base naval de Guantánamo, el arsenal militar, el puerto y los canales de acceso, talleres, dársenas, muelles y elementos de transporte y trabajo para la construcción y reparación de los buques, parques, polvorines, almacenes y depósitos de material para su armamento y aprovisionamiento, casas, cuarteles, campos de entrenamiento, hospitales, clubes y otros sitios de diversión para el alojamiento y atención del personal de la Armada, minas y torpedos, y en general todos los elementos de las fuerzas marítimas móviles o fijos afectos a su servicio y defensa, y, por supuesto, iguales instalaciones y equipos para la aviación naval, allí, en el extremo sudoriental de la propia isla fernandina, la mayor y más importante de todas las Antillas, en la boca misma del caimán barbudo, a la diestra de la virgen de El Cobre, en las narices del apóstol Santiago, como materialización patente de la enmienda y del oprobio; las hazañas del comodoro Dewey en Manila y la percepción de Puerto Rico, el Estado Libre Asociado, Guam y las Filipinas, por obra del Tratado de Paz de París, como botín de guerra, aunque no sin el desembolso previo de unos cuantos milloncejos; el surgimiento y la influencia mundial progresiva de los grandes *trust* estadounidenses, ley del embudo, ley de la trampa, forma también de hacer la guerra, a través de la penetración directa y el estrangulamiento económico, la fijación de precios y el exterminio de la competencia, el monopolio del mercado y la obtención de ganancias y dividendos inusitados, a base de petróleo, de toneladas de acero, de computadoras y máquinas modernas, de activos fijos desmesurados y fabulosos capitales circulantes; la Standard Oil, la Steel Corporation, la Northern Securities Company, la United Fruit, la General Motors, la IBM, la Union Carbide, la Corn Products Company; la intervención en Colombia para dar lugar a la creación de la República de Panamá, instigando, financiando y dirigiendo por mampuesto

una revuelta de los panameños e impidiéndole a *"las liebres de Bogota"* (así llamó a los cachacos el propio Theodor Roosevelt), la movilización y el desembarco de tropas en el istmo a fines de evitar la sedición; la negociación de un tratado, por demás ventajoso, *laesio enormis,* con la sedicente República, cuyo reconocimiento se apresuraron a suscribir el tercer día de rebelión, el Tratado Hay-Banau-Varilla, una verdadera *varilla* para la dignidad y soberanía del continente, según el cual, ellos, recibían *per sécula seculorum* una franja del territorio panameño de diez millas de ancho, a través de la que terminaría trazándose el canal: la zona del Canal de Panamá, con el añadido del uso y el aprovechamiento de otras tierras y aguas fuera de la zona predeterminada que pudieran llegar a necesitarse "para la construcción, conservación, operación, saneamiento y protección de dicha empresa", con todos los derechos, facultades y autoridad dentro de la zona y dentro de los límites de todas las tierras y aguas auxiliares, a propia voluntad y con absoluta exclusión del ejercicio de los mismos por parte de Panamá; algunas incursiones breves en el México revolucionario, la ocupación de Tampoco como desagravio a la bandera norteamericana que había sido quemada en la plaza principal de ese puerto, una expedición de castigo a Pancho Villa que había osado entrar al territorio de la Unión y el linchamiento de varios de sus hombres: bajo una sombra de árbol, a caballo, de espaldas, y terciados de nudos por los cuatro costados, bien sujetos a los ijares de la bestia para que no miraran el lazo de la ahorcadura pendiente de la rama más alta ni los zopilotes dando vueltas por detrás de los tepemezquites: Macario, uno de esos loquitos que siempre hay en los pueblos y que se la pasaba matando ranas, Melitón el de Llano Grande, Odilón y Remigio Torrico, José Alcancía, los Urquidi, Justo Brambila, Tanilo Santos, Petronilo Flores, el Chihuila, Pedro Zamora, Armancio Alcalá, los Zanates, un tal Olachea, el Chino Arias, Pitasio, Reséndiz, don Lupe Terreros, Juvencio Nava, varias mujeres enlutadas de Luvina, otras tan-

tas viejas de la congregación de Amula, sudando como muías bajo el mero rayo de sol, las hijas de Ponciano, de Emiliano, de Crescenciano, de Toribio el de la taberna y de Anastasio el peluquero, Feliciano Ruelas, Urbano Gómez y su padre don Urbano y su abuelo Dimas, Lucio Chico, Nachito Rivero, Anacleto Morrones (el Niño Anacleto), Homobono Ramos, Lucas Lucatero, Nieves García, Lirio López, Melitón el de Tuxcacuexco, Matilde Arcángel, los dos Eurimio Cedillo, vale decir: todo *El llano en llamas* y Juan Rulfo y *Pedro Páramo* y Susana San Juan y todos los memoriosos soliloqueadores de Comala; la decisión de intervenir las aduanas de la República Dominicana como tope de una participación creciente en la economía de ese pequeño país caribeño a través de la *San Domingo Improvement Company;* la diplomacia del dólar de Taft; la diplomacia misionera de Wilson; la primacía de la *United Fruit Company* de Boston en Centroamérica, donde se apropió de miles de hectáreas de tierra, ferrocarriles, instalaciones portuarias, barcos, carreteras, vidas humanas y decisiones políticas de los gobiernos peleles; el dominio de Nicaragua; el dominio de Haití; la entrada a la Primera Guerra Mundial, en plan de potencia asociada y no de potencia aliada, presentando la intromisión como "una cruzada en favor de la paz perpetua"; la suscripción de una paz separada con Alemania; la compra, a precio de gallina flaca, de las Indias Occidentales Dinamarquesas, las llamadas Islas Vírgenes, valiéndose de la amenaza de apoderarse de ellas por la fuerza; el surgimiento del Ku-Klux-Klan, íntegramente integrado por "blancos, nativos y protestantes" para imponer la Biblia y los preceptos fundamentales de la ética propia mediante la flagelación y todo tipo de torturas, la marca de los impíos con hierros candentes, la castración y la muerte, entre otras; la enorme producción de la industria automovilística (personificada en Henry Ford); la usurera manipulación de las indemnizaciones de guerra que Alemania debió pagar a las potencias aliadas (Gran Bretaña, Francia e Italia) acordadas bajo los auspicios

norteamericanos; la insurgencia definitiva de los representantes del mundo de los negocios como líderes naturales del país y la convicción de que “los negocios de los Estados Unidos son los negocios”, al decir del presidente Coolidge; la gran depresión mundial provocada por sus finanzas; la participación plena, audaz y decidida, en la Segunda Guerra Mundial; todo el poderío naval y militar norteamericano estrechándose cada vez más en torno al Japón; el lanzamiento de la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki; más de cien mil muertos, otros tantos heridos, catorce kilómetros de edificaciones destruidas, incendio implacable de mil quinientos metros a la redonda en uno y otro caso, pavorosos efectos radiactivos y estragos superiores a los que hubiesen provocado 2.000 bombas ordinarias de 10 toneladas de trinitrotolueno; el aseguramiento de un creciente abastecimiento de materias primas estratégicas y productos agrícolas básicos por parte de América Latina, el petróleo de Venezuela, el salitre de Chile, el estaño de Bolivia, cobre, plomo, carbón, cinc, bauxita, y los programas de ayuda económica a dichos países como forma de manipulación a los gobiernos recipendiarios, conforme a la “buena” o “mala” conducta de los mismos; fórmula de premios y castigos, palmeta y Cuadro de Honor, que tiene su más cabal expresión en la llamada enmienda Hickenlooper suspensiva de la ayuda a todo país que nacionalice, expropie o se apodere de bienes propiedad de los Estados Unidos y que no dé pronta y equitativa compensación; la imposición de gobiernos títeres, dictaduras, gorilatos, democracias blandengues, en los diferentes países de la región, para mejor garantizar la prevalencia de sus intereses y abusos de poder, los Estrada, los Zelaya, los Machado, los *Porfiriodíaz* y los Gómez, los Trujillo, los Ubico, los Somoza, los *Pérezjiménez*, los *Castilloarmas*, los Odría; el *fosterdullismo,* recia conjunción de penetración económica y oposición fanática a cualquier influencia soviética en la zona; la invasión de Guatemala; la guerra de Corea; el desembarco de Bahía de Cochinos en contra de la Revolu-

ción Cubana; otro desembarco de *marines* en la República Dominicana; la guerra de Vietnam; enumeración ésta, generalísimo, que no sabes si hiciste o dejaste de hacer al tiempo que continuaban visitando las fortificaciones contiguas al fuerte Clinton, los fuertes Wyllis y Webb, la *Block-house,* el alojamiento del sargento mayor de artillería Doughty, las fortificaciones de Constitution Island, los puestos que llaman South y North Forts y las propias instalaciones de West Point, a lo largo de tres días de ajetreo constante, pasados los cuales emprendieron el regreso por el lapónico camino de Jersey. No fue el minotauro, "oprobio de Creta", con su figura de monstruo y el deseo de violencia que se adivina bajo su piel tensa y los ojos iracundos, sino un águila imperial, armada de oro, un ramo de olivo y trece flechas de plata con puntas doradas, bajo sus garras implacables, quien salió a despedirles, cuando pusieron fin a la visita.

Dama solitaria

Fría la luz en la recámara. Transparencia del color, digamos. Sonidos aislados, eliminación de todo lo superfluo, digamos. Después la noche y luego ella, su encanto voluble de marquesina y fosforescencia. Romance universal. Asepsia incólume, digamos. No pudo precisarse la hora de su muerte. Tampoco, la causa exacta. Podría pensarse que la autopsia no fue suficientemente cuidadosa. Con todo, se evidencia el suicidio. El gusto amargo del hidrato de doral vuelve a tu boca y un espeso silbido alrededor de cada ondulación de voz espacia, moroso, los fonemas cuando pronuncias su nombre, Marilyn o Norma Jean, y lees, en voz alta, los detalles escuetos del suceso en la primera plana de los periódicos. La oscuridad y el sueño y la sobredosis de barbitúricos dieron cuenta de ella. Desnuda, como en la célebre fotografía del almanaque, no ya sobre una roja manta de terciopelo, sino en la cama de su dormitorio de ladrillos, en una apar-

tada haciendita de Brentwood. El teléfono se había quedado descolgado en su mano. El teléfono había marcado la desesperación de su fin. No sabes si procuró llamarte. Perdona, Frank, me quedé rendida. Marilyn, amor, aun dormida habrías podido pensar en mí.

En aquel largo invierno neoyorquino, cuántas noches hubo de acompañarte. Llegaba, tenue, modosa, sin maquillaje ni prendas interiores, como un ángel del sexo. Se acurrucaba en el hueco de tu cama para que tú le hicieses cariño, a salvo en medio del calor familiar. La noche es larga, la lluvia es larga, Frank, tengo miedo, mucho miedo. Divisaba el fuego de la chimenea y, entre susurros, un gemido, un lamento umbrío, comenzaba a contar de Gladys, la madre loca, cortadora de negativos de películas en un estudio cinematográfico, muerta finalmente en un manicomio. De los maridos de la infortunada mujer, aquellos que pudieron ser su padre. Un tal Baker. Un tal Moterson. Un tal Stanley Gifford. Y de un tío, hermano de la madre, que se suicidó. Y de los abuelos Monroe, también locos. Sobre todo de la abuela Della Monroe, una mujer muy bella, muy bella Frank, aunque algo entrada en años. Con cabellos rojizos y unos grandes ojos verdiazules, vestida de harapos, insomne, en las altas madrugadas, paseaba sus chifladuras por los barrios bajos de Los Ángeles.

A ratos, se adormitaba sobre tu hombro. Entonces, el sueño silenciaba las letanías de su afligimiento. Frank, acaríciame. Dormida, sígueme acariciando. Pon tus dedos aquí, sobre mi vientre. Frótame levemente los párpados. Pero, en seguida, retomaba su cantaleta de agravios. Y continuaba hablando sin parar de los horrores de su infancia. De sus familias adoptivas. Del orfelinato. Qué terrible, Frank. Váyanse y no traten de volver, gritaba. Salgan, salgan todos de aquí. Váyanse, váyanse por favor. Al tiempo que daba golpes contra el aire. Llorando, frenética, entre gimoteos y sopapos. Qué horrible el orfelinato. Aquellas altas

alambradas de púa. Los niños tristes, trabajando a toda hora. Los rimeros de platos por lavar. Las celadoras siempre supervisando y regañando. Y la dádiva misericordiosa: cinco centavos de dólar por semana y la visita a una casa de familia amiga, una vez por mes. Se volvía, entonces, un tanto apaciguada y con voz aún llorosa te preguntaba: ¿Verdad, Frank, verdad que yo no soy huérfana?

Más, a decir verdad, no es así como quieres recordarla ahora. Prefieres verla, aquellas raras noches de tranquilidad y buen humor, viviendo dichosamente a tu arrimo, los senos libres, feliz el rostro aunque no sin cierta languidez en la mirada, bien marcado el lunar de la mejilla, entreabiertos y húmedos los labios, y la naricita respingona, olisqueando los olores de tu cuerpo. Al final de cada acto amoroso, dábale por hacer piruetas, someramente vestida o desnuda por entero, como si estuviese en el *set* de filmación. Batía su acomodado pelo de tormenta nívea y, frente a una multitud de fotógrafos invisibles, comenzaba a posar. Temblorosa de frío, apenas arropada por una toalla verde-oliva, dándote a probar de su copa, con zalemas y arrumacos, un tantico de jerez. Con la misma toalla, sirviéndole ahora de capa a la torera, tirándote desde lejos besos al aire y guiños de ojo. Agitanada, con veraniega falda de retales, pañuelos y abalorios, diciéndote la buena ventura en la palma de la mano. Haciendo de putica estúpida en una esquina cualquiera, tongoneante y pálida de trasnochos, tragos baratos y despechos. Sujetándose la plisada falda blanca, levantada casi hasta el borde de las bragas, y los flamígeros muslos entreabiertos, sobre una toma de aire del metro, como en *La tentación vive arriba.* Vestida de corista, como en *Los caballeros las prefieren rubias.* Nadando en una piscina de mentira, juguetona, évica, infantil. Cantando el *"Happy Birthday",* el día de tu cumpleaños, glaseada de merengue, destellos, velas, aplausos, champaña, fotos con *flash,* magnetos y terciopelos. Sobreactuando, con uniforme militar, para los soldados de Corea. Probándose un nuevo traje de

baño de dos piezas. O aguijoneándote el apetito, manos a la obra otra vez, enteramente desnuda detrás de un pañuelo transparente o un paraguas chino o la cortinita del baño. Entonces, la disfrutabas más de lo que pudieron disfrutarla cualquiera de sus esposos legítimos, fuese policía, o pelotero, o dramaturgo, sin descontar a los amantes innúmeros que los maledicentes de Hollywood atribuíanle siempre.

Sin embargo, era la imagen de la mujer frustrada la que predominaba en ella. Recuerdas la última vez que la viste con vida, poco antes de que ocurriese su muerte. Llegó a media noche, con un abrigo de visón sobre su ropa de dormir. Casi se tira en el umbral. Me siento terriblemente, Frank, prorrumpió en sollozos. Estoy a punto de quebrarme. No resisto el insomnio. Las píldoras no me sirven de nada. Tampoco las consultas del psiquiatra. Al diablo el doctor Greenson y todos los psicoanalistas del mundo. Por nada quisiera regresar a los estudios de la *Twentieth.* Mis finanzas no andan bien, pero no quiero seguir siendo una actriz simplemente taquillera. Había envejecido en cuestión de días. Ojerosa y marchita, arrugas divergentes surcaban los ángulos de sus ojos. De algún modo, todos los grandes proyectos se le habían venido abajo. Nadie me toma suficientemente en serio. Si no tuviesen miedo. De mí. De lo que hice o han hecho de mí. Sólo alcanzan a verme como un inmenso pastel de carne.

Para calmarla, le ofreciste un masaje. En ocasiones anteriores, el masaje le había hecho mucho bien. Búscate el linimento, te dijo. Era un linimento a base de cloroformo, anodino y estimulante de la circulación. Tendida sobre la cama, boca abajo, a medida que le mullías la piel para inducirle el sueño, seguía conversando. Te contaba una pesadilla que había padecido sólo un par de horas atrás. Sumida en la oscuridad de su cuarto, con las cortinas siempre corridas e incluso aseguradas al marco de la ventana para que no entrase ni un rastro de luz, inesperada-

mente, en uno de esos adormitamientos que de cuando en vez lograba pellizcar, como en los fotogramas de un *film,* surgió frente a su vista en un bosque áspero y espinoso. Una selva lúgubre, sin hojas ni flores. Un marasmo de árboles deshechos. Cardos y ortigas. Maleza enmarañada y monstruos fabulosos que volaban en su tomo. Picoteaban los menguados follajes. Arañaban las cortezas. Graznaban como cuervos. Y por todas partes oíanse gemidos sin que nadie los exhalara. Por momentos, los árboles tenían caras humanas o aprisionaban con sus ramas tortuosas a hombres y mujeres. Pero, algo más horrible aún, Frank. Una de esas caras era la mía. La vi clara e inconfundible, tal como si estuviese frente a un espejo.

Poco a poco la técnica masajística, el rozamiento leve, la presión bien aplicada, el batimiento y la fricción, terminaron por surtir sus efectos. Marilyn comenzó a sedarse hasta que darse enteramente dormida. Tú te acostaste a su lado y también caíste en un profundo sueño. Cuando despertaste, ya se había marchado. No volviste a saber de ella hasta la noticia de su muerte. La premonición de su última pesadilla se te encaja hora en el cerebro. Como en los fotogramas de un film, se te van reproduciendo las escenas de aquella noche siniestra. Oscuridad. Sombras. Se levantan los árboles resecos. De nuevo, vuelan las arpías. Otras arpías y otros árboles. Son los magnates del cine, los grandes empresarios, directores, actores y actrices, sabios en todo lo que respecta a la actuación, el teatro, la cultura o la técnica. Son los reporteros y fotógrafos de las grandes revistas. Son atildados abogados de Boston con funciones de gobierno que, en los últimos días, cortejábanla a escondidas. Son los voraces agentes de publicidad y todos los sabuesos comecarnes de Hollywood. Marilyn no está con ellos. Marilyn no puede estar en el infierno puesto que ella ya vivió el suyo casi por una eternidad. Marilyn sigue contigo, tenue, modosa, sin maquillaje ni prendas interiores, como un ángel del sexo. Te brinda jerez y te lee la buena ventura. A

ratos, llora enternecida. Habla de la madre loca y de la abuela Monroe con sus cabellos rojizos y sus ojos verdiazules. Habla del orfelinato y de las celadoras regañonas. Si tuvieras linimento a la mano, hasta podrías aplicarle un nuevo masaje. Le mullirías la piel y le inducirías el sueño y, después de dormida, la seguirías acariciando leve, muy levemente...

Sobre el lomo de Gerión

Y así se va pasando aquel invierno. Los espectros, las sombras y las estantiguas de un tiempo que no es el tuyo te siguen arrastrando, sin sentido, de uno a otro límite de la ciudad. Deambulas penosamente por entre la nevisca. La caminata se inicia en las mañanas foscas, al apenas medio levantar el sol, y termina al cabo de la media noche, con el viento recio casi hielificándose sobre tus hombros. Como mar que jala hacia el fondo, sientes que la ciudad te empuja cada vez a profundidades más recónditas. Fieras de aguzadas colas traspasan las moles inmensas de los edificios y rompen los muros, los ventanales y las armazones. Sobre el lomo lagartijoso del monstruo Gerión, vuelas por encima de los rascacielos. Febricente, avanzas vertiginoso por los estrechos corredores de aire. Giras. Desciendes hasta los *slums,* a los miserables sótanos. El colapso de tu sensibilidad. Alcahuetes, seductores y rufianes, aduladores, simoníacos, adivinos, prevaricadores, hipócritas, ladrones, estafadores, matones a sueldo, consejeros fraudulentos, sembradores de escándalos, falsarios, quedan desnudos ante tu vista a través de los vidrios. Gemebundos, se abalanzan sobre ti. A la contralla, se buscan entre ellos y se repelen. Tiemblan de pronto ante el rebenque de los diablos. Pero, de nuevo, ominosos, vuelven a la proveza de sus viejas fechorías. Tú, contemplando. Tú, viendo las figuras que se mueven en el fondo abisal. Vaga tu cara en la ventana, por sobre los techos, entre agujeros y resquicios. Crees que, sin proponértelo, has sobrevivido al más aciago de los

tiempos. La banda de Arizona Barker, alias Ma Barker, alias Bloody Mama, cumple fructíferos secuestros a las puertas de los bancos y en las oficinas de los grandes magnates. Los administradores desfilan con maletas y cestas de dinero para pagar los rescates. Si alguno de los miembros de la banda cae, Bloody Mama se mueve solícita cerca de la Comisión de Indultos. ¡Somos los hermanos Harpe!, vociferan más allá los temibles Micajak y Wiley en medio de las risotadas que hieren como muerte. Han matado al hilo a diez transeúntes a punta de cuchilladas y con golpes de *tomahawk.* Después de quitarles todas sus pertenencias, despanzurrándolos, llenan los vientres de las víctimas con piedras para darles mayor peso y echarlas al río a merced de los lucios y las tortugas de agua. Más adelante, el atroz redentor Lazarus Morell hará suyo y perfeccionará ese método, según cuenta Borges en su *Historia Universal de la Infamia.* Solo, con toda la fealdad instaurada frente a tus ojos, el aire frío horadándote el cerebro, sigues contemplando el desfile de trágicas marionetas. George Metralleta Kelly persigue sin tregua, armado hasta los dientes, al petrolero Urschelle. Una caterva de trúhanes de baja estofa merodean un poco más lejos. Son los *Plug Uglies,* temibles pendencieros de pinta extravagante y disimulados pistolones. Son los *Dead Rabbits* y la enseña de su conejo descabezado en la punta de una vara. Son los *Dayberak boys,* párvulos, apenas adolescentes, parodistas de asesinos mayores. Son los *Swamp Angels,* los ángeles del pantano, niños de frentes enruladas y blandas manecitas desprendidas del corro y las ternezas para manejar como juguetes un 38 Lightning, la Beretta italiana de retroacción no bloqueada calibre 9 mm, una Bayard, una Parabellum, el Smith & Wesson de cilindro oscilante, una pistola checa de ordenanza, los cascotes de botella, la hoja herrumbrosa de una navaja o el fino aparatito de cobre que suelen calzarse en el pulgar para vaciar los ojos del adversario. Entre todos esos asesinos infantes destácase Billy el Niño. Ha envejecido. Ya cuenta veintidós años. Su amigo Pat Garret,

antiguo compinche de farras y francachelas, ahora fungiendo de *sheriff* lo tiene condenado a muerte. Agazapado a la sombra de una veranda, le hace cacería y le descarga su 44. El cadáver queda tirado en mitad de la calle. Coágulos de sangre espesa mancillan el lecho níveo. Admiradores de uno y otro sexo lo recogen. Lo afeitan, lo bujelan, lo visten con ropa nueva, bufalina, de *cowboy,* y lo colocan en un escaparate alumbrado con luces de neón y decorado con paisajes desérticos de Arizona y Nuevo México, entre bucráneos y costillares reblanquecidos, tunales hirsutos y crepúsculos teñidos de acuarela. Frente a esa obscena exhibición fúnebre, se concentra una muchedumbre endechosa. Cantan aires populares que retumban con los ecos de las riñas y fechorías brutales, su paso depredador por los *saloons* de Lincoln, sus matanzas mercenarias como precoz aprendiz de *punk* en Colorado, su ascenso como *hoodlum* a las órdenes de poderosos señores feudales, sus espectaculares fugas de la cárcel de Santa Fe, sus aventuras mujeriles y la presteza de su gatillo vindicante. Se consolida así el mito del bandido-niño, un mito que Norteamérica se encargará de exportar con la fascinación de sus estrellas de Hollywood, el confort de sus artefactos eléctricos, sus automóviles, sus chatarras, sus enlatados y la enrevesada madeja de penetración contundente. Pero no termina allí, generalísimo, tu periplo por el dédalo infernal. Mucho te queda aún por ver. Allá abajo, entre el barro y la marisma de cloacas rotas, asiéndose a los filos y salientes de las rocas carcomidas por el moho de las emanaciones fétidas, crees identificar e identificas de hecho a nuevos personajes conocidos. Allí está John Brown, obcecado por la idea de la libertad de los negros, matando amos esclavistas, asaltando ciudades del sur, imponiendo los valores de su justicia torva. Louis Armstrong toca a la trompeta su epopeya. Allí está Monk Eastman voceando su tarifa de perpetraciones: una oreja arrancada, 15 dólares; una pierna rota, 19 y no 20; un balazo en el muslo, 25; una puñalada, igual cantidad; un tratamiento completo *(sic),* apenas

100 y pagaderos en cómodas cuotas. Allí está El carnicero de Cleveland. Allí están Alberto De Salvo (a) El estrangulador de Boston y Robert Robles, El destripador de Manhattan. Mas, no alcanzas a comprenderlo: mientras algunos se mueven como auténticas formas espectrales, sumidos en la carroña de su indignidad, difusos, apenas perceptibles, con la piel escariosa del color de hojas secas, delgadas y semitransparentes, a escarramanchones, ellos, sobre el potro de sus escarmientos; otros, no precisamente los menos, parecen estar vivos, en pleno disfrute de sus facultades, ofendientes, rozagantes y activos, ofuscando tu vista, trastornando tu entendimiento, desquiciando tus sentidos. Mira, allá pasa Al Capone, enfatuado en los signos exteriores de su riqueza, raudo dentro de su *Cadillac* expresamente construido para él: tres toneladas y media de peso, carrocería blindada, parabrisas y cristales a prueba de balas, llantas irrompibles y un cristal trasero de quitaipón para uso exclusivo del guardaespaldas de turno. Con seguridad, lleva su Hi Standard Double mine, calibre 22, 9 cartuchos en el cilindro, bien dispuesto en su funda especial, bajo la axila izquierda. Va a darle su merecido al gángster Joe Howard por haberle birlado un cargamento de alcohol. Va a eliminar a Walter O'Donnell, del gang O'Donnell de South Side. Va a organizar las elecciones municipales de Cicero. Va a acribillar a su rival O'Bannion en su propia tienda de flores. Va a imponer la candidatura de Lombardo para dirigir la *Unión Siciliana.* Va a firmar la paz con Bug Moran en el "Hotel Sherman". Va a ordenar la ejecución de Frank Yale, su antiguo amigo y colaborador. Va a efectuar uno cualquiera de sus consabidos arreglos de cuentas. Va a percibir los dividendos de sus múltiples salas de juego y sus no menos múltiples *boites* de jazz. Va a cumplir una condena por evasión de impuestos en Atlanta, en Alcatraz, en San Pedro. Va a cerrar un negocio de exportación de armas con destino a Suramérica. Va a morir, simplemente, en su cama napolitana, confortado con los últimos sacramentos. Mira, allá van Clyde Barrow y Bonnie

Parker, *Bonnie & Clyde.* Entran en una sala de cine para amapucharse, tranquilos, en la última fila de la gradería. Descansan de sus agresiones, sus *hold-up* y sus enfrentamientos diarios con la policía. En el momento menos pensado, caerán codo a codo. *Juntos serán sepultados, seguro que algunos les llorarán,* dice la tonada sobre fondo de címbalos.

Watergate

Sigue viendo, no desmayes. No te está dado tan siquiera despabilar. Por doquier surgen llamas de azufre. Pasan rodando nubes densas. Truenan su repiqueteo ametralladoras estruendosas. En los ventanales resquebrajados se pliegan oscuras banderas. Plantadas como estacas, con los cuerpos enterrados cabeza abajo, en la nieve, nuevas víctimas expurgan sus culpas. Diríase que toda la ciudad es, ahora, un mar de cráteres volcánicos con piernas de humanos que salen fuera, agitándose devoradas por las llamas. Tañen campanas de dolor en San Patricio y en todas las otras iglesias. Los supliciados gritan. Chillan. Se lamentan con trenos y ayes desesperados. Ululan las sirenas. Una gran oscuridad se cierne. La tierra tiembla. Pronto, sobreviene la luz de nuevo, pero el paisaje ha cambiado. Ya no se divisan cráteres volcánicos ni piernas estacadas. Un lago de pez hirviente recubre toda la extensión citadina. En él se ahogan los prevaricadores, los autores de dolo, concusión y cohecho, el Presidente Nixon y sus colaboradores de Watergate entre otros. Una orquesta completa parece desplegar de pronto un coralcoral majestuoso. Son acordes estridentemente disonantes. La sonoridad masiva del órgano termina imponiéndose. Después, entra en juego una idea lírica presentada por el clarinete bajo, y luego por el corno inglés contra delicados diseños de la orquesta. Un *crescendo* va construyéndose de seguidas sobre el paso regular de los violoncellos y contrabajos y las llamadas clamorosas de la trompeta hasta culminar en forma desgarradora, como

un grito angustiado que permanece en suspenso, justo cuando aparece en escena una multitud de diablos saltarines que con tridentes punzosos y grandes tenedores se entretienen, en adelante, levantando y sumergiendo a las almas despavoridas dentro del mar de pez hirviente. En salvajes actitudes saltan sobre las rocas y pequeños parajes que rodean la ciénaga. Hincan a sus perseguidos. Les hostigan desde lejos, valiéndose de grúas, arpones y garfios. Incisivamente, profieren amenazas e improperios. Se desgañitan con gritos soeces de coraje o de burla. Para huir de tales ataques, los desalmados se sumergen cada vez más en el quemante lagunar. ¡Pobres idiotas!, han caído en la trampa. Desde la eminencia donde te colocó Gerión para que te sirviera de mirador, como en la platea de un teatro, por momentos crees presenciar cuadros de alta comedia, una ópera bufa o un ballet pantomima. No por casualidad, los diablos saltarines se llaman entre ellos con nombres de personajes que parecen sacados de la *commedia dell'arte: Malacoda, Cagnazzo, Barbariccia, Draghinazzo, Calcabrina, Ciriatto Sannuto, Grafficane, Achilino.* Largo rato más te divierte la especie de aparatosa danza que se despliega a tu vista con aquella particular castigación, las fugas desesperadas, espasmos, contracciones, ansias de vuelo, chapoteos, encogimientos, agachaduras y panqueadas de ahogado de los infelices penitentes y los no menos vistosos *port de bras, relevé* y *plié* de los torturadores, consumados bailarines de deshechas y zambapalos, gallardas y caponas. Cuando piensas que ya no habría de pasar más nada en aquel sacaimete por ser presumible la derrota inminente y el ahogamiento seguido de todos los condenados, he aquí que el narigudo de Nixon, capaz por lo visto de sobornar a los propios demonios, con la confabulación de *Achilino,* "el que hace torcer las alas de los otros", logra salirse de la marisma en fusión y, a saltos de piedras, intenta fugarse por la ribera. Los diablos restantes le persiguen entonces. Van a su alcance, le pisan los talones, le pican las espaldas, le buscan el bulto, le baten la brecha, casi le dan

caza, por poco le pescan, apremian sus pasos, encalcan sus huellas. Esperad, deteneos, graznan como cuervos. Peñas, palos, pullas, topetazos, lanzan por doquier. Con un pedrejón le dan por la testa y con la espiga de una vara le hincan el cuero. Nixon no resiste. A punto de desfallecer, muestra su cara de ganso cansado. A distancia, pidiendo clemencia, se oye aullar su voz apagada. Los diablos siguen acosándole, le embisten, le estrechan, porfían, le sofocan y por fin le prenden en una sampablera de gritos y golpes. Seguro que nunca más se le ocurriría desobedecerles. Amarrado con esparsinas, dentro de un saco de yute, le echan de nuevo a la pez hirviente. También *Achilino* recibió lo suyo y con su cuerpo, si bien infunsible, dio en el hervidero. Gradualmente, de a poquito, como si se descorriese el telón de boca de un inmenso proscenio, la pez elástica se fue recogiendo, al tiempo que un empireuma acre y nauseabundo cubre la atmósfera. Todo se esfuma. Descubierta queda la ciudad otra vez. Desde tu altura inconmensurable, ves el tope de los altos edificios, los ventanales oscuros, un débil sol cenital apenas reflejándose, los desfoliados árboles puntisecos pespunteados de escarcha, y la gente, como hormigas, moviéndose sobre la nieve.

De los políticos

Y entonces, es entonces cuando te percatas que la eminencia en la que el monstruo Gerión te había colocado rato atrás era nada menos que la última terraza del Empire State Building, al pie casi de la poderosa antena de televisión que allí se encuentra. Tratas de alcanzar la calle y bajas por uno de los sesenta y siete ascensores que proveen el edificio. Pronto estás a ras de la Quinta Avenida. Algunos minutos te quedas observando las iluminadas vitrinas de los almacenes elegantes; los brazaletes, collares y sortijas que refulgen sobre cojines de terciopelo en el escaparate de una joyería; el restaurante chino unos pasos más allá y

los viejos maricas con sombreritos de fieltro, bufanda plegada y sobre todo a la última moda, mariposeando en el frío. Tu desazón por charlar, maravillado por los prodigios que habías observado a lo largo del día, te lleva a entablar conversación con uno de ellos. Erika, dijo llamarse. No era neoyorkino. Venía de San Francisco de California, donde ejercía la profesión de médico pediatra. ¿No has caído en cuenta que todos los maricas- médicos somos pediatras?, te pregunta con voz acontraltada. Lo que no quiere decir que todos los médicos-pediatras sean maricas, ripostas tú por decir algo. El diálogo se interrumpe. Una penosa procesión desemboca por la calle 36. Una hilera de almas en pena, podría pensarse. A tu mente vuelve el recuerdo de la *güestia* o *Santa Compaña* de la que hablaba el entenado don Francisco de Inda, recordando los mitos y supersticiones de la Asturias de sus antepasados, en las noches de tu infancia caraqueña. Otra vez, oyes la terrorífica letrilla que don Francisco entonaba:

—*Cuando estábamos vivos*
comíamos estos figos.
Y ahora que estamos muertos,
andamos por estos huertos.

A diferencia de los penitentes de la *güestia,* vestidos con modestas sayas albas, armados de cirios y guadañas, los de ahora caminan bajo el peso de gruesas capas de plomo, exteriormente doradas. Se hacen palpables, a distancia, los agobiados rostros. Parecen antiguos retratos funerarios pintados con en cáustica. Son los políticos que alguna vez rigieron o aspiraron regir los asuntos públicos y que así pagan la condena de sus mentiras, hipocresías c inutilidades, te advierte Erika displicente, sin mostrar mayor sorpresa por la pavorosa peregrinación en constante avance. Allí van todos, ríe vacíamente. Les conozco y no me inmutan. Jamás he creído

una sola de sus promesas vacuas ni me he dejado marear por el vaho de sus palabrerías. Sentémonos en alguna parte y discutamos. Nada es tan verdad como que los políticos son los seres más farsantes y guatimañosos de la Tierra. Por eso atraen los oprobios, las injurias y las maldiciones de todo el mundo. Por eso están condenados de por muerte a llevar sobre sus ánimas el peso de esas capas plúmbeas. Con un movimiento de gacela briosa, Erika se pone de pie y te invita a seguir camino. Marchando paralelamente a la siniestra procesión, levanta la voz y continúa su discurso, una perorata de típica inspiración rabelaisiana. Son como monos, te dice. Igualitos que monos. El mono no guarda la casa como hace el perro, ni tira del arado como hace el buey, no produce leche ni lana como las ovejas; no transporta la carga como el asno. Lo único que hace es ensuciarlo y destrozarlo todo. Del mismo modo, un político no labra la tierra como un labriego, ni guarda el país como un soldado, no cura los enfermos como el médico, no predica ni adoctrina como el buen doctor evangélico y pedagogo, ni aporta las comodidades y cosas necesarias a la república, como el comerciante. Ellos sólo hablan, maúlan, ladran, declaman, recitan, salmodian, discurren, peroran, chamullan, hacen que razonan, claman a voz en cuello, se desgarran las vestiduras, fablistanean, profieren ofensas contra sus opositores, enjaretan, boquean, ensartan juramentos y testimonios falaces, meten por los ojos como un prendero, apuntan y no dan, cacarean y no ponen, dan la entretenida, toman la palabra, levantan la mano, duermen la siesta en las sesiones del Congreso, opinan sobre lo habido y lo por haber, traen a cuento historias y mentiras, juran el santo nombre de Dios en vano, el santoral completo y hasta la vulva de sus madres sin tan siquiera inmutarse; sacan a colación componendas y escapularios, siempre traen en la boca una oferta, respiran engaño, resuellan embuste, falsean, disimulan, tergiversan, embudan, mixtifican, lían, envuelven, calvan, chasquean, encalamocan, venden gato por liebre, empriman, seducen, enlabian,

embaucan, doran la píldora, dan una tostada, pegan la ventosa, meten la viruta, echan dado falso, baraja cambiada; como Pilatos, se lavan las manos; tiran al codillo, cogen la loseta, nos tienden el lazo, nos cierran la puerta, juegan la mamola, inventan, chismean, exageran, arguyen, calumnian, adulteran, interpolan, vician, pervierten, corrompen, suplantan, hacen las dos caras, juegan a dos hitos, cargan a dos manos, traicionan a Cristo, se creen memorables, lloran con un ojo, con el otro hacen guiños, se chupan los dedos, se mascan las dulces y burlan al pueblo. Esas son las causas por las cuales se les evita y se les aborrece. De todos modos, te atreves a argumentar (salvaguardando tu parte de político), ellos propician el bien común y la felicidad colectiva, propugnan las leyes más adecuadas al país, las elaboran, las imponen y velan por su cumplimiento. Nada de esto, dice Erika con risa de perdonavidas. La verdad es que trafican con la fe pública y se enriquecen a su expensa. Mascullan gran cantidad de teorías y principios de derecho que ni ellos mismos entienden y en los cuales no creen, hacen prometimientos que nunca cumplen y se quedan campantes en el poder con sus caras de yo-no-fui, echándose fresco en sus partes, rascándose donde no les escuece, resoplándose los mocos y haciéndose cosquillas para reír a sus anchas, bien guarecidos en sus fortificaciones partidarias, acompañados por sus clientes más allegados y su cohorte de secretarias, barraganas y amanuenses, pero que Dios les perdone si se preocupan por nosotros y no por sus prebendas y caldos gordos, sus comisiones y sus privilegios, sus influencias y sus buenas vidas. Erika te invita a cruzar la calle. Cautelosos se acercan a la procesión interminable que, como balsa de aceite, sigue imperturbable por la acera de enfrente. ¡Psit! Ven aquí te digo. Si quieres te los puedo identificar uno por uno, susurra sordamente. A todos los conozco. Son los candidatos a presidentes de la Unión, los presidentes electos y los ex presidentes. Los que mandan a matar primero y a averiguar después. Los que prometen construir cien mil casas por

año. Los que aseguran que tu problema es mi problema. Los que anuncian que van a sembrar el petróleo. Los que aseguran que son como nosotros. Los que se creen que son más hombres que los demás o se presentan como *El Hombre* por antonomasia. Son los senadores del Congreso Federal, los diputados distritales, los miembros de la Alta Corte y del Consejo de la Judicatura, los candidatos a gobernadores y a secretarios de estado, los políticos de barrio y los de campanario, los de cerco y los de palo alto, los que se proclaman correctos y los que se preguntan dónde están los reales, los que se ponen en venta por un saco de tripas y los que usan su diputación o su prefectura de policía para comerciar con la carne de los leprocomios y el vaso de leche de la cantina escolar. Al término de sus carreras son propietarios de una fundición de acero e inmensos centros comerciales, un astillero, un *stud* de purasangres, una escudería, el Templo de Salomón, las islas Cicladas, la tiara del Papa y un sinfín de cuentas cifradas en los bancos de Suiza. A estas alturas pareciera que Erika ha perdido la razón. Ya no camina, salta. Y a gritos, prorrumpe: son poliárquicos, aunque en función de sus intereses pueden devenir en dictatorialistas o en aristócratas. Son policías. Son policitantes. Como los camaleones, son policromos. Y como Polichinela, son burlescos. Son polidores, en el sentido de la germanía. Son polífagos, nada escapa a sus hambres caninas, nada les parece ni demasiado caliente ni demasiado frío. Son polifásicos y polifacéticos. Como buenas paridas, tienen poligalia. Y todos propenden a la poligamia. Algunos son políglotos o se hacen pasar por tales. Otros son polígrafos por aquello de escribir sin que nadie les entienda y sobre materias de las más variadas aun cuando no sean de sus competencias. Son polillas, comeborras, menoscabadoras y destructivas. Son duchos en la polimatía y en el polimento. Para estar bien con Dios y con el Diablo, se visten con ropas polímitas. Y por el polimorfismo que conllevan, pueden cambiar de forma sin variar sus naturalezas. Entre ellos, se sirven de polinche: se encubren sus robos, se abonan, se fían.

Son pólipos de múltiples tentáculos. Y, normalmente, se expresan con palabras y gestos polisémicos. Se amontonan como poliperos calcáreos en partidos y cofradías, sectas, clubes y bandas armadas. Son politécnicos y polifacultos. Son polivalentes. Son polizones. Son polizontes. Son los políticos y los politicastros y los politiqueros. Son y son y son... Aplausos prolongados. Bambalinas, arcos de triunfo, pancartas y pintadas de paredes, surgen por doquier. Muchachas bellas se aparecen llevando franelas con las leyendas: *Vota por Erika, Erika es como tú, Erika es la única. No hay otro (u otra) como Erika, Erika es mejor. Tome Erika, Fume Erika, Coma Erika, ¿Qué pasaría en el país si no existiera Erika?, Erika no falla.* Todas las ventanas están atestadas de espectadores. Electores de Harlem, de Nueva Jersey, de Brooklyn, de Long Island. A lo largo del camino procesional, regimientos del FBI, los Infantes de Marina, la PTJ, el SIFA, el DIM, la DISIP y la Metropolitana, en perfecta formación, armados de escudos de *fiberglass* y rolos eléctricos, bombas lacrimógenas y fusiles de repetición, reponen el orden y cuidan la integridad de los procesionantes. Hordas de motociclistas restallan los escapes libres de sus máquinas. Los muchachos de los liceos y los obreros de las fábricas, las empleaditas de tiendas y los simples transeúntes se encaraman sobre los postes de alumbrado, las cornisas de los edificios, los tubos de las chimeneas, los marcos de las ventanas, los anuncios luminosos y las puertas de estación del Metro. Todos silban, aplauden y vitorean a Erika. La procesión de políticos en pena, finalmente, ha desaparecido. Pero Erika, nuevo líder de las masas citadinas y las desposeídas clases laborales, sigue vociferando, frenético, en contra de sus congéneres. Político él mismo, sin proponérselo, ha triunfado en unos comicios libérrimos por absoluta unanimidad. Los electores, en multitud, le proclaman nuevo Presidente. Con la cabeza descubierta y la diestra levantada frente a la Biblia anglicana y el Escudo del águila y las flechas, un Juez del Distrito de Manhattan le toma el juramento a la Constitución.

Ophidia

Mientras tanto, prefieres deshacerte de la muchedumbre celebrante. Dejas de lado al puñetero marico Presidente y a sus huestes aclamacionistas. Avanzas unas cuadras por entre la multitud y llegas a la plazoleta del Lincoln Center. Allí corren y se retuercen, sin esperanzas de encontrar refugio ni aplacamiento, los ladrones asediados por una masa de serpientes. Buscas lugar entre los curiosos. Todas las especies de ofidios y aun aquellas creadas por los mitos se anudan a los cuerpos. Con su piel distensible se desprenden desde los ventanales más altos, levántanse de los pantanos y el enrejado de los respiraderos, precipítanse desde sus nidos, ondulatorias, curvilíneas, zigzagueantes, concertinas, rectilineales, captando las distancias con sus lenguas móviles, bifurcadas, protráctiles y retráctiles: inmensas pitones afro-asiáticas, boas y anacondas suramericanas, la culebra de agua orinoquense, la petaca del Magdalena, la sucuri amazónica, la matatoro de los ríos selváticos del Ecuador, la yacumama de los caños del Río Negro, la ahorna de la Guayana Francesa, la camudi del Esequibo; armadas cascabeles con sus maracas belísonas en la levantada cola y sus colmillos extendidos y sus colmillos de reserva; macaureles, guayacanes, cuatronarices, terciopelos, macaguas, tigras cazadoras, tigras mariposas; mapanares cejudas, mapanares dormilonas, medusas, liquenosas, rayadas, comunes; sapas y sapamanares; cuaimas conchas de pina; anfisbenas de dos cabezas; bejucas y bejuquillas; loras y machetes; ratoneras tuquies; caracoleras; raboamarillos, raboecandelas y rabonegros; corales diminutas; tragavenados gigantescos de bellas coloraciones; verdegallos, corredoras, cieguitas lumbricoides; cobras reales, gammas hindúes, serpientes marinas de las Filipinas o la Isla Salomón; reptiles indefinibles, con trompas, con patas, con alas; cornudos, emplumados, con cabeza de carnero; la nórdica serpiente Mitgard; Lilith, enemiga y tentadora de Eva; la que lleva la arcadla Artemisa en una mano y la que lleva Hécate

y la que lleva Perséfone; la del diluvio de *Völuspa* y la que circundó siete veces a Buda sin vencerle; la *Koundalini* de los yogas y el *Ouroboros* que muerde su propia cola; los cabellos silbantes de las gorgonas y las erinias; los genios maléficos de Tuat; serpientes y más serpientes, apretando, constriñendo, estrangulando, osífragas, constrictoras, engullientes, a pobres rapazuelos, ermitaños de camino, capeadores, ganzúas, archiganzúas, efractores, timadores, paqueteros, arrastrabolsas, carteristas, gatos, ratones, murciélagos, comadrejas, lagartos, lobos, lechuzas, aguiluchos, avispones, zorros camacitas, robagallinas, bajamaneros, aguantadores, chirlerines, asaltabancos, cacos y cangalleros, tropeleros, cachucheros, comendadores de bolas, pillos, macutenos, cicarazates, desvalijadores de automóviles, abasteros, quinteros, apartamenteros, casaviejeros, rancheros, linternas sordas, cofrades de palas, listos de manos, largos de uñas, juntados en su agonía: Lalo el que estuvo aquí, auñando lo que encontraba a su paso, un borinqueño pequeño y delgadito, parecido a un firi-firi, que se metía por cualquier boquete y era capaz de mudarle la casa sin que usted se diera cuenta, y las subsiguientes pintadas de paredes, antecedentes remotos de la actual propaganda electoral: "Por aquí pasó Lalo", "Lalo estuvo aquí", "Cuando regrese Lalo", "Ya Lalo regresó"; la familia Younger, cuatro hermanos, Robert, Jim, John y Thomas, llamado Colé, el primogénito, un mil trescientos treinta y dos bancos en menos de cinco años, cuarenta docenas de trenes, cuanta diligencia les pasara cerca; Jack Studervant, el temible Bloody Jack, regentando garitos (ciento quince sólo en los alrededores del puente de Brooklyn) y engatusando a los clientes en partidas de cartas trucadas, dados con plomo, ruletas cojas y traganíqueles desacompasados; *Petróleocrudo*, quince veces evadido de la Isla del Burro; *Pianoalrevés*, especializado en el robo de automercados y gasolineras; Sam Bass, el viejo Bill, Butch Cassidy, Kid Curry, Nate Champion, Black Jack Ketchum y Harry Long-baugh, alias Sudance Kid, salteador

de trenes desde que era un muchachito de escuela, casi en el vientre de la madre, acompañado por su amante Etta Place, su maestra de primeras letras que terminó abandonando la docencia parvularia por el bandolerismo; todos los expertos del *bootlegging,* todos los cultores del *racket,* los especializados en arrebatones, los maestros del *hold-up,* los diestros del *burglary,* los duchos del *unexpected attack;* expiando sus rapiñas, haciendo de azazeles, lústricos, pagantes, aserpenteados como el Laocoonte vaticanicio. Las metamorfosis de Lucano y de Ovidio nunca antes de entonces habían alcanzado realizaciones tan dramáticas. Casi a tu lado, rozándote con sus contorsiones, un malandrín impúber, lo que se dice un niño, con el calostro todavía en los labios, es mordido en el ombligo por una *Ninia atrata* (no venenosa) y se deshace en cenizas, para luego renacer. Otras almas mordidas se convierten en serpientes, para volver a ser hombre, serpiente ser hombre, ser hombre serpiente, sin que el cambia cambiar furibundo alcanzara a detenerse un solo instante. La escena comienza a atemorizarte. Por momentos, sientes que los efluvios serpentarios van a alcanzarte. En más de una ocasión, ves la lengua bífida calculando tu distancia. Crees que la babosidad estrangulante te aprisiona, que quebranta tus huesos. Oyes el jadeo de tu respiración, a punto de asfixia. La cianosis comienza a azularte las carnes. No llega aire a tus pulmones ni a ninguna de las ramas de tu árbol respiratorio. Las pupilas se te dilatan. Los latidos de tu corazón se debilitan. Oyes el crotolear de las cascabeles encima de tu piel puesta de gallina, primero; tensa, electrizada, después; fría, como de cadáver, ahora. Un impulso sordo te insta a huir. Silenciosamente, procuras abandonar tu puesto de observante. Y buscando un lugar seguro para protegerte, tan inminente te parecía la sobrevenida del ataque ofídico, bajas las escalerillas hacia la estación del Metro y, creyéndote a salvo, das gracias a Dios.

Con aires de comedia musical

Pero, como si no fuese suficiente todo lo visto hasta aquí con la prisa de una bien montada comedia musical americana en la que no es posible distinguir las costuras entre un diálogo y una actuación bailable o cantable, por ejemplo, ni el entronque entre los diferentes elementos: *bailad opera, burlesque, extravaganza,* parlamentos, efectos audiovisuales, la unidad y la variedad, fluir constante e interrupción; un sinfín de situaciones nuevas comienzan a sucederse desaforadas. Los pasillos se repletan de gentes. Van. Vienen. Avanzan como sapos levantando ventosas en el suelo de cochambre. Vuelan por el aire enrarecido, como si fueran pájaros. Un bululú de ritmos cinéticos y música maquinal, síncopas y polirritmias que ya hubiesen deseado Schömberg y Stockausen en sus momentos de mayor inspiración, aturden de pronto tus sentidos. Al final del corredor, un alguacil afantasmado, entre latinajos y frases curialescas de inequívoco sentido sacramental, anuncia la apertura de un juicio público y sumarísimo a los grandes consejeros fraudulentos de la historia. Un juez decimonónico, toga, birrete y peluca entalcada, se apoltrona en la parte más alta del estrado y suena una campanilla; una puerta se abre al fondo y entra el primer procesado. Se trata de Ulises, el astuto viajero de la *Odisea,* inventor del caballo de Troya y de mil otros ardides. Hay repiquetees de máquinas de escribir y un coro acusatorio recita el escrito de agravios: su fingida locura, las falsas imputaciones que hizo a Palamedes, la colusoria sucesión de Aquiles y el ventajismo con que desplazó a Ayax, la urdimbre que puso en juego para conquistarse las flechas de Heracles, la consecuente muerte de Paris, el robo del Paladio, la construcción del famoso Caballo, sus truculentas aventuras en las costas de Tracia y en las tierras de los Lotofagios y en la de los Cíclopes, la borrachera que prodigó a Polifemo y el enceguecimiento que le propinó después, su proverbial huida bajo el vientre de los corderos agarrándose de las lanas, sus desventuras en Eolia y la fuga de los vientos, su escapada del país de los Lestrigones y su arribo a la isla de Eea, los artifi-

cios que desplegó frente a Circe para que ésta devolviera la forma humana a sus compañeros convertidos antes en cochinos, el enredamiento amoroso con la bellísima maga y su abandono a las fiestas y libaciones mientras Penélope, la fidelísima Penélope, con su bolso de piel marrón y sus zapaticos de tacón, moviendo el abanico, seguía, paciente, inconmovible, impávida, en la estación de tren de haca, tejiendo y destejiendo un velo de nunca acabar; su posterior bajada al Hades para interrogar a Tiresias, su milagroso salvamento y posterior arribo a Ogigia, su amancebamiento con la ninfa Calipso por siete largos años, otro naufragio en Esqueira, su estada entre los Feacios y la vuelta final a Iraca, después de veinte años de su marcha a la guerra de Troya, el trampantojo del disfraz de mendigo, la tendida de lazo que hácele a Penélope para comprobar su tan cacareada fidelidad, la intimidación a su vieja nodriza Euriclea para que no revelara su verdadera identidad y la hecatombe final que propínale a los Procios, pretendientes de Penélope, y a todos los sirvientes desleales, con excepción de Femio, el adivino sagrado de los dioses, y de Medeonte, el heraldo. Condenatorio, el juez determina la quema de Ulises y de su cómplice Diomedes en una misma llama. Un olor a carne chamuscada y a cabello recién quemado y a humo humano envolvente y a alquitrán y a burrajo se expande y reconcentra a lo largo de todo el sótano. El coro griego es sustituido ahora por un cuadro de guapas chicas platinadas de minifaldas repolludas, ajustados pulóveres y senos desbordantes que, con el fondo de una orquesta de jazz, cañas, saxófonos, clarinetes, metales, trompetas, cornetas, trombones y ritmo, piano, contrabajo, banjo o guitarra, batería y una variedad increíble de instrumentos de percusión, entonan la melodía *The american justice is the best in the world.* Fred Astaire y Ginger Rogers bailan la música con pasos de fox-trot, haciendo gala de un profesionalismo consagrado que igual tiende a la lentitud, al abandono, a la pereza que podríamos llamar clásica del blues, lánguido e indolente, que al matiz casi imperceptible del slow, que a la velocidad trepidante del shimmy; sin dejar de lado la vehemencia desenfrenada, el

expansivo dinamismo, la exultante movilidad, la desenfrenada alegría del black-bottom, del charleston, del swing, del boogie-boogie, del jitterburg. Enloquecido por el ritmo contagiante y el despliegue de evoluciones, figuras y saltos de la pareja, a través de escaleras monumentales, enormes cubos de cartón piedra, rascacielos en maquetas, pasarelas levadizas y toda una escenografía a lo Fritz Lang de pomposa ordenación decorativa, el público baila también. Crece la muchedumbre celebrante. El sudor se pega como nata en las ropas y las paredes. Se apoza en el piso. Un hedor húmedo a chaquetas de cuero y a aliento transpirado, como de establo, se cuela entre la gente. El juez cambia de aspecto. Ya no es el mismo juez decimonónico que juzgó a Ulises. Se trata, ahora, de uno de esos enrulados hijos de las flores, histérico y neurótico, con más aspecto de músico *pop* rompedor de guitarras que de magistrado judicial. Sin embargo, parece tomar en serio su papel. Ritual y estático, toca la campanilla y la música, en el acto, se detiene. Un segundo procesado entra en escena. Aunque parezca contradictorio, contradictorio e inverosímil, es el mismísimo San Pablo, el apóstol cristiano, el Apóstol de los Gentiles, el vidente del camino de Damasco, Pablo de Tarso, Pablo de Cilicia; Shaul, en hebreo; en griego, Paulo; el carismático, el teólogo insigne; Pablo el que escribió las Epístolas a los Romanos, y a los Filipenses, y a los Corintios, y a los Hebreos, y a los Gálatas, y a los Colosenses, y a los Tesalonicenses, y a los Efesios, y a Filemón, y a Tito, y a Timoteo; Pablo el que anduvo por la costa de Asia Menor, por Arabia y por Grecia, predicando la fe católica; Pablo que concibió la doctrina de la deificación de todos los hombres por la fe en Jesucristo, que fue perseguido por los judíos y compareció ante el Sanedrín de los fariseos y que con Pedro, el primero de los apóstoles, padeció martirio bajo el poder de Roma; Pablo, en fin, el mismo que enseñó la unidad de la persona en las dos naturalezas de Cristo, la llamada unión hipostática, y que describió la acción litúrgica del sacrificio de la misa como anamnesis y que destacó el aspecto ganancial de la muerte, la apertura del Paraíso a los elegidos, y que proscribió en el

Concilio de Jerusalén, el primer concilio que registra la historia de la Iglesia Católica, las prácticas judías como la de la circuncisión y su posible obligatoriedad para las jóvenes comunidades cristianas; ese Pablo, disfrazado en la Comedia con la sotana y la careta del cardenal Spellman, también hubo de sufrir los rigores de la justicia americana, al tiempo que comenzó a oírse un musical perfectamente atribuible a George Gershwin, con mucho de jazz, mucho de ragtime, mucho de blues y el agregado de un poco de espiritual negro como en *Porgy and Bess,* que sirvió de marco a una especie de recitativo operístico cantado por una soprano dramática de gran coloratura que bien podía calificarse como émula digna de Rosa Raisa o de María Callas, de la Giuditta Pasta o de la Paulina Viardot, y que fue libelando las acusaciones en contra del apóstol con voz de odio, agria a ratos, a ratos burlona, medio oboe, medio clarinete, casi hablada por momentos, sombría, comparable al sabor de una naranja amarga, epsomítica, aunque capaz de adornarse a voluntad con trémolos y escalas y ligados de los más diversos. Dijo que Pablo había desacreditado todo el Evangelio con su estúpida moral sexual. Que fue un impotente, incapaz de sentir deseos venéreos, y como tal trató de imponer a los demás hombres la penuria de su imperfección. Que por ello terminó inventándose la historieta del sexo como pecado capital. Que degradó las más altas funciones humanas con inmundas palabrejas de condena. Que ensució el deseo. Que menospreció a las mujeres. Que rebajó la procreación y vulgarizó y difamó nuestro mejor instinto, contradiciendo de paso las más sabias enseñanzas de Jesús. Y Pablo, Pablo que sustituyó la ley mosaica por la fe; Pablo que disolvió la ley judía y la sabiduría griega, el misterio oriental y el poder romano en la superior unidad de una doctrina de salvación; Pablo que predicó, incorruptible, la vida eterna victoriosa sobre la muerte; Pablo, en fin, *nequaquam dubiam est,* fue condenado por el juez *beat* a la pena crematoria; pero no, como Ulises, tirado de una vez al candelorio, sino (a pedido de un público delirante y vengativo, formado en su mayoría por *teenagers* de ambos sexos alegres fornicantes, adúlteros

civilizados, bañistas a plena piel, lectores de los libros de la *Sherbourne* y de los periódicos *underground,* militantes de los grupos libertarios como la Liga por la Libertad Sexual y la Sociedad René Guyon, discípulos y pacientes del doctor Albert Ellis —psicoterapeuta y autor de por lo menos veinte libros sobre métodos y costumbres sexuales—; *freaks* de todas las calañas, marineros tatuados, putas de la 47; *runaways* llegados de Oregón, de Indiana, de California, de todos los confines de la Unión; devotos de Leonore Kandel y de Ravi Shankar, de Jack Kerouac y de los Jefferson, del rock ácido y de los festivales masivos de tres días; gritando consignas como "El sexo es humano", "Viva la obscenidad", "La censura es resultado de la cobardía" —la misma cobardía que Nietzsche llamó "moralidad del rebaño"— y "Quien no haga sexo, morirá de infarto al miocardio" como ciertamente preconiza el doctor Eugene Scheimann, de la Escuela de Chicago, demostrando de paso que el acto sexual activa la glándula tiroidea, quema colesterol y calorías, ejercita cada uno de los músculos del cuerpo y refuerza pero no sobrecarga el corazón al hacerlo bombear más sangre por un corto período tras el cual, normalmente, sobreviene un descanso); sino, decíamos, introducido él, Pablo, Pablo el Santo, Pablo el Apóstol, en el interior de una especie de toro de bronce de Falaris, el mismo utilizado por el tirano de Agrigento en contra de sus enemigos, un toro metálico hueco, puesto al rojo vivo, y, por si fuera poco, lleno de brasas, para que muriera allí aullando y, con sus aullidos, divirtiera aún más a los furibundos reclamadores de justicia que (incitados por John Lennon, Paul McCartney, George Harrison y Ringo Starr, desconectadas las mentes, relajados y flotando corriente abajo, o mejor aún, por los Rolling Stones, pasando la noche juntos, a 2.000 años luz de casa y con simpatía por el diablo) imaginan el bravo animal mugiendo de satisfacción no ya por haberse engullido las carnes de un justo, sino, más bien, jubiloso y altanero, por saberse en justicia: conjunción plena de una disyuntura: símbolo de la tierra, de la madre y del principio húmedo y símbolo, al mismo tiempo, del cielo y del padre: penetración del

principio femenino por el masculino y del húmedo por el ígneo de los rayos solares: origen y causa de la fecundidad: hijo del sol entre los brahmanes y los asirios: la luna, él mismo, entre los egipcios y los mesopotámicos: zona de comunicación entre los elementos del agua y del fuego: zona de paso entre el cielo y la tierra: emblema de las tumbas reales de Ur, con cabeza de oro y barbas de lapislázuli: fundamento del rito de Mitra: fuerza generatriz de cuyo cuerpo nacen todas las hierbas y plantas que adornan la tierra con su verdor, y de cuya simiente surgen todas las especies animales: reino de Venus, desde el testuz hasta los cascos, diríase que un falo único o una única vulva, y Zeus, dios potentísimo, dios de los dioses, rey del mundo, ordenador de la naturaleza, sumo tutor de todas las relaciones civiles y políticas y de todas las instituciones consagradas por la religión, por la ley y las costumbres, *Elicius, Fagutalis, Pecunia* y *Liber, Dapalis, Katachtonios, Terminus, Fulgur, Lucentius, Pluvius, Tonans, Fulminaiur, Serenator, Penetralis, Herceus, Victor, Stator, Lapis, Feretrius, Diespater, Optimus* y *Maximus,* omnímodo, omniscio, omnipotente, omnipresente, omnividente, omnipensante, omnicagante, omnisingante; cogiéndose a Hera, la esposa, de severa belleza matronil, a quien no sabes por qué Homero se antojó de ponerle "ojos bovinos"; a Deméter; a Maia; a Leto; a Sémele, quemada viva por el furor amatorio del consorte; a Metis, lo que se dice un bocado de Dios y no precisamente en sentido metafórico, fagocitada por la hambruna seudopódica de nuestro portentoso amigo, sobre el propio lecho nupcial, en el preciso instante del himeneo; a Temis, concebidora de las Horas y de las Estaciones, de las Parcas encargadas de repartir bienes y males entre los hombres, de Eunomia (el Orden personificado, las buenas leyes) y Diké (la justicia) y Eirené (la Paz); a Dione, con quien se unió para engendrar a Afrodita, la mujer por excelencia; a Mnemonesis (no podía el Dios supremo dejar de singarse a la Memoria para ser él, por consiguiente, omnimemorante o, mejor, Todomemorioso); a Perséfone, su hija tenida en Deméter (todos los dioses, al parecer, tienen manías incestuosas); a Eurinome; a Elec-

tra; a Aigina; a lo transformada en ternera, ¿puede concebirse mejor pareja para un toro?; a Laodameia, a Niobe, a Pluto, a Taigete; a Almecne, haciéndose pasar por su esposo Anfitrión que para el momento peleaba en contra de los Teleboides, en un solo coito, un coito descomunal, que duró tres noches con sus días a través de los cuales no dio vislumbre el sol y del que no podía nacer, por supuesto, nadie menos poderoso y mejor formado que Hércules, capaz —siendo Herculito— de ahogar en su cuna una serpiente y, ya más grande —con cuatro codos y un pie de altura, es decir, la poco ordinaria talla de dos metros cuarenta y cinco centímetros, antes de cumplir los dieciocho años, lo que se dice un adolescente— de irse a Nemea para vencer al celebérrimo león y preñar de paso en cincuenta noches seguidas, una por cada noche, a las cincuenta hijas —princesas y vírgenes— del rey Tepios; a Antíope, ninfa según la genealogía olímpica nieta suya, haciéndose pasar por sátiro; a Leda, haciéndose pasar por cisne; a Danae, tomando la forma de una lluvia de monedas de oro; a Kallisto, la ninfa que había decidido no perder su virginidad jamás, bajo la figura engañosa de Artemisa, la diosa siempre virgen a quien la estuprada se confiaba en cuerpo y alma; a Ganimedes, efebo tenido por el más hermoso de los mortales, con la apariencia de un águila voraz y, sobre todo, a Europa, la esplendente hija del rey Agenor, a quien raptó en la plaza de Tiro como simple toro aunque —según la leyenda— inmaculadamente blanco y con una cornamenta de luna en cuarto creciente, llevándola sobre su lomo por encima de las ondas marinas hasta Creta y violándola en una gruta encantada a la sombra de un plátano (planta que desde entonces goza del privilegio de no perder sus hojas). Pues bien, bajo ese lujurioso signo táurico, todos los presentes, hombres, mujeres y niños, se lanzan al escenario. Bailan. Gritan. Se agitan. Aparece el grupo Hot Tuna: Paul Kantner en unión de Jorge Kaukonen, Casady y Spencer Dryden, Nick Hopkins (piano), Steve Stills (órgano Hammond), Jerry García (pedal steel guita), Joey Convigton (silla percusiva), David Crosby (bote de música) y The Ace of Cups voces, cantan y tocan

hasta el descoyuntamiento, concentrados, avanzando velozmente, como evocando la salvaje intensidad dramática de un relato bíblico, con el acento puesto sobre la multitud, prendidos de un punto de vista colectivo, estentóreos, alegres, exultados, todos al mismo tiempo, en tres o cuatro tarimas distintas, pasándose de un lado a otro los instrumentos, con un inmenso montaje de luces y filmes por capa etérea. Un surrealismo cachondo se apodera del ambiente. Sin saber cómo ni cuándo, te descubres en el jaleo, de pronto, bailando confundido con la *jippiada.* Una chica llamada Nico, desgreñada y con un indefinible olor a mono, a viruta de madera recién cepillada, a sangre de regla, a aromos ebrios y espesas madreselvas, de buenas tetas y mejores sentaderas, se ha hecho cargo de ti. De todas partes surgen parejas disfrazadas como si se tratara de un baile de máscaras. Ropas victorianas, atuendos de *cow-boy,* plumajes de indios, el verbenero sombrero del Tío Sam, kimonos chinos y japoneses, capas mexicanas de colorines mezcladas con botas camperas y corbatas de pajarita y chalecos de sedazul. *Far out.* Nadie quiere parecerse a sí mismo. Da la impresión de que han resucitado Sitting Bull, Buffalo Bill, Emiliano Zapata, el indio Gerónimo, Napoleón Bonaparte, George Washington, el mago Houdini, Hernán Cortés, Moctezuma y Cacamacin. *American way, beibi,* te dice Nico a modo de explicación, al tiempo que te impulsa para que, como los restantes bailarines, aceleres tus pasos, des saltos, te tires al suelo, vueles, corras, muevas las manos de mil maneras, la cabeza, la cintura, los pies, a la vibración del *rock,* al meneo del *¡eré,* al tropel del *hully-gully,* a la verticidad del dog, todo eso que la propia Nico llama, silabeante y pomposa, *self expresión, free-form* o *improvisación - libre - espontánea - y - autoexpresiva.* Unos momentos después, aparece de nuevo el juez decimonónico sobre lo alto del entarimado. Cesa la música. Se apaga la luz estroboscópica y es sustituida por encandilantes focos de luz blanca. El juicio sumario debe continuar. El propio juez advierte que el próximo procesado será Nicolás Maquiavelo. Otro consejero cínico de la historia, aclara. Muy a su pesar, los bailarines desocupan el es-

trado. Con Nico, bajas a saltos. Compran una cerveza y se acurrucan, amorosos, en un rincón del vestíbulo. Todas las hazañerías del pérfido florentino y su influencia nefasta en la política del mundo, la compendia Sammy Davis jr. en un espléndido oratorio sinfónico. El hombre es malo por naturaleza y siempre, por los siglos de los siglos, ha sido así. La puesta en música del texto se amolda perfectamente a las inflexiones naturales del idioma inglés. La orquestación rivaliza con la voz del cantante en vividez y sugestión dramática. El oratorio exige una orquesta completa, incrementada por piano, órgano y dos bandas adicionales de instrumentos de metal, cada una de las cuales consta de tres trompetas, tres trombones y tuba. Una llamada de trompeta sobre una sola nota repetida desemboca en un pasaje recitativo sin acompañamiento. Sammy Davis engola la voz. Por consiguiente, el que quiera ser príncipe debe tener en cuenta esta concepción negativa de la historia y del hombre. Una expresiva frase de violoncellos y contrabajos lleva, por contraste, a la recomendación más áspera del politólogo renacentista: Es la habilidad o impericia del Príncipe lo que decide la cuestión pública. La música adquiere ímpetu cuando el cantante se pregunta: ¿Quién dijo que la Providencia es dueña de los destinos humanos? Luego, en un pasaje de fluido recitativo, marcado *robusto,* Sammy refiere que la honradez presupone la utilidad y que todos los medios son buenos para alcanzar un fin político. El coro continúa la narración. Dediqúese, pues, el Príncipe a superar siempre las dificultades y a conservar su Estado. Si sale con acierto, se tendrán por honrosos sus medios. El vulgo se deja coger a menudo por las exterioridades, y seducir por el acierto... Ritmos angulosos, un bullicioso color en la orquesta —especialmente el metálico sonido del xilófono— y disonantes variaciones sugieren la bárbara deshumanización del mandato maquiavélico. Crece la tensión. Una enérgica marcha plena de pompa y circunstancia, se sucede. El glockenspiel y el triángulo se suman en alabanzas al príncipe triunfante. El gong y el yunque, también lo hacen. Y el woodblock y el platillo y el látigo. Y las dos bandas

adicionales de bronce. El semicoro prosigue la letanía de obstinadas recomendaciones. El príncipe debe evitar ser despreciado y aborrecido. El populacho es atrevido, pero en el fondo es debilísimo. Cualquiera que llega de una condición baja a una suma elevación, lo consigue mucho más con el fraude que con la fuerza. Un gobierno debe guardarse bien de confiar mandos y administraciones de importancia a los que él tiene ofendidos. La música se ensancha. Un sonido ominoso parece acercarse al gran final. Acordes de flautas, fagotes y dos violoncellos solos contra un *ostinato* de fagotes, contrabajos y el registro más grave del piano; un trémolo en violoncellos divididos *sul ponticello* (el espectral efecto que se obtiene frotando con el arco junto al puente); timbales, castañuelas, gong, tambor-tenor, platillos y arpa marcan, al unísono, el *allegro giocoso:*

El fin justifica los medios
El fin justifica los medios
El fin justifica los medios

La voz de Sammy Davis se magnifica por encima del coro, casi apagado como un rumor. La exultación se desborda y una súbita detención de la orquesta marca el apogeo del cantante, *a capella,* reiterando el estribillo triunfal:

El fin justifica los medios
El fin justifica los medios
El fin justifica los medios

Maquiavelo también es condenado a la pena capital. Tócale morir, o volver a morir mejor, ajusticiado en la silla eléctrica, el terrible invento de Edison y Westinghouse. Dos verdugos lo conducen hasta el galvánico artefacto colocado sobre un tinglado especial. Impasibles colócanle los electrodos: el ánodo en la cabeza, el cátodo en la pantorrilla. Otro, tira de la palanca que dejará el paso libre a la descarga mortal. Una fina columna de humo azulado sale del casco que con-

tiene el electrodo de la cabeza y un débil olor a carne chamuscada invade el recinto. A la vista de todos, se despliega un telón blanco con la palabra: "Fin". Nico te habla del Greenwich Village. Allí es factible ver espectáculos aún mejores. Allí el "rollo" sí es de verdad legítimo, sin la injerencia de organizaciones políticas ni las canalizaciones del *establishment* y sin que los *managers* o los promotores tradicionales del *show-business* y los *squares* (cenizos) de medio pelo tengan nada que buscar. Vale decir, un "rollo" auténtico. Un "rollo" sin cortes comerciales, chico. Y sin violencia, agrega. Sobre todo, sin violencia. Nico te conduce suavemente y te acaricia la mano.

En el Village, la vida es más sabrosa...

(i)

Allí, en el Greenwich Village, adonde Nico te condujo suavemente y acariciándote la mano decíamos, se concentran de verdad los "rollos" más auténticos. Allí encontraron a Allen Ginsberg con sus famosos *poetry readings,* leyendo su no menos famoso *Aullido* en una sala atestada de gentes. Al lado de su amigo-editor, también poeta, Lawrence Ferlinghetti, hablaba de la transformación de la sintaxis americana, de experiencias estilísticas que asimilaban las síncopas del jazz, sus líneas melódicas, sus tensiones espaciales y el contraste rítmico, las variaciones de ímpetu, la soltura de timbre y las armonías insólitas de esa música; de la escritura entendida como una improvisación espontánea; de su mundo poético y de las visiones suyas inclinadas a acelerar los cambios humanos; de sus tentativas por realizar una identidad que tolerase la reconquista de la comunicación entre los hombres y de sus búsquedas para ello en los países subdesarrollados aún no sometidos a la civilización racionalista y de consumo, en México, en Tánger, en los países menos sovietizados y norteamericanizados de Europa, en el Amazonas, en la India, en

Vietnam; de sus experimentos con drogas telepáticas como el yage y con los alucinógenos de las más antiguas tradiciones tribales; acompañándose con címbalos *y* un pequeño armonium indio que tocaba Peter Orlovsky; proponiendo acciones apodícticas no violentas en contra de la guerra y las represiones del sistema, marchas sobre Washington, quemas simbólicas de las libretas de reclutamiento, armisticios y declaraciones de paz por su propia cuenta y la salmodia simple de la sílaba sagrada OM o la más complicada de las seis sílabas A, AH, SHA, SA, MA, HA, seis pronunciaciones distintas de la vocal A, mantra ligada a prácticas y nociones esotéricas, propias de iniciados, cada sílaba referida a un *chakra,* vale decir, según la estructura fisiológica india, a un centro de energía (la frente, la garganta, el corazón, el ombligo, los genitales y el ano) equivalentes todos ellos a los seis períodos de la cosmología expuestos en el *Libro tibetano de los muertos.* Allí estaba el gurú Satguru Maharaji, enseñando a sus discípulos las cuatro técnicas para alcanzar la meditación y su cohorte de muchachos con las cabezas afeitadas y el hábito anaranjado o color amaranto (según estuviesen destinados a la vida de la llanura o a los eremitorios de la montaña) y su aparataje de flores y collares, de campanas y varillas de sándalo entre los dientes o en las orejas. Allí estaban William Burroughs, frente a la indiferencia general, comiéndose su *Naked Lunch,* inyectándose drogas con alfileres de gancho y un gotero; con su rostro inmenso, inmóvil, como una urna funeraria chimú. Allí estaba, yendo y viniendo de arriba abajo para fotografiar con su Minolta profesional todo lo fotografiable, Vasco Szinetar, el hombre que aplicó la cámara oscura, el objetivo luminoso (sonnar 1:2), el telémetro para facilitar el enfoque y el fotómetro para establecer debidamente el tiempo de exposición, los lentes acromáticos y los aplanáticos y los anastigmáticos, las películas modernas ultrasensibles y todos los avances del arte fotográfico a la poesía y a la bohemia intelectual de cualquier sitio del mundo. Más adelante estaba Kerouac,

describiendo las peripecias de los estudiantes de Berkeley; con fondo de música *folk* leía pasajes de su libro *Los vagabundos del Dharma.* Y, un poco más allá, Gregory Corso vociferaba su carta de amor a la bomba atómica, sin comprender por qué todos se espantaban. ¿Por qué se horrorizan?, preguntaba. ¿Y no lo hacen, sin embargo, al ver "a los niños abandonados en los parques" o "a los hombres que mueren en la silla eléctrica"? ¿Por qué todos odian la bomba atómica y no odian el látigo y el hacha, la catapulta de Leonardo da Vinci y los *tomahaw* indios, la espada de San Miguel y la lanza de San Jorge, la pistola que mató a Verlaine y las armas de los gángsters? ¿Por qué todos tenemos miedo a morir por causa de la bomba atómica y no tenemos miedo a morir ahogados o fulminados, de cáncer o, lo que es peor, de puro viejos? A medida que el público se aglomeraba en su torno, la voz del poeta se incendiaba aún más: La condición humana —decía— es ya bastante trágica sin necesidad de que haya que aumentarla con nuevas cargas de odio, de violencia y de rabia. Somos nosotros los que hemos inventado la tragedia. Somos nosotros los que hemos inventado la violencia. Somos nosotros los que hemos dedicado nuestra inventiva a idear nuevos medios de destrucción cada vez más refinados, cada vez más perfectos, cada vez más irremediables. Si los hombres no deseasen estos medios de destrucción no los inventarían. Desde el momento en que los desean y los inventan los hacen entrar a formar parte de la historia del mundo, y odiarlos porque son monstruosos es más injusto incluso que odiar a un hijo de la thalidomida porque ha nacido contrahecho. El odio es un gesto de violencia. Dos puertas de por medio, frente a una multitud de *fans* frenetizados, estaba Eric Clapton, según la leyenda del mundo musical, uno de los más grandes virtuosos guitarristas blancos de todos los tiempos. Y media cuadra más allá, estaba Ravi Shankar interpretando ragas estacionales de invierno, horas de horas, con el sarod, con la flauta, con la tabla, con el sarangui y, sobre todo, con el sitar. Y estaban los

Big Brother y los Grateful Dead, los Charlatans y los Sopwith Camel, la Family Dog y The Byrds, Mike Bloomfield y la Paul Butterfield Blues Band, Bob Dylan y su banda de rock, Ray Charles, B. B. King, Aretha Franklin, Diana Ross y las Supremes, Jimi Hendrix, Dionne Warwick, Lovin'Spoonful y el Country Joe & The Fish, y Peter Townshend el rompeguitarras con su grupo los Who, y Otis Redding, y Mick Jagger, y Frank Zappa y los Mothers of Invention, y el Memphis Group, y Albert King, y Carla Thomas, y Sam & Dave, y Eddie Floyd, y Jim Morrison, y Connie Francis, y Cliff Richard, y Brenda Lee, y Dusty Springfield, y los Everlys, y Mamas & Papas, y Fifth Dimensión, y Tom Jones, y Shirley Bassey, y Helen Shapiro, y Kathy Kirby, y Craig Douglas, y Emile Ford, y John Ley ton, y Engelbert Humperdink, y Mary Hopkin, y los Shadow, y Spencer Davis Group, y los Bee Gees, y Love Affair, y Chubby Checker, y los Platters, y la Quicksilver Messenger Service, y la Family Cowsills, y las Four Seasons, y otros muchos grupos y cantantes del momento; en clubes nocturnos, bares a go-go, sótanos mugrientos y garajes improvisados como *coffee-house,* bien dotados de *rockolas* multisonantes donde por cincuenta centavos en la ranura Ike y Tina Turner te dejaban oír "Río profundo, montaña elevada" o Bobby Sherman su "Mujercita" y los Archie su "Sugar sugar"; discotecas psicodélicas; grandes salones con capacidad para varios miles de personas, sonorizados e iluminados adecuadamente, unas cuantas barras para bebida y un tinglado meritorio para la actuación de los artistas; interpretando ellos, toda la música, música *vudu,* música *boogaloo,* música *country* moderna, música *soul,* la vanguardia *underground,* música *gospel,* música pop, música *shuffle,* la llamada *avant-garde* o nueva música negra y el blues y el folk y el rock eléctrico, ácido, agreste; con toda su carga sexual, la vida y el movimiento, la energía desbordándose, sonido-identificación, vista-identificación, roce-identificación, merequetén, olfato, vísceras desajustadas, olvido de todo lo demás, de todo lo que no

sea la música que se baila o que se oye en ese momento; esa increíble, masturbatoria, eyaculante carga sexual; una carga sexual directa y sencilla, abiertamente pornográfica, sin melindres ni apatuscos, que se irradia, morbosa, plena de olores corporales y sudores de axilas y de inglés, de manos y de pies; disoluta en el ritmo estimulante de la música; en las moviciones isócronas de los cuerpos, esqueletos y encarnaduras; en la *conjunctio alienum* de los bailarines y el *aura corrumpens* de los intérpretes y, ¿por qué no?, en la ayuda visual, la ríspida motivación, que significa el uno frente al otro, descoyuntándose hasta la artralgia de hombros, rodillas y cadera, víctimas de sofocaciones y subdelirios paranoicos, accesos subintrantes y fiebres recurrentes, trastornos vasomotores y contracturas transitorias, haciendo gárgaras, vomitando espumarajos de materiales lisérgicos, trastrocándoseles la mímica facial en un sinfín de máscaras sobrepuestas, la de un orangután, la de un mono chimpancé ahora, ahora la de un niño recién nacido, la de un campeón luchador nuba, la de una *geisha* japonesa, la de un efebo griego o una carite romana, después; flexionando la cabeza y el tronco; oprimiendo y ensanchando los abdominales; empelotando los glúteos; contorneando las nalgas; subiendo y bajando los brazos como gaviotas que sondean el oleaje; basculando la escápula; retrayendo la pelvis en un sacaimete de émbolo propulsor, de balancín perforante; acuclillándose e irguiéndose de nuevo para volverse a acuclillar; en actitud de remedo; copiándose uno del otro; tal como si estuviesen fornicando de verdad; como si la satiriasis y la metromanía hubiesen dado cuenta de ellos; al tiempo que, presas de un soliloquio súbito, balbucean ternezas, sueltan palabras incoherentes, lanzan eructos dispépticos y sonidos guturales o profieren frases de cadencias infinitas, calcadas sobre las letras de las canciones a modo de resonancia simpática, bullentes como zumbidos profundos, como ruidos dolorosos, prisioneras de los siseos de un *coitus interruptus,* opacadas por los alardes de la fonotecnia pero capaces de deslizarse, por encima de las cúpulas de los

decibeles, a oscuras o bajo las intermitencias de los *ligth-shows,* de boca a oído, a través de los aires de la ensoñación. "Balancéame, *baby,* hasta que a mi espalda no le quede un hueso", dice el muchacho. "Pasemos la noche juntos", dice la muchacha. "Me siento tan en forma que no puedo disimular", confiesa el muchacho. "Te necesito ahora más que nunca", admite la muchacha. "Mírame el pito, nena", propone el muchacho. "Vamos a divertirnos con unos revolcones", riposta la muchacha. "Mírame el pito, nena", vuelve a insistir el muchacho. *"Oh baby, baby",* suspira la muchacha. *"Oh baby, baby",* suspira el muchacho. "Soy lo mejor que puedes conseguir", se ufana el muchacho. *"Unbind your mind* (libera tu mente)", propone Frank Zappa y los Mothers of Invention. "Mírame el pito, nena", tararea el muchacho. "Quítate la ropa cuando bailes", recomienda la muchacha. "Y me estoy ruborizando y se me traba la lengua y se me va la cabeza y se me seca la boca", se queja el muchacho. *"Ohm shonty, ohm shonty, ohm shonty-ohm Ssshontay",* modula burlona la muchacha. "Abre tus ojos, hay un nuevo mundo acercándose", aconseja el muchacho. "Por favor, Jack, no te busques responsabilidades", recomienda previsivo un Mother of Invention. "Dame, dame, dame el blues de los burdeles", casi gime la muchacha. "Mírame el pito, nena", reitera el muchacho. "Vamos contra la valla", insinúa la muchacha. "Debemos empezar aquí y ahora *(We must begin here and now)",* se pronuncia el muchacho. "Vamos bajando, bajando, bajando", insta la muchacha. "Dame tu sucio amor, tal como tu mami se lo hace a su velloso perro", gorgorea insolente Frank Zappa casi destartalando su guitarra. "Mírame el pito, nena", dice por sinfenésima vez el muchacho. "Pasemos la noche juntos", canturrea por sinfenésima vez la muchacha. *"Ohm shonty, ohm shonty, ohm shonty-ohm Ssshontay",* corean alegres, por sinfenésima vez, los dos, mientras caminan abrazados hacia la valla.

(ii)

Atrás, en la sala del club, una alharaca de gritos, aplausos, chillidos, risas estentóreas, más fuertes aún que la fonación del heraldo Enténtor en el sitio de Troya, celebran las extravagancias de Zappa y los Mothers. Cesó la música de baile y entra la anarquía sólo audible. Efectos electrónicos. Un río de altoparlantes dispuestos por toda la sala con el fin de crear un sentido de dimensión espacial. Don Preston, como Juan por su casa, manejando un generador de pulsaciones para crear sonidos de percusión verdaderamente inauditos, no oídos antes tan siquiera por Herbert Eimert, en su estudio de la Radio de Colonia, ni por Karlheinz Stockhausen, ni por Bruno Maderna y Luciano Berio en el Studio di Fonología Musicale de la Radio de Milán. El llamado *sonido blanco,* la frecuencia pura, destimbrada, articulada con absoluta prescindencia de sus armónicos, cuasi albina en su albor espectral. Un grabador magnetofónico y las manipulaciones del empalme de cintas y de las variaciones de su velocidad para recoger y producir sonidos extramusicales: las estridencias del público celebrante, las flatulencias de Jimmy Carl Black (el baterista *cherokee* del grupo, empedernido tomador de cerveza), los chirridos de frenos de un camión MG, el ruquirruqui de una rasuradora eléctrica *Lady Remington,* el tecleo de una máquina de escribir *Olivetti-Tekne 4* o el propio sonido de los instrumentos convencionales (el bajo de Roy Estrada, el saxo barítono de Euclid James "Motorhead" Sherwood o la mismísima voz de Ray Collins, el cantante solista del grupo) tratados electrónicamente en una variedad insospechada de alturas, timbres y complejos esquemas rítmicos. Y con la yuxtaposición de tonalidades sin parentesco alguno, con las tensiones innúmeras originadas en la disonancia, con los *tonecluster* de lan Underwood en el piano al modo de Henry Cowell en su buena época, los trucos mágicos de Collins, el baile epileptoide de Sherwood, tal como si sufriese la enfermedad danzante de Bamberger, los cambios de compases, los cambios de ritmos y los cam-

bios de ecualización, con todo eso y más, las atrocidades de Zappa y del grupo entero. Esa noche, hicieron de todo. Celebraron dos bodas en el escenario, la de un investigador de Columbia University con una negra pordiosera del lugar y la de un piojoso *runaway* de Jersey con una bella reportera del *New York-Time.* Para amenizar las ceremonias, el cachondo de Zappa interpretó a la guitarra el *Ave María* de Gounod en tiempo de R & B; sin que faltara la lectura de la Epístola de San Pablo, el descorche de *Brut Champagne* californiano por la felicidad de los contrayentes y el intento de violación del investigador de Columbia por su cónyuge, la pordiosera negra que, tomándose muy en serio su papel, intentó consumar el acto, *plaudentes manibus, ex potestate legis* y sin *exceptiones dilatoriae,* en el propio escenario. Cuando se levantó la falda para llevar a cabo su cometido, un líquido sanioso, puruloide y de olor valerianáceo, brotó de los tejidos esfacelados de su vulva, refulgió por momentos sobre la cochambre pegos- tosa de sus piernas y terminó empozándose en las tablas del tinglado. Ni que decir que no podía aguantarse la hediondez y que el pobre consorte, apesarado por una violentísima vasoparálisis abdominal, se desvaneció y cayó de sus pies, lívido, casi sin aliento, por lo que un *Hall's Angel* —improvisado como enfermero— hubo de darle a oler efluvios de éter y aplicarle inyecciones de alcanfor, bajo los acordes de la *Marcha fúnebre para las víctimas de la Revolución* de Dimitri Shostakovich que la banda interpretó poniéndola en solfa con trozos del *Freak Out* y del *Grand* W*azoo.* ¡Fue un desmadre padre, generalísimo, el de esa noche! Inmediatamente después, el loco de Zappa sacó un par de *marines* del público y entregándoles una muñeca de trapo tamaño natural, les dijo: "Esta es una chinita, enséñennos cómo tratamos a los amarillos, allá en el Vietnam". Por supuesto que los *marines,* prestándose al juego, la despanzurraron, consumidos por la ira, con los dientes apretados, con las gargantas inundadas de palabrotas y con las caras hechas truenos y relámpagos como una tormenta, mientras las tripas de la mu-

ñeca volaban por el techo, anudándose en las aspas de los ventiladores, y ellos, los *marines,* seguían atravesándola, pateándola con sus enormes botas de marcha, queriendo volverle trizas el esqueleto de alambre, buceando en su caja torácica hasta el último centímetro de relleno, hasta el último soplo de respiración, hurgando en su vientre cualquier semilla recóndita, el vestigio de cualquier posible descendencia, rasgándola, atropellándola, cortándole las piernas y los brazos en trocitos minúsculos que se esparcieron por el aire como papelillos, como carga de piñata, sin dejar de arrancarle uno a uno los deditos de sus manos, los deditos de sus pies, y sus cabellos de estambre rubio y sus ojos de cuentas, sus gemidos y sus lágrimas. Tan frenético estaba Zappa aquella noche que, por horas y horas, siguió sacando gentes del público y las puso a pronunciar discursos en el proscenio. A otros les hizo demostrar sus habilidades, cualquier habilidad. El poeta Michael McClure ofreció una muestra del lenguaje animal por él propugnado como la mejor forma de expresión. Bramó como búfalo, ululó como búho, barritó como elefante, piafó como caballo. Roznando como tigre, y con la apariencia de tigre él mismo, desnudo y maquillado al efecto por Roberto La Vigne, dijo que los hombres somos animales y por lo tanto deberíamos hablar nuestra lengua de hombres-bestias, más fluida, más sensual y más comunicativa que la acostumbrada, porque el cuerpo y el espíritu son indivisibles y la poesía es escrita por un espíritu libre, auténtico, expandible, no reglamentable, nada mezquino y fundamentalmente amoroso, a través del cuerpo. No hay animal que no tenga espíritu, rugió después nuestro poeta. Lo tuvieron la Ballena de Jonás y el Caballo del Cid, el jabalí de Enmanto y la Cierva de Cirinea. Lo tienen el Galgo Blanco de Richmond y el Dragón Rojo de Gales, el León de la Metro y la Danta de María Lionza, maulló ejemplificante. Cambian solamente las dimensiones, se apresuró a estridular de seguidas. ¿Duda alguien que la ballena, por ejemplo, tenga un espíritu más grande que el del Presidente Truman, o el del Presidente

Ford, o el del Presidente Johnson?, se preguntó croando en tono socarrón. Y para mejor fundamentar su tesis, terminó arrullando prolijas consideraciones sobre los antecedentes históricos de la idea: silbó varias de las más conocidas fábulas de Esopo; trinó algunos cuentos de Perrault y otros tradicionales donde resultaba evidente que *in illo tempore* era absolutamente cierto que El Gato con Botas o los ratoncitos de La Cenicienta se comunicaban con los hombres; chilló oportunas referencias sobre Cyrano de Bergerac, que en el siglo XVII había precisado el lenguaje de los pájaros, y zumbó otras tantas sobre Maurice Maeterlinck que pasó buena parte de su vida estudiando el de las abejas. Como en la famosa Speaker's Córner de Hyde Park de Londres, allí nadie se quedó sin decir lo suyo. Un *freak,* un *Merry Prankster,* un *punk,* un *skinhead,* un vegetariano comenabos, un miembro del *Ejército de Salvación,* un *Ángel del Infierno,* un *teenage* llamado Cipolliña, un dirigente del *Free Speech,* un teósofo, un profesor de la New York University, un ecólogo, un *Vietnik,* un *peacenik,* un *beatnik,* un *hippy,* un trémulo *Hijo de la Flor,* un comunero de Holiday, otro de Augusta, otro de Zanesville, otro de Monterrey, un *handicap* ex combatiente en su silla de rueda sincrónica y con espejo retrovisor, un redactor de *The Village Voice,* un líder de la *Nueva Izquierda,* un *runaway* de Denver, otro de Oregón, T. E. Lawrence sobre una escalera, un bufón con una muchacha cargada en cada brazo, una princesa iroquesa con tocado de plumas verdiazules iridiscentes y anillos blancos y negros colgando a ambos lados de su cara de Tierra-Madre, una chica *haré krishna* con su sari de madras y corderoy, un predicador de *Infierno y Condenación* haciéndose el Elmer Gantry, un anarquista de East Side, un *Digger SE,* un *Provo,* un actor del *Teatro Viviente,* un USCO, un *Millbrook,* un militante de la Liga para el *Descubrimiento Espiritual,* un representante de la *Campaña del Juguete Antibélico,* el pacifista Dave McReynolds, el biólogo Premio Nobel George Ward, un *Alcohólico Anónimo,* un asociado de la *Liga por la Legalización de la*

Marihuana, otro de la *Sociedad de Amor Libre,* el poeta bengalí Malay Roy Choudhury defensor de la obscenidad, Gary Snyder disfrazado de Ezra Pound, un dirigente del *Poder Estudiantil,* otro del llamado *Poder Negro,* Harry Belafonte, un chico *gay,* el *Caballero Blanco de Ajax,* el presidente del *Comité Coordinador de los Estudiantes por la No Violencia* (SNCC), un miembro de la *Banda del Club de los Corazones Solitarios del Sargento Pimienta,* la dramaturga Bárbara Garson, un chicano, un puertorriqueño, tu amiga Nico, cada uno en su oportunidad y siempre con el fondo musical de Zappa a la guitarra y una nube salvaje de *geysers* de incienso amarillo oro brotando entre las hosannas y las rechiflas de la multitud, hablaron, echaron párrafos, gastaron frases y se fueron de la lengua y la canilla sobre la lucha por los derechos civiles y la ley de incorporación a filas y el asma y la alta presión y la diabetes y los tímpanos perforados y el soplo cardiaco y la úlcera duodenal y las hemorragias graves y las perturbaciones psicológicas y los tatuajes obscenos, sobre todo los tatuajes obscenos, como formas válidas para evadir el reclutamiento y el servicio militar; la guerra de Vietnam y las instalaciones atómicas de la Bahía de San Francisco; las armas de destrucción masiva e indiscriminada, la bomba atómica, la solomatagente, el napalm, los programas de arrasamiento y las bombas de fragmentación; el racismo; las *free beaches* y el desnudismo playero; los *love-in* y las cada vez más frecuentes interrupciones de los *happenings* por el sadismo policial; el *way of life;* los campos de concentración de Wickenburg en el desierto de Arizona y las detenciones de emergencia y el Acta McCarran; el aplastamiento de comunas *hippies;* el amor, la tolerancia y la comprensión entre los jóvenes; la revolución sexual, el matrimonio a prueba, las píldoras anticonceptivas, el aborto libre; la libertad de propagación del pensamiento; la libertad de palabra; la distribución, venta y mantenimiento de los periódicos subterráneos, impresos o ciclostilados; la libertad para organizar grupos políticos dentro de los colegios; el derecho a la represen-

tación estudiantil dentro de los órganos administrativos de los centros educacionales; el derecho a la petición y a la iniciativa dentro del gobierno escolar; el derecho de reunión y el de vestir como se quiera (sin cortes forzosos de cabellos y barbas ni códigos de vestimentas), el fin de los infamantes castigos corporales, el fin de la autoincriminación obligada, el fin de la suplencia de datos a las agencias gubernamentales y otros centros de espionaje por parte de los maestros de aulas y los directores de colegios; las excelencias y necesaria permisión de los hongos sagrados, la marihuana, el ácido lisérgico, el hachís y la mescalina, los tiernos brotes disecados de las distintas variedades de cactos *Lophophorus* que crecen por macetones en la orilla del río Grande, usadas ya por los antepasados indígenas con fines adivinatorios, curativos y telepáticos, en el curso de conjuros y tentativas de comunicación con las fuerzas sobrenaturales y para mejorar el autoconocimiento o la vida social del grupo (el noble y viejo *Peyote* de los Aztecas, el *Hikori* o *Hikuli* de los Tahumaras, el *Huatari* de los Cors, el *Seni* de los Kiowas, el *Wokowi* de los Comanches), vituperado ahora, perseguido e incautado por la Asociación Médica Norteamericana, la Oficina Federal de Narcóticos, el perverso Harry Aslinger, los fiscales de los distritos católicos (y judíos), los jueces frustrados y los padres incomprensivos y adictos al alcohol. Y cuando parecía que aquella competencia retórica llegaba a su fin, dada la súbita interrupción propuesta por Zappa que valiéndose de una jirafa disecada puesta sobre el escenario, con una manguera adicionada a su vientre en forma de miembro viril y que sobresalía por entre sus patas traseras, se dio a la tarea de masturbarla, llenando de nata batida a muchos de los intervinientes y a aquellos de los espectadores que más cerca estaban del lugar, nuevos y nuevos oradores hicieron su aparición, oradores ditirámbicos, oradores rabiosos e ignipotentes, oradores almibarados, oradores tragicómicos y oradores metafóricos, oradores gongorinos y oradores manieristas, oradores alambicados y perifraseadores como el Lucho Villalba en

una sesión conmemorativa de la Sociedad Bolivariana, oradores arcaizantes y cultiparleros revividores del mester de clerecía, oradores lapidarios, oradores ripiosos como cualquier borrachín de la barra del *Camilo's* compitiendo en transposiciones e histerología con Orlando Araujo, Manuel Matute o Caupolicán Ovalles, y oradores que se desperdigaban en un mar sin fondo de símiles y alegorías, exordios y sonoridades, metagoges y abusiones, polisíndetones y paradiástoles; oradores concisos, oradores patéticos, oradores enfáticos, oradores altísonos; oradores obstentantes como Bolívar en el Juramento del Monte Sacro y oradores prosopeyescos, campanudos y ampulosos, como Manuel Alfredo Rodríguez diciendo un discurso patrio en la plaza de su pueblo; oradores alusivos y oradores reticentes, oradores conceptualistas, oradores repetitivos; oradores eufemísticos y plácidos como Adriano González León en sus clases de Literatura Oral y oradores galanos, bien compuestos y medidos, apenas aderezados por un tantico de sal ática, como el doctor Uslar Pietri en las peroratas que dirige a sus "amigos invisibles"; oradores líricos, irónicos, similicadentes, espontáneos, ciáticos, conduplicados; oradores aliterados, episódicos, antonomásticos; Demóstenes farfullando sus ejercicios fónicos frente a los jónicos fragores del mar embravecido; Isócrates panegirizando a Filipo rey de Macedonia; Pericles exaltando las glorias de los atenienses; Esquines, el de los sonidos espondiarios y las dóricas melodías; Iseo, Licurgo y Hespérides; Marco Tulio Cicerón, con su continua grandilocuencia, cuidando el arreglo de las palabras, la concordancia de las expresiones, la distribución de los períodos, el uso alternado de los pies y esa manía tan suya de concluir con yambos más que con los usuales espondeos; Benigno Bossuet demoliendo el quietismo de los molinisistas enmascarados; Marat, Dantón, Robespierre; Honoré-Gabriel Mirabeau en la Constituyente; Coto Paúl en la Sociedad Patriótica; Fermín Toro en el Congreso de Valencia; todos los oradores del mundo, los mejores y los menos buenos, bachillereando sus retahilas sobre el uso ascendente de la marihuana

en los sistemas Ayurvédico, Unani y Tibbi de medicina indígena que se practica en el sub-continente Indio-pakistano; propugnando la conveniencia de fumar las raspaduras secas de las conchas de plátanos, las semillitas de manzana o los polvos de telas de arañas para remontarse alto, a falta de materiales más idóneos, y hacer jugar a la mente juegos placenteros; prescribiendo la vitamina B_3 para propiciar el descenso suave, sin tropiezos, de un "mal viaje" y el combinado de vitamina C y Niacinamida (500 mg de ambas como primera dosis y luego 200 mg dos veces por día) para recuperar la química sanguínea después de una faena acidolisérgica; propagandeando las celebraciones religiosas psicodélicas dirigidas por los reverendos Leary y Metzner, hechas por medio de viajes místicos a través de siete niveles de conciencia, guiados por los grandes dramas religiosos del mundo (Muerte y resurrección de Jesucristo, iluminación de Buda, el último viaje de Lao Tsé, el Bhagavadgita, los Misterios Eleusinos, la revelación de Al-Corán a Mahoma, etc.), mediante sermones, conferencias, plegarias, combinaciones de recursos comunicativos, sobrecarga simbólica, meditación sensoria, gestos, pantomimas, esculturas luminosas, cuadros vivos, sonido, ruido y música; celebrando los festines de amor y los *kiss-in* o reuniones para besarse, los *swinger's party y* la pública fornicación al aire libre; difundiendo los beneficios de la manteca de orgía, usable como lubricante y como afrodisíaco, más potente que los untos de palodearco y la cera de abeja con jujube y el licor de absenta, suavizante ella, fosforescente y perfumada, de sabor agradable y nada venenosa; condenando la censura y las violaciones constantes a la Enmienda Primera de la Constitución y el impúdico *Index Librorum Prohibitorum* que condena como publicaciones obscenas e ilegibles, entre otras, el *Queen Mab* de Shelley, el *Leaves of Grass* de Walt Whitman, *Madame Bovary* de Flaubert, *Pierre* de Melville, casi todas las novelas de D. H. Lawrence, el *Ulysses* de Joyce, las de Henry Miller, las de Marcel Proust, y más recientemente el *Howl* de Alien Ginsberg y los poemas de

Ferlinghetti, los de Gary Snyder, los de Gregory Corso, los de Leonore Kandell; atacando la intervención de Estados Unidos en los asuntos internos de los pequeños países, el exagerado presupuesto armamentístico (más de cinco mil millones de dólares por año) y las incontables toneladas de dinamita en armas estratégicas almacenadas por las Grandes Potencias, la burocracia y la competitividad, la violencia y la abulia, la alienación y el materialismo, la asepsia incólume y los vendedores de dogmas, todas las coartadas y las coacciones del sistema en fin. Tenía razón la Nico, Greenwich Village es un sitio increíble. En ninguna otra parte, ni en el Haigh-Ashbury de San Francisco, ni en el Barrio Latino de París, ni en el Picadilly-Circus de Londres, ni en el Triángulo de las Bermudas de Caracas, ni en las bíblicas Sodoma y Gomorra del Antiguo Testamento, en ninguna otra parte, se viven "rollos" tan rollizos, tan arrolladores y desenrollados. Allí nadie está pendiente del mundo exterior, o por lo menos demasiado, sino de la realización propia o la totalidad del Yo, última Thule quizás desde los orígenes del hombre. Allí las nubes de LSD y *grass* impiden ver y oír los aspavientos y mojigaterías del mundo oficial. Allí hasta los helados y las naranjadas, los pasteles, los *hamburgers y* los *hotdogs* están acidulados. Allí el aire envuelve las cosas con una atmósfera cuento de hada de tenue color rosicler y la gente no camina sino que gravita sobre nublos de incienso arábigo y el rehílo de una pompa de jabón, una inmensa pompa de jabón que crece en torno al planeta hasta los asteroides más remotos y las más remotas lunas como un hongo atómico nada destructivo, lábil y salutífero; presas de una ebriedad dulce, laxos, obnubilados por la somnolencia a veces; a veces, comunicativos y risueños, soplando rejiñoles de gorjeos pajareros, pidiéndole leche a las cabrillas y frutos de mar a los ciruelos, lengudos o absortos en la ideación de utopías licenciosas, revoluciones incruentas y noches de plenilunio interminables para hacer el amor sin parar al cobijo de un sinfín de membranas fetales y mucosas intrauterinas. Allí, fue

allí donde, sin más, decidiste quedarte a vivir con la Nico por el resto de tus días.

(iii)

Sin preocuparte por salir a buscar trabajo. Echado sobre una litera de paja o a pleno suelo, conviviendo promiscuamente con los restantes miembros de la Comuna; tocando la flauta en las horas muertas que eran las más del día o relajando mente, cuerpo y espíritu, a la espera de las *psychedelicatessen* que la Nico zanqueaba por el barrio, en las tabernas y en los mesones, en las salas de *dance-concert* y en las multicambiantes guaridas de los proveedores y, primero que más nada, hundiendo con delicia tu cabeza en el prodigioso mascarón de pelos de la Nico, ¡ah, qué maravilla!, abierta ella de piernas sobre un colchón de nubes desleídas, y tú con tu lengua, alargada hasta la paralgesia, atravesando aquel túnel de almohadones replegados, deteniéndote lascivo en la raíz de los muslos, lamiscando el monte de Venus, lamiendo y relamiendo los grandes labios desde su comisura anterior hasta el propio orificio anal y sus entretelas más recónditas, devolviéndote ahora sobre las ninfas, huyilonas ellas por prados de fulgentes verdores y entre montañas altísimas *y llenas* de grietas con picos de roca, creyendo oír esquilas de cabras y zamponas de pastores en el borbor de cada lengüeteo y tremolares de vientos y fragores de batallas; y luego, después del paso leve por el vestíbulo, guarnecido de espejos y tremoles como la galería de un palacio, el alcance del clítoris, eréctil cual la giba de un camello delineándose contra un cielo crepuscular de gencianas y arreboles, animoso y fecundante, capaz de penetrarte él a ti, y a tu lengua, y a tu sangre oscurecida entonces por una lluvia pertinaz que fluye desde el meato urinario, a torrentes, bañándote con su olor de manzanas frescas y su carga desparramada de urea y ácido úrico y cloruros y fosfatos y oxalatos y urobilina y sales biliares y amoníaco; moviéndote luego hacia la embocadura de la vagi-

na, en el mero centro de la tierra, allí donde supuestamente nacen los ríos del paraíso, ríos de mieles y de leches y de vinos, desflorando tú, a duras penas, un himen indesgarrable, resistente y fibroso, o fláccido y sutilísimo, capaz de dejarse violar muchas veces sin sangre ni dolor y sin ningún esfuerzo de tu parte, y alzándose ella, tu lengua, por todo el curso oblicuo de la cavidad elíptica, desde la vulva propiamente dicha hasta el cuello uterino, presionando la vejiga por delante y el intestino recto por detrás, al extremo de inflamar, como a velas de estribor por un viento pertinente, la mucosa rosácea y rugosa, con textura y olor de pulpa de guayaba, la capa muscular y la conectiva, hinchadas todas espasmódicamente a punto de prolapso y las cuales, perversas, tratan de asfixiar tu lengua, aprisionada sin alivio por la cerrazón, pero, liberada al fin, impaciente por continuar su marcha hasta alcanzar, esperanzada y trémula, el útero que recorre íntegro, por el cuerpo y por el istmo y la cérvix, horadando el endometrio, la túnica intermedia muscular y la externa serosa, para bifurcarse más tarde como una serpiente de dos cabezas en el Edén del poeta y arremeter hacia las trompas de Falopio, lamer las incontables fimbrias de los infundíbulos, lambucear las ampollas, los istmos, las partes intersticiales y los ligamentos tubo-ováricos y las pestañas vibrátiles que te hacen cosquilla en las cecinas y en los músculos risorios, y entre el golpearse de innumerables puertas y un fragor como de vajillas chocando, adentrarse en los ovarios y ahondarse en cada una de las hendiduras de su superficie mamelonada, restregándose aquí y más allá, en la parte medular y en la parte cortical y en los folículos de Graaf y en las dehiscencias que dan salida a los óvulos, uno de los cuales se apresura, anhelante, a bañarse en el moco y los epitelios descamados y las sales minerales y las sustancias orgánicas y el fermento de ptialina de tu saliva acostumbrada a iniciar el proceso digestivo de los vinos *Brillat-Savarin* y las langostas a la *Thérmidor* y la *Saltimbocca alla Romana* y el *Soufflé au Grand Marnier,* en busca, él, de un espermato-

zoide, un espermatozoide compulsivo, un solo espermatozoide fecundante, para asegurar de paso la pervivencia de la especie, la continuación del mundo y la *Vida, Pasión y Muerte del Homo Sapiens,* concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, juzgado bajo el poder de Poncio Pilatos, crucificado, muerto y sepultado en sepulcro de piedra, amén de resucitado el tercer día, subido al Cielo y sentado a la diestra de Dios-Padre; pero, siendo tu lengua inapta para fecundar el óvulo maduro, no se detiene y sigue, impertérrita, unida otra vez, a la búsqueda de nuevos derroteros. Como el aire de una insuflación tubárica, traspasa paredes, ductos y oclusiones, se esparce por los ámbitos de la cavidad endoabdominal, repasa cada una de las asas y cada uno de los pliegues del duodeno, del yeyuno y del íleon y del recto y del colon y del ciego, todo el laberinto de la ristra intestinal diríase; se engolosina con los aminoácidos y los monosacáridos, la glucosa y la levulosa, los ácidos grasos y la glicerina del quilo alimenticio de la muchacha, un quilo de yogur y de quesos y de cuajo y de ghi (la mantequilla clarificada) y de todos los productos lácteos concebibles, combinados ellos con mieles y cereales y frutas y verduras (por obra de la Ciencia de la Auto Realización que había practicado en otro tiempo, la Nico devino en vegetariana y se negaba, por ende, a la costumbre, muy poco civilizada según decía, de matar animales directamente y comer su carne); y, adormilada por una especie de abulia temporal que provocárale semejante hartazón, tu lengua, insaciable y cruel al tiempo que hedonística, cual una anaconda tropical que termina de ingerir su presa, decide echar una siesta sobre el muelle colchón de las vellosidades intestinales, impedidas por ahora de seguir cumpliendo sus funciones nutricias. Pero no era tu lengua entonces de las que se quedaban tranquilas, generalísimo, y mucho menos dentro del vientre de la Nico, una mujer con terribles furores uterinos, lo que se dice una gran puta; más que puta, putísima; dispuesta siempre a pasar horas noches y semanas reclamando nuevas y nuevas pruebas

interminables de tus cualidades amatorias; diciéndote, una y otra vez, mira, toca esta cara, estos dientes y estos ojos, estas narices aventadas como las de un burro hechor, estos pezones que ya no resisten, este vientre, mete la mano en este hoyo de pelos, el dedo en este culo, perfórame, clava, clava hasta que yo grite, mámame el chucho, no te detengas, duro, duro, más duro, más duro aún, sigue, sigue mamando por favor. Y, a pesar de que bien sabemos cuánto podía hacer tu lengua, temblorosa como la de una víbora, chisporreteante como los ojos de un diablo, estremecida como las manos de un suicida; a pesar de que sabemos cómo amaba, cómo se desplazaba serpentina, cómo gozaba, cómo sufría; en una palabra, todos los secretos de tus mamantinas y tus cogidas, todas tus experiencias de mamífero cogedor, todas las exageraciones de tu espíritu de Don Juan coñero y lambefruta, hace falta que no detengas el relato, que no lo interrumpas en su fluir, en su vuelo de nebulosa sorprendida, que lo abultes hasta donde puedas, que continúes detallándolo todo, hasta los suplicios de Tántalo y el teatro del mundo de Calderón y las absurdidades de Ripley. Ese crecimiento monstruoso, en tu caso, será perdonado. Sabemos que él responde a una necesidad, la necesidad de matar el tiempo en la celda. Sí, matar el tiempo a punta de recuerdos y episodios y circunloquios y aumentaciones, para evitar que la muerte —desmoronante y pérfida— te mate a ti. Decías que tu lengua se había adormecido sobre las vellosidades intestinales de la Nico y que la Nico, cómo llegaste a conocerla, no era mujer de dormiciones y ablandadoras. Pues bien, en justo acatamiento a la expresa voluntad de ella, un restallón en las espaldas, una mecida de cabellos, un gorgorito de fastidio o un sigue sigue papacito dicho así con ese dejo, tu lengua, cual un hipogrifo violento que había corrido parejas con el viento, lejos de decir despierto cada cien años cuando el pueblo despierta, en seguida se puso en pie para continuar su itinerario; jugó un rato aún con los cinco millones de vellosidades cesantes, con sus maquinales movimientos de as-

piración e impelencia, en una revista gimnástica de rítmico lucimiento, para despabilarse mejor, tratando de meterse por ellas, por sus finísimas redes capilares, por sus mínimos dedos de guante translúcido, hasta la sangre y la linfa, sí, osmóticamente, o a través de un complicadísimo proceso de absorción y secreción subsiguiente, tal vez; acceder a la cisterna de Pecquet, abocarse al conducto torácico, desembocar en el confluente yugulo-subclavio y, arrastrada por el caudal venoso, si acaso fuere posible tanta belleza, abrazarle el corazón y deglutírselo, no el corazón deshecho de Sor Juana Inés de la Cruz ni el corazón hecho burbujas de Gutierre de Cetina, sino ese corazón de la Nico, toda una joya de 230 gramos de peso en oro y plata, gema increíble engarzada en pericardio de pedrería, con caras de diamante en bruto, con márgenes de alabastro lavado, con base de circón y turmalina y ápice de ópalos de fuego, una presea y una colmena de mieles al mismo tiempo, al mismo tiempo aderezo y catedral de amor, broche y fuente de luz, con aurículas de carbúnculos resplandecientes, con ventrículos de granates almandinos y una tricúspide de colofonita y una mitra episcopal, más que mitra una tiara de papa, toda hecha de brillantes, almendras y rebolludos, nácares y perlas, jergones y piropos, jacintos de Ceilán y esmeraldas de Colombia, zafiros del Brasil y topacios de Hinojosa. Poseer el corazón de la Nico era como hacerse dueño de todas las alhajas del mundo, del diamante del rajá de Matán y del Regente del museo del Louvre, del Estrella del Sur y del Exzelsior, del Reitz y del Stewart, del Jubileo y del Nizam, del Gran Mogol del sha de Persia y del Koh-y-Noor de la corona inglesa, del Orlov que viste en manos de Catalina y del Florentino que fue de Carlos el Temerario, y del Cullinam que fue de Eduardo VII, del collar de pinjantes que portaba Alejandro y del Gran Collar de la Orden de Caballería del Toisón de Oro y de aquel por el cual María Antonieta perdió la cabeza y la corona de Francia y del que Richard Burton le regaló a la Liz Taylor y del que Jorge Negrete le regaló a la María Félix y

de todos los joyones y yojeles, coronas y coronillas, escofiones, piochas, diademas, botonaduras, camafeos, gargantillas, aretes, zarcillos, pendientes, brocamontones, brazaletes, sortijas, dijes, lunecillas, lunillas, lunetas, medias lunas, cadenas cabrestillos, medallones, tembleques, guardapelos, ¡oh, tus guardapelos!, alcorcíes, atarantapayos, miriñaques, piedras preciosas, piedras finas, piedras ciegas falsas, culos de vasos y culos de botellas que Isabel la Católica empeñó para que Colón descubriera la América y los que forman (o formaron) el tesoro de Oxus y el de la reina de Saba y el del rey Agamenón, el de Alí Babá y el de El Fantasma, el de la isla del tesoro y el de la isla de los pájaros, el de la laguna de Gutavita y el de la Sierra Madre. Pero basta, basta. ¡Detén esa avalancha de floripondios y enumeraciones que acabará por hundirnos a todos y a ti también en un tonel sin fondo de rutilancias y oropeles! Cierto fue que tu lengua no alcanzó el corazón de la Nico. No podía alcanzarlo. Por lo que, consciente ella de sus limitaciones, terminado el juego de las vellosidades, giró sobre sus pasos, o, quizás mejor, sobre sus reptaciones, y se enfiló hacia el intestino grueso; no sin dificultades, afinándose casi como un silbido, pasó por la válvula íleocecal de Bahuin; repasó las abollonaduras del ciego, sus agrestes prominencias, el apéndice vermicular, el colon ascendente hasta la flexura hepática, el transverso, a todo lo ancho de la cavidad abdominal, de izquierda a derecha, hasta llegar al ángulo esplénico, al descendente, al sigmoide o sigma cólico, a modo de "S", y finalmente, al pélvico, casi hasta el recto, persiguiendo todo el tiempo la mierda de Nico, sí, su mierda, persiguiéndola por recovecos y sinuosidades, o abriéndose paso entre ella, tenaz y antiparabólica, como Orfeo (el cantor tracio) en busca de Eurídice (su amada) por las marismas infestas de la Estigia; trajinándola; repulsándola; batiéndola en la composición o descomposición indigesta de sus ingredientes: las bacterias de la flora intestinal, las células epiteliales descamadas de la superficie mucosa, restos de sustancias diversas

contenidas en las secreciones normales del intestino, restos de bilis, el 65 % de agua que toda mierda normal contiene, al decir del doctor Magaria (coprólogo eminente), entendiendo claro está por mierda normal la pultácea, aquella que no es muy dura como la de los estreñidos, ni muy fluida como la de los diarreicos, el 35 % de desechos sólidos, el nitrógeno, los lípidos o grasos, el calcio y el magnesio y otras sales minerales y, en cantidades, sin que se te arrugue el ceño ni se te recojan las narices, ese horrible pigmento hepáticobiliar de la estercobilina que le da su color característico y los no menos horribles indol, escatol y otros productos pútridos, que le dan su no menos característico olor, un olor a huevo huero, a flor de poncigué, a manteca rancia, a ácido butírico. Porque, quizá, no sobre advertir que la mierda de la vegetariana Nico, *consensum omnium, nemine discrepante,* hedía como la de cualquier mortal. Y esto va con aquellos que andan creyendo que por alimentarse a fuerza de flores y frutos y tallos y hojas, van a cagar distinto y que toda la porquería que ciertamente sale por su ano salaz transformase en líquido odorífico y refinado cual bálsamo de benjuí o esencia de almizcle o aceite de rosas búlgaras. No señores, bájense de esa nube, su estiércol, el de ustedes, es tan sucio y hediondo, tan procaz y pecaminoso, como el de quien, teniendo los recursos, se alimenta cada día con un bife de medio metro. Aunque, a decir verdad, sí existen algunas diferencias. La mierda del vegetariano, la de la Nico incluida, es mucho mayor. Mientras el individuo que ingiere una dieta mixta, caga—por día— de 100 a 200 gramos y los que se nutren exclusivamente de carne defecan un poco menos, el vegetariano, lo que se dice un buen vegetariano, se lanza con una cantidad de 400 a 500 gramos diarios. Mientras la mierda del que toma una alimentación mixta carne o vegetariana es morena, y morena más intensa en el que toma la suya exclusiva o preferentemente cárnea, en los vegetarianos es verde, verde que te quiero verde, verde viento, verdes ramas, como la casa verde, como el verde copei. También

existe, según el doctor Magaria (ya citado), una diferencia en cuanto a la reacción (con el papel tornasol). Es neutra en el mixto, acida en el cárnico y alcalina en el vegetarista. Y mientras tú, generalísimo, te perdías en esas poco edificantes divagaciones escatológicas, tu lengua, infesta y pervertida, daba vueltas y revueltas tras la mierda bajante, apelotonada, burda, ruin, solemne, pestilente e insólita que, como hecatombe o trofeo, buscaba apuradísima el recto de la Nico, desahuciada ya, sin poder tan siquiera controlar sus esfínteres y dispuesta a cagarse en las puertas mismas del Capitolio Federal o en el Altar Mayor, como San Benito, si fuere necesario, y pedorreante, ella, expeliendo a granel todos los registros posibles de su panoplia de instrumentos de viento, flautas y pífanos, caramillos, oboes de caza, fagotes, clarinetes, saxófonos, el corno inglés, tubas corrientes y tubas-Wagner, trombones, trompas y trompetas; pedos miríficos, pedos indigestos, pedos convulsos, pedos encarnados, pedos azules, pedos olorosos, pedos estridentes, pedos roncadores, pedos rozagantes, pedos musculosos, pedos apetentes, pedos repercutivos, pedos sigilosos, pedos memorables, pedos asnales, pedos de hiena, pedos sibilantes, pedos corrientes, pedos graciosos, pedos socorridos, pedos osados, pedos abortados, pedos contundentes, pedos de alta escuela, pedos con aplomo, pedos con vergüenza, pedos gigantones, pedos chiquiticos, pedos insuperables, pedos afables, pedos espantosos, pedos sarcásticos, pedos acompasados, pedos embrujados, pedos vibrantes, pedos magistrales, pedos de respeto, pedos vomitivos, pedos golosos, pedos decididos, pedos vacilantes, pedos introvertidos, pedos gemelos, pedos masivos, pedos únicos, pedos gentiles, pedos apremiados, pedos peripuestos, pedos formidables, pedos fulminantes, pedos tonantes, pedos chispeantes, pedos modosos, pedos disolutos, pedos recamados, pedos revoltosos, pedos alegres, pedos saltarines, pedos fragantes, pedos nicerobinos, pedos de chocolate, pedos de frambuesa, pedos mefíticos, pedos pestilentes, pedos catingudos, pedos apestosos,

pedos con fato, pedos con tafo, pedos con tufo, pedos ponzoñosos, pedos deletéreos, pedos mortíferos, pedos letales, pedos ciguatos, pedos vergonzantes, pedos pudibundos, pedos vericundos, pedos erubescentes, pedos humillantes, pedos aflictivos, pedos inflamantes, pedos con sordina, pedos con metralla, pedos infames, pedos abyectos, pedos soeces, pedos efusivos, pedos extremosos, pedos impulsivos, pedos bruscos, pedos rancios, pedos licorosos, pedos desahumados, pedos vináticos, pedos sulfatados, pedos cerveceros, pedos bufiadores, pedos montañeses, pedos campesinos, pedos encubados, pedos ahilados, pedos enchilados, pedos incorruptos, pedos lávicos, pedos volcánicos, pedos sensibleros, pedos nauseativos, pedos agudos, pedos penetrantes, pedos graves, pedos clamorosos, pedos chillones, pedos ingleses, pedos argentinos, pedos cascados, pedos quebradizos, pedos algareros, pedos sepulcrales, pedos profundos, pedos roncos, pedos entrecortados, pedos volátiles, pedos rastreros, pedos rotatorios, pedos triviales, pedos vocingleros, pedos ululantes, pedos espantosos, pedos vomitorios, pedos cinerarios, pedos paupérrimos, pedos prepotentes, pedos epitalámicos, pedos bucólicos, pedos macarrónicos, pedos monorrimos, pedos asonantes, pedos de sándalo y violetas, pedos de áloe sucutrino y extracto tebaico, pedos de láudano y tierra japónica, pedos de higuera del diablo y aceite de hígado de bacalao, pedos de alumbre zucarino y camaleón mineral, pedos métricos, pedos encadenados, pedos cíclicos, pedos moderados, pedos infranqueables, pedos bárbaros, pedos feculentos, pedos sordos, pedos a la chiticalla, pedos encubiertos, pedos subrepticios, pedos insondables, pedos furtivos, pedos tristes como un poeta otoñal, pedos disonantes, pedos consonantes, pedos bemolados, pedos melifluos, pedos sincopados, pedos atonales, pedos acolchonados, pedos olorosos a queso Gruyere y a colonia *Roger et Gallet* y a agua de mirra, pedos de mulo castellano, pedos de caballo bizantino, pedos farfullantes, pedos maldicientes; todos los pedos, en fin, que apostaron Palinuro de México y su

Otro Yo en la competencia del pedo flamígero y los pedos marchitaflores que era capaz de expeler el gigantón José Arcadio Buendía y los pedos sacrales que ofrendan los indígenas de Madagascar a sus dioses, para agradecer las cosechas y las pescas; los que según el historiador Eutropio venteó Nerón, tocando la cítara, ante el incendio de Roma y los de la lasciva Teodora que el emperador Justiniano guardó en pomos de crisolita, según cuenta Procopio en sus celebradas *Anécdotas;* los del espartano Timbrón, jefe de los mercenarios en la guerra Lamaica, quien (al parecer) no tenía más que peer para poner en fuga a sus enemigos y los que acostumbraba a expulsar, en sus comilonas y festines, el gran rey Tolomeo Evergetes, señor de Egipto, de Libia, de Siria, de Fenicia, de Chipre, de Licia, de Caria y de las Cicladas, llamado por sus contemporáneos, con toda justicia, El Pedorro y, aun, el pedo fructífero que alguna vez se tiró Pantagruel, haciendo temblar la tierra nueve leguas a la redonda y generando, de paso, la raza de los pigmeos. Cansada tu lengua de tantos pedorreos y temerosa, además, de ser expulsada al exterior con las materias fecales de la Nico, presta hubo de regresarse; como una ventolina, desanduvo la ruta intestinal, en un dos por tres alcanzó las postrimerías del duodeno, se adentró por el píloro en el estómago, repasó la sutil membrana que tapiza todo el contorno de su cornamusa, se empapó de jugo gástrico, cruzó el cardias, trasmontó el esófago, salvó la maza de la faringe, tropezó los músculos de la región prevertebral del cuello, las dos coanas, las dos trompas de Eustaquio, trasvoló las dos fauces y se introdujo en la laringe; como loca, hurga aquí y allá, entre las cuerdas vocales, los repliegues ventriculares, el cartílago tiroides, el ventrículo de Morgagni, el cartílago cricoides, la epiglotis, la abertura de la glotis y, por fin, ¡albricias!, se encuentra con la lengua de la Nico. Se miran, se presienten, se desean, se acarician, se besan, se desnudan, se respiran, se acuestan, se olfatean, se penetran, se chupan, se acomodan, se adormecen, despiertan, se iluminan, se codician, se palpan, se

fascinan, se mastican, se gustan, se babean, se confunden, se acoplan, se disgregan, se distienden, se enarcan, se menean, se retuercen, se estiran, se caldean, se estrangulan, se aprietan, se estremecen, se tantean, se juntan, desfallecen, se repelen, se enervan, se apetecen, se acometen, se enlazan, se entrechocan, se agazapan, se apresan, se dislocan, se perforan, se incrustan, se acribillan, se remachan, se injertan, se atornillan, se desmayan, reviven, resplandecen, se contemplan, se inflaman, se enloquecen, se derriten, se sueldan, se calcinan, se desgarran, se muerden, se asesinan, resucitan, se buscan, se refriegan, se rehúyen, se evaden y se entregan. Anudadas, rebasan el ámbito bucal y se van dando golpes muy sabios contra el viento. Ya están en la calle. Reptan por la acera. Chapotean en los charcos de agua helada. Una extraordinaria titilación les recorre toda la extensión como si estuviesen integradas por miles de alambres movidos, a su vez, por una extraña fuerza subterránea. Parecen anguilas areneras huyéndoles al bajamar. Los pasantes se acercan curiosos. La tuya quiere ahora deshacerse pero la de la Nico no se lo permite. Estás exhausto. Ya no resistes. Tienes dolor en los riñones. Tienes dolor en las espaldas. Sientes que la garganta se te inflama. La Nico exige más y más. Hostigante te espolea, te aprisiona, te obliga. Andarinas, las lenguas siguen arrastrándose. Una procesión *Haré Krisna* les pasa por encima. Como en sueño, oyes el *maha-mantra Haré Krisna —Haré Krisna, Haré Krisna, Krisna Krisna, Haré Haré / Haré Rama, Haré Rama, Rama, Rama, Haré Haré—*. Pisoteadas quedan en medio del lodazal, glosopéjicas, saburrales, pelagrosas, leucoplásicas, enrojecidas ahora, ahora negras y agrietadas. Por momentos, crees que no sobrevivirán. Las lágrimas te corren por la cara, pero entre las lágrimas sonríes. Porque, al lado de la Nico, créemelo manito, era lindo llorar.

(iv)

Mientras tanto, el barrio crecía. Nuevas salas de *dance-concert* se abrían cada noche. Centenadas de *runaways* llegaban de todas partes y

las calles se plenaban de gentes desarraigadas, con aspecto macrobiótico y largos cabellos sucios y sus sacos de dormir a cuestas. Más tarde, hordas de imitadores, curiosos, parásitos, vivianes, explotadores. Corrían el material y el vino. La Comuna se había consolidado. A ti te tocaba soplar la flauta en las sesiones de preparación espiritual. A la Nico le tocaba cocinar tres veces por semana. Otros, mendigaban en las calles para procurar los alimentos de cada día, rastreaban la hierba y los demás alucinógenos, vendían pequeñas artesanías y joyas hechas a mano por ellos elaboradas. Como en los gremios medioevales y en las primitivas universidades europeas, París, Bolonia, Rávena, cualquier persona versada del grupo exponía sus conocimientos sobre un arte o una ciencia determinados y los demás fungían de discípulos o aprendices. Sin embargo, a nadie se le tenía como líder. Cuidado con los líderes, con los héroes, con los organizadores: ojo con esa gente. Cuidado con los alborotos de la estructura. Ellos no entienden. Parecía ser la norma primera de los allí congregados. Abanicos, plumas, penachos y colmillos; campanas, tambores, panderetas e incienso; banderines, estandartes, pendones y talismanes; amuletos de lentejuelas, naranjas y zanahorias; globos, flores, animales amaestrados y bambú; manos cruzadas, ojos cerrados, corazón abierto, rostro brillante y sonrisas; manto de plegarias y bastón de shamán. Casi todos con algo en sus manos, excepto cuando hacían el amor. En las esquinas, en los sótanos, en los zaguanes, se agolpaban las bandas de rock, se celebraban mítines y reuniones políticas, se hacía teatro, danza y ensayos de cualquier tipo. También pululaban los poetas que esperaban ser descubiertos por Ferlinghetti u otro editor de prestigio en el mundo *underground,* estudiantes, artistas y activistas socioculturales. De vez en cuando, se producían riñas entre grupos adversos o se desplegaban acciones provocadoras con actitudes ruidosas, como cuando algunos exaltados se bajaron los pantalones y se quedaron en calzoncillos (o completamente desnudos) para recibir al alcalde de la ciudad

que debía cumplir una visita de inspección en el lugar. En resumen, se trataba de un barrio *groovy* donde todo se daba con espontaneidad: alucinógenos, música pop, sexo sin culpa, tiempo libre y la política del juego (el *Play-Power,* en oposición a la autoridad y al acondicionamiento) campeando por doquier. Pero pronto coincidieron sobre el barrio miradas disidentes: las miradas del orden: la de los padres cuyos hijos se habían fugado de casa y terminaban viviendo en una comuna *hippy* cualquiera, tocando la guitarra o vestidos de indios cherokees, la de la policía irrumpiendo en los conciertos a la busca de menores desaparecidos, la de los combatientes de las drogas, la de la Oficina Federal de Narcóticos y la del comisario Harry Aslinger, la de los que se oponían a la abierta y creciente liberalización sexual. En el mundo oficial cundió el pánico. Comenzó a hablarse del fin del mundo, se preludiaron catástrofes, el Apocalipsis y la caída de Jerusalén, el Anticristo, la reconstrucción del Templo y la resurrección de un nuevo Reino. No pasaba un solo día sin que la gran prensa noticiara sobre lo que en el barrio pasaba. Los tiempos escatológicos se aproximaban al decir de tales comentaristas. La lucha del pecado y la gracia volvió a cobrar vigencia. Y una noche se produjo el cataclismo final. Miles de policías armados hasta los dientes se hicieron presentes de pronto con fusiles de bayonetas caladas, tomahaws, mangueras, agua y jabón, rolos y picanas eléctricas, máscaras antigases, bombas lacrimógenas, incendiarias y vomitivas, peinillas, palmas y cruces, franciscas y tizonas, puñales, ponzoñas, cascos, capacetes, hondas, venablos, espadas cortas, jabalinas y lanzas, martillos, alabardas y espontones, partesanas, corcescas, glaves, sables, espingardas y escopetas, pedreñales y pistoletes, ametralladoras, helicópteros y ambulancias, machetes, alfanjes, archas, azagayas, azconas, bisarmas, bohordos, bordones, clavas y cimitarras, chuzos y dagas, estoques y guadañas, hoces, mazas, macanas, navajas, corazas, escudos de *fiberglass,* balas dumdúm, hombres ranas, hombres langostas, hombres dinosaurios, tanques

con cohetes de reacción, y puños anticarros. Nadie quedó con hueso sano. A Allen Ginsberg, le cortaron la cabeza. A Lawrence Ferlinghetti, le traspasaron el corazón. Al gurú Satguru Maharaji, le dejaron la glándula pineal como una vejiga. A William Burroughs, le reventaron la pleura. A Vasco Szinetar, le hicieron comer su Minolta profesional, con todo y objetivo y telémetro y lentes y *flash* y fotómetro y películas tomadas y películas sin tomar. A Jack Kerouac, le partieron los sesos. A Ravi Shankar, con su propio sitar, le volvieron miga la asadura. A Gregory Corso, le pusieron el mediastino como una bomba atómica. A Eric Clapton, le punzaron la traquearteria. A Janis Joplin, el de los Big Brother, le cortaron los cojones. A Jerry García, el banjo de los Grateful Dead, le pulverizaron las rodillas. A uno de los Charlatans, le agrandaron el agujero del culo a fuerza de mazazos. A otro, de los Sopwith Camel, le molieron las costillas como arena bien cernida. A Mike Bloomfield, le acribillaron el ombligo. A Bob Dylan, le despanzurraron los intestinos. A Ray Charles, le reventaron los omoplatos. A B. B. King, le patearon el occipucio. A Aretha Franklin, le desprendieron las glándulas mamarias. A Diana Ross y las Supremes, les bejuquearon las espaldas. A Jimi Hendrix, le cimbraron el esternón. A Dionne Warwick, le aporrearon el abdomen como una pera de boxeo. A Peter Townshend, le descargaron encima todas las guitarras que había roto. A Otis Redding, le rebanaron el diafragma como un acordeón. A Mick Jagger, le mosquearon las fauces como una pelota de estopa. A Frank Zappa, lo majaron con la verga de su propia jirafa. A lan Underwood, le reventaron el tímpano. A Don Preston, le arrimaron su generador de percusiones por los escrotos. A Albert King, le acuchillaron el esternocleidomastoideo. A Carla Thomas, le machacaron los ganglios linfáticos. A Sam & Dave, le apuñetearon los cornetes. A Eddie Floyd, le sacudieron el cerebelo. A Jim Morrison, le vaciaron un ojo. A Connie Francis, le percutieron los bordes gingivales. A uno de los Everlys, le batieron la bilis. A otro, de los Lovin'Spoonful, le trituraron el páncreas

como bagazo de caña. Al bajo del Memphis Group, le desmenuzaron el folículo espermático. A Cliff Richard, le descuadraron la ingle. A Brenda Lee, le zapatearon el espinazo. A Dusty Springfield, le volaron la jaula torácica. A Tom Jones, le topetearon el masetero. A Shirley Bassey, le disciplinaron las asentaderas. A Helen Shapiro, le dejaron el colon como un brindis. A Kathy Kirby, le verberaron la médula ósea. A Craig Douglas, le apechugaron el nervio vago. A Mary Hopkin, le bastonearon la clavícula izquierda como un cojín. A Emile Ford, le martillaron el endometrio como un saco de clavos. A Chubby Checker, le acocearon la epidermis como un tablao flamenco. A Jimmy Cari Black, le contundieron el paladar. Al poeta Michael McClure, le apelmazaron las heces. A T. E. Lawrence, le acardenalaron las carótidas. Al premio nobel Georg Ward, le magullaron las circunvoluciones cerebrales. A Gary Snyder, le calentaron las paredes del estómago. A Bárbara Garson, la dramaturga, le fajaron la cadera. Al pacifista Dave McReynolds, le laceraron el hígado. A Leonore Kandell, la poeta, le tijeretearon el bulbo olfatorio. Y a la pobre Nico, azotada, arrancados sus pechos, descoyuntada, descuartizada y quemada a trozos con la picana eléctrica, terminaron vaciándole el aire de los pulmones a pistoletazos. Amén de los tantos caídos anónimos, *teenagers* desconocidos, *runaways* recién llegados, poetas inéditos, anodinos Hijos de la Flor que quedaron allí, con sus camisetas ensangrentadas, tirados, abaleados, vueltos ñinga. Tú, no sabes cómo pudiste salvarte. Un hombre tan incrédulo, recuerdas, sí, que recitaste el conjuro para desembarazarte de los enemigos atribuidos a Julio el Africano y algunas oraciones más. Después, saliste en medio de la lucha y pasaste como saeta disparada al blanco, cerrándose el aire dividido a tu paso, sin que nadie pudiera percatarse por dónde fue. A duras penas, casi muerto, tras mucho caminar, alcanzaste la pensión de Mrs. Turner. Discúlpeme, estoy sufriendo un severo enfriamiento, quiero meterme en la cama, le dijiste a la buena señora, y dormiste, dormiste seguido siete noches con sus días.

Fin del diario de Norteamérica

Otro día cualquiera, te despertaste. Te asomaste al balcón y, de golpe, la primavera. Ante tus ojos resplandece el verdor de minúsculos jardines y un aire tenue, como de gaza. Ves q tu derredor el brote de las siemprevivas y las astromelias. Ves los grajos y los pájaros azules revoloteando alegres. Ves el sol) como una girándula, desplazándose en el cielo desnublado. Oyes el zumbar de las moscas y los suspiros casi imperceptibles de un día de primavera. La primavera de Nueva York. Un Nueva York distinto al de los días anteriores. Un Nueva York reducido, de nuevo, al tamaño que tenía la tarde de tu llegada. Pueblo grande de escasos 30.000 habitantes, con sus tejados rojizos o de pizarra y sus torrecillas de muy escasa altura. Demasiados años han pasado o, mejor, quedan por pasar. Quiso la buena suerte que un barco mercante inglés ya estuviera a la vela en las radas del puerto. Mañana, mañana mismo, podrías embarcarte para Inglaterra...

Caracas, marzo de 1979-octubre de 1982

Índice



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPRENSA E IMPRESIÓN
Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN
978-980-440-204-3

DEPÓSITO LEGAL
DC2023000296

CARACAS, VENEZUELA, MAYO DE 2023

La presente edición de
LA TRAGEDIA DEL GENERALÍSIMO
fue realizada durante el mes
de mayo de 2023,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

En Carabobo nacimos "Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia". Con estas palabras Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y les anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó "el equilibro del universo". Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la "mayor suma de felicidad posible", de la "igualdad establecida y practicada" y de "moral y luces" para todas y todos; la República sin esclavizadas y esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



La tragedia del Generalísimo Denzil Romero vio en el prócer venezolano Francisco de Miranda (1750-1816) una fuente inagotable para varias de sus obras, destacándose esta por mezclar fidelidad histórica y un audaz ejercicio imaginativo. "¡Dueño proteico de tu destino: el futuro te pertenece!..", Miranda dedicó su vida y obra a la emancipación americana, tuvo una destacada participación en sucesos de envergadura como la guerra de independencia de Estados Unidos, la Revolución francesa, la procura de fondos en favor de la libertad de Venezuela y expediciones militares con estos fines. Esta novela inicia con un Miranda sexagenario, a partir del famoso retrato de Arturo Michelena. Desde allí comienza a reconstruirse su periplo vital al mejor estilo del barroco latinoamericano: superposición de contrastes, enumeraciones e hipérboles, que van rompiendo las barreras temporales y acrecientan el torrente de la imaginación. Por momentos irrumpe el anacronismo, coincidiendo en una misma escena personajes reales y ficticios, en la Filadelfia del siglo XVIII se cruzan el general estadounidense John Dickinson con Walt Disney, "El Gran Gatsby" y Robert Redford. Romero privilegia, sirviéndose de su gran erudición, las correspondencias culturales por encima de los principios de la historicidad, así como una prosa exuberante antes que una estructura convencional. *La tragedia del Generalísimo* es una obra que ensancha los límites de la ficción, el lenguaje carnavalesco permite no solo la mirada a una época, sino a un universo cultural, de manera que a través de él revive toda la humanidad, pues "entre la vida y la muerte no hay más destino que la memoria".

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO




ISBN: 978-980-440-204-3